

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 4, 2^{do} semestre de 2017

A cien años de la Revolución Rusa



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos del Boletín para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Francisco Erice Sebares, Cristian Ferrer González, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, David Ginard i Féron, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mirta Núñez Díaz-Balart, José Emilio Pérez Navarro, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Javier Tébar Hurtado, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Foto de portada:** Segundo aniversario de la Revolución de Octubre, autor: L. Ya. Leonidov • **Envío de colaboraciones:** historiapce@fim.org.es • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • **DL:** M-3046-2017.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

4

Segundo semestre de 2017

ÍNDICE

EDITORIAL

En el centenario de la Revolución Rusa

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

7

DOSSIER: A cien años de la Revolución Rusa

A cien años de la Revolución Rusa: algunas reflexiones y seis textos para seguir pensando

Juan Andrade

11

Rusia, 1917. La revolución del pensamiento, la cultura y las emociones

Olga Novikova

21

Lenin 2122

Antonio J. Antón Fernández

43

El impacto internacional de la Revolución de Octubre. Aproximación a los movimientos a favor y en contra de la Rusia soviética

Magdalena Garrido Caballero

60

Obrerismo, republicanismo y reajuste de hegemonías al calor de la Revolución Rusa. Un análisis del caso catalán

Pablo Montes Gómez

77

Cambio y continuidad en la Revolución Rusa: un debate

José M. Faraldo

97

La Revolución de Octubre y su devenir histórico en el discurso del PCE: de la desestalinización a la perestroika

Emanuele Treglia

107

NUESTROS CLÁSICOS: ARTHUR ROSENBERG

Presentación de *Historia del Bolchevismo*, de Rosenberg

Joaquín Miras

123

La toma del poder por los bolcheviques y el comunismo de guerra (de 1917 a 1922)

Arthur Rosenberg

130

NUESTROS DOCUMENTOS
Presentación

Josep Fontana 143

Carta de dimisión de Douglas Fraser del Labor-Management Group

Douglas Fraser 144

AUTORA INVITADA
Exonerando a los fascistas en la Europa del Este

Kristen R. Ghodsee 149

LECTURAS
1917. La Revolución rusa cien años después, de Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez

Alejandro Andreassi Cieri 168

La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII, de Gonzalo Pontón

José Luis Gasch Tomás 180

Global Indios: The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth-Century Spain, de Nancy E. Van Deusen

José Miguel Escribano Páez 183

La era Hobsbawm en Historia Social, de José A. Piqueras

Ángel Duarte 187

Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias, de Francisco Fernández Buey

Giaime Pala 191

El trabajo, derecho y condena

Alejandro Pérez-Olivares 195

Militancia clandestina y represión, La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), de Francisco Erice

José Carlos Rueda Laffond 199

ENCUENTROS
«Des de la capital de la República. Noves perspectives i estudis sobre la Guerra Civil espanyola»

Aurelio Martí Bataller 204

«La España actual: Cuarenta años de historia (1976-2016)» Eduardo Abad	207
Izquierda Unida del Altoaragón conmemora el centenario de la Revolución Rusa Luis Arduña	210
<hr/>	
MEMORIA	
La privatización de la memoria en España y sus consecuencias Ricard Vinyes	213
Leyes autonómicas de memoria: nuevas expectativas, la misma conclusión Juan Jesús Molina	221
Un sitio histórico. El destacamento penal de Bustarviejo José Manuel Fernández	229
Agapito Marazuela Abornos, el músico del pueblo Santiago Vega	234
<hr/>	
IN MEMORIAM	
Antoni Doménech Sección de Historia de la FIM	240
<hr/>	
AUTORES (DOSSIER Y AUTORA INVITADA)	241

EDITORIAL

Número 4

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

Con el número 4 que ahora presentamos, *Nuestra Historia* cumple su segundo año de vida. Seguramente no es mucho para una publicación semestral con vocación de continuidad, pero sí lo suficiente para demostrar dos cosas. La primera, que el temor inicial de un equipo de trabajo reducido y modesto a no poder mantener una publicación de estas características ha sido felizmente superado, gracias a la ampliación del círculo de colaboradores y a la recepción de la revista tanto entre historiadores e historiadoras como en algunos ámbitos culturales y políticos militantes. La segunda, que quienes hacemos la revista, aunque lejos de una autosatisfacción acrítica, creemos haber acertado básicamente en el tono y los rasgos que debe tener una publicación como ésta: interés y rigor académico, pluralidad de visiones, orientación crítica y comprometida. La buena acogida que hemos tenido nos anima a perseverar en esa misma línea, con la voluntad de convertir *Nuestra Historia*, con el espíritu que informa la labor de la FIM, en un espacio abierto de colaboración y debate bastante más allá de los confines de nuestro colectivo y círculos afines, y en un instrumento útil particularmente para quienes conciben su labor como historiadores o estudiosos de la historia como parte de un compromiso con los valores emancipadores y las ideas de libertad e igualdad.

Esta visión crítica, plural e inconfor-



mista se manifiesta en este número, en el que la mayor parte de los contenidos se refieren, como cabía esperar de una revista como la nuestra, al centenario de la Revolución soviética de 1917 y sus repercusiones. Un aniversario tal vez opacado en el debate público por otras urgencias que han acaparado especialmente la atención, como el *procès* catalán y sus derivaciones, así como por la creciente erosión del proceso histórico revolucionario abierto en 1917 como referente histórico, simbólico y cultural por parte de una sociedad dominada por la inmediatez, la escasa reflexión sobre

el pasado y la imposición hegemónica de valores conservadores y neoliberales. A falta de valorar aún algunos macrocongresos en marcha o de muy reciente celebración y de analizar el impacto de otras actividades conmemorativas (que intentaremos incorporar en sucesivos números), lo cierto es que el centenario parece haber dejado pocas huellas en el debate político, incluso con un escaso «ruido» mediático descalificador y, lo que es más grave, poca reflexión y debate en la izquierda, quizás más centrada en reivindicar genéricamente su pasado y sus identidades que en pensar las enseñanzas para el presente de los procesos desencadenados con los acontecimientos de 1917.

Nuestra perspectiva de la celebración pretende precisamente incidir en el debate, comenzando por un dossier relativamente extenso con seis interesantes aportaciones, introducidos por la oportuna reflexión de Juan Andrade. Lo más característico de estos trabajos, que huyen de estereotipos apoloéticos, normativos o denigratorios, es que plasman investigaciones propias, en algunos casos de mayores dimensiones y de gran originalidad, planteando una gama de temáticas verdaderamente rica: la revolución del pensamiento y la cultura (Olga Novikova), el análisis del pensamiento de Lenin (Antonio J. Antón), los movimientos internacionales favorables y contrarios al poder soviético (Magdalena Garrido), la relación entre el modelo soviético, el republicanismo y el movimiento obrero españoles (Pablo Montes), los debates historiográficos sobre la Revolución Rusa (José M^a Faraldo) y la evolución de la memoria y el referente de 1917 en el PCE (Emanuele Treglia).

Octubre y sus consecuencias están también presentes en la sección «Nuestros Clásicos», en la que hemos querido acercar a nuestros lectores y lectoras un texto de *La historia del bolchevismo*, del intelectual y

revolucionario marxista Arthur Rosenberg, un análisis perspicaz de la toma del poder por los bolcheviques y de los problemas del sistema soviético en los años siguientes, con una introducción llena de interés a cargo del compañero de *Espai Marx* Joaquín Miras. Asimismo, no podíamos olvidar un pequeño recuerdo a la muy reciente desaparición de Antoni Domènech, uno de los intelectuales marxistas españoles más valiosos de las últimas décadas, a quien dedicaremos una atención más acorde a su relevancia en nuestro próximo número.

Este número atiende también a otras realidades históricas del movimiento obrero internacional, en este caso al de los EEUU, recogiendo la carga de dimisión del Labor-Management Group del sindicalista Douglas Fraser en 1978, que Josep Fontana señala en su presentación como «la más temprana y lúcida visión» de lo que después se consolidaría como la gran reacción neoliberal, cuyos brutales efectos sociales aún estamos padeciendo. Que el declive y el posterior hundimiento del bloque socialista dieron alas al avance de posiciones reaccionarias en todo el mundo se pone de manifiesto igualmente en el excelente trabajo de nuestra autora invitada, Kristen Ghodsee, sobre las políticas de memoria y los revisionismos históricos en los países de la Europa post-socialista, orientados al lavado de imagen de la colaboración con el nazifascismo y la demonización global de la experiencia comunista y del antifascismo.

Completando la temática principal de este número, conviene anotar dos de las reseñas de la sección de «Lecturas», las de Alejandro Andreassi y Giaime Pala sobre sendas publicaciones relacionadas con el citado centenario: el libro colectivo dirigido por Juan Andrade y Fernando Hernández, *1917. La revolución rusa cien años después*, y la reedición de textos sobre este tema de «uno de los nuestros», el añorado

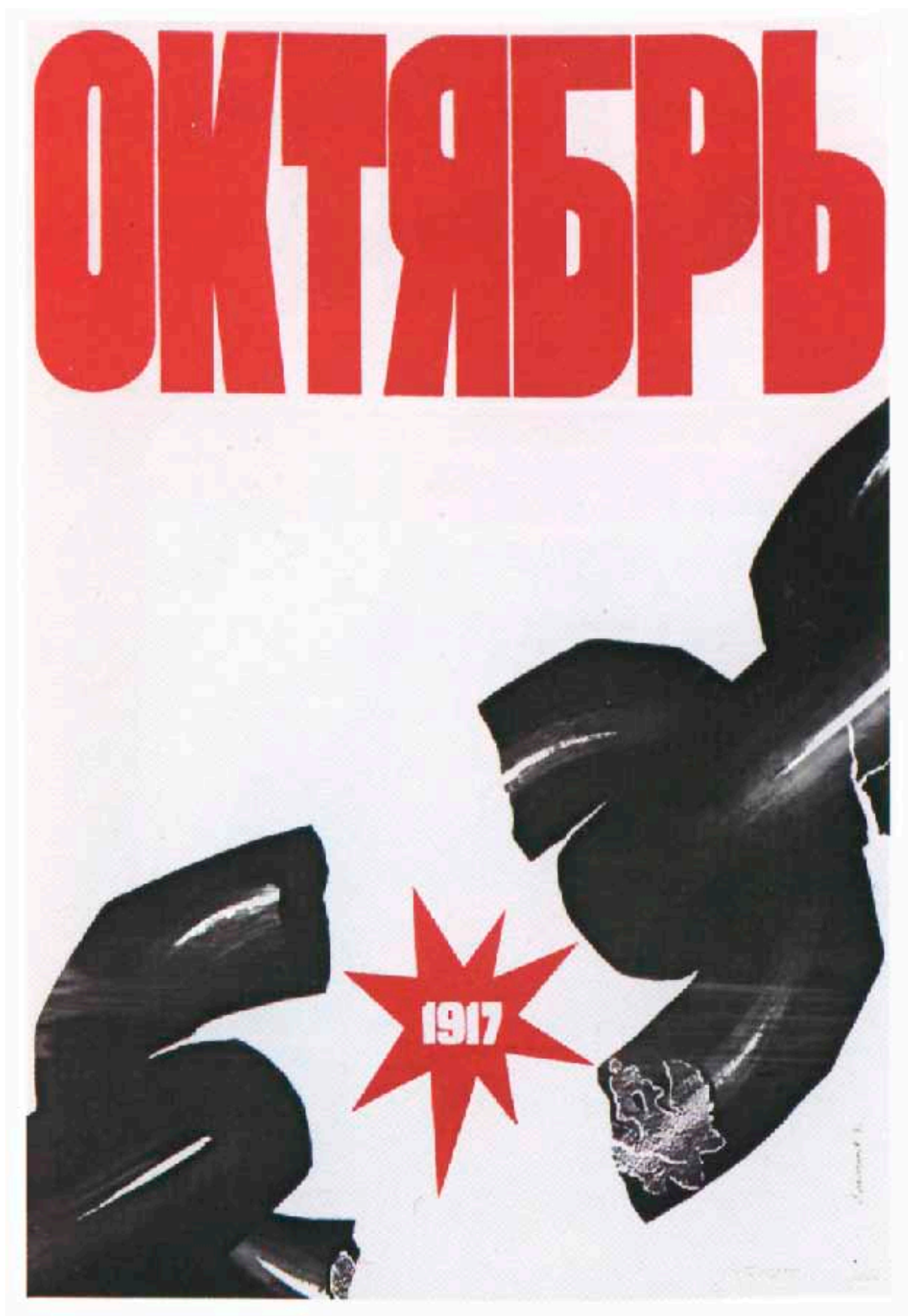
Paco Fernández Buey. En esta sección se incluyen otras reseñas que prestan atención a diferentes aportaciones relevantes procedentes de la historia tanto contemporánea como moderna, dentro del objetivo de ampliar la escasa atención que hemos podido prestar hasta ahora a los periodos anteriores a la Revolución Francesa. Lo hacen las lecturas de José Luis Gasch sobre el sugerente libro de Gonzalo Pontón *La lucha por la desigualdad*, y de Luis Miguel Escribano sobre *Global Indios*, de Nancy E. Van Deusen. Completan el contenido de esta sección las reseñas de Ángel Duarte sobre la monografía de José Antonio Piqueras *La era Hobsbawm en Historia social*; de Alejandro Pérez-Olivares en torno al estudio de Juan Carlos García Funes acerca de los batallones de trabajo forzado; y el de José Carlos Rueda sobre el reciente libro de Francisco Erice acerca de la represión franquista contra los comunistas.

Dada la extensión del material ya citado, las crónicas de encuentros, congresos o jornadas se limitan en esta ocasión al congreso sobre la Guerra Civil celebrado en Valencia, por Aurelio Martí; el congreso celebrado en Cádiz en torno a la España de los últimos cuarenta años, por Eduardo Abad; y las jornadas conmemorativas de la Revolución Rusa organizadas por IU del Al-

toaragón, por Luis Arduña.

Proseguimos también con nuestra sección de Memoria, fundamental en la identidad de esta revista, mostrando algunos de los avances y los problemas evidentes que se encuentra el esfuerzo por desarrollar políticas de memoria democráticas, ahora que se cumplen diez años de la aprobación de la Ley de 2007. Ricard Vinyes contribuye con una reflexión sobre la privatización de la memoria en España, amablemente cedida por el autor para su reproducción; el abogado Juan Jesús Molina evalúa y analiza las leyes autonómicas sobre la memoria; aportaciones a las que se suman los artículos sobre el destacamento penal de Bustarviejo, a cargo de quien fue alcalde de la localidad, José Manuel Fernández; y una semblanza de Agapito Marazuela debida a nuestro compañero Santiago Vega.

No podemos menos de recordar que este número de la revista, como los anteriores, han sido posibles gracias al trabajo desinteresado tanto de quienes componen el Consejo de Redacción —al que se han incorporado Eduardo Abad, Cristian Ferrer, José Luis Gasch, Gustavo Hernández, José E. Pérez y Javier Tébar— como de todas las personas que colaboran en la misma (desde los autores y autoras de cada texto a nuestra generosa traductora Antonia Tato).



Octubre 1917 (cartel soviético).

A cien años de la Revolución Rusa: algunas reflexiones y seis textos para seguir pensando

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

Las efemérides tienen la virtud de atraer la atención sobre acontecimientos históricos que no forman parte de las inquietudes comunes, de las inquietudes, incluso, de muchos historiadores. Su defecto es que suelen arrojar una mirada tan urgente como volátil sobre los hechos rememorados. Si la efeméride en cuestión coincide con una cifra redonda, como son especialmente los centenarios, ambos fenómenos, atracción y evanescencia, se multiplican.

Este año se cumplen cien años del estallido de la Revolución Rusa y este mes de noviembre, exactamente, cien años del asalto al Palacio de Invierno que los bolcheviques acometieron en el mes de octubre del calendario juliano que entonces regía en la vieja Rusia imperial. Con motivo del centenario los stands de las librerías de nuestro país se han llenado de títulos. Muchos son reediciones de libros escritos hace tiempo, algunos de los cuales se han convertido con el discurrir de los años en textos clásicos, otros, simplemente, en textos viejos. Se han publicado también varias obras de síntesis más o menos meritorias: entre las primeras, aquellas que responden a un interés de largo recorrido en sus autores, entre las segundas, algunas que quizá respondan al sentido del momento.



Segundo aniversario de la Revolución de Octubre (Detalle de foto de: L. Ya. Leonidov, Fuente: Wikimedia Commons).

También se han publicado nuevos libros de investigación, algunos novedosos en su temática y perspectivas^[1].

1.- Al margen de las categorías arriba señaladas (reediciones, síntesis, ensayos, nuevas investigaciones), dejando de lado la importante reedición de libros escritos por los protagonistas de la época y en el orden alfabético de los apellidos de sus autores, estos son buena parte de los libros publicados en España al calor del centenario: Felipe Aguado Hernández, *La utopía de los soviets en la Revolución Rusa*, Madrid, Editorial Popular, 2017; Samir

Más allá de las obras voluminosas, se han organizado interesantes congresos, encuentros, debates y ciclos de conferencias; se ha incrementado (aunque da la sensación que solo ligeramente) la publicación de artículos de investigación en revistas especializadas; y no han faltado (aunque muy minimizadas y eclipsadas por la atención a la crisis territorial) las reseñas y reflexiones en revistas de divulgación y prensa de distinto tipo. A este respecto cabe pensar

Amin, *La Revolución de Octubre cien años después*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017; Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (Eds), *1917, La Revolución rusa cien años después*, Madrid, Akal, 2017; Julián Casanova, *La venganza de los siervos. Rusia 1917*, Barcelona, Crítica, 2017; Miguel Del Rey y Carlos Canales, *Tormenta Roja. La Revolución Rusa 1917-1922*, Madrid, Edaf, 2016; Juan Eslava Galán, *La Revolución rusa contada para escépticos*, Barcelona, Planeta, 2017; José M. Faraldo, *La Revolución rusa: Historia y memoria*, Madrid, Alianza, 2017; Neil Faulkner, *La Revolución Rusa. Historia del Pueblo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2017; Francisco Fernández Buey, *1917. Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017; Orlando Figes, *La Revolución rusa 1981-1924. La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2017; Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo de 1914 a 2017*, Barcelona, Crítica, 2017; James Harris, *El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la Revolución Rusa*, Barcelona, Crítica, 2017; Christofer Hill, *La Revolución Rusa*, Madrid, Ariel, 2017; María Teresa Largo Alonso, *La Revolución Rusa. La fábrica de una nueva sociedad*, Madrid, La Catarata, 2017; Christian Laval y Pierre Dardot, *La sombra de Octubre (1917-2017)*, Madrid, Gedisa, 2017; Antonio Liz, *El cielo por asalto: la Revolución Rusa (1905-1917)*, Madrid, Espuela de Plata, 2017; Sean McMeekin, *Nueva historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Taurus, 2017; Catherine Merridale, *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 2017; China Miéville, *Octubre. La historia de la Revolución rusa*, Madrid, Akal, 2017; Mira Milosevich, *Breve historia de la Revolución rusa*, Madrid, Galaxia-Gutemberg, 2017; Richard Pipes, *La Revolución Rusa*, Madrid, Debate, 2016; Helen Rappaport, *Atrapados en la Revolución Rusa*, Madrid, Palabra, 2017; Carlos Taibo, *Anarquismo y revolución en Rusia (1917-1921)*, Madrid, La Catarata, 2017; Julián Vadillo, *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Madrid, Volapük, 2017; Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez Monroe, *Entre dos revoluciones. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y Guerra en Eurasia*, Madrid, Alianza, 2017; Rex A. Wade, *1917. La Revolución Rusa*, Madrid, Esferalibros, 2017.

que quizá se haya dado una cierta desproporción no deseada entre la cantidad de libros publicados y la escasa repercusión que (a día de hoy) el centenario ha tenido en el debate público. Ello nos ha privado de la riqueza y las posibilidades que siempre entraña sacar la discusión sobre la historia fuera de los herméticos ámbitos historiográficos: del aprendizaje que genera la apertura de espacios sociales y cívicos amplios donde discutir colectivamente sobre las experiencias del pasado. Pero ello también nos ha salvado, en parte, de tener que escuchar, en versión concentrada e intensificada, la misma retahíla de tópicos que desde la Guerra Fría a hoy (como si el Muro de Berlín no se hubiera caído) se vienen escuchando al respecto de la revolución soviética en muchas tribunas. Por desgracia se han oído pocas voces, por suerte no ha habido demasiado ruido.

En buena parte de lo que se ha publicado perviven los tres relatos más fácilmente identificables sobre la Revolución Rusa, aunque sea en las versiones algo más sofisticadas a que da lugar el uso de fuentes y bibliografía. Su incidencia se ha dado en el siguiente orden ascendente. Algo, muy poco, ha quedado del viejo relato épico y encomiástico de la revolución y del régimen surgido de ella; un relato que, construido desde la propaganda oficial de Moscú, penetró con muchísimas limitaciones (ninguna según los propagandistas contrarios) en la historiografía de los países no socialistas. Más sonoros son los ecos de aquel relato según el cual la Revolución Rusa fue un acontecimiento emancipador extraordinario enseguida truncado por la traición de algunos de sus protagonistas. Pero de los tres, el que sin duda más abunda en la publicaciones del centenario es el viejo relato negro y moralizante, lineal y presentista, que solo ha visto en aquel proceso el simple despliegue de un proyecto brutal

y totalitario configurado desde el principio en la mente de un grupo de dirigentes fanáticos. Por suerte, también ha habido otras publicaciones que han venido a problematizar y a complejizar un acontecimiento poliédrico y colosal, recurrente y novedoso, tan determinante para el viejo imperio ruso como influyente en el resto del mundo; un proceso conflictivo, contradictorio, violento e imprevisible en su desarrollo que representa un rico laboratorio donde pensar y repensar las prácticas políticas, sociales y culturales y, sobre todo, la idea tan atractiva de revolución.

Atendiendo a este panorama, desde *Nuestra Historia* publicamos este dossier sobre la Revolución Rusa. Reconocemos nuestra irresistible atracción hacia el centenario, pero hemos tratado de zafarnos de la premura con que suelen afrontarse las conmemoraciones, recurriendo a autores y autoras que llevan años trabajando en los temas sobre los que aquí escriben. Tampoco ofrecemos ninguna síntesis o valoración general del proceso, ni hemos escogido aquellos temas que quizá pudieran resultar más vistosos o reconocibles, o a propósito de los cuales pudiera haber opiniones más o menos concluyentes. Por el contrario, hemos planteado temáticas menos evidentes, donde se trazan líneas de trabajo que a la fuerza trascienden los límites del aniversario. Con ello nos emplazamos a continuar con el tema cuando pasen los fastos. De igual modo, hemos tratado, con la selección de los autores, de no ceder ni a ese relato encomiástico de la revolución ni a aquel otro nostálgico de lo que pudo haber sido y fue traicionado, por más que desde la tradición de la que bebe esta revista haya motivos sobrados para sentir entusiasmo o frustración cuando se mira aquel proceso. Más empeño hemos puesto en no sucumbir a esa otra visión negra que, a fuer de recurrente en los espacios de poder cultural

y académicos, ha venido a constituirse en una posición de comodidad intelectual. Lo hacemos a conciencia de que las posiciones de confort historiográfico atrofian la vista sobre el pasado.

Los artículos que aquí aparecen se adentran en parte de esa complejidad, recogen aportaciones bibliográficas recientes, recurren a fuentes primarias, esbozan algunas explicaciones que no se pretenden definitivas y ofrecen enfoques y valoraciones distintas entre sí. Sin comprometer en ese propósito a los autores, y a tono con el espíritu de esta revista, los ofrecemos como materiales diversos para quienes quieran recuperar las aspiraciones emancipadoras de aquella revolución, lo que sin duda requerirá de una lectura fundamentada y crítica de la misma. Huelga decir que otra razón importante de la confección de este dossier remite al propio nombre de la revista. Qué duda cabe que, sin ánimo de patrimonialización ni exclusiva, la Revolución Rusa es parte fundamental de «*Nuestra historia*».

En los textos se expresan o subyacen algunos de los problemas interpretativos más interesantes de la revolución y se descartan o matizan algunos de los tópicos más frecuentes. Hablar de la Revolución Rusa es hablar de la noción de revolución, uno de los conceptos centrales de la disciplina histórica y una experiencia recurrente en la historia real de las sociedades. En la Revolución Rusa se condensan buena parte de los significados que cabe atribuir a este concepto polisémico: una ruptura, una disrupción, una suspensión o una aceleración del tiempo histórico; la pronta construcción de un nuevo sentido común, la materialización en el presente de una utopía alimentada en el pasado, un momento de ampliación extraordinaria del horizonte de lo posible o un momento de máxima convergencia entre experimentación práctica e imaginación política; y, en su sentido

más clásico, una transformación radical de la sociedad, un cambio de modo de producción o la destrucción de un viejo orden y la construcción de otro nuevo. Sin embargo, la imagen de la Revolución Rusa ha quedado limitada en muchos casos a uno de sus momentos, al momento del «asalto al poder político por medio de una insurrección armada». El problema es que la dimensión insurreccional, levantisca y conspirativa que sin duda tuvo la Revolución Rusa (visible en las movilizaciones de finales de febrero y sobre todo en el asalto al Palacio de Invierno de octubre) ha venido a eclipsar el más interesante y determinante proceso de politización y radicalización democrática de los sectores populares, sin el cual no hubiera sido posible ni la ocupación del poder político ni su preservación. Entender la revolución consiste en adentrarse a nivel micro en el abigarrado proceso de experimentación social acometido por la gente común, un proceso que se desarrolló especialmente hasta el estallido de la Guerra Civil y donde se dieron nuevas formas de concebir la producción, la distribución, los intercambios y el consumo, pero también la cultura, el arte, las relaciones interpersonales y la vida misma. En esa experimentación se fraguó un fuerte sentimiento de empoderamiento y autoconfianza, se solidificaron vínculos comunitarios, se intensificaron y renovaron las emociones, se desató el entusiasmo y se amplió el horizonte intelectual y creativo de los sectores populares^[2]. A esas nuevas sensibilidades, a

esa nueva forma de articular las emociones políticas, a esa revolución del pensamiento, se refiere el artículo de Olga Novikova. Las analiza a partir de casos concretos de militantes, creadores e intelectuales de las distintas familias políticas de la revolución, anónimos y conocidos, como Anatolii Gorélik, Nadezha Ulanóvskaia, I. Grossman-Roschin, Alexander Bogdanov, Alexander Lozovsky o Petr Stuchka. También a partir de la rica e influyente experiencia de las mujeres en el Departamento Femenino (Zhenotdel). Finalmente, expone los testimonios dejados posteriormente por los «hijos de la Gran Revolución Rusa», por aquella generación bisagra entre el asalto al Palacio de Invierno y la era conservadora de estabilización brehneviana, una generación que también conoció el terror sufrido y provocado por la revolución.

Si se desciende a nivel social resulta difícilmente sostenible una idea que ha venido ocupando importantes posiciones no solo mediáticas sino también historiográficas, aquella que plantea que la verdadera revolución fue la de febrero y que la insurrección bolchevique de octubre no fue sino un mero golpe de Estado perpetrado por una exigua minoría prácticamente ajena a esta, cuyo objetivo no sería otro que el de la construcción de un estado totalitario frente a un proceso de cambio de cariz liberal-democrático, si acaso socializante, acometido por un gobierno legitimado. En esta visión hay al menos dos cosas cuestionables. La primera es concebir las medidas del gobierno provisional como si procedieran de un programa positivo del propio gobierno. Por el contrario parece más plausible pensar —a tenor de esta experiencia concreta y de las dinámicas habituales de otros procesos revolucionarios con gobiernos provisionales

2.- Algunos trabajos muy distintos e interesantes al respecto pueden ser: sobre la implicación de las mujeres Wendy. Z. Goldman, *Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge, University Press, 1993; sobre arte Rosa Ferré, «En el frente revolucionario del arte. Creación y Experimento en la primera cultura soviética», en J. Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds), *La Revolución rusa 100 años después*, pp. 153-1981; y como perspectiva general los capítulos al respecto del interesante libro, no traducido

al español, de S. A. Smith, *Russia in revolution. An empire in crisis, 1890-1928*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

débiles— que fueron más bien el resultado de una cesión o un ajuste con las demandas sociales canalizadas a través de los representantes de los soviets, si acaso no la sanción legal a posteriori de hechos consumados. En este sentido, conviene tener en cuenta, por ejemplo, que antes de que el gobierno aprobara la amnistía política el 19 de marzo muchos presos ya habían sido liberados por obreros y soldados^[3]. La segunda idea cuestionable es suponer que los procesos revolucionarios en general pueden imponerse simplemente por medios puramente coactivos sin una base social amplia o que esta puede ser modelada y abducida discursivamente por un grupo de intelectuales audaces y oportunistas. Semejantes explicaciones reproducen una concepción demasiado conspirativa, elitista, paternalista e idealista de la acción social^[4].

La Revolución de octubre fue el resultado de la coincidencia de una tendencia radical e insurreccional cada vez más extendida entre amplios sectores populares movilizados con la directriz de un partido, el bolchevique, que desde hacía tiempo había penetrado en ellos^[5]. No fue como ha planteado la historia oficial del comunismo la consecuencia lógica y más coherente del proceso revolucionario desatado en febrero, pero sí un acontecimiento que, imprimiendo un giro fundamental al curso del proceso, conectaba con tendencias presentes desde primera hora que fueron haciéndose

hegemónicas entre una amplia base social a lo largo de los meses siguientes. La revolución de octubre marcó la definitiva orientación socialista del proceso, pero no porque los bolcheviques tuvieran la voluntad de construir en esos momentos el socialismo en Rusia o dispusieran siquiera del esbozo de un programa para hacerlo, sino porque el golpe fue concebido para que sirviera como detonante de una revolución mundial que vendría a generar las condiciones para ello. Si esa expectativa, o prospectiva teórica, se frustró con la derrota de los levantamientos revolucionarios en Centroeuropa a comienzo de los años 20, no lo hizo la apuesta leninista previa de reconvertir la guerra imperialista entre Estados en una guerra de clases que arrancase del eslabón más débil, de la periferia del capitalismo, de una Rusia que había experimentado un peculiar proceso de desarrollo desigual y combinado. Como explica Samir Amin, eso convierte a Lenin y a otros intelectuales del ala izquierda y antibelicista de la Segunda Internacional en los primeros en pensar la revolución en términos geopolíticos^[6].

Sobre el pensamiento de Lenin trata el artículo de Antonio J. Antón. Lo analiza por medio de paralelismos muy sugerentes con una actividad habitual en la vida privada del revolucionario ruso, el montañismo, que solía desarrollar en compañía durante sus años de exilio^[7]. Un valor de este texto es que aborda algunos conceptos básicos del pensamiento de Lenin a partir de un análisis semántico que trata de afinar en los significados, rara vez unívocos, que estos tuvieron en su contexto, una tarea fiable en alguien que además de filósofo se dedica a la traducción. Lo hace subrayando

3.— Sobre las traslación de iniciativas de la sociedad al gobierno a través del soviet y el intento de acompasamiento del gobierno a la dinámica social, Ch. Miéville, *Octubre*, pp. 57-61 y 75-83.

4.— Esta perspectiva ha venido cobrando fuerza a partir de la magna obra de R. Pipes, *La Revolución Rusa*.

5.— Para ver este proceso de influencia creciente de los bolcheviques entre los sectores sociales más activos resulta fundamental el libro clásico, reeditado este año, pero todavía no traducido al español, de Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, London, Haymarket, 2017.

6.— S. Amin, *Russian and the long transition from capitalism to socialism*, New York, Monthly Press, 2016, p. 18.

7.— Sobre la vida de Lenin también se ha reeditado este año del centenario la amplia biografía de Robert Service, *Lenin. Una biografía*, Madrid, S.XXI, 2017.

la relación de Lenin con su propia tradición político-cultural, una relación a propósito de la cual cabe señalar una idea que con el tiempo ha venido cobrando fuerza: la de la ruptura (más frecuentemente señalada), pero también la de las continuidades (dignas de reconocimiento), de su pensamiento con el marxismo de la II Internacional. En cualquier caso Antón nos ofrece una imagen del pensamiento de Lenin muy alejada del esquematismo a que ha quedado reducido por la acción complementaria de sus propagandistas oficiales y detractores más zafios. Así, nos habla de su interés por entresacar de las lecturas de Marx y Blanqui, y sobre todo de Lasalle y Kautsky, algunas claves para abordar la posibilidad de construcción de una cadena de hegemonías progresivas e incluyentes del proletariado sobre las clases populares, del proletariado militante sobre el proletariado en general y del partido socialdemócrata sobre ese proletariado militante. Que esta hegemonía terminara derivando en una dominación de la burocracia del partido sobre la sociedad es ya otra cuestión sobre la que habría que debatir, en mi opinión, descartando las relaciones lineales entre la teorizaciones de Lenin y aquel resultado, pero no así cierta influencia y responsabilidad. Tal asunto remite igualmente a la propuesta de transmisión al proletariado de una «conciencia desde fuera», defendida por Lenin, pero procedente del mismo Kautsky. Lejos de apostar por la transfusión de una conciencia revolucionaria prefabricada en la mente de intelectuales conscientes a obreros incapaces de generarla por sí mismos —imagen que han reproducido para la posteridad las dos visiones complementarias a la que antes nos referíamos—, Antón entresaca textos de Lenin en los que esta apuesta responde a una concepción más compleja, donde lo que se viene a negar es la posibilidad mecánica de generar una

conciencia revolucionaria a partir de la simple experiencia de explotación laboral y resistencia social a la misma; y donde se viene a afirmar que esta conciencia requiere de saltos y anudamientos culturales que no están contenidos en esa sola experiencia de explotación y resistencia, sino que a veces debe tener lugar también fuera de ella. Interesante es la aproximación a un concepto tan denostado en la tradición leninista como el de «espontaneidad», que en Lenin tuvo significados múltiples y fue objeto de valoraciones diferentes, o más bien de pocas valoraciones, pues para él vino a significar con frecuencia un conjunto necesario de movimientos sociales múltiples y enérgicos sobre los que intervenir de forma organizada para generar una práctica revolucionaria eficaz.

Pero aunque sin duda la Revolución Rusa fue resultado de una práctica política teóricamente fundamentada, hecho que ha subrayado en exceso el relato oficial del comunismo, fue también producto de otras variables. Fue producto de una crisis orgánica del propio régimen zarista que no se debió solo, y en algunos aspectos ni siquiera fundamentalmente, a las acciones de oposición. Fue producto de amplias dosis de casualidad, donde se constata la fragilidad también de la acción política, donde se constatan momentos en los que un leve desajuste pudo frustrarlo todo^[8]. Y no fue, como también se ha planteado desde el relato del comunismo oficial, la materialización de las aspiraciones históricas de un sujeto configurado plenamente con anterioridad al proceso revolucionario, el proletariado, dirigido por un partido preclaro,

8.— En esta línea viene insistiendo una parte de la historiografía, confrontando con la idea de la inevitabilidad de la revolución y contemplando algunos contrafacticos a partir de esos momentos de fragilidad. Véase por ejemplo: Tony Brenton (Ed), *Inevitable? Turning points of the Russian revolution*, London, Profilebooks, 2016.



Soviet de Petrogrado (Foto de dominio público, autoría desconocida. Fuente: liveinternet.ru).

el bolchevique. Y fue resultado de la acción de un sujeto revolucionario múltiple, hegemónico por el proletariado, que no existía plenamente con anterioridad al proceso revolucionario, sino que se fue modelando y conformando gracias, por supuesto, a una larga experiencia previa de luchas sociales y políticas, pero gracias también al efecto unificador de una práctica muy acelerada y contagiosa que tuvo lugar al calor de los acontecimientos, y donde pesó la acción estimuladora y unificadora de los bolcheviques, pero también de anarquistas, social-revolucionarios de distinto signo, mencheviques y mezhraionts.

Si a diferencia de lo que sucedió el domingo sangriento de 1905 muchos soldados de la guarnición de Petrogrado decidieron no disparar a los manifestantes en las movilizaciones de finales de febrero de 1917 fue porque se trataba en muchos casos de soldados de reemplazo que procedían de esas tradiciones políticas. Pero si

algunos de quienes sí lo hicieron, como los soldados del famoso regimiento Volinsky, al día siguiente se amotinaron y pasaron a engrosar las filas de la revolución fue gracias a esos procesos acelerados de cambio de posiciones, recálculo de intereses, estimulación y contagio que generan las revoluciones, algo a investigar finamente desde las ciencias sociales más allá de la consabida semántica del delirio colectivo y la irracionalidad tumultuosa que supuestamente se deriva de la ruptura de la ley y el orden^[9].

Pero la Revolución Rusa, pese a su habitual adjetivación, fue una revolución mundial, no ya porque fuera concebida como arranque de la misma o no ya porque así fuera percibida por partidarios y detractores, sino por los múltiples efectos que, más allá del fracaso de los primeros intentos de

9.- Un relato ágil y una explicación compleja de los manifestaciones y motines en el ejército a finales de febrero en Wade, Rex A., 1917. *La Revolución Rusa*, pp. 30-45.

emulación a principios de los años 20, tuvo en las prácticas, idearios y aspiraciones de las clases populares^[10]. En esas repercusiones indagan los artículos de Pablo Montes y Magdalena Garrido. El trabajo de Pablo Montes combate uno de los tópicos más frecuentes acerca de los efectos de la revolución, el de que esta abrió una falla entre el movimiento obrero y las clases medias republicanas. Analizando el caso de España y sobre todo el de Cataluña, Montes plantea, siguiendo las tesis de Hobsbawm en *La era del Imperio*^[11], que esa separación cierta, venía, sin embargo, de finales del siglo XIX, se había acentuado a comienzos del siglo XX y resultaba particularmente visible en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La tecnificación de los procesos productivos y la tendencia a la organización de la producción en grandes unidades productivas habría incentivado nuevas formas de lucha social y sindicación menos interclasistas y más alejadas de las prácticas de las viejas sociedades de oficio. Otros fenómenos relacionados como la segregación urbanística, el desarrollo de una cultura autónoma y un ocio propio habrían reforzado la identidad y personalidad propia del proletariado con anterioridad a la Revolución Rusa. La propia heterogeneidad del republicanismo, tanto de sus bases sociales como de sus proyectos políticos, le habría debilitado además frente a un proletariado que, como pudo verse por ejemplo en la huelga general de agosto de 1917, anterior por tanto al asalto al Palacio de Invierno de octubre, emergía como un sujeto fundamental en la historia de España. Lo que le faltaba a este sujeto, en opinión de Montes, era un programa no ya revolucionario, sino un programa más con-

creto hacia el que orientar su acción política cotidiana. La Revolución Rusa vendría, en este sentido, a proporcionar un nuevo paradigma de comprensión de la realidad, y la Constitución aprobada el 10 de julio de 1918 en Rusia un nuevo programa dotado de un atractivo y fuerza inusitada, al verse contrastada su viabilidad en uno de los países más grandes del mundo. Lo más interesante de la tesis de Montes es que los contenidos políticos, modernizadores, interclasistas y cívicos de esta Constitución, procedentes en gran medida de la tradición republicana, facilitarían la interlocución del movimiento obrero con importantes fracciones de la burguesía radical. El empeoramiento de las condiciones de vida de estas fracciones, las limitaciones del republicanismo, la fortaleza del proletariado y la señalada afinidad programática empezarían a inclinarlas hacia el movimiento obrero, suturando la falla abierta tiempo atrás.

Por su parte, Magdalena Garrido, en un artículo basado en abundantes fuentes primarias, analiza varios movimientos políticos, sociales y culturales de apoyo o rechazo a la URSS. Su trabajo pone el acento no ya en la idea habitual de la URSS como foco exportador de la revolución, sino en otra dimensión internacional del proceso, la de los movimientos de solidaridad desarrollados en muchos países europeos para la defensa del socialismo en Rusia. Entre estos destacó el movimiento británico «Hands off Rusia» puesto en marcha por un amplio conglomerado de organizaciones obreras para frenar la intervención militar de potencias extranjeras, sobre todo de Gran Bretaña, en Rusia. De mayor recorrido sería el movimiento de «Los amigos de la Unión Soviética», fundado en 1927, donde participaron obreros e intelectuales de distinto y a veces muy difuso signo político y con presencia en más de 40 países, incluido España, donde la sociedad fue fundada en

10.- Un seguimiento muy completo de las repercusiones de la revolución en todo el mundo en J. Fontana, *El siglo de la revolución*.

11.- Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2009.

1933. El seguimiento de estas organizaciones —cuya actividad iba de la potenciación de unas relaciones diplomáticas favorables a la URSS a la difusión de la nueva cultura soviética, pasando, por supuesto, por la exhibición de sus logros materiales— es muy interesante, pues permite captar bien los efectos que la oscilante política internacional de Moscú y la Komintern tuvo en el movimiento obrero internacional. De este modo, si la política de «clase contra clase» y «Frente único por la base» fue un límite fortísimo al desarrollo de estas sociedades, la nueva línea de los «Frentes populares», que bebió a su vez de estas experiencias previas de solidaridad no estrictamente partidarias, alentó su mayor desarrollo. Se trata de un ejemplo más de que la política internacional de Moscú no solo profundizó en muchos casos el cisma abierto en el movimiento obrero por la Revolución, sino que en ocasiones repelió a quienes previamente habían simpatizado, más allá de su adscripción partidaria, con la construcción del socialismo en Rusia.

El artículo de Magdalena Garrido también prueba que la Revolución Rusa generó un amplio movimiento de oposición en el mundo, más allá de la acción de los gobiernos de los principales países capitalistas e incluso de las altas instancias de poder económico; un movimiento que, contando con fuertes apoyos y conexiones gubernamentales y financieras, arraigó en el seno de la sociedad civil más conservadora. Ahí está como ejemplo analizado el papel tanto diplomático como capilar de la «Liga antibolchevique», la «Entente Internacional contra la III Internacional» y su translación a España por medio del «Centro Español Antibolchevista».

Si la Revolución Rusa fue una revolución con voluntad expansiva, influencia internacional y amplísimas repercusiones históricas comprenderla obliga también a verla a

mayor escala geográfica y con mayor perspectiva temporal. Estas son las visiones que José María Faraldo recoge en su artículo, a partir de una valoración de la bibliografía y de los debates historiográficos más recientes^[12]. Faraldo subraya las limitaciones de la vieja disyuntiva acerca de si la Revolución Rusa tenía que leerse como un fenómeno propiamente ruso o bien como un proceso de inspiración netamente occidental. De ella se han alimentado los cuatro enfoques explicativos del proceso que según Faraldo han dominado hasta ahora: aquel que lo presenta como el colofón de las aspiraciones históricas del proletariado ruso; aquel que la pone en relación con las oleadas revolucionarias de su época, entre las que destacaría la mexicana y la kemalista; aquel que la vincula a una larga tradición despótica rusa en el ejercicio del poder a resultas de la debilidad congénita de la sociedad civil; y aquel que lo entiende como el desarrollo peculiar en Rusia de los procesos de modernización contemporáneos. A esta última perspectiva se une con matices Faraldo para plantear que la revolución desatada en febrero respondía en gran medida a esos propósitos de modernización social y económica, a los que en octubre se sumaría, además de una práctica más violenta, otros de cariz «milenario» y «utópico».

Explicar la Revolución Rusa es contar su historia atendiendo a su contexto nacional e internacional y a algo que últimamente se descuida más, a su inserción en una larguísima tradición republicana, plebeya, democrática y socialista, de la cual bebe y con la cual rompe, que en parte reproduce, en parte supera y en parte degrada. En cualquier caso, explicar la revolución supone abordar un proceso imprevisto y no predeterminado por ningún proyecto previo, sino un pro-

12.— Una visión más amplia en el libro ya citado del autor, J. M. Faraldo, *La Revolución rusa: Historia y memoria*.

ceso dislocado que fue haciéndose y deshaciéndose como resultado, sí, de programas de acción, pero también de circunstancias sobrevenidas, decisiones de efectos imposibles de calcular en el momento que se tomaron y cambios producidos en los propios agentes del cambio, pues esta última es una característica de toda revolución, la de transformar a sus propios protagonistas. En esa motilidad habrá que buscar también la explicación a lo que pronto o más tarde se terminó construyendo, pues la revolución generó prácticas tan intensas, tan entusiastas y violentas que sobrevivieron a las circunstancias que las generaron, bien como hábito, bien cronificadas en una nueva institucionalidad. Explicar el régimen que se terminó construyendo pasa por indagar en algunas ideas presentes en la cultura política de los revolucionarios, pero más especialmente en lógicas militares de urgencia que terminaron penetrando en la forma de construir el socialismo y difundirlo fuera de ella, así como en el miedo a una experiencia real de acoso interno y externo que luego dejará tras de sí una ansiedad crónica somatizada en forma de vigilancia constante y castigos inerciales o preventivos. Entender la Revolución Rusa pasa también por explicar cómo, pese a todo ello, la experiencia revolucionaria rusa e incluso el modelo resultante de ella siguió inspirando la lucha de mucha gente por la libertad, la democracia y la justicia social en medio mundo. Una explicación que no se resuelve, como reitera la cultura anticomunista más ramplona, apelando a la ingenuidad, maledicencia o esquizofrenia de los protagonistas de un movimiento, el comunista, tan amplio y heterogéneo.

Para entenderlo habrá que ahondar en cómo se fue modelando y remodelando en muchos partidos comunistas la imagen de la revolución soviética. A analizar el caso del

Partido Comunista de España durante las más de tres décadas que van del XX congreso del PCUS a la caída de la URSS dedica su artículo Emanuele Treglia. En él nos cuenta cómo los relatos sobre la Revolución Rusa fueron ajustándose en el PCE a los cambios que tuvieron lugar en el movimiento comunista internacional y a los cambios no menos acusados de su línea política: cómo el relato entusiasta, mítico en muchos casos, de la revolución logró sobrevivir a las revelaciones del informe Jruschov; cómo la revolución del 17 fue una herencia simbólica incómoda y controvertida para el eurocomunismo y la política que trató de desarrollar el partido en la transición; cómo en la segunda mitad de los ochenta se trató, de manera muy efímera, de justificar la perestroika como una reactivación del espíritu originario de 1917; o cómo se empezó a reivindicar en nuevos términos la dimensión utópica de aquel acontecimiento ante el colapso del mundo surgido de ella.

El caso del PCE no parece exclusivo, sino que da fe de la extraordinaria dificultad con que el movimiento comunista en particular y la izquierda en general han venido a relacionarse con su pasado. Visiones míticas, exaltaciones acríticas, interpretaciones presentistas para justificar decisiones de poco recorrido, resignificaciones forzadas, silencios incómodos, descartes frívolos... forman una panoplia de actitudes que han rivalizado con otras más creativas y fructíferas producidas en múltiples espacios de reflexión cultural menos dirigidos y al calor, sobre todo, de las prácticas sociales y políticas que tanta gente común desarrolló a lo largo de décadas bajo la bandera de octubre. A fin de contribuir modestamente a una relación más crítica y beneficiosa de la tradición emancipadora en su conjunto con un acontecimiento tan determinante de su propio pasado presentamos también este dossier.

Rusia, 1917. La revolución del pensamiento, la cultura y las emociones

Russia 1917. The Revolution in thought, culture and emotions

Olga Novikova

Traductora e historiadora especializada en el pensamiento ruso

Resumen

En el presente artículo se examinan la bolchevización de los distintos grupos de la izquierda rusa tras la Revolución de Octubre, las diversas corrientes ideológicas dentro del partido bolchevique, el debate entendido como «método revolucionario dialéctico» de la construcción de la nueva cultura proletaria, la influencia del pensamiento de A. Bogdánov sobre la revolución cultural y el colectivismo como principio constitutivo de la experimentación política y social en la URSS.

Palabras clave: Bogdanov, bolchevización, colectivismo, relaciones de camaradería, experimentación política y social.

Abstract

This article examines the Bolshevization of the different groups of the Russian left after the October Revolution, the various ideological trends within the Bolshevik party, the debate understood as the «revolutionary dialectical method» of the construction of the new proletarian culture, the influence of A. Bogdanov's ideas on the cultural revolution and collectivism as a constitutive principle of political and social experimentation in the USSR.

Keywords: Bogdanov, Bolshevization, collectivism, comradeship relations, political and social experimentation.

La república de Lenin, mi juventud,
la república del sueño dorado,
como a la Atlántida las olas te han tragado...

Ilia Selvinsky
(poeta soviético nacido en 1899)

Después de tantos años sería ridículo
tratar de demostrar que todo era bueno.
Diré otra cosa: muchas cosas eran origina-
les e interesantes.

Víctor Shklovsky
(escritor, teórico de la literatura y el cine
nacido en 1893)

Cien años han pasado desde aquel 26 de octubre en que los destacamentos de la Guardia Roja bolchevique atravesaron a todo correr la enorme Plaza del Palacio, abierta a todos los vientos, y tras un breve combate tomaron el palacio de los zares, la sede del gobierno provisional ruso, inaugurando una nueva era. Algunos dicen que el siglo XX no empezó verdaderamente con el cambio del siglo, sino con la Primera Guerra Mundial; otros sostienen que fue la Revolución de Octubre la que inauguró el siglo XX, el cual terminaría con la desaparición del Estado creado por ella, la Unión Soviética. Desde aquel lejano día de octubre, a pesar del tiempo transcurrido, no han cesado los debates acerca de la Revolución de Octubre, prueba irrefutable de que la revolución rusa sigue siendo todavía lo que Jean Jaurès llamó «el fuego de la historia, no sus cenizas».

Jaurès era un revolucionario, por lo que se comprende su simpatía por las revoluciones. Escuchemos, en cambio, a un enemigo de la revolución, Ustriálov, un ruso blanco a quien la Revolución de Octubre le privó de su mundo, el mundo del privile-

gio. Tras la derrota de la «causa blanca», el triunfo revolucionario lo forzó a exiliarse. En el destierro, Ustriálov, que era un pensador político original, reflexionó sobre la naturaleza de la revolución rusa cuestionando las explicaciones habituales. Otros contrarrevolucionarios solían opinar que la Revolución de Octubre no había sido más que una conspiración del judaísmo internacional, un golpe de estado pagado por el dinero del Estado Mayor alemán o, al menos, una revuelta sin sentido llevada a cabo por una plebe bárbara y desdeñable. En cambio, Ustriálov afirmó que Rusia había sido y seguía todavía siendo el escenario de una auténtica gran revolución popular, semejante a la Revolución Francesa de 1789. Por lo tanto, las leyes de otras grandes revoluciones también eran aplicables a la Revolución de Octubre. «La revolución —escribió Ustriálov— lanza un programa hacia el futuro, pero nunca es capaz de plasmarlo plenamente en el presente. Este desafío del futuro es el rasgo característico de las revoluciones [...] La revolución perece, dejando su legado a las generaciones venideras. Desde el momento de su muerte, sus ideas, sus principios comienzan a llevarse a cabo de una forma evolutiva en la historia. Privada de su aguijón, perece, pero el organismo de la humanidad se contamina con la fuerza renovadora de su veneno revitalizante»^[1].

La observación de Ustriálov recoge de una forma sugerente la tensión existente entre la visión avanzada del futuro propia de las revoluciones y las condiciones materiales, que son insuficientes para llevar a cabo tal visión. La realización del programa revolucionario es necesariamente incompleta y eso explica por qué en todas las revoluciones no faltan quienes hablan de traición y se sienten frustrados.

1.— Ustriálov, N. «*Patriotica*», *Smena vekh*, Praga, 1921. Existe una publicación online: <http://lib.ru/POLITOLOG/USTRYALOV/patriotica.txt> [Consulta: 14 de octubre de 2017].



Manifestación de mujeres en contra de la guerra durante la revolución de febrero en Petrogrado (Foto: autoría desconocida, dominio público).

Sin embargo, las grandes revoluciones también tienen una extraordinaria capacidad para dinamizar la historia, impulsando vertiginosamente el desarrollo social y económico y provocando una auténtica explosión de creatividad popular. Las revoluciones provocan una intensa apertura intelectual y cambian radicalmente el horizonte cultural. Además, las ideas revolucionarias que no pudieron cumplirse plenamente en su patria no desaparecen, sino que siguen viviendo en la conciencia colectiva de la humanidad hasta que son recogidas por otros pueblos.

Es cierto que tanto la Revolución Francesa de 1789 como la Revolución de Octubre tuvieron también un lado oscuro: el terror. Esta semejanza no es casual, ya que los bolcheviques rusos no sólo se veían a sí mismos como los herederos de los jacobinos o de los miembros de la Comuna de París, sino que estudiaban las leyes y las

prácticas políticas de las revoluciones francesas para redactar sus propias disposiciones legales y tomar decisiones políticas^[2]. Las causas, el funcionamiento y los efectos del terror en ambas revoluciones han sido estudiados en el excelente libro del historiador estadounidense Arno Mayer^[3]. En cuanto al debate moral sobre el terror revolucionario, los argumentos de los detractores y defensores de las revoluciones no han cambiado demasiado desde la época napoleónica. Ya en los escritos de la célebre escritora Madame de Staël sobre la Revolución Francesa se encuentra toda la batería

2.- El tema es muy amplio y está todavía poco investigado, pero existen dos recientes monografías al respecto. Véanse: Tamara Kondratieva, *Bolsheviks et Jacobins. Itinéraire des analogies*, Paris, Payot, 1989; A. V. Gordon, *Vlast i revoliutsiia: sovetskaia istoriografiia Velikoi Frantsuzskoi revoliutsiia. 1918-1941*, Saratov, Nauchnaia kniga, 2005.

3.- Arno J. Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, New Jersey, Princeton University Press, 2000.

de los argumentos a favor y en contra de las revoluciones^[4].

El presente ensayo se propone esbozar una faceta pocas veces analizada del Octubre ruso de 1917: la revolución del pensamiento, el multitudinario experimento social, político y cultural y la creación de nuevas sensibilidades, nuevas formas de articular las emociones políticas.

Pero antes que nada hay que mencionar brevemente las diferencias entre las tradiciones de la izquierda rusa y la española.

La izquierda española siguió el modelo muy próximo al de la izquierda francesa, mientras que la rusa se inspiró en el modelo alemán^[5]. En España el movimiento obrero se originó en torno a los sindicatos y las teorías del anarcosindicalismo, que gozaron de una gran aceptación; en cambio, en Rusia la fuerza organizadora fue el partido socialdemócrata, y al igual que en Alemania los sindicatos se crearon bajo los auspicios del partido. A principios del siglo XX el proletariado era poco numeroso en Rusia, pero el grado de su concentración era muy alto. Por dar un ejemplo: en la fábrica de Putílov de Petrogrado, la cuna del movimiento obrero ruso, trabajaban más de cuarenta mil obreros. Las fábricas de Siberia, las refinerías de petróleo del Cáucaso y las industrias textiles de Ivánovo o de Lodz también empleaban decenas de miles de personas. El trabajo fabril estaba muy mecanizado, mientras que la producción artesanal era casi inexistente. Estos rasgos de la estructura laboral, como se verá más adelante, tuvieron una gran importancia en el desarrollo de la revolución del pensamiento en Rusia.

4.- Madame de Staël, *Considérations sur les principaux événements de la Révolution Française*. Paris, Delaunay Libraire, 1818.

5.- Véase más sobre ello: Donald Sasson, *One Hundred Years of Socialism. The West European Left in the Twentieth Century*, London, FontanaPress, Harper Collins Publishers, 1997.

A principios del siglo XX los pensadores económicos del zarismo aplicaron el mismo modelo que hoy en día emplean los «tigres» asiáticos: modernizar el país mediante una gran afluencia de capital extranjero y nacional. En el cometido de hacer de Rusia un país atractivo para los inversores extranjeros y nacionales, la solución fue la misma que la de los tigres asiáticos: abaratar el trabajo y degradar las condiciones de los trabajadores. Los salarios eran bajos, la jornada laboral larga (entre 12 y 16 horas), los sindicatos y otras organizaciones obreras estaban prohibidos y cualquier tipo de protesta era duramente reprimida. En estas condiciones, el partido socialdemócrata ruso se vio forzado a actuar en la ilegalidad y la clandestinidad, organizando círculos de obreros y reuniones secretas, creando cajas de resistencia y agrupaciones sindicales, convocando huelgas y protestas, publicando periódicos y revistas y desarrollando actividades educativas. El partido socialdemócrata era pequeño en cuanto al número de sus afiliados, como pasa siempre con los partidos que están obligados a trabajar en condiciones de ilegalidad: clandestinidad y partido de masas son términos antónimos.

Los socialdemócratas (SD) controlaban el movimiento obrero en las grandes industrias, mientras que los socialistas no marxistas, es decir, los socialistas revolucionarios (SR), que defendían la «vía rusa» al socialismo, eran populares en el campo. Rusia seguía siendo un país principalmente agrícola, y los SR seguían creyendo que los campesinos podrían construir el socialismo a partir de sus antiguas instituciones colectivistas. De esta manera, Rusia evitaría la fase capitalista del desarrollo, pasando directamente del capitalismo al socialismo campesino. Los SR parecían no darse cuenta de que el capitalismo ya estaba presente en su país.

En el territorio de Ucrania, donde la po-

blación se componía de campesinos más ricos que en Rusia gracias a un clima más cálido y a la extraordinaria riqueza de las tierras negras, y cuyas ciudades contaban con un gran número de pequeños artesanos, actuaban los anarquistas. Pero el movimiento anarquista estaba dividido en múltiples tendencias^[6] y carecía de «trabajadores ideológicos», según el testimonio de los propios anarquistas^[7].

A partir de 1903 el partido socialdemócrata se dividió en dos grupos, los bolcheviques y los mencheviques. Entre los bolcheviques figuraban Lenin, Bujarin, Zinóviev, Bogdánov y Stalin. Por su parte, Plejánov, Márto, Dan, Abramowitsch y Trotsky eran los grandes nombres de la tendencia menchevique. Simplificando mucho, se podría decir que los mencheviques estaban cercanos a la corriente reformista del partido socialdemócrata alemán, mientras que los bolcheviques eran comparables a su ala izquierdista. Las proximidades ideológicas se manifestaban también en amistades personales. El dirigente bolchevique Vladímir Lenin y su mujer Nadezhda Krupskaya eran amigos íntimos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, líderes alemanes que tenían profundas conexiones en Rusia^[8]. Los mencheviques Yuli Márto y Fiódor Dan tenían relaciones estrechas con los socialistas moderados Otto Bauer, Rudolf Hilferding y Alexander Stein^[9].

A pesar de que entre los bolcheviques

y los mencheviques existían divergencias ideológicas importantes y de que sus dirigentes mantenían una dura polémica, las bases de ambas tendencias frecuentemente colaboraron antes de la caída del zarismo. Tras la Revolución de Octubre, y especialmente después del estallido de la revolución en Alemania en 1918, se produjo un gran flujo de socialistas de otras tendencias hacia el partido bolchevique. Vladímir Lichtenstad (Mazín), que había sido un miembro destacado del partido socialrevolucionario y luego fue menchevique, escribió en 1918:

«¡Revolución en Alemania! [...] ¿Quién se atreverá ahora a afirmar que el bolchevismo no ha tenido influencia sobre esta revolución y, además, una influencia considerable? ¿Quién puede seguir siendo inflexible, seguir siendo un pedante ciego y sordo, seguir repitiendo el cuento de que la revolución social es imposible, de que los bolcheviques emprendieron una aventura irresponsable? (vaya una aventura, que se extiende desde los Urales hacia el Rhin). Para mí el Rubicón está cruzado: yo soy bolchevique. Un bolchevique roto, es verdad, porque no puedo olvidar mi lucha contra el bolchevismo, no puedo perdonármela»^[10].

Vladímir Lichtenstad, que tomó el nombre de Mazín en honor a un amigo revolucionario que había sido asesinado por los «blancos», fue uno de los primeros dirigentes de la Comintern y pereció durante la defensa de Petrogrado en 1919. El escritor Victor Serge, quien fue primero anarquista,

6.- Véase Judolei, «Anarjicheskie techeniia nakanune 1917 goda»; Otverzhenyi N., «Glavnye techeniia v anarjicheskoi literature XX veka»: *Mijailu Bakuninu. 1876-1926*, Moscú, Golos truda, 1926, p. 317-326, 327-340.

7.- Véase Anatolii Gorélik, *Anarjisty v russkoi revoliutsii*, Buenos Aires, Izdanie rabochei isdatelskoi gruppy v respublike Argentine, 1922, p. 12.

8.- Véase Elizaveta Drabkina, *Chernye sujari*, Moscú, Judózhestvennaia literatura, 1970.

9.- Véase André Liebich, *From the Other Shore: Russian Social Democracy after 1921*, Cambridge, Mass & London, Harvard University Press, 1987.

10.- La carta de Vladímir Osipovich Lichtenstad (alias Mazín) a su mujer María Tushinskaia, fechada el 10 de noviembre de 1918, es citada en: «N.K. Guerasimov & Margolis A.D. (eds.), «K tebe i o tebe moie poslednee slovo. Pis'ma V. O. Lichtenstadta k M.M. Tushinskoi», *Minúvshee. Istoricheskii almonaj*, V. 20, Moscú-San Petersburgo, 1996, p. 157.

después bolchevique y más tarde trotskista, le dedicaría unas líneas llenas de admiración en sus memorias, escritas un cuarto de siglo después de los acontecimientos^[11].

11.– Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire, 1905-1945*, Édition préparée par Jean Rièrre, Québec, Lux Éditeur, 2010, p. 108. Serge contó en sus memorias haber conocido a Lichtestadt-Mazin en el Instituto Smolny, la sede de la Revolución, en un ambiente marcado por el entusiasmo y la extrema pobreza (Petrogrado vivía el largo asedio de las fuerzas blancas y la ciudad sufría de una gran escasez de víveres, gasolina, leña para la calefacción, ropa y productos industriales). Todos, sin excluir a los prominentes miembros del partido bolchevique, sobrevivían con una ración de hambre. «Mazin vestía un viejo uniforme azul que tenía agujeros en los codos, luciendo una barba de tres días, los ojos enmarcados en unas viejas gafas de metal, el rostro alargado, la frente alta y el color de cutis terroso de los que padecen hambre [...]. Fuimos amigos en los momentos de zozobra, duda y confianza, pasamos juntos períodos de trabajo agobiante en los que escrutábamos los problemas de la autoridad, el terror, la centralización, el marxismo y la herejía. Los dos teníamos una inclinación por la herejía; yo comenzaba a iniciarme en el marxismo; Mazin había llegado al marxismo por otros caminos personales que habían atravesado la prisión de más estricta seguridad. [...] Adolescente en 1905, durante la jornada roja del 22 de enero, él había visto las calles de San Petersburgo inundadas de la sangre de los obreros que habían ido a presentar una petición colectiva al zar, y decidió enseguida, mientras los látigos de los cosacos dispersaban la multitud, aprender la química de los explosivos. Convertido con gran rapidez en uno de los «químicos» del grupo SR maximalista que deseaba una revolución socialista «total», Vladímir Óssipovich Lichtentadt, hijo de una buena familia de la burguesía liberal, fabricó las bombas con las que tres de sus camaradas, vestidos de oficiales, se presentaron el 12 de agosto de 1906 a la gala del presidente del Consejo Stolypin, y que hicieron estallar junto consigo mismos, volando por los aires la residencia de Stolypin. [...] Lichtentadt fue condenado a muerte y después indultado, pasando diez años en la cárcel más terrible, la fortaleza de Schlüssenberg, donde con frecuencia compartió celda con el bolchevique georgiano Sergo Ordjonikidze, quien llegaría a ser uno de los organizadores de la industrialización soviética. En la celda de la prisión, Lichtentadt escribió una obra científica, que sería publicada después (*Goethe y la filosofía de la naturaleza*) y estudió a Marx. Una mañana de marzo de 1917, los presos de Schlüssenberg fueron reunidos en el corazón de la fortaleza por sus guardianes fuertemente armados; creyeron que les iban a masacrar allí mismo [...], pero la multitud forzó las puertas [...]. Lichtentadt salió de la cárcel para asumir este mismo día, junto con el anar-

El proceso de bolchevización de los militantes de otros partidos es poco conocido y estudiado. Por ello, vale la pena prestar atención al testimonio de otro menchevique, Vladímir Altshúller, que había participado muy activamente en la primera revolución rusa de 1905 y que en 1920 se separó de sus antiguos camaradas para ponerse del lado de los bolcheviques (aunque no se afilió al partido). Su hijo, el conocido periodista Serguéi V. Altshúller, recordaba el testimonio de su padre en sus memorias:

«Antes de la Revolución mi padre había sido menchevique, pero en 1920 tomó una decisión basada en sus principios ideológicos, una decisión que, una vez tomada, se mantendría vigente durante toda su vida. Así la explicaba él: 'Yo creí en Lenin'. Después de haber tomado esta decisión, mi padre comenzó a trabajar en los organismos soviéticos, lo que le supuso, como recordaría después, importantes conflictos y rupturas con algunas personas de las que había estado cerca ideológicamente. [...] Entre sus amistades figuraba la activista menchevique conocida por el pseudónimo revolucionario de Vera Bakínskaia, y cuyo verdadero nombre desconozco. En 1905 mi padre había colaborado frecuentemente con ella en las tareas revolucionarias. [...] Posteriormente ella empezó a luchar activamente contra el poder soviético. Una vez, al principio de los años 1920, mi padre volvió a casa y nos contó que se había cruzado en la calle con Bakínskaia. Ella le dijo que nunca más le estrecharía la mano porque que él

quista Iustin Luk, la administración de la ciudad de Schlüssenberg [...]. Marxista, su apego a la democracia le acercó primero a los mencheviques, para más tarde ingresar en el partido bolchevique a fin de unirse a los más activos, los más creativos y los más amenazados. Tenía muchos libros por escribir en su mente, un alma de científico, un candor infantil frente al mal y pocas necesidades materiales», (cita en pp. 108-109).

trabajaba con los bolcheviques. Su actitud era totalmente intransigente»^[12].

Entre los años 1918 y 1922 también los anarquistas y los socialistas revolucionarios se pasaron en masa al bando bolchevique^[13]. Según el testimonio del anarquista Anatolii Gorélik (escrito en el exilio argentino), «muchos anarquistas se habían enrolado en el Ejército Rojo y continuaban allí; en su mayoría estos compañeros se perdieron para el movimiento anarquista»; «la mayoría de los anarquistas, embelesados por la demagogia de los bolcheviques, les habían creído, identificando el golpe político bolchevique con la revolución social», «muchos anarquistas entraron en el partido bolchevique y ocuparon puestos de responsabilidad»^[14]. Otra anarquista, Nadezhda Ulanóvskaia, que optó por la «bolchevización» confirmaba la opinión de Gorélik, diciendo en sus memorias que «la mayoría de los anarquistas se habían hecho bolcheviques, tanto los que entraron en el partido como los que no lo hicieron»^[15]. Se-

gún su estimación, cientos de anarquistas siguieron luchando contra el bolchevismo en la década de 1920, pero una mayoría abrumadora —decenas de miles— lo apoyaron y se integraron en el sistema soviético.

Hasta mediados de la década de 1930 un número considerable de los antiguos anarquistas y socialistas revolucionarios todavía continuaba formando parte del ejército, la GPU-NKVD y los servicios de inteligencia soviéticos. Probablemente la razón de su afluencia hacia estas instituciones era la preparación militar que habían recibido los activistas de estos partidos en la época anterior a la Revolución. En cambio, los antiguos mencheviques, muchos de los cuales habían ejercido profesiones intelectuales durante la época zarista, siguieron trabajando tras la Revolución de Octubre como jueces, fiscales, profesores, directores de museos, ingenieros, etc.^[16]. Naturalmente, hubo excepciones a esta tendencia. Por ejemplo, el líder de un antiguo grupo anarquista, I. Grossman-Roschin, se hizo célebre como crítico literario, y el antiguo SR y emisario del Gobierno Provisional Víctor Shklovsky fue uno de los creadores de la famosa «teoría rusa» del formalismo en el lenguaje poético y del cine. Ambos perso-

12.- S. V Altshúller, «Nachalo puti. Semii, liudi, vremia. Vospominaniia», *Sem iskusstv*, 2, 39 (2013). <http://7iskusstv.com/2013/Nomer2/Altshuler1.php> [Consultado el 16 de octubre de 2017].

13.- Véase G. Guimpelson, «Put k odnopartiinoi diktature», *Otechestvennaia istoriia*, 4-5 (1994), pp. 94-110.

14.- Anatolii Gorélik, *Anarjisty v russkoi revoliutsii*, Buenos Aires, Izdanie rabochei isdatelskoi gruppy v respublike Argentine, 1922, p. 16, 17, 18. En las pp. 18-19 Gorélik publicó una pequeña lista de célebres anarquistas rusos convertidos al bolchevismo.

15.- Véase Nadezhda Ulanóvskaia, *Istoriia odnoi semii*, San Petersburgo, Inapress, 2003, p. 83. Cabe recordar, por ejemplo, que el principal consejero militar soviético durante los años 1936 y 1937 en España fue Vladímir Górev, quien había militado en el anarquismo. Górev era un oficial de alta graduación del Ejército Rojo destinado en el servicio de contraespionaje. Sus compañeros Alexánder Ulanovski y Nadezhda Ulanóvskaia, también antiguos anarquistas, formaban parte de los servicios de inteligencia soviéticos. En sus memorias, citadas arriba, Ulanóvskaia mencionaba a otros anarquistas que trabajaron con él en los servicios de inteligencia o en el ejército. Ulanóvskaia se había

pasado a la disidencia en la época en que escribió estas memorias, las cuales no estaban destinadas a ser publicadas en la URSS, hecho que permite excluir la presión de la ideología oficial en sus juicios.

16.- La lista podría ser larga, así que citaremos sólo algunos nombres a modo de ejemplo: Liúbov Gurévich, feminista y antigua activista menchevique, fue profesora de filosofía en el elitista Instituto de Profesores Rojos, la cuna de los teóricos del partido; Abram Deborin, otro menchevique, también trabajó allí y participó activamente en proyectos editoriales, como la publicación del primer volumen de análisis del nazismo alemán y una serie de traducciones de filósofos europeos; Andréi Vyshinski fue el fiscal de los siniestros Procesos de Moscú; Vladímir Altshúller trabajó en el Consejo de los Comisarios del Pueblo; Yuri Stéklov fue historiador de movimientos revolucionarios; Iván Maisky fue el embajador de la URSS en la Gran Bretaña.

najes fueron fieles al ideal comunista hasta su muerte^[17]. Por otra parte, algunos mencheviques trabajaron en el Ejército Rojo o en los servicios secretos.

Tras la Revolución de Octubre el partido bolchevique intentó proyectar una imagen de unidad ideológica monolítica sin fisura alguna, pero en realidad estaba compuesto por diferentes familias de la izquierda, diferentes grupos con lealtades ideológicas y personales distintas. No se trataba solamente de los antiguos mencheviques, SR y anarquistas que ahora formaban parte del partido, sino también de sectores de la vieja guardia bolchevique: los «comunistas de izquierdas» de Alexándor Bogdánov (el grupo Adelante), la Oposición de Izquierdas de Grigori Zinóviev y Lev Kaménev, la derecha comunista de Nikolái Bujarin y Alexéi Rykov y el grupo centrista de José Stalin, constituido durante la guerra civil rusa... A principios de la década de 1920 todos estos hombres entrarían en conflicto con otro grupo poderoso dentro del partido bolchevique: el del antiguo menchevique Trotsky y sus seguidores, que habían ingresado en el partido bolchevique en julio de 1917, sólo tres meses antes de la Revolución de Octubre, pero que durante la toma del poder en Petrogrado y la guerra civil desempeñaron trabajos de gran responsabilidad y ascendieron espectacularmente.

El triunfo de los bolcheviques en la sangrienta guerra civil rusa contra un enemigo más cualificado militarmente, mejor equipado y apoyado financieramente por las principales potencias extranjeras y por las tropas de ocupación de la Entente formada por Austria, Alemania y Japón, fue posible

gracias a su capacidad para atraer a su lado a amplios sectores de la población del antiguo imperio ruso, desde los campesinos hasta los artistas, desde los rusos hasta las etnias perseguidas durante el zarismo.

Tras la victoria, el país se embarcó en lo que un periodista estadounidense llamó «el experimento económico y la aventura social más grandes de la historia del mundo»^[18]. «En unas pocas décadas habrá un nuevo mundo, nuevos hombres y nuevas costumbres», declaraba el *ABC del Comunismo*, un libro que explicaba el programa del partido bolchevique a la población. Desde la Revolución Francesa ninguna otra nación europea se había impuesto una tarea comparable.

La URSS se convertía en un gigantesco laboratorio en el que se experimentaban nuevas políticas y nuevas formas de vida, se probaban los sueños que habían captado la imaginación y la mente de la izquierda revolucionaria rusa y europea durante más de un siglo. El triunfo definitivo del comunismo, decían los autores del *ABC del Comunismo*, sólo era posible a nivel mundial, ya que todas las economías eran interdependientes y, por lo tanto, la URSS no podría aislarse completamente del mundo capitalista. Pero hasta que la revolución venciera en otros países, «la misión del proletariado ruso era hacer todo lo posible para la transformación en la línea del comunismo», y tanto sus victorias como sus errores tendrían un significado extraordinario para el movimiento obrero mundial, mostrándole el camino^[19].

La Primera Guerra Mundial infringió al

17.- Citaremos un libro de este crítico hoy olvidado: Grossman-Roschin, I. *Judozhnik i epoja*, Moscú / Leníngrado, Gosudarstvennoe izdatelstvo, 1928. En cambio, los libros de Shklovski siguen siendo reeditados y traducidos; por ejemplo, Victor Shklovsky, *Gamburgskii schet: statii, vospominaniia, esse*, Moscú, Sovetskii pisatel, 1990.

18.- Harold Stearns escribió estas líneas en 1919 en *Dial*, citado por Peter Filene, *Americans and the Soviet Experiment. 1917-1933*, Cambridge Mass, Harvard University Press, 1967, p. 131.

19.- Nikolái Bujarin y Evgenii Preobrazhenskii, *The ABC of Communism*, Translated from Russian by Edan and Cedar Paul, England, The Merlin Press, 2006, p. 165.

movimiento socialista europeo un enorme trauma, provocando la ruptura de la gran familia agrupada en la Segunda Internacional (a pesar del acuerdo internacional de la Internacional en el sentido de impedir la guerra en Europa, en agosto de 1914 el primer partido en votar en favor de los presupuestos de guerra fue el socialdemócrata alemán, seguido por otros partidos nacionales; el único partido que se opuso categóricamente a la guerra fue el bolchevique). La ruptura de la unidad socialista europea, con la consiguiente pérdida de los logros alcanzados tras medio siglo de luchas, obsesionó a los pensadores comunistas.

Alexander Bogdánov (Malinovsky, 1873-1928), uno de los más originales y profundos pensadores bolcheviques, creía que la causa del fracaso había sido la adherencia de los obreros a la cultura burguesa y, en particular, a su valor fundacional: el individualismo, junto con sus diferentes manifestaciones como el nacionalismo (egoísmo nacional), la competencia (entre individuos, clases y naciones), etc. Esta cruel experiencia demostraba que, sin su propia cultura, sin una nueva visión de las cosas, «no era el proletario el que se apoderaba de la cultura del pasado, sino que ésta se apoderaba de él, como material humano, para alcanzar sus objetivos»^[20]. La conclusión de Bogdánov era la necesidad urgente de luchar por la creación de una nueva cultura, la cultura del proletariado. La existencia de esa nueva cultura era tan necesaria para el éxito de la transformación revolucionaria como la lucha política y económica. La cultura, decía Bogdánov, es la expresión concentrada de la ideología de la clase social; es una forma de organización de la vida de clase, una forma de unión y consolidación de fuerzas de clase. La cultura de una nueva clase siem-



Alexander Bogdanov en 1904 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

pre se caracteriza por una nueva visión, por la creación de nuevas sensibilidades, una nueva educación. La cultura cristaliza y organiza la creatividad de la clase social.

Los bolcheviques creían firmemente en el poder creativo de la organización. De hecho, aun antes de la Revolución de Octubre dos importantes teóricos de lo que entonces era el ala de la izquierda revolucionaria del movimiento socialdemócrata internacional, Lenin y Rosa Luxemburgo, expresaron sus divergencias en cuanto al papel de la organización. Rosa Luxemburgo creía que la futura revolución sería una explosión espontánea de los trabajadores, mientras que Lenin estaba convencido de que la revolución era un arte, como dijo Marx, y como tal requería un intenso trabajo, una larga preparación y organización.

20.- Alexander Bogdanov, *O proletarskoi kulture*. 1904-1924, Leningrado, Moscú, Izdatelskoe tovarishevstvo «Kniga», 1924, p. 145.

Bogdánov, pensador de gran influencia^[21], sostenía que «la construcción del socialismo implica llevar a cabo un trabajo organizativo de una profundidad y amplitud que nunca antes había realizado ninguna otra clase»^[22]. Se trataba de crear no solamente una nueva política o sistema económico, sino también una nueva moral, un nuevo derecho, un nuevo arte y una nueva ciencia, organizar una nueva existencia (*byt*). La creatividad, pensaban los bolcheviques, tiene un carácter social y no individual, porque se basa en la superación de la experiencia colectiva acumulada.

«La creatividad —escribía Bogdánov— es una variedad más complicada y superior del trabajo. Por lo tanto, sus métodos se basan en los métodos del trabajo de la clase»^[23]. «Los métodos de la creatividad proletaria se basan en los métodos del trabajo proletario, es decir, el tipo del trabajo característico de los obreros de la gran industria moderna»^[24]. Basándose en el carácter del trabajo del proletariado ruso, que ya han sido mencionados en el inicio de este artículo (gran concentración de trabajadores, alto nivel de mecanización), Bogdánov afirmaba que el trabajo proletario moderno reunía los elementos del trabajo físico (el esfuerzo muscular para poner en marcha las máquinas) y del trabajo intelectual (la atención, la concentración, la iniciativa, la comprensión, los conocimientos técnicos y todas las habilidades necesarias para hacer que las máquinas funcionaran correctamente), del organizador («de los esclavos de metal») y del ejecutor del trabajo. La

concentración del trabajo en la producción masiva conllevaba la cooperación colectiva y el acercamiento de diferentes especializaciones; el mismo obrero podía gestionar diferentes máquinas, en las que se concentraban diferentes especializaciones del antiguo trabajo artesanal. La homogeneidad objetiva y subjetiva del trabajo, la necesidad de la cooperación colectiva creaban un nuevo tipo de relaciones de trabajo, un trabajo colectivista.

Si en el modelo autoritario del trabajo había un organizador y un ejecutor, uno que daba las ordenes y otro que las cumplía, en el modelo colectivista funcionaba el tipo de relación de camaradería, basado «en la comprensión, la compenetración y compasión mutuas, la intención de actuar colectivamente». Esta relación de camaradería, propia del trabajo proletario, «se extendía, superando los límites de la fábrica y de la profesión, a la clase obrera a escala nacional y después internacional.

Por primera vez empezaba a percibirse la tarea colectiva, el colectivismo de la humanidad en la lucha contra las fuerzas ciegas de la naturaleza»^[25]. Sólo el proletariado, creía Bogdánov, era capaz de alcanzar el antiguo propósito de la humanidad de abolir las separaciones de clase, nación o religión entre los seres humanos, de alcanzar una auténtica fraternidad. Y sólo, tras conseguir esta tarea, la humanidad podría superar a sus antiguos enemigos, las enfermedades y la pobreza, permitiendo a cada persona alcanzar un pleno desarrollo tanto físico como espiritual.

Esta nueva cultura se extendía no solamente en el espacio, configurando el internacionalismo como filosofía de vida, sino también en el tiempo, descendiendo a las profundidades de la historia y enviando señales al futuro:

21.— Véase J. Biggart, «Bukharin, kulturnaia revoliutsiia i istoki stalinizma», *Otechestvennaia istoriia*, 2 (1994), p. 90-104.

22.— Alexander Bogdánov, *O proletarskoi kulture. 1904-1924*, Leningrado, Moscú, Izdatelskoe tovarishevstvo «Kniga», 1924, p. 213.

23.— *ibid.*, p. 192.

24.— *ibid.*, p. 194.

25.— *ibid.*, p. 195.

«Camaradas, hay que comprender que no sólo vivimos en el colectivo del presente, vivimos en la cooperación de las generaciones. No se trata de la cooperación entre las clases, sino de algo totalmente diferente. Todos nuestros trabajadores, todos los combatientes del progreso de las épocas pasadas son nuestros camaradas, sin importarnos a qué clase social han pertenecido. ¿Por qué luchamos contra las clases burguesas del presente? Porque nos impiden continuar la causa de la historia que hemos recibido como un relevo de la burguesía revolucionaria del pasado. Son ellos los que traicionan a sus antepasados. Aquéllos avanzaban, luchando heroicamente contra las fuerzas ciegas de la historia, mientras éstos dicen: no queremos seguir avanzando, mejor retroceder. Nosotros continuamos la ofensiva de aquellos regimientos desaparecidos y decimos a la burguesía: ustedes visten sus uniformes, pero no son combatientes como aquéllos, ustedes se han entregado al enemigo, a las fuerzas oscuras del reino de la historia y por eso luchamos contra ustedes. Aquellos combatientes son los nuestros, aunque nuestras armas sean distintas y avancemos con una marcha diferente, pero luchamos por la misma causa común, por nuestra causa, la lucha de lo vivo contra lo muerto»^[26].

Para terminar este brevísimo resumen de las ideas de la cultura proletaria citaremos una última observación de Bogdánov sobre la naturaleza de lo colectivo, ya que estas ideas constituyeron la base sobre la cual se edificaba la política soviética y la construcción de la nueva sociedad. «Es absurdo pensar —sostenía Bogdánov— que el colectivismo no tiene necesidad de la independencia personal. En la colectividad cada uno completa a los demás, éste es su papel.

26.- *ibid.*, p. 122-123.

Pero uno sólo puede completar a otros en la medida en que se diferencia de los otros, en la medida en que es original, independiente, lleno de iniciativa. Está claro que el significado de esta independencia no es la defensa de los intereses personales, sino el desarrollo general de los talentos individuales, la capacidad de mostrar iniciativa, de ser crítico, de ser original»^[27].

Otros intelectuales bolcheviques compartían esta visión de la cultura de la izquierda. Uno de los más antiguos miembros de la vieja guardia bolchevique, Alexánder Lozovsky, subrayaba en su polémica con los anarquistas franceses que «la revolución es el resultado de una grandiosa creatividad colectiva de las masas»^[28]. Los autores del *ABC del comunismo* afirmaban que la sociedad del futuro sería «la sociedad de camaradas, una sociedad basada en el trabajo, una sociedad sin clases en la que se organiza la producción»^[29]. Sobre esta base estaban basados los experimentos sociales y políticos soviéticos.

Antes de describir brevemente algunos de estos experimentos que tuvieron éxito en la Unión Soviética, es necesario resumir el método que se empleó para crearlos. Este método tuvo distintos nombres. En la literatura intelectual de la época figura como «método destructivo-constructivo», método de contradicciones dialécticas o, simplemente, método revolucionario dialéctico. El modelo de este método para crear la organización de la nueva cultura era el mismo fenómeno de la revolución, con su carácter vertiginoso y tormentoso, su capa-

27.- *ibid.*, p. 236.

28.- Alexánder Lozovsky, *Anarjo-sindikalism y kommunizm*, (1 ed- 1922), Librokom, 2010, p. 208. Véase más sobre esta polémica en Robert Wohl, *French Communism in the Making, 1914-1924*, Stanford, University Press, 1966.

29.- Nikolái Bujarin y Evgenii Preobrazhenskii, *The ABC of Communism*, Translated from Russian by Edan and Cedar Paul, England, The Merlin Press, 2006, p. 87.

cidad para destruir y construir, «la fuerza renovadora de su veneno revitalizante» y las nuevas formas dinámicas que empezaban a imaginarse en fuerte oposición a la persistencia de la tradición.

Petr Stuchka, uno de los creadores del nuevo derecho soviético, describió este método de la siguiente manera: «Hemos estudiado suficientemente el curso y la naturaleza de la revolución. Un proceso de destrucción, seguido por otro de creación, más tarde un rechazo despiadado de todo lo que acababa de ser construido, lo cual resultó no ser válido, y de nuevo la construcción. Un observador externo a este proceso podría pensar que se trata de un irracional malgasto de energía. Pero no hay otro camino que lleve a la victoria»^[30].

Este método de construcción de la nueva cultura dio lugar a debates encarnizados entre los diferentes grupos del partido y de la *intelligentsia* pro-revolucionaria y a agresivas campañas de crítica (que resultaron muy traumáticas para los criticados). Todo ello con el objetivo de conservar el carácter explosivo y extremadamente dinámico de la generación de nuevas ideas, nuevas formas, nuevas actitudes, y de acelerar la construcción de la nueva cultura, del nuevo mundo y del nuevo hombre. En definitiva, hacer la revolución del pensamiento.

Otro célebre intelectual favorable a la revolución, el teórico de teatro y cine Adrian Piotrovsky, también describió el método del progreso a través del conflicto:

«Una forma nueva no puede hallarse inmediatamente, sino que se conquista mediante duras batallas, a costa de equivocarse. Pero el camino hacia ella es lo que determina la línea general, magistral, del desarrollo artístico de nuestro cine. A lo largo de estas

líneas se sitúan las principales tendencias artísticas que se enfrentan en el cine soviético. Esta lucha es necesariamente encarnizada, porque los diferentes grupos sociales de nuestro país presentan exigencias diversas con respecto a nuestro cine. Esta lucha inevitablemente se vuelve aún más encarnizada a medida que mejora la técnica y aumenta la cultura de los trabajadores del cine y de los espectadores. Todo ello permite formular más claramente las diferentes posturas»^[31].

Para que el lector pueda apreciar el grado de implicación de los intelectuales no comunistas, es necesario aclarar que a diferencia de Bogdánov o Stuchka, Piotrovsky no era un antiguo miembro del partido; uña y carne de la antigua *intelligentsia* refinada y próspera, era un representante típico de los intelectuales pro-revolucionarios que «creyeron en Lenin».

Esbozemos ahora, aunque sea brevemente, algunos de los grandiosos experimentos que la Revolución de Octubre hizo posibles.

A nivel nacional. Democracia soviética

Parece paradójico referirse a la democracia tratándose de la Unión Soviética, donde no existían las formas democráticas que pueden resultar familiares para el lector, como la democracia parlamentaria, la existencia legal de partidos diversos, la libertad de expresión en los grandes medios de comunicación o una cierta moderación en las relaciones sociales y el espíritu de compromiso, es decir, las formas propias de un régimen democrático burgués.

Sin embargo, los comunistas conferían un gran valor a la democracia, apreciando

30.– Petr Stuchka, «Kultura i pravo», *Revoliutsiia prava*, marzo-abril de 1928, p. 17.

31.– Citado por Adrian Piotrovsky, *Teatr. Kino. Zhizn*, Ленинград, Искусство, 1969.

también la forma burguesa de la democracia, como se manifestó durante la etapa de la política de los Frentes Populares, impulsada por la Internacional Comunista entre 1935 y 1939. Pero la democracia burguesa, aunque representara un gran paso adelante, no era suficiente para ellos. La libertad o la democracia no podían existir de verdad, opinaban ellos, sin los otros dos componentes del *motto* de la Revolución Francesa: la igualdad, incluida la igualdad económica o lo que Jean Jaurès llamaba «democracia económica», el acceso de todos a las riquezas creadas por la sociedad; y la fraternidad, el colectivismo social e internacional.

Aunque participaron brevemente en el Parlamento ruso, la Duma, los bolcheviques, al igual que sus homólogos alemanes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, lo hicieron como un ejercicio de propaganda ideológica, pues creían que el verdadero *locus* del poder en las sociedades burguesas no se hallaba en el parlamento y que, desde la conquista del sufragio universal, la burguesía evitaba discutir en el parlamento todas las cuestiones relevantes, como el sistema económico, por ejemplo. Los bolcheviques pretendían crear una sociedad libre y entendían que las restricciones impuestas a la libertad, como la prohibición de la prensa independiente, la detención de los contrarrevolucionarios, etc., representaban un estado transitorio de la defensa de la revolución en unas condiciones de aislamiento internacional y de amenaza por parte del capitalista. La idea de la dictadura del proletariado, como ellos llamaban a este período de restricción de la libertad, se inspiró en las leyes con que las democracias europeas restringieron las libertades constitucionales de los ciudadanos durante la Primera Guerra Mundial.

Otro modelo a seguir para los comunistas, e incluso más importante, era la política seguida por los jacobinos en cir-

cunstancias similares. La importancia de la influencia de las revoluciones francesas sobre la conceptualización de la revolución en Rusia ya se mencionó al inicio de este artículo. No es casual que en la URSS los estudiosos sobre la Revolución Francesa se encontraran no solamente entre los historiadores, sino entre los legisladores. Uno de los creadores del derecho soviético, el viejo bolchevique Yákov Staroselsky, analizó las prácticas de la dictadura jacobina para recordar a sus lectores que un rasgo importante de la dictadura del proletariado era «su carácter temporal, su ‘justificación’ como violencia política reside en el hecho de que su perspectiva sería la desaparición de toda violencia»^[32]. En estas palabras de Staroselsky se percibe claramente el impacto de la Primera Guerra Mundial. Esta guerra, que junto con la revolución de 1905 y la Revolución de Octubre formó parte de la experiencia vital de la generación revolucionaria, constituyó (muy en el sentido de las ideas de Bogdánov sobre el carácter colectivo acumulado de la experiencia) su fuente de conocimiento sobre la forma de actuar en condiciones bélicas. El lema de la Entente que justificaba «esta guerra para terminar todas las guerras» se transformó en «la violencia política para hacer desaparecer toda violencia».

Según Staroselsky, el concepto de la democracia proletaria socialista estaba basado en la idea de un «movimiento de masas de amplitud nunca vista» en la política y «de una organización puramente popular del poder»^[33], en las que las personas tendrían la oportunidad de tomar decisiones políticas y ejecutarlas por sí mismas, y no a través de sus representantes como en la democracia representativa moderna. La

32.- Yákov Staroselsky, *Problemy iakobinskoj diktatury*, Leningrado, Gosizdat, 1930, p. 3.

33.- *Ibid.*, p.3.



Alexandra Kollontai, con delegadas de la Conferencia de Mujeres Comunistas de los Pueblos del Este, celebrada en Moscú en abril de 1921 (Foto: Photochronicles TASS. Fuente: inrussia.com).

Revolución de Octubre y la guerra civil ya fueron el escenario de un movimiento popular de enorme amplitud, pero los bolcheviques comprendían que las clases oprimidas carecían de conocimientos políticos, no conocían las prácticas de la política, desconocían los conceptos de la filosofía política o del derecho que estaban detrás de esas prácticas e incluso ignoraban el lenguaje abstracto de la política.

Bogdánov afirmaba que la nueva cultura tendía al monismo, eliminando las diferencias entre la práctica y la actividad intelectual, la vida y el arte, la ciencia y el arte. La vida debía acercarse al arte y el arte a la vida, y ambas debían impregnarse de la ciencia, de la organización racional. Sobre la base de estos conceptos el partido (el organizador) había creado el modelo que permitía enseñar la política a los oprimidos

(de manera que, conforme a la expresión de Lenin, cada cocinera pudiera gobernar el Estado), a la par que les proporcionaba la experiencia de practicar la política, de ejercer la democracia proletaria. Un buen ejemplo de este enorme experimento social es la emancipación de las mujeres, un colectivo doblemente oprimido, por ser mujeres y por ser proletarias o campesinas.

Las feministas del partido bolchevique crearon una nueva estructura estatal: el Departamento Femenino (Zhenotdel). El objetivo de esta institución era contribuir a la educación política de las mujeres, promoverlas a los órganos del poder y luchar al mismo tiempo contra los prejuicios machistas. Cada tres o seis meses los comités de las fábricas y los sóviets de las aldeas elegían una delegada que llevaba en la cabeza un pañuelo rojo como signo de poder.

Las delegadas eran enviadas a las uniones profesionales o a los órganos del poder soviético, es decir, los juzgados y las oficinas de la administración, donde estudiaban y participaban en la «ciencia del gobierno». Trascurrido el plazo, regresaban junto a sus electoras, debiendo enseñar lo aprendido a las demás obreras o campesinas que habrían de elegir a la siguiente delegada, con lo que el ciclo se repetía. Este método profundamente democrático estaba pensado para garantizar el carácter de masas de la acción política de la que hablaba Staroselsky, así como para permitir el acceso de un colectivo oprimido a la vida política, fusionando la actividad política con la económica (las obreras y las campesinas no se profesionalizaban en la política).

El Zhenotdel también puso en marcha la gigantesca campaña de alfabetización y la educación de las mujeres, a la que accedieron millones de ciudadanas soviéticas. En las repúblicas musulmanas, donde el estatus jurídico de la mujer era el de un objeto de propiedad, el Zhenotdel realizó una enorme labor de concienciación. A pesar de las constantes amenazas y los asesinatos de las activistas, la propaganda por la igualdad de la mujer continuó, y durante las asambleas del Zhenotdel siempre había mujeres que se levantaban tras los discursos, se despojaban públicamente del *burka* o del *hijab* y se pasaban a las filas donde se sentaban «las mujeres emancipadas de Oriente»^[34].

Para facilitar a las mujeres el acceso a la democracia y a la igualdad, el primer gobierno bolchevique, pese a las condiciones desfavorables de la guerra civil, la enorme pobreza y la destrucción del tejido industrial y urbano causada por los sucesivos conflictos bélicos, adoptó un paquete de medidas redactado sobre la base de

las discusiones del Primer Congreso de la Mujer Trabajadora (1918). La ley soviética sobre «el matrimonio, la familia y la tutela», que reconocía la igualdad de hombres y mujeres, garantizaba la equiparación de salarios, abolía el matrimonio eclesiástico, legalizaba el aborto, anulaba el estatus de hijo natural, exigía el consentimiento de ambas partes para el matrimonio, introducía el permiso remunerado de maternidad y permitía el divorcio a petición de una de las partes. Según la ley soviética, las mujeres obtenían el derecho no limitado a la educación (anulándose la separación de niños y niñas en las escuelas), al trabajo, al voto y al acceso a los órganos del poder. La «esclavitud doméstica» debía ser superada por la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de niños: guarderías, panaderías, lavanderías, fábricas-cocinas y restaurantes comunales. Ni antes ni después ningún otro gobierno aprobó un programa de reformas tan completo a favor de la mujer.

A nivel internacional. Política internacional

Se trataba de un campo de especial importancia para la cultura del colectivismo, ya que desde los tiempos de la Primera Internacional se pensaba que a la organización de la burguesía al nivel internacional el proletariado debía responder con la internacionalización de su política. Tras la derrota de la Comuna de París, Marx escribió que «la experiencia del pasado demostró que una actitud negligente hacia la hermandad que debe existir entre los obreros de diferentes países, que debe alentarlos a sostenerse mutuamente en la lucha por su liberación, se penaliza con la derrota general de sus acciones desunidas»^[35].

34.- Véase más sobre el tema en Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia*, New Jersey, Princeton University Press, 1978, pp. 317-423.

35.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalizm v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, p.3.

El principio del internacionalismo proletario, las «relaciones de camaradería entre los proletariados de diferentes países», como diría Bogdánov, era una de las bases legales de la política exterior soviética. Hay que puntualizar que, a pesar de la opinión muy extendida, el principio del internacionalismo proletario no implicaba la ayuda *manu militari* a las revoluciones en otros países. Según Lenin, el internacionalismo proletario exigía: «un trabajo abnegado por desarrollar el movimiento y la lucha revolucionarios *en su propio país*, y apoyar (por la propaganda, por la simpatía, por medios materiales) *la misma lucha, la misma línea, e únicamente ella* en todos los países sin excepción alguna»^[36].

La interpretación de Lenin es muy parecida a la clásica comprensión de este principio, existente en la Primera y la Segunda Internacional, que consideraba que el más importante apoyo que podía ofrecer un partido socialista nacional a otro en la lucha era hacer propaganda en favor de su causa, proporcionar una asistencia financiera en la medida de lo posible y prestar ayuda humanitaria (envío de alimentos, de medicamentos, acogida de refugiados, etc.). Sin embargo, tras la revolución algunos líderes bolcheviques, en particular Lev Trotsky y Grigori Zinóviev, se pronunciaron a favor de las «guerras napoleónicas» o intervenciones militares de menor envergadura que, al igual que en los tiempos de la Revolución Francesa, pudieran llevar las ideas de la Revolución fuera de las fronteras de su patria. Partidario de estas ideas fue el futuro mariscal Mijail Tujachevski (ejecutado por Stalin en 1937 por supuesta conspiración a favor de Trotsky), pero estos proyectos fueron rechazados por la mayoría del Buró Político al considerarse anti-marxistas, ya

que no se podían exportar las revoluciones, porque no se podía «saltar del segundo mes del embarazo revolucionario al noveno», y también impracticables (tras la guerra civil la URSS era un país azotado por la pobreza, la destrucción de su tejido industrial y urbano y la aparición de epidemias). El tema de la ayuda militar puntual a otros países se discutió con frecuencia en las sesiones del Buró Político del partido bolchevique, que recibía regularmente solicitudes de ayuda militar por parte de diferentes partidos comunistas, las cuales siempre eran rechazadas^[37]. Hubo excepciones a esta regla: la URSS envió ayuda militar en forma de suministro de armas y envío de consejeros militares a las revoluciones alemana (1918-1923) y china (durante algunos períodos a lo largo de las décadas de 1920 y 1930) y a la República Española (1936-1939). Sin embargo, estos casos fueron puntuales y la toma de decisiones invariablemente difícil.

El campo de la política exterior mostró qué difícil era «el dramático cambio desde las ideas de un partido revolucionario clandestino hacia el realismo político de un gobierno en el poder»^[38]. En octubre de 1917 los bolcheviques estaban seguros de que estaban en vísperas de la revolución europea que permitiría establecer nuevas relaciones entre las naciones del continente, fundando lo que Engels había llamado «una república proletaria, unida e indivisible»^[39]. La ausencia (la tardanza, en opinión de los bolcheviques) de las revoluciones en otros países creó una situación totalmente imprevista. Los bolcheviques se enfrentaron al problema de encontrar nuevos principios

36.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalizm v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, p.4. El subrayado es de Lenin.

37.- Véase, por ejemplo, *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska. 1912-1927*, Moscú, Rosspen, 1996, p. 205-206.

38.- Citado por I. Gorojov, L. Zamiatin y L. Zemskov, *Chicherin – diplomat leninskoi shkoly*, Moscú, Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973, p. 95.

39.- Citado por Ilya P. Trainin, *SSSR i natsionalnaia problema*, Moscú, Krasnaia nov, 1924, p. 22.

de actuación para el partido revolucionario en una escena internacional dominada por las fuerzas burguesas.

Los bolcheviques veían la URSS como el prototipo de la futura república proletaria mundial y, partiendo de esta idea, crearon los nuevos principios de la política exterior soviética, dirigida a diversos grupos en Occidente. El «derecho de autodefensa», es decir, el deseo de preservar el Estado creado por la Revolución Rusa, fue uno de los principales objetivos de la política soviética. Otro objetivo era el de sentar los fundamentos no sólo de su supervivencia, sino del crecimiento de su riqueza y poderío, ya que la URSS debía mostrar el ejemplo de la aplicación de nuevas formas sociales, políticas y culturales. Por último (exactamente en este orden, según la comprensión leninista del principio del internacionalismo revolucionario), la URSS debía prestar ayuda a los movimientos de liberación, en primer lugar a los partidos comunistas, y en segundo lugar, a los movimientos coloniales y proletarios que desearan colaborar con el bolchevismo, incluyendo asociaciones culturales, sindicatos revolucionarios y los movimientos cooperativos agrícolas.

Estos objetivos permitieron crear una complicada política exterior dirigida a diferentes grupos en Occidente y Oriente. Una parte de la política exterior debía dirigirse necesariamente a los gobiernos burgueses. La URSS estaba interesada en romper el bloqueo, a fin de conseguir los créditos y tecnologías necesarias para vencer la pobreza y reconstituir el tejido industrial. Los dirigentes soviéticos decidieron hacer uso de los foros donde se relacionaban los gobiernos de otros países (como las conferencias internacionales o la Sociedad de las Naciones), no solamente para intentar llegar a acuerdos de cooperación, sino también para promocionar a nivel internacional los principios de la política proletaria:

la propaganda de la paz y de la cooperación nacional, el rechazo de la jerarquía de las naciones, la afirmación del principio de la igualdad de todos los pueblos (especialmente la defensa de los derechos de las naciones pequeñas), el rechazo del colonialismo, el rechazo de la intromisión en los asuntos internos de una nación con el objetivo de «civilizarla» o «democratizarla» (la propaganda de guerra de Alemania durante la Primera Guerra Mundial afirmaba que ese país luchaba contra el «despotismo» de Rusia para liberarla y civilizarla), y la afirmación del derecho de todos los pueblos a decidir su destino por sí mismos. Es decir, los foros burgueses de la política internacional eran vistos como los parlamentos burgueses en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, que los socialistas revolucionarios habían utilizado para hacer propaganda de sus ideas. Lo más importante para los bolcheviques era mantener la paz, objetivo que estaba en el centro de toda la política exterior soviética, pues se trataba de una necesidad práctica: la URSS era frágil y necesitaba la paz para llevar a cabo la transformación revolucionaria. Pero también era parte de la ideología marxista, que creía que mientras el capitalismo necesitaba y creaba las guerras, el socialismo crearía un mundo de paz.

La segunda esfera de la política soviética tenía por objetivo la creación de la «nueva diplomacia», la diplomacia del pueblo, consistente en la comunicación entre organizaciones obreras. En numerosas ocasiones los bolcheviques hicieron el llamamiento directo no hacia los gobiernos de otras naciones, sino hacia sus partidos proletarios, sindicatos, etc. Se trataba de una idea nacida en el fragor de la Primera Guerra Mundial^[40]. Los bolcheviques veían

40.- Véase más sobre el tema: Arno J. Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*, New Haven, Yale University Press, 1959.

la diplomacia del pueblo como un intento de democratizar la política exterior, promocionando la participación de amplios sectores de la población en su elaboración, lo que correspondía a su concepto de la democracia, como ya se indicó en este artículo. Al igual que Jaurès y Luxemburgo, Lenin pensaba que «la diplomacia de los pueblos» podía ser incluso más eficaz que «la diplomacia de los estados». En uno de sus escritos, el fundador del partido bolchevique afirmaba:

«Tenemos una unión internacional que no está registrada en ninguna parte, no está formalizada, no representa nada desde el punto de vista «del derecho internacional», pero significa todo en el mundo del capitalismo en proceso de degeneración»^[41].

La tercera esfera de la política exterior soviética era la dirigida a los partidos comunistas a través de la Internacional Comunista. Alexánder Lozovsky, en su polémica con los anarcosindicalistas franceses, definió claramente la visión soviética del desarrollo de esta política: «Nuestro ideal es la creación de la única Internacional que agrupe al movimiento político, sindical y cooperativo de la clase obrera para reunir en una organización, en un solo puño, toda la energía revolucionaria del proletariado a fin de poder luchar contra la burguesía internacional, una burguesía unida, bien organizada y bien consciente de sus intereses»^[42]. Esta Internacional tomaría decisiones obligatorias para todas sus organizaciones y utilizaría la fuerza conjunta para conseguir los objetivos en el país con más posibilidades para el movimiento revolucionario, pidiendo a los otros países

que sacrificaran temporalmente, si fuera necesario, sus intereses a la promoción de la causa común.

Para cumplir con algunos de estos objetivos, uno de los primeros actos del poder soviético fue denunciar la existencia de tratados secretos entre las potencias europeas, las cuales se repartían los territorios de otras naciones en zonas de influencia y dividían los mercados y los recursos naturales de países pequeños. Los tratados de este tipo encontrados en la cancillería zarista fueron agrupados en una larga colección titulada «Documentos del imperialismo» con la intención de hacerlos del dominio público. La colección se publicó con una gran tirada entre 1918 y el final de la década de 1920, provocando un gran escándalo en las cancillerías y la prensa del Reino Unido, Francia, Alemania y los Estados Unidos^[43]. La URSS rescindió además unilateralmente los tratados de corte imperialista concluidos durante la época zarista con Irán, Afganistán, China y otras «naciones oprimidas de Oriente», como parte de su visión de la igualdad de todas las naciones y expresión del internacionalismo proletario^[44].

El intercambio de cartas privadas entre el primer responsable de la política exterior soviética Gueorgui Chicherin y Vladímir Lenin deja ver que la política exterior soviética se construía como una antítesis de la política exterior capitalista, y muestra cómo debían ponerse en práctica los diferentes elementos de la política exterior soviética, según la concepción de sus creadores:

41.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalizm v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, pp. 5-6.

42.- Alexánder Lozovsky, *Anarjo-sindikalizm y kommunizm*, (1 ed.- 1922), Librokom, 2010, pp. 15-16.

43.- Por ejemplo, uno de los volúmenes de esta colección: *Mezhdunarodnaia política noveishego vremeni v dogovoraj, notaj i deklaratsiaij*, Moscú, Litizdat NKID, 1928.

44.- Véase Timothy Edward O'Connor, *Diplomacy and Revolution. G. V. Chicherin and Soviet Foreign Affairs, 1918-1930*, Ames, Iowa State University Press, 1988.

«Debemos introducir algo nuevo en las formas habituales de las relaciones internacionales para impedir que estas formas se conviertan en un arma del imperialismo. Lo nuevo se crea tanto a partir de nuestra experiencia y nuestro trabajo creativo como a partir de lo que la propia vida está creando durante el proceso de la destrucción y ruptura del mundo imperialista. El resultado de la guerra mundial ha sido la intensificación del movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y coloniales. Las potencias mundiales empiezan a sentir que todas las costuras empiezan a romperse. Nuestro programa internacional debe introducir en el esquema de relaciones internacionales a todos los pueblos coloniales y oprimidos. [...] Otra novedad debe ser la participación de las organizaciones obreras [...]

Como resultado tendremos una propuesta atrevida y totalmente innovadora: un congreso internacional con la participación de todos los pueblos del globo terrestre sobre la base de una total igualdad, sobre la base de la declaración del derecho de la autodeterminación o del gobierno propio de todos los pueblos oprimidos, y con la participación de las organizaciones obreras (han de constituir un tercio del congreso). El congreso tendrá como objetivo no la obligación impuesta por una minoría, sino el acuerdo global... Al mismo tiempo, proponemos una reducción universal de los armamentos.

[...] El único anhelo de nuestro pueblo es vivir en la paz y amistad con las masas trabajadoras de todas las naciones»^[45].

Las voces de los jóvenes de la Revolución de Octubre

Siguiendo el modelo de los pensadores socialistas desde Jaurès hasta Bogdánov,

45.- Citado por I. Gorojov, L. Zamiatin, I. Zemskov, *Chicherin – diplomat leninskoi shkoly*, Moscú, Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973, pp. 145-6, 95.

terminaremos este breve esbozo de algunos de los experimentos sociales, políticos y culturales de la Revolución de Octubre, dando cabida no sólo a las voces de los *polycymakers* o intelectuales del partido, sino también a los representantes de base, a los elementos democráticos de esta revolución del pensamiento, a los hijos de la Gran Revolución Rusa.

Demasiado jóvenes para poder participar en la Revolución de Octubre o en la guerra civil, estas personas (una mujer y un hombre procedentes de clases acomodadas) nunca fueron miembros del partido y se vieron profundamente afectados por la trágica época del Gran Terror. Ambos dejaron su testimonio sobre el ambiente intelectual y emocional de aquellos años, el ambiente de libertad y creatividad, el ritmo frenético de la vida, el calor de los debates sobre el porvenir, el fantástico espacio de futuro que aparecía en medio del presente real de las viejas capitales del imperio, Petrogrado y Moscú. Sus textos sobre su juventud y los sueños que los inspiraban fueron escritos décadas más tarde, en la época del conservadurismo de Brezhnev, pero ambos autores, a pesar de traumas y desilusiones, nunca renunciaron a sus ideales juveniles.

Habla Nina Gagen-Torn:

«El centro de nuestra vida universitaria era la residencia de estudiantes. Vivíamos en una comuna. [...] El *Snark* (del libro de Jack London) es una nave que nos permite viajar «sobre la tierra, bajo la tierra, sobre el agua, bajo el agua, en el aire y en el espacio». La tripulación del *Snark* es toda nuestra comuna más los amigos. [...] El ritual del viaje es el siguiente: a la habitación donde vivía Ira Varshávskaja se llevaban las sillas y se colocaban de tal manera que sus respaldos formaran el bordo de la nave. [...] La nave tenía un cuaderno con el registro de todos los viajes. Allí también se escribían los pro-



Columna de hombres y mujeres en los primeros tiempos de la revolución (foto de autoría desconocida. Fuente: yandex.ru).

yectos de los viajes del futuro. [...] El viaje se componía de dos partes. La primera era un conferencia seria sobre los temas científicos de actualidad. Por ejemplo, el físico Kuka Dorfman nos habló del principio de la relatividad de Einstein. Entonces sólo acababan de aparecer las primeras noticias sobre ello. [...] El debate sobre los principios filosóficos del descubrimiento, sobre la imagen de la estructura del átomo, duró varias horas.

Después de la presentación empezaba la segunda parte, su interpretación humorística, a veces en forma del teatro. [...] Ahora ya no recuerdo todos los temas, todos los viajes del *Snark*. Pero veo rostros jóvenes, animados, recuerdo la sensación del aire que fluía libremente, danzaba, recuerdo una ventana abierta al mundo. Parecía que el *Snark* se

elevaba ya en el aire, salía ya por la ventana y, como una silueta de luz brillante, flotaba por encima de la Catedral de San Isáak. ¡Estamos volaaaando! [...]

Después recitábamos poesías. A veces, durante las noches blancas, bajábamos a la calle cantando, marchábamos hasta la Plaza del Palacio y bailábamos allí. Cualquier otro sitio nos parecía pequeño, nos faltaba espacio. Al día siguiente seguíamos reunidos, pues estábamos empezando a discutir cómo viviría nuestra comuna, qué casa conseguiríamos para ella y cómo íbamos a distribuir las habitaciones.

En nuestros sueños, la casa de nuestra comuna sería así: la planta baja daría cabida a la biblioteca, el comedor, la cocina, el espacio de descanso y el «barrio de los niños», pues tendríamos niños y los educa-

ríamos a todos juntos. La segunda planta se dedicaría a las habitaciones individuales. Cada persona tendría su habitación. En la comuna seríamos diez o doce personas. No imaginábamos la familia como una entidad cerrada, como las del falansterio... El amor viene y se va, pero la vida no se basa en el amor, la vida se basa en la amistad y la camaradería»^[46].

Habla Alexander Gladkov:

«Moscú, a mediados de la década de 1920 [...] El TEATRO más sorprendente, irrepetible, imposible, único en el mundo [el teatro del genial director Vsévolod Meyerhold – O.N. [...] En todo ello estaba la nueva estética de nuestro tiempo, el oxígeno y el ozono que respiraba la revolución, el ritmo de los fantásticos años veinte, los años de nuestra juventud, la juventud de nuestra generación. [...] Todos conocían el nombre de Meyerhold, incluso aquéllos que nunca habían pisado su teatro. Para los hombres de la tradición, del pasado, su nombre causaba tanto espanto como la palabra ‘mandato’. [...]

Los legendarios escándalos de los románticos en los estrenos de las obras de V. Hugo parecían bromas de niños comparado con lo que pasaba en los estrenos del Teatro de Meyerhold o en los debates donde se anunciaba su presencia.

Tengo delante de mí la transcripción taquigráfica del debate sobre el espectáculo *El alba* (finales de 1920). El lápiz preciso de una taquígrafa diligentemente anotó entre paréntesis: ‘gritos increíbles’. Un poco más adelante: ‘griterío espantoso’. Después sigue una pausa en el texto con la explicación escrita en el margen: ‘El ruido y los gritos son tales que no se entienden las palabras,

todos gritan como si estuvieran a punto de pasar a las manos’.

La propia palabra ‘Meyerhold’ significaba más que la vida de un hombre, aunque este hombre existía en la realidad, comía, bebía, dormía, llevaba una chaqueta, ensayaba en su teatro abierto a todos los vientos y corrientes, salía a recibir los aplausos, participaba en los debates.

Su nombre unía a unos y desunía a otros. Era una bandera en la guerra, una contraseña, un concepto abstracto que no requería explicaciones, un tema para los debates, un blanco para las parodias y bromas; y su nombre constituía no uno, sino varios capítulos de la historia del teatro ruso. [...] Era la biografía del joven siglo, cuyo contenido principal era esperar la revolución y hacerla realidad. ‘El nombre de Meyerhold es la bandera de una eterna rebelión en el mercado del arte, y la juventud revolucionaria lleva esta bandera. La juventud marcha veloz y unida hacia su futuro, y entre sus consignas y señales también figura ésta: ¡Mey-er-hold, Sube el voltaje!’ (Serguéi Tretiákov) [...]. Todo lo que nos conmovía por su novedad; todo lo que no parecía una fácil repetición de lo viejo, todo lo que expresaba nuestro siglo, nuestros ritmos, nuestra percepción del espacio, de la factura de las cosas, todo ello nos cautivó por primera vez en su teatro: el espíritu del urbanismo, el constructivismo, los ritmos sincopados, el ‘desnudar’ de la materia, la expresividad del montaje, las luces que iluminaban desde los palcos, una nueva forma de usar la escena, una ampliación infinita de las fronteras de lo convencional en el teatro. Todo ello conquistaba, conmovía, cautivaba, se grababa en la memoria. [...] El primer grito ‘¡Mey-er-hold!’ sonó desde el gallinero, después se sumaron los del balcón. Cerca de mí corría un grupo de jóvenes entre empujones para llegar a la escena. Eran los estudiantes de la Universidad

46.– Nina Gagen-Torn, *Memoria*, Moscú, Vozvrashchenie, 2009, pp. 60-63.

o de las facultades obreras, con las cabezas despeinadas o rapadas al cero, llevando las insignias de la Internacional de Juventudes Comunistas sobre sus camisas campesinas al estilo Tolstoy o en los viejos uniformes de la guerra civil, mientras las chicas iban ataviadas con pañuelos rojos. Inclinandose sobre el balcón, aplaudían con furia jóvenes chinos cuyos rostros aparecían casi ocultos tras gruesas gafas de concha de tortuga. De la puerta por la que había aparecido Meyerhold salió corriendo un grupo de jóvenes, todos llevando los mismos trajes azules... También ellos aplaudieron, pero con un cierto semblante de superioridad, como los iniciados. Entendí que se trataba de los estudiantes del Taller Estatal Experimental de Teatro. [...] Incluso el aire del Moscú de la década de 1920 se enriquecía con el viento fresco del internacionalismo: frente al templo del Cristo Salvador (que todavía no había sido derribado) los estudiantes chinos jugaban al voleibol; en la calle Miasnínskaya toda la pared de un edificio ostentaba una enorme consigna ‘¡Manos fuera de Besarabia!’; el héroe favorito de los chicos era el negrito de sonrisa luminosa y blanca que aparecía en la película *Diablillos rojos*;

en los kioscos de prensa se formaban colas para comprar la novela de Jimmy Dollar *Mess Mend*, e incluso la escuela secundaria donde yo estudiaba llevaba el nombre de Thomas Edison [...]»^[47].

A modo de conclusión

La realización de las ideas de la revolución del pensamiento soviético resultó ser más compleja y difícil de lo que podían imaginar sus creadores. El país era pobre, el nivel de la educación de la mayoría de la población bajo. El país tuvo que enfrentarse a la permanente amenaza de intervención militar de las potencias capitalistas, al bloqueo económico, al aislamiento, a tres terribles guerras: la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría. Muchos de los experimentos, como la colectivización, fueron muy traumáticos. La generación de la revolución fue diezmada en las guerras y duramente herida por el terror estalinista. No todas las ideas de la Revolución de Octubre se cumplieron, y ninguna se cumplió plenamente, como predijo Ustriálov. Pero no desaparecieron, porque las ideas, una vez nacidas, pertenecen a toda la humanidad.

47.– Alexander Gladkov, *Meyerhold*, 2 vol. Moscú, STD, 1990, pp. 5, 9, 15, 16, 17, 19.

Lenin 2122

Lenin 2122

Antonio J. Antón Fernández
Filósofo y traductor

Resumen:

Pese al esfuerzo de numerosas investigaciones, la imagen de Lenin sigue siendo la del revolucionario solitario, el líder de una red elitista de conspiradores profesionales. Su propia vida privada, y su afición al montañismo y las excursiones —actividad que en la literatura está asociada siempre a la soledad del explorador, y al imaginario del romanticismo— pueden servir, paradójicamente, para desmentir esta imagen, y abrir, un poco más aún, lecturas cerradas por el polvo de los años: su concepción del partido, de la revolución, del Estado o del materialismo, han tenido, como es ya casi tradición, nuevas reinterpretaciones en los últimos años.

Palabras clave: montañismo, democracia social, Hegel, Krupskaya, Lenin, revolución.

Abstract

In spite of the amount of research done on the subject, a very specific image of Lenin as an isolated leader of an elitist network of professional conspirators remains still pervasive. His own private life, his interest in climbing and hiking –activities that in literature are linked to the loneliness of the explorer and to the imagery of Romanticism– can be used, paradoxically, to set that image straight and unveil readings long forgotten or distorted, including new interpretations on his views about materialism, revolution, the Party or the State.

Keywords: climbing, social democracy, Hegel, Krupskaya, Lenin, revolution.

En una carta de 1904 a su madre, Lenin describía el resultado de un largo ascenso, de 1200 metros, a una montaña cerca de Ginebra. Llegado a la cima, acompañado por «Nadia y un amigo», observaba «un verdadero mar de niebla, y nubes, a través de las cuales no se veía nada, sólo se dibujaban las montañas».^[1] Pese al esfuerzo de numerosas investigaciones, la imagen de Lenin sigue siendo la del revolucionario solitario, el líder de una red elitista de conspiradores profesionales. Su propia vida privada, y su afición al montañismo y las excursiones —actividad que en la literatura está asociada siempre a la soledad del explorador, y al imaginario del romanticismo— pueden servir para desmentir esta imagen, y abrir, un poco más aún, lecturas cerradas por el polvo de los años: su concepción del partido, de la revolución, del Estado o del materialismo, han tenido, como es ya casi tradición, nuevas reinterpretaciones en los últimos años. En las páginas siguientes revisaremos algunas «postales» de esas excursiones, comenzando por Ginebra.

La revolución contra el prisionero de Chillon

«El trabajo no es como un oso: no huirá para esconderse en el bosque»^[2], esta había sido la poco tranquilizadora frase con la

que Lenin acordaba con Krupskaya en 1904 un cambio de aires y un descanso mental ante las incesantes disputas partidarias. La mejor receta: convertirse en «vagabundos», en «excursionistas» armados apenas con una guía (como resultaría obvio para cualquier viajero de entonces, se trataba de la guía de Baedeker^[3]), algo de queso y huevos. Con sus mochilas abandonarían Ginebra para embarcarse en una larga excursión, hacia Interlaken y Lucerna^[4]. En Lausana, sin embargo, decidieron aligerar aún más sus mochilas, enviando de vuelta a Ginebra parte de sus libros, con la promesa de no discutir más de política^[5].

Vale la pena recalcar esta etapa del viaje. El 3 de julio de 1904, el grupo de «vagabundos» (Nadezhda, Lenin y Mariya Essen) se embarcaban en un barco de vapor, que les llevaría desde Lausana hasta Montreux. Si seguimos las reconstrucciones biográficas que mencionan este episodio con mayor detalle, el plan de este provisional «Lenin apolítico» era visitar el Château de Chillon... «para homenajear a Lord Byron».

1.—Lenin, Carta a M. A. Uliánova, en *Obras Completas*, tomo 41, p. 323. Omito a partir de aquí el nombre «completo», e inexistente, de Lenin, algo así como «V. I.» o similares (respecto al «nombre auténtico» de Lenin, véase el primer capítulo de Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011). Precisamente porque en este artículo se plantean cuestiones relacionadas con la necesidad de revisiones filológicas de las obras de Lenin, no será posible mantener una única edición de referencia.

2.—Nadezhda Krupskaya, *Memories of Lenin*, trad. Edmund Verney, Panther Books, Londres, 1970 p. 98, y con algún cambio, en la *Carta de Krupskaya y Lenin a la madre de Lenin*, 2 de julio 1904 (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, p. 362)

3.—Estas guías eran muy comunes para cualquier viajero en Europa, incluidos los exiliados rusos. Habitualmente se cita el título en inglés, idioma en el que se publicó en Leipzig (1903) en la colección *A.W. Baedeker's Reisehandbücher*, esto es: *Switzerland: and the adjacent portions of Italy, Savoy, and Tyrol: handbook for travellers*. Citaremos a partir de esta edición, que probablemente fuera la que manejara Lenin. No obstante, en una carta a su madre del 2 de agosto de 1898, Lenin dice haber recibido (por error) la guía, pero la cita por su título en francés, *Suisse*, además de una monumental historia de la educación pública en Suiza, «en tres volúmenes» (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, trad. ing. George H. Hanna, Progress, Moscú, 1967, p. 182). La edición francesa sería *La Suisse et les parties limitrophes de l'Italie, de la Savoie et du Tyrol*, 19ª edición, Leipzig-París, Baedeker-Ollendorff, 1893. Las traducciones serán mías (excepto los versos de Byron), a partir de la edición de 1903.

4.—Helen Rappaport, *Conspirator: Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, p. 108.

5.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 144.

No sabemos de lecturas byronianas en la juventud de Volodia, aunque podemos aventurarnos a afirmar que conocía su obra y vida. Los padres de Lenin, profesores y amantes de la literatura, gustaban de la literatura romántica rusa y europea^[6]. Años después de esta excursión, Lenin y Lunacharsky incluirían a Lord Byron en la lista de «héroes de la cultura» que tendrían su propia escultura o monumento en las calles de las grandes ciudades soviéticas^[7]. Pero, sin poder especular mucho más, la prueba más sólida es la propia guía Baedeker, que Lenin y Krupskaya habían «leído cuidadosamente [...] para planear el viaje»^[8].

La guía, como es natural, está llena de pistas para seguir el rastro de Lord Byron: «se puede volver a Ginebra por Cologny, donde puede disfrutarse la encantadora vista del lago y la Villa Diodati, donde Byron escribió Manfred y el Canto III de Childe Harold en 1816» (página 260); «a tres millas de Vevey está el pueblo de Clarens, inmortalizado por Rousseau; puede vislumbrarse también la casa en la que vivió Byron en 1816, en la Rue du Lac, a 100 yardas al oeste[...]» (pág. 270).

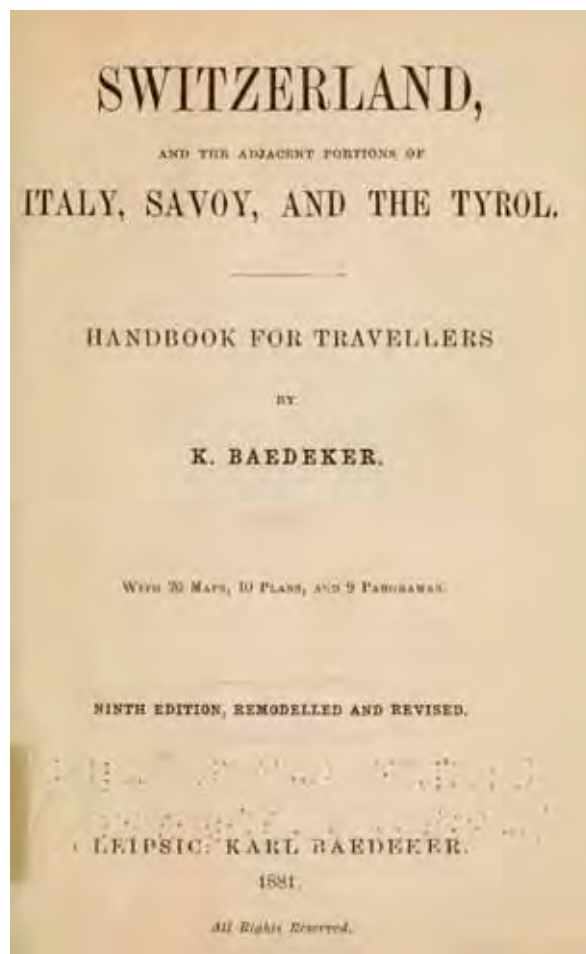
Pero la guía también incluye pasajes más detallados (pág. 245):

«[En Avenches se encuentran] los restos de un anfiteatro y otras construcciones, y de la vieja muralla, que dan muestra de su

6.–«Maria Alexandrovna disfrutaba especialmente del poeta romántico Lermontov», a lo que Service añade: «que escribía al modo de Byron» (Robert Service, *Lenin: a biography*, Belknap Press - Harvard University Press, 2000, p. 41).

7.–Aparte de personajes obvios (Chernyshevsky, Luxemburg, Herzen o Marx), la lista incluía entre otros a Chopin, Cézanne, Voltaire o Rublev (el pintor medieval al que dedicaría una película en 1966 el director soviético Andrei Tarkovsky). Véase Bowlt, John E., «Russian Sculpture and Lenin's Plan for Monumental Propaganda», en H. Millon, y L. Nochlin (eds.), *Art and Architecture in the Service of Politics*, Cambridge, Massachusetts, 1978, pp. 182-193..

8.–Carta de Krupskaya y Lenin a la madre de Lenin, 2 de julio 1904 (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, p. 362).



Portada de la guía Baedeker (archive.org).

antigua prosperidad. El castillo medieval, en la entrada del pueblo, ocupa el lugar del capitolio romano. Al noroeste se alza una solitaria columna corintia, el resto de un templo de Apolo, llamado ahora Le Cigognier ... El Museo (el custodio vive cerca de la iglesia —cobra poco) contiene mosaicos, inscripciones y otras reliquias recientemente encontradas aquí; en su jardín está el mencionado anfiteatro. En su Childe Harold (iii, 65) Lord Byron alude al Cigognier:

*By a lone wall a lonelier column rears
A grey and grief worn aspect of old days».*

Volvamos a Chillon. Al bajarse del barco, antes de encaminarse hacia el castillo y mientras exploraban Montreux, los excursionistas pudieron haber repasado la guía

una vez más, en sus páginas 274 y 275, y sorprenderse ante la repentina irrupción poética e historiográfica en medio de la prosaica prosa viajera:

«Con sus enormes muros y torres, a tres cuartos de milla del embarcadero y un cuarto de la estación de Veytaux-Chillon, se alza sobre una roca aislada a 22 yardas de la orilla, con la que se conecta por medio de un puente. Sobre la entrada (abierto diariamente de ocho a seis o siete —50 c. la entrada, y gratis los domingos por la tarde; cerrada de 12 a 1:30) se puede observar el escudo del Canton de Vaud. El interior se ha restaurado completamente y ligeramente alterado, y se utiliza como museo histórico y almacén de archivos.

*Chillon ! thy prison is a holy place,
And thy sad floor an altar, —for 'twas trod,
Until his very steps have left a trace,
Worn, as if the cold pavement were a sod,
By Bonivard! — may none those marks efface,
For they appeal from tyranny to God.*

El poeta citado ha proyectado sobre este lugar gran interés, pero sería un error identificar a Bonivard, víctima de la tiranía del Duque de Saboya y confinado por él en estos lúgubres calabozos durante seis años, con el «Prisionero de Chillon» de Byron (compuesta en su estancia en Ouchy en 1817). El autor llama a su poema una fábula, y cuando la compuso no conocía la historia de Bonivard, en cuyo caso, como él mismo afirma, habría intentado dignificar el tema intentando celebrar su coraje y virtud. Francis Bonivard nació en 1496. Era el hijo de Louis Bonivard, Lord of Dune, y a la edad de dieciséis años heredó de su tío el rico priorato de San Víctor, cerca de los muros de Ginebra. Tras el ataque a la República de Ginebra por parte del Duque de Saboya, Bonivard adoptó con fervor su causa, y así se

ganó gran hostilidad del Duque, hostilidad que le valió ser apresado y encarcelado en el castillo de Grolée, donde permaneció dos años. Al recuperar la libertad volvió a su priorato, pero en 1528 de nuevo volvía a las armas contra aquellos que se habían hecho con sus ingresos eclesiásticos. La ciudad de Ginebra le suministró municiones [...] pero en 1530 cayó en manos de su viejo enemigo, el Duque, que le confinó a la prisión del castillo de Chillon. En 1536 fue liberado por las fuerzas de Berna y Ginebra [...].»

El lugar estaba, sin duda, lleno de encanto, artístico, literario... y revolucionario. Pero el héroe byroniano (ya sea el del poema o su contraparte histórica) no puede servir al historiador actual como metáfora para describir al Lenin histórico. O al menos, ya no. Frente a lo que los historiadores recientes han llamado el «Lenin de manual», en los últimos años ha ido (re)surgiendo un nuevo Lenin, con más matices, menos monolítico, menos «geométrico». Así, la pareja de excursionistas de 1904 —y toda su carrera posterior— representan la antítesis del héroe solitario, del líder aislado que dirige a una masa indistinta de hombres, listos para seguir sus órdenes, pero incapaces de desarrollar una acción y una estrategia (o una heroicidad) propias.

Quizás por eso el Lenin que se acerca a Byron sea un Lenin «apolítico»: un revolucionario... de vacaciones. Y debe estar de vacaciones precisamente porque esa concepción, la del prisionero de Chillon, nunca fue la de Lenin, aunque se le acusara más de una vez de «romántico». Curiosamente uno de esos críticos, Alexander Potresov, había dicho de *¿Qué hacer?* —escrito dos años antes de la excursión a Montreux— que muchas de sus páginas eran «auténtica poesía»^[9]. Pero

9.—Cit. en Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered: What is to be Done? In context*, Haymarket Books, Chicago, 2008, p. 387.

ahora las críticas señalaban un supuesto pesimismo y desconfianza respecto a las masas por parte de Lenin, y acusaban a sus textos de ser expresión de un exacerbado «romanticismo» y un «ciego optimismo» en los militantes clandestinos (*praktiki*) del partido. Para ellos, por otro lado, Lenin se había convertido en un héroe. No al que seguir, sino al que imitar^[10].

Esta y otras confusiones, de las que sólo recientemente empezamos a salir, se deben a otra diferencia entre Byron y Lenin. Ambos viajeros: pero el primero era un aventurero de destino marcado, alguien que elegía su combate y viajaba directamente hacia él. Lenin, sin embargo, no practicaba el senderismo por casualidad: fue ese tipo de viajero dispuesto a perderse entre los meandros menos conocidos, encontrar y vencer los senderos más tortuosos, ascender las cuestas menos accesibles. Pero sobre todo, un viajero que necesitó siempre de compañía.

No es de extrañar que el Marx que más le interesara no fuera tanto el Marx filósofo, ni aquel más dependiente de la oportunidad política abierta por los movimientos de la economía, o el más confiado en el desborde inevitable de la historia^[11]. El Marx al que Lenin acudiría más a menudo es el más cercano (y por tanto en mayor y más áspera polémica) con Lassalle, Blanqui o Bakunin. El primero con mayor prioridad: porque será Lassalle, el teórico del «cuarto estado», el que inspire el primer mandamiento práctico para todo social demócrata revolucionario: una organización política independiente para el proletariado^[12]. Esta organización —decía Pavel Akselrod a finales de la década de 1890— debe ser «hege-

mónica»; poco después será Plejanov quien dé contenido estratégico a esta noción: conquistar la hegemonía entre las fuerzas que están en el ámbito de influencia del partido. Será Lenin (junto a Kamenev y Zinoviev) quienes desarrollarán la estrategia de la hegemonía^[13], al respecto del partido revolucionario del proletariado, y también respecto a la dictadura del proletariado tras la victoria «final».

Lassalle, y por encima de todo Kautsky, son quienes dan el primer impulso a un proyecto que se mantendría con bastante continuidad durante casi toda la vida de Lenin, pese a lo que nos hicieron creer los «manuales»: el proyecto de un «erfurtianismo revolucionario»^[14]. A saber: «idea básica de Marx: la conquista del poder político por el proletariado», o dicho de otro modo, la «fusión del socialismo y el movimiento de los trabajadores»^[15]. La toma del poder debía

13.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 110.

14.—Es una de las tesis fuertes —y provocadoras— de Lih, op. cit.: «Creo que Lenin conservó la misma concepción erfurtiana, desde la década de 1890, y al menos hasta 1917» (p. 117). Resumo los puntos principales del «erfurtianismo» de Kautsky-Lenin según Lih: reconocimiento de tres fuentes de *autoridad* (el partido, el programa, los escritos de Kautsky); *fórmula de la fusión* del socialismo y el movimiento de trabajadores; «la buena nueva», i.e., la Social Democracia (después Partido Comunista) como garantía y a la vez centro difusor de la confianza en la misión histórica de los trabajadores, según el modelo de esferas de conciencia (de Kautsky, ver infra) y la confianza en que los trabajadores responderán a ese llamado; el *modelo de partido*, de clase, independiente, en pos del socialismo, centralizado y disciplinado, tan democrático como sea posible, con militantes especializados y «funcionarios» propios; *libertad política*, esto es: sin libertad política no es posible alcanzar los objetivos, y por tanto debe derrocar al zarismo; *liderazgo popular*, esto es, ser un partido de toda la masa trabajadora; la *hegemonía* del partido, i.e., que los trabajadores organizados sean los líderes naturales en la lucha nacional por la libertad política; y finalmente, *el internacionalismo*, como punto irrenunciable... o al menos así lo debía ser para los erfurtianos revolucionarios, que a partir de 1914 serían los leninistas, los «comunistas».

15.—Nótese mi (apresurada) traducción de «worker [sic]

10.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 29.

11.—Lars T. Lih, *ibid.*, asigna cada uno de estos «Marx» a cada uno de los tres historiadores —en su opinión— más representativos de la «marxología» moderna. Es decir, respectivamente: Kolakowski, Eley, Hobsbawm.

12.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 56-57 y ss.

lograrse desde el movimiento obrero, en su expresión política autónoma, pero también desde la lucha de las libertades políticas, en alianza o hegemonía sobre los agentes pertinentes para ello en cada coyuntura histórica; la oposición al absolutismo zarista era tanto el papel principal destinado al movimiento radical de los trabajadores, como un paso necesario en la construcción de la hegemonía de los socialistas.

Hegemonía, por resumir, significaba para Lenin dos cosas diferentes pero complementarias: el liderazgo de los trabajadores socialistas en la lucha global contra la autocracia zarista, y por tanto el trabajo del partido por ser referente en la lucha por las libertades políticas; y por otro, al estilo clásico kautskiano, la ampliación de la capacidad del partido, como vanguardia de los trabajadores, para influir e impulsar la organización de los trabajadores. Esto es, su crecimiento dentro de las esferas sociales que corresponden a los diferentes grados de reconocimiento del papel que un colectivo desarrolla dentro del capitalismo, y de su misión histórica: dentro de las clases trabajadoras, el proletariado; dentro del proletariado, el proletariado «combatiente»; dentro de este, el movimiento de los trabajadores, y en el centro de este último, la Social Democracia. Conforme el partido revolucionario de los trabajadores va cumpliendo sus tareas históricas, los «anillos» exteriores al centro se irán estrechando, a medida que queden menos miembros del proletariado y las clases trabajadoras que

movement»: es uno de los sutiles hallazgos filológicos de Lih, que daría para varias tesis doctorales. Respecto a la cita sobre la fusión [merger], v. Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 53 y ss., y p. 120: «La Social Democracia, como afirma Kautsky con total acierto, es la fusión del movimiento de los trabajadores y el socialismo». Aparte de su monumental *Lenin Rediscovered*, Lih ha escrito toda una biografía política de Lenin siguiendo este hilo más o menos «kautskiano», o mejor, del Kautsky-leninista: *Lenin*, (colección *Critical Lives*) en Reaktion Books, Londres, 2011.

no compartan y participen de la lucha de la Social Democracia^[16].

El protagonista último, el héroe que desde la base soporta todo el peso de la tarea histórica, es el *praktik*, aquel que por su determinación, y al que con la «satisfacción de sus necesidades intelectuales» el partido ha ayudado a que se convierta en «intelligentsia obrera»^[17]. El *praktik* es aquel «que, a nivel racional y emotivo, es el militante-y-conspirador, el trabajador o trabajadora útil, resuelto, con capacidad de intervención efectiva, consciente de su misión histórica, y con conciencia de clase»: esta frase entrecomillada es algo que en el contexto de Lenin era «tan» sencillo, y que tanta confusión nos ha traído durante decenios, como decir que el héroe colectivo al que apelaba Lenin era el *soznatel'nyi rabochii* dotado de la justa *soznanie*...^[18]. En

16.—Esta reconstrucción tiene una exposición clara en Karl Kautsky, *Das Erfurter Programm*, Dietz Verlag, Berlín, 1965 (1892), p. 216-217, cit. en Lih, *Lenin Rediscovered*, pp. 76. En las páginas siguientes Lih perfila lo que llama la «teoría de los círculos de conciencia [awareness]» de Kautsky, a la que Lenin quedaría adscrito, al menos en gran parte (su mayor distancia, Hegel-Marx mediante, sería respecto al concepto favorito de Kautsky, «Naturnotwendigkeit»: *necesidad natural*).

17.—Los dos entre comillados aparecen en la «nueva traducción» de Lih de este artículo: compárese con la traducción castellana (o inglesa), donde se habla de «obreros ... con suficiente conciencia», y *desaparece* la expresión en la que se habla de sus «necesidades intelectuales» (que se interpretaría en el sentido de «hambre» intelectual, y no de «carencia»), en Lenin, «Sobre las huelgas» (1899), en *Obras Completas*, tomo IV, Akal, Madrid, 1975, p. 325. Así traduce Lih del ruso: «*In Russia this 'worker intelligentsia' already exists, and we must make every effort to ensure that their ranks are continually broadened, that their high intellectual needs are fully met, that out of their ranks come the leader I guides of the Russian Social-Democratic Worker Party...*» (Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 345).

18.—Por lo visto, el error, entre otras cosas, está en la pseudo-correspondencia con el alemán «Bewusst»: *zielbewusst*, *Bewusstsein*, etc. No puede traducirse simplemente por «consciencia/consciente». *Soznanie*, se afirma en un estudio sobre los iconos religiosos en Rusia, es «conocer-con» (Anthony Ugolnik, *The Illuminating Icon*, William B. Eerdmans, Grand Rapids —Michigan—, 1989, p. 165). Lars T.



Lenin y Bogdanov durante una visita a Maxim Gorky. Capri (Italia), abril de 1908 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

todo caso, diría Lenin, independientemente de en qué lengua lo definamos, el hogar «natural» para este tipo de trabajadores era el partido revolucionario —la social democracia— y la tarea de este último era tanto acogerles como lograr que hicieran suya esta tarea heroica de la que serían individual y colectivamente protagonistas^[19].

Hablar de «natural» aquí, nos lleva a otro concepto problemático en Lenin, el de *stikhiinyi*, habitualmente traducido como «espontaneidad». Una vez más, las nuevas traducciones complican el problema, pero también dan una imagen menos «geométrica» de Lenin. Entre 1901 y 1905 se han recopilado los siguientes significados para *stikhiinyi/stikhiinost*: desorganizado, sin resolutivez —como un movimiento de

huelgas sin estructura organizativa a largo plazo—; impulsos colectivos masivos e impredecibles que pueden desencadenar una revolución; un movimiento de trabajadores que, sin haberse producido una fusión efectiva con la Social Democracia, carece tanto de determinación y resolutivez como de *soznanie* socialista; un impulso de masas imparable y amplio; las formas organizativas más «elementales» o básicas; las circunstancias objetivas; los *praktik* que carecen de preparación, experiencia o formación; la repetición de lemas vacuos por no ajustarse a las circunstancias concretas; movimientos de trabajadores excluyentes de toda táctica de alianzas; el seguidismo ciego a intelectuales que actúan y escriben desde su incapacidad para trabajar en el movimiento obrero; el impulso y fuerza política de las masas que así se despiertan y pueden ser impulsadas ulteriormente por los líderes y revolucionarios «profesionales», y desbordarlos si no son capaces de dar a estas masas las estructuras, consignas

Lih, op. cit., pp. 336 y ss., propone olvidar o limitar el uso del término «conciencia» (en el sentido de que apunta a dos palabras muy diferentes en ruso, que Lenin y los Social Demócratas combinaban, pero considerándolas precisamente diferentes): *soznanie* y *soznatel'nyi*.

19.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, p. 342.

y soluciones que demandan.

Dicho de otro modo: con todos estos matices, tendencias y potencialidades de todo signo y condición, si se produce un liderazgo y hegemonía Social Demócrata efectivos, un despertar *stikhiinyi* de las masas ofrecería una posibilidad real revolucionaria. Así, la cuestión no es tanto qué posición mantuvo Lenin respecto a la «espontaneidad» (que es sólo una traducción parcial, y por tanto deberíamos decir *stikhiinost*), si estaba en contra o a favor, sino qué significaba el carácter múltiple de los movimientos entre las masas trabajadoras para las posibilidades de intervención revolucionaria de los trabajadores organizados^[20].

Esa «intervención», por tanto, ¿debía consistir en «alejar» o «impedir» que el movimiento de los trabajadores cayera en ese tipo de acciones, o siguiera «el camino marcado» por las circunstancias objetivas? Hemos visto que también esta pregunta ha quedado invalidada, pues si no puede entenderse un sentido unívoco de *stikhiinost*, no hay algo único a lo que enfrentarse o de lo que «desviarse». Puede ser que la enseñanza de Lassalle, el «combate contra la espontaneidad», deba ser tenida en cuenta, pero en muchas otras ocasiones lo que se entienda por «espontaneidad» puede ser la fuerza misma que dota de efectividad política al movimiento^[21]. En el ascenso por la montaña, los senderos pueden variar. Por lo general, van en la dirección deseada, pero nunca garantizan la llegada a la cima, y en muchos casos alejan de ella. La cuestión es tener la preparación y organización necesaria para ser capaces de seguirlos cuando guían efectivamente el ascenso, e ignorarlos cuando la opción más inteligente es abrir otra senda. En este último caso, por cierto, ese instrumento que guía al viajero

«desde afuera», el mapa, pierde validez.

El último elemento problemático para el montañista revolucionario es precisamente ese, la cuestión de la «conciencia desde afuera». Y el término crucial esta vez es alemán, Erfüllen. Entró, por obra de Victor Adler y con la aprobación de Kautsky, en el programa del partido Social Demócrata de Austria, en su Congreso de Hainfeld de 1888-1889: «organizar al proletariado políticamente, y introducir/imbuirle/dotarlo [erfüllen] de la conciencia de su posición y tarea». Las dudas de Kautsky surgieron a raíz de que pudiera interpretarse que el crecimiento de esa «conciencia» proletaria fuera un resultado necesario de la lucha de clases.^[22] Aquí, las críticas de Vladimir Aкимov en 1904 han jugado un papel histórico mayor del que se cree, distorsionando la posición de Lenin, y creando divisiones entre (su) Kautsky (el «Kautsky-pre-traición» al que Lenin nunca dejó de remitirse) y Lenin. En primer lugar, la posición más aproximada a la de Kautsky no es que los «intelectuales burgueses traen el mensaje a la clase obrera desde fuera», sino «los proletarios Social Demócratas traen el mensaje al movimiento de los trabajadores desde fuera». Lenin estaría de acuerdo en que el papel central es el de los «proletarios que destacan por su desarrollo teórico». Lenin no quería decir (en *¿Qué hacer?* y las reacciones posteriores) que los obreros de por sí no puedan tener «conciencia Social Demócrata», sino que en diversas movilizaciones heroicas y *stikhiinyi* no pudieron tenerla, como en las huelgas de la década de 1890. Por otro lado, hay que advertir del habitual solapamiento que se ha realizado entre esta cuestión, la doble naturaleza clandestina y abierta del partido, y el «profesionalismo» de los *praktik*. Lenin no utiliza el término (y otros similares) para pedir «menos demo-

20.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, pp. 625-627.

21.—*Ibid.*, pp. 628-631, y p. 353.

22.—*Ibid.*, pp. 632-636.

cracia y más elitismo, sino para combatir lo que consideraba un amateurismo torpe del movimiento», además de poner orden en la construcción de un movimiento que para Lenin debía inspirarse, (la famosa *konspiratsiia*) en la experiencia clandestina del SPD, pero sabiendo ir más allá, preservando «toda una serie de hilos hacia la masa» de trabajadores, sin dejar de concebir la estructura clandestina no como la sede de una élite conspirativa, sino como garantía y «espacio para una política abierta» en condiciones de persecución policial^[23].

La cuestión, una vez más, tiene que ver con la capacidad y efectividad de la organización de todos los trabajadores, dentro de los cuales los social demócratas deben ejercer un papel hegemónico. O en palabras de Lenin:

«La conciencia política de clase puede llevarse al trabajador sólo desde fuera, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones de los obreros con los patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacen para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica [*praktik*], sin hablar ya de quienes, entre ellos, son propensos al «economismo», a saber: «Hay que ir a los obreros». Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la po-

blación, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército^[24]».

La tarea de los marxistas revolucionarios es siempre colectiva. El sendero se desbroza desde el saber acumulado por todo el movimiento de los trabajadores. En este sentido, con una fórmula del Lenin que tras 1905 se replantea su cercanía a Plejanov en lo filosófico^[25], podríamos decir que la tarea de los *praktik* es la de ejercer de espejo de la situación real del movimiento; un reflejo interno en el que el movimiento de los trabajadores pueda percibirse a sí mismo en las relaciones socioeconómicas nacionales e internacionales, y por tanto, como socialista; esta imagen a su vez resitúa dentro del régimen político imperante al proletariado en su conjunto. Sólo en conjunto las clases trabajadoras pueden verse como son; y sólo viéndose como única fuerza revolucionaria de masas, todas ellas podrán derribar el capitalismo. Por ello, convirtiéndola en teoría revolucionaria, la concepción de los «círculos de conciencia» de Kautsky acaba siendo, en manos de Lenin, una teoría del autoreconocimiento de las clases trabajadoras como socialismo en marcha. Por esto mismo, Lenin haría siempre hincapié en el mayor instrumento que tiene una sociedad para verse reflejada: el periodismo.

Pero llegados hasta aquí, quizás haya que ajustar algunas cuentas con la bibliografía.

24.- *ibid.*

25.- Comparto la insinuación de Stathis Kouvelakis («Una reacción similar ya había llevado a Lenin al terreno de la filosofía con *Materialismo y empiriocriticismo*, una reacción a la derrotada revolución de 1905 en un *Kampfplatz* filosófico») de que, en una forma filosófica todavía *primitiva*, esa primera incursión filosófica se corresponde también a una toma de distancia política. Si la «teoría del reflejo» era todavía demasiado *plejanoviana*, su aplicación (implícita) a la concepción revolucionaria socialista sí es un síntoma de que se estaba preparando una ruptura política. V. Stathis Kouvelakis, «Lenin como lector de Hegel», en *Lenin reactivado*, Akal, Madrid, 2010, pp. 159-196.

23.- Lars T. Lih, op. cit., pp. 433-449 (el segundo entrecuadrado, sobre los «hilos», es una cita directa de Lenin -p. 438) y «Scotching the myths about Lenin's 'What is to be done'», en *International Journal of socialist renewal*, 21 de octubre de 2010.

Más arriba, cuando citábamos la guía de viaje que utilizaban Lenin y Krupskaya, dejamos deliberadamente la cita incompleta. La visita-homenaje está más que justificada en términos literarios, históricos, «románticos». Incluso, en cierto modo, puede entenderse como un pequeño homenaje, del aspirante (Lenin) al revolucionario consagrado por la historia (Byron). O como un homenaje, tanto al Bonivard «real» como al de la ficción, ambos rebeldes derrotados y desterrados de la historia. Pero también es cierto que Byron y Lenin están tan lejos, digamos, políticamente (o en sus dos cosmovisiones románticas sobre el lugar destinado al héroe revolucionario), que cabe, por seguridad, hacer una comprobación. ¿Realmente fue este el motivo de la visita?

Parece que no hay bases para afirmarlo^[26], y es sólo una elección probable, de entre otros nombres igualmente interesantes para Lenin. Volvamos a aquella página 275 de la guía, en la que describía el Castillo de Chillon, y encontraremos otros nombres tan revolucionarios como el de Byron:

«Es un hecho histórico que en 830 Louis le Débonnaire encarceló al Abad Wala de Corvey, que había instigado a sus hijos a la rebelión, en un castillo del que sólo podían verse el cielo, los Alpes y el lago Lemman [...]. Los sólidos pilares de las bóvedas son de estilo románico [...] Los Condes de Saboya a menudo residieron en el castillo, y después este se convirtió en una prisión estatal. —Se produce un hermoso efecto por los rayos del sol al atardecer, a través de los resquicios de estos sombríos muros, iluminados ahora por dos pequeñas lámparas



Nadezhda Krupskaya hacia 1895 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

eléctricas. Entre los nombres [inscritos] en los pilares están aquellos de Byron, Eugène Sue, George Sand, y Victor Hugo».

¿A quién de ellos homenajeaban nuestros excursionistas? La pregunta queda abierta, aunque parece más factible pensar en un homenaje colectivo.

Ascensiones, álgebras e incógnitas

En sus diversas excursiones, a lo largo de los años, Lenin y Krupskaya ascendieron montes y montañas, como los Rochers de Neye, el Paso de Gemmi o Les Diablerets; a veces hasta acabar con un insoportable «dolor de piernas, y agotados»^[27]; muchas,

26.—Helen Rappaport o Carter Elwood afirman sin más que la visita era un «homenaje a Byron», pero no hay constancia en la correspondencia, ni tampoco en la monumental *Biograficheskaya khronika* (que Elwood ha analizado en profundidad y que, de existir esa referencia a Byron, habría citado).

27.—Krupskaya, en V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, (Moscú, 1958–65, vol. 55, p. 500, n. 231), cit. en Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres,

como al escalar los 2122 metros del monte Pilatus, con la satisfacción de «obtener un excelente descanso»^[28] de la tensa cotidianidad del exilio o la lucha en plena revolución. Para la pareja, la preocupación por el «aire» parece casi una constante: en Siberia, Lenin apreciaba unas zonas más que otras, no tanto por la mayor temperatura, sino porque «el aire era más suave»^[29]. En el exilio en Suiza, el montañismo era sobre todo una manera de «respirar el fresco aire del verano», y más adelante, descansando en una dacha rusa, comentará de ella que tiene «un aire excelente ... ¡pura Suiza!»^[30]. Las referencias al aire puro abundan en las postales de vacaciones; al fin y al cabo, eran la prescripción médica para el problema de tiroides de Nadezhda. Pero también para la revolución.

Una y otra vez Lenin repetirá la necesidad para los social demócratas rusos (y por tanto, más adelante, los comunistas) de conquistar el «aire» que suponen las «libertades políticas». Sin estas, decía en 1903, «cualquier forma de representación [de los trabajadores] se convertirá en un bochornoso fraude; el proletariado seguirá encadenado [como antes, en prisión], sin la luz, el aire y el horizonte necesarios para po-

der luchar por su plena emancipación»^[31]; además, el aire, la libertad, también tienen un relativo espacio en lo interno: «no hay que pensar que las organizaciones del partido deben estar integradas sólo por revolucionarios profesionales. Necesitamos las más diversas organizaciones de todo tipo, desde las más restringidas y conspirativas hasta las más amplias y libres»^[32]. La metáfora, que aparece ya en Engels^[33] y le llega a Lenin a través de Kautsky, tiene que ver también con «el principio democrático» que aparecerá en numerosos artículos, con mayor intensidad entre 1900-1915.^[34]

El «aire fresco» —sugiere la metáfora en otro de sus usos— indica una renovación, la contemplación de viejos problemas desde nuevas perspectivas. En la tradición literaria y filosófica, el ascenso de la montaña connota grandes revelaciones o decepciones: así Petrarca, subiendo el Monte Ventoso en absorta lectura de las Confesiones de San Agustín; o Hegel, que llenó su Diario de viaje por los Alpes berneses de quejas y lamentos. Aparte de ironizar sobre la supues-

2011, p. 144. Elwood se basa en la quinta edición de estas «obras completas». Para una discusión sobre los detalles y omisiones, véase R. C. Elwood [sic] *How Complete is Lenin's Polnoe Sobranie Sochinenii?* en *Slavic Review*, vol. 38, n. 1, marzo de 1979, pp. 97-105. No es un detalle menor la discusión de este artículo. La magnitud y detalle de estas obras completas supuso que de edición en edición desaparecieran o reemergieran, cartas que ponían cuestiones políticas en juego, por ejemplo (p. 100) en la correspondencia con Inessa Armand, cuestiones referentes al nacionalismo ucraniano o el feminismo.

28.—Carta de Lenin a Gorky, aprox. 9 de mayo de 1913, cit. en Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 143.

29.—Helen Rappaport, *Conspirator. Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, p. 20.

30.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 122 y 148.

31.—Lenin, «La era de las reformas», *Iskra*, num. 46, 15 de agosto de 1903 (corchetes míos, con las variantes propuestas por Lars T. Lih en varias traducciones), en *Obras Completas*, tomo VI, Akal, Madrid, 1977, p. 580.

32.—Lenin, «Discursos e intervenciones en la discusión de los estatutos del partido», 15 de agosto de 1903, en *Obras Completas*, tomo VI, Akal, Madrid, 1977, p. 547. Es significativo que Lenin emplee deliberadamente la expresión alemana «lose Organisationen»: pese al progresivo distanciamiento, sigue existiendo el referente del SPD.

33.—Carta a Kautsky del 7 de febrero de 1882, en *Marx-Engels Werke*, Band 35, Dietz Verlag, Berlín, p. 270; y *Die preussische Militärfrage und die deutsche Arbeiterpartei*, de 1865, en *ibid.*, Band 16.

34.—El concepto aparece también, y con asiduidad, en los textos relativos a la cuestión del derecho de autodeterminación de los pueblos. Por ejemplo, en su polémica con Karl Radek [alias «Parabellum»] respecto a lo que este último consideraba la «ilusoria lucha por el inexistente derecho de autodeterminación», y en varios puntos de sus tesis sobre esta cuestión; v. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXIII, Akal, 1977, p. 43, y pp. 241-256, y tomo XX, p. 334-345.

ta épica del ascenso, que tanto había aterrizado al oligarca de Berna, Christoph Meiners, (Qué torpe resultó el señor Meiners / nunca sabrá escalar / empresa similar, si hay otra ocasión / por favor, déjela estar), Hegel volvió de su excursión sintiendo tanta molestia como indiferencia. El paisaje montañoso, «este desierto de piedras», no le pareció «ni grandioso ni placentero», y si en algún momento superaba «la pura necesidad inerme», era en sus cascadas. No hay en las alturas contingencia, inquietud del ser, sino pura necesidad. «Sólo el mineralogista», dirá Hegel, podrá encontrar «la revolución en estas montañas»^[35].

El Hegel cercano a la treintena buscaba la revolución en las montañas; Lenin escapaba de ella por unos días, aunque sin éxito. Tras alcanzar la cima, volvía a pensar en sus disputas con los mencheviques, a lo que el resto de excursionistas replicaban pidiéndole que «no estropeará el paisaje con la política»^[36]. En esto Lenin ya estaba siendo hegeliano antes de leer al filósofo alemán; será lejos de la altitud alpina y su necesidad inerme, en los parajes más bajos de la contingencia, donde Lenin vuelva a reencontrarse con la inspiración revolucionaria. Lo hará poco tiempo después de escalar los 2122 metros del monte Pilatus, y tras el descenso, desaparecer completamente durante 16 días.

En los registros^[37], a día de hoy, no hay todavía pruebas documentales sobre lo que ocurrió entre la conferencia que dio en Ginebra, a comienzos de octubre, y su llegada a París el 18 de octubre de 1911. Para la práctica totalidad de la vida de Lenin sa-

bemos qué hizo, o dónde se encontraba, o a veces qué comió, cenó o leyó en un día determinado. Sin embargo, de esos días sólo sabemos que quizás pudo encontrarse con alguien a quien —en una carta a Kamenev— llama «el ciudadano incógnito»^[38]. Se ha dicho mucho sobre este personaje desconocido: que no lo era tanto, que podría ser Inessa Armand^[39] o algún corresponsal clandestino del partido. Pero dadas las pruebas de que disponemos, se podría sostener igualmente que su encuentro fue con el difunto Alexander Herzen, aquel cuya «álgebra de la revolución» Plejanov había convertido en «álgebra de la evolución».

Al margen de especulaciones sobre un encuentro del que no sabemos nada, lo que este vacío señala, a nivel teórico-práctico, es un momento de impasse. En las diversas reconstrucciones del pensamiento de Lenin el corte definitivo se desplaza dos años atrás o adelante, pero en todo caso se describe como un vacío que señala la irrupción algo nuevo, ya sea la importancia de la decisión frente al cálculo, el rupturismo revolucionario, «la revolución contra el Capital», o la ruptura definitiva con la socialdemocracia de la II Internacional. Pero no son pocos los que señalan los años (1909-1914) en cuyo centro están estos 16 días, como los años de la ruptura teórica (y de hecho filosófica) con ciertas convicciones —repito, teóricas^[40]— pasadas.

35.—G. W. F. Hegel, *Reisetagebuch Hegels durch die Berner Oberalpen* (1796), en *Hegel's Werken*, Verlag von Duncker und Humblot, Berlín, 1844, pp. 470-490.

36.—Helen Rappaport, *Conspirator. Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, pp. 108-109

37.—Esto es, en la monumental *Biograficheskaja Khronika* —véase supra, notas 26 y 27.

38.—Carta de Lenin a Kamenev del 21 de septiembre de 1911, y del 7 de octubre de 1911, en V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty, 1891-1922*, Moscú, 1999, pp. 92 y 95-96 (cit. en C. Elwood, op. cit., p. 144).

39.—Cfr. el capítulo «Lenin and Armand: New Evidence on an Old affair» en Elwood, C., op. cit., pp. 111-125.

40.—Lih insiste una y otra vez en que Lenin nunca consideró que se hubiera dado una ruptura en su visión política fundamental: «no necesitamos probar que las condiciones objetivas en Europa occidental están listas para una revolución socialista; esto se admitía ya antes de la guerra por todos los socialistas influyentes en todos los países avanzados», cit. en Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion

Esos días de «desaparición» se repiten más adelante, atenuados, en los meses de recogimiento en una biblioteca de Berna, desde septiembre de 1914. En ellos Lenin prepara el manuscrito de más de 800 folios sobre el imperialismo, el «Cuaderno azul» sobre el Estado, y los primeros borradores de lo que mucho más tarde sería «El Estado y la revolución»^[41]. Pero sobre todo, o quizás antes de todo, sus extensos apuntes de lecturas filosóficas, y en el centro de ellos, su lectura de Hegel. Una lectura presidida, obviamente, por «los horrores de la traición realizada por los dirigentes actuales del socialismo»^[42] y por la intuición de que había una errónea lectura del marxismo en la base de esos y otros «horrores». Entre otras cosas, un vínculo entre el quietismo político y el evolucionismo pretendidamente materialista desarrollado desde Mehring y Plejanov hasta Bernstein^[43] y Kautsky. La sospecha sugerida en la expresión «pretendido materialismo» ya está en el artículo para la enciclopedia Granat, en el que Lenin repite dos nociones: «materialismo vulgar», y «viejo materialismo». Estos habían sido demasiado «mecánicos», a-históricos y a-dialécticos, ajenos al «punto de vista del desarrollo». Habían obviado el carácter socialmente totalizado y mediado de la esencia humana, y se habrían limitado solamente a interpretar el mundo, también en su concepción metodológica: dicho en términos actuales, una praxeología sin praxis. El «viejo materialismo» había olvidado el componente práctico en la comprensión materialista y dialéctica del mundo: «esto

es, no comprendían la importancia de la actividad práctica revolucionaria», también para el momento de la teoría^[44]. La «inversión materialista» que Marx habría hecho de Hegel, no habría consistido en primar el ser (social) sobre el pensamiento, sino en mostrar el modo en que el despliegue subjetivo del concepto hegeliano es un reflejo «idealista» de la práctica revolucionaria: la transformación de la realidad es el despliegue del sujeto revolucionario. Así, Lenin va comprobando cómo se disuelven también preconcepciones caducas sobre la propia dialéctica: no hay método fuera del sistema, ni conceptos fuera de «las formas de vida».

Como decíamos antes, hay una pervivencia del concepto de «reflejo» también en el Lenin posterior a la lectura de Hegel, sólo que este ha quedado «dialectizado»; el reflejo no es «una copia de la realidad externa, sino el momento de mediación, de lo negativo»^[45]. La famosa «teoría del reflejo», por tanto, se acerca cada vez más a la doctrina hegeliana de la reflexión, y se vincula al proceso de autodeterminación de la realidad efectiva misma. Un proceso de «automovimiento», por cierto, que no está exento de negatividad, de disrupción y discontinuidad, que alcanza a todo el sistema, lo hiere de muerte, y por ello mismo lo pone en movimiento. «*Bien dit!*», anotaba Lenin al leer las hegelianas Lecciones de historia de la filosofía: «dialéctica es destrucción de sí mismo dentro de sí». Cincuenta años antes que Theodor W. Adorno, Lenin lo veía claro: «¡Hegel contra lo absoluto! He aquí un germen de materialismo dialéctico!»^[46].

El «concepto de ley» queda tocado casi

Books, Londres, 2011, p. 125.

41.- Cfr. Kouvelakis, S., «Lenin, lector de Hegel», en Budgen, S., Zizek, S. (eds), *Lenin reactivado: Hacia una política de la verdad*, pp. 159-196.

42.- Lenin, «La guerra europea y el socialismo internacional», cit. en Kouvelakis, op. cit., p. 165.

43.- Cfr. Tamás Krausz, *Reconstructing Lenin*, Monthly Review Press, Nueva York, 2015, pp. 145-147.

44.- Lenin («V. Ilyin»), *Karl Marx*, (*Enciclopedia Granat*, séptima edición, vol. 28), en Lenin, *Collected Works*, vol. 21, Moscú, 1974, pp. 43-91.

45.- Kouvelakis, S., op. cit., pp. 179-180.

46.- Lenin, *Cuadernos filosóficos*, Editora política, La Habana, 1964, pp. 291-292.

desde las primeras anotaciones, y Lenin se posiciona, con Hegel, en contra de hacerlo absoluto, en contra de su simplificación, en contra de «convertirlo en un fetiche»^[47]. Por supuesto, el «viejo materialismo» no podría salir indemne, como tampoco sus defensores. Contra ellos, tras el «horror» de su postura respecto a la guerra, el vínculo teórico de esta reflexión «filosófica» desembocará, primero, en lo que se llamará el «derrotismo revolucionario»: la transformación de la guerra imperialista en revoluciones de liberación nacional y obrera, y la capacidad de cada uno de estos procesos «individuales» para trasladar sus antagonismos particulares de vuelta al centro; esto es «la comprensión de la guerra como un *processus* antagonista y no como un clásico conflicto entre Estados»^[48]. El segundo golpe, como se verá en las Cartas desde lejos y las Tesis de abril^[49], consistirá en la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, contra el «etapismo» de los marxistas rusos, comenzando por Plejanov y llegando hasta bolcheviques como Shliapnikov, ya en marzo de 1917: «estamos de acuerdo con los mencheviques en que pasamos por el periodo del derrumbe de las relaciones feudales, y que en su lugar aparecerán todo tipo de libertades propias de los regímenes burgueses»^[50]. Una reacción, esta última, que nos puede parecer sorprendente, pero forma parte de los restos de aquello que ya Lenin había calificado entonces como «viejo bolchevismo»^[51].

47.–Lenin, *Cuadernos filosóficos*, Editora política, La Habana, 1964, p. 144.

48.–Kouvelakis, S., op. cit., pp. 195.

49.–Para el paso de la lectura de Hegel a las *Tesis de abril*, cfr. el clásico resumen de Michael Löwy, «From the «Logic» of Hegel to the Finland Station in Petrograd», en *Critique: Journal of Socialist Theory*, 6:1, pp. 5-15.

50.–Citado en Michael Löwy, *ibid.*

51.–Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 84.

De la habitación 12A a la cabaña de Razliv

Para la pareja de «excursionistas», el aire puro de la montaña fue siempre una necesidad fisiológica. Los años de cárceles y destierro Siberiano, como hemos mencionado antes, habían tocado la salud de ambos, pero especialmente la de Krupskaya, a la que el médico prescribía el cambio de aires, entre otras cosas, para aliviar su enfermedad tiroidea. De modo que en el verano de 1915, la base expedicionaria se situaba en el Hotel Mariental de Sörenberg, una localidad alpina a 80 kilómetros de Berna. Y la sala central, en la habitación 12A, donde el teléfono sonaba, trayendo las noticias políticas más urgentes, siempre a las 8:30 de la mañana, y el correo traía «puntualmente» los libros encargados a diversas bibliotecas suizas. De las tardes de montañismo y senderismo pueden anotarse a cuenta de la pareja unas cuantas escaladas del Brienz Rothorn, de 2350 metros, y varios escándalos públicos: las maledicencias de los vecinos más píos al contar no una, sino tres mujeres en compañía del «ruso con la barba puntiaguda» (Krupskaya, Stahl y Armand), y la persecución sufrida por Lenin a manos de un funcionario de Lucerna, bastón en mano: el ruso había sido descubierto bañándose desnudo en las aguas del río^[52].

Pero el paréntesis, los pocos momentos de relajación, no abundan en la vida de Lenin. Tras las traiciones acumuladas desde el estallido de la guerra, la mayor había sido no estratégica, ni teórica, sino una traición mucho más explícita, casi personal: los líderes socialistas europeos y rusos habían traicionado sus propios acuerdos. Entre ellos, la declaración del Congreso de Basilea, de 1912: «utilizar la crisis económica

52.–Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 149.

y política creada por la guerra para alzar a las masas y con ello acelerar el derrumbe del dominio de la clase capitalista»^[53]. Al acabar el verano de 1915, en Zimmerwald, donde se reunieron los socialistas críticos con aquellos «horrores», los debates no fueron tan fáciles para Lenin como podría esperarse; demasiada poca dureza con los socialistas belicistas, y una solución demasiado abstracta: un pacifismo que no cortaba de raíz las razones últimas de la guerra imperialista. Esto es, un pacifismo sin socialismo. De ahí surgiría la izquierda de Zimmerwald, cuyas posibilidades de triunfo Lenin cifraba en términos tan hegelianos como los de sus apuntes; las fuerzas con las que contaban podrían ser «los holandeses, más los alemanes de izquierdas, más nosotros, más cero», pero añadía: «eso no importa, porque el cero, después, será todo el mundo»^[54].

Y la consigna resume bastante de lo que era el plan estratégico, también en retrospectiva (o cómo 1905 demostraba más cosas de lo que parecía): «Es deber del proletariado en Rusia completar [hasta el final] la revolución democráticoburguesa en Rusia, con el fin de encender la revolución socialista en Europa ... No cabe duda alguna de que la victoria del proletariado en Rusia crearía condiciones extraordinariamente favorables para el desarrollo de la revolución en Asia y en Europa. Así lo demostró inclusive el año 1905»^[55]. Esta última nota da el tono «dialéctico» preciso: el entramado capitalista-imperialista europeo había

demostrado ya cómo las perturbaciones en cualquiera de sus estructuras, por lejanas (y «burguesas») que fueran geográficamente, podían alcanzar el centro y reenviar esas reverberaciones de vuelta a todo el sistema.

La última escalada del Rothorn en 1915, relató años después Krupskaya, también tuvo un carácter terapéutico: «Ilych repentinamente se tumbó en el suelo, y casi inmediatamente se durmió, sobre la nieve. ... Durmió durante una hora. Zimmerwald lo había agotado»^[56].

Efectivamente, había llegado el momento no de ascender, sino de tomar el sendero de bajada, y adentrarse en los laberintos del bosque al pie de la montaña. Como dijera Zinoviev en 1917, era el momento de que «la verdad sobre la guerra, sobre el zar, sobre la egoísta burguesía, alcance finalmente a la aislada aldea rusa, enterrada bajo montañas de nieve»^[57]. Y pese al discutible final, este diálogo epistolar resume parte de lo que sí ocurrió en el lento camino hacia la revolución de Octubre: «¡Ojalá que esta verdad penetrara en las filas del ejército ruso, que en su mayor parte se compone de campesinos! Entonces, la heroica clase obrera rusa, con el apoyo de los elementos más pobres de la clase campesina, finalmente librará a nuestro país de la vergüenza de la monarquía y la lleve con mano segura hacia una alianza con el proletariado socialista de todo el mundo»^[58].

No hay espacio aquí para desbrozar toda la sinuosa senda, los forcejeos, pasos adelante y atrás, mediante los cuales, hasta la primera mitad de 1917, soldados, campesinos y trabajadores rusos fueron haciendo

53.—Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 126.

54.—Lenin, Carta a Radek de junio de 1915, cit. en Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 129.

55.—Lenin, «Algunas tesis», en *Obras Completas*, tomo XXIII, Akal, Madrid, 1977, pp. 33-35. Cursivas de Lenin y en corchetes una corrección de Lars T. Lih a la traducción (*ibid.*, p. 130), en este caso sutil, pero interesante.

56.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 150.

57.—Carta de Zinoviev del 31 de enero de 1917, en N. Lévine y G. Zinoviev, *Contre le Courant*, vol. 2., trad. V. Serge y Parijanine (ed. facsímil de Francis Maspero, París, 1970), p. 112, cit. en Lih, *ibid.*, p. 131.

58.—*ibid.*

suya esa verdad. En cierto modo, el plan «erfurtiano» de Lenin, en su esquema más elemental, se había logrado desplegar, en todas sus contradicciones, en todos sus avances.

El jueves 6 de julio de 1917, en un apartamento del distrito de Vyborg en San Petersburgo, la dirección bolchevique barajaba, tras la renuncia de eseristas y mencheviques a aceptar el poder que estaba a su alcance por demanda popular, superar la consigna de «Todo el Poder para los Soviets». Lenin se había impuesto momentáneamente: el lema debía ser, por fin, «¡Todo el poder para el proletariado, liderado por su partido revolucionario: los bolcheviques»^[59]. Eran momentos de especial peligro. Al día siguiente ya había una orden de detención, y redadas en toda la ciudad. Pronto, para los amigos y familiares de Lenin —el supuesto «espía alemán»: este era el falso rumor que la prensa ultraderechista había logrado difundir— se hacía urgente una huida. De casa en casa, de disfraz en disfraz, hasta el 9 de julio; sin barba, pero con un cuaderno azul de notas que en el peor de los casos tendría que convertirse en su testamento. En la madrugada del día siguiente, a las 2 de la mañana, Lenin y Zinoviev partían en tren hacia Razliv, un pueblo en las afueras. Allí permanecería hasta el 8 de agosto^[60]. Una vez más, Lenin tuvo que atravesar, en compañía, bosques, maleza y montes, hasta un lago.

En una cabaña, «con un tocón de árbol como mesa y otro a modo de silla», y «mártir de los implacables mosquitos y de la lluvia», Lenin redactaría la mayor parte del borrador final de su libro sobre «el marxismo y el Estado», que acabaría unas semanas después, sobre el escritorio de un comisario de



Lenin en agosto de 1917 durante su estancia en Razliv, a las afueras de San Petersburgo (Foto Dimitri Leshcenko - AP).

policía finlandés, en Helsingfors^[61]. Un mes antes, el cuaderno había quedado atrás, en Estocolmo (posiblemente en manos de Alexander Shotman, a quien tocaba asistirle —y monitorizar sus movimientos— en nombre del Comité Central)^[62], y Lenin había escrito una angustiosa carta a Kamenev:

«Estrictamente entre nosotros. Si acaban conmigo, por favor, publicad mi cuaderno 'El Marxismo y el Estado' (se quedó en Estocolmo). Está encuadernado en tapa azul. Contiene una recopilación de citas de Marx y Engels, y también de Kautsky contra Pannekoek. Hay toda una serie de notas y comentarios. Creo que podría publicarse con una semana de trabajo. Pienso que es importante, porque no sólo Plejanov, sino que también Kautsky ha metido la pata. Una

59.—Miéville, C., *Octubre. La historia de la revolución rusa*, Akal, Madrid, 2017, p. 205

60.—Tamás Krausz, *Reconstructing Lenin*, Monthly Review Press, Nueva York, 2015, p. 66

61.—Miéville, C., *Octubre. La historia de la revolución rusa*, Akal, Madrid, 2017, p. 207 y p. 221.

62.—Tamás Krausz, *ibid.*

condición: ¡todo esto debe quedar absolutamente entre nosotros!»^[63].

Finalmente, el libro acabaría publicado. Partiendo de las disputas en 1916 con Bujarin acerca de la naturaleza de la superación del estado burgués, para ir después más allá de la teorización de este último (y la izquierda alemana) sobre la destrucción del «Estado imperialista», Lenin situaba ya el centro de la cuestión en los soviets de 1905. A partir de ellos, del trabajo político construido sobre el *vlast* (dirección efectiva, autoridad legítima, poder) del *narod* (pueblo, fuerzas populares)^[64] salir de la disyunción entre «la extinción» y la «destrucción del Estado»^[65]. El Estado, arguye Lenin entre la selva de citas de Marx y Engels, no es un cuerpo neutral de instituciones, sino que está estructuralmente diseñado para defender a la clase dominante; el proletariado debe quebrar y desmontar esta estructura, y si lo logra, organizar su propio Estado revolucionario. En él, conforme la producción se pone al servicio de la abrumadora mayoría, decae la necesidad misma de la existencia de Estado, y este finalmente se extinguirá. No el «Estado capitalista», que no se extingue sino que se derroca, sino el «Estado obrero»:

Y puesto que la mayoría del pueblo suprime ella misma a sus opresores, ¡ya no es necesaria una «fuerza especial» para su supresión» En este sentido, el Estado comienza a extinguirse. En lugar de las instituciones especiales de una minoría privilegiada ... la mayoría misma puede cumplir directamente todas estas funciones, y en la medida en que las funciones de poder estatal

son realizadas por el pueblo en su totalidad, menos necesidad hay para la existencia de este poder^[66].

Pero, si recordamos esa visión «total» y «mediada» que Lenin ha desarrollado durante todos los años anteriores, resulta «infantil» pensar que, integrada en la lucha europea y asiática por la emancipación y estando «toda la historia del bolchevismo ... llena de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos» también más allá de las fronteras, la estructura a «derribar» estaría aislada en un sólo país, en una sola región. Por eso se trata, se trataba, de una «guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja». Pero en esta guerra —se preguntó Lenin ya al final de su vida— «renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización... del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados»,

¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, renunciase de antemano a hacer zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio, para probar otras direcciones?^[67]

63.—Lenin, «Note to L. B. Kamenev», en *Collected Works*, vol. 36, Progreso, Moscú, 1971, p. 454

64.—Cfr. Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, pp. 135-138 y 184-185.

65.—Marian Sawyer, «The Genesis of the State and Revolution», *Socialist Register* 14, 1977, pp. 217-18.

66.—Lenin, *State and revolution*, trad. revisada por Todd Chretien, Haymarket Books, Chicago, 2014, p. 80

67.—Lenin, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, en *Obras Completas*, vol. 41, Progreso, Moscú, 1986, p. 56.

El impacto internacional de la Revolución de Octubre. Aproximación a los movimientos a favor y en contra de la Rusia soviética*

The October Revolution Abroad. A historical Approach to Pro-Soviet and Anti-Soviet Movements

Magdalena Garrido Caballero
Universidad de Murcia

Resumen:

Este artículo aborda el impacto internacional de la Revolución de Octubre a través de una aproximación a la movilización y el asociacionismo en defensa de los logros revolucionarios y contra el intervencionismo internacional frente a la Rusia Soviética, así como la movilización organizada contra la revolución y el denominado «terror rojo», como rechazo de la III Internacional, así como del modelo soviético. El texto se nutre del trabajo de investigación previo, fuentes inéditas e historiografía especializada.

Palabras clave: Revolución de Octubre, Hands Off Soviet Russia, Amigos de la Unión Soviética, Entente Internacional contra la III Internacional, propaganda.

Abstract:

This article addresses the international impact of the October Revolution through an approach to different associations in defense of revolutionary achievements and against international interventionism in the Soviet Russia, as well as the organized mobilization against the revolution and the so-called «Red terror», as a rejection of the Third International, its organizations and the Soviet model. The text draws on previous research work, unpublished sources and specialized historiography.

Keywords: October Revolution, Hands off Soviet Russia, Friends of the Soviet Union, l'Entente Internationale Anticomuniste, propaganda.

* Este artículo toma como base estudios previos de la autora, fuentes procedentes de archivos y bibliotecas de Reino Unido, Rusia, Suiza y España que han podido ser recabadas gracias a las estancias financiadas por los proyectos: Hispanofilia III Ref. HAR2014-52414-C2-1-P y Ayuda Humanitaria Europea Ref. HAR2014-58043-P.

Introducción

En 1917 el imperio ruso convulsionó con la Revolución de Febrero, de carácter espontáneo, que supuso la caída de la autocracia zarista, y tomó forma en un gobierno provisional que, inamovible en su compromiso internacional para continuar prestando apoyo a los aliados en la I Guerra Mundial, erosionado por las huelgas, la oposición, y no sancionado por las urnas, experimentó, en una situación de crisis, la toma del poder de los bolcheviques en Octubre de ese mismo año. En palabras de Julián Casanova:

«El Gobierno Provisional careció de legitimidad desde el principio. Desde el verano, estuvo atrapado por una serie de crisis en cadena -en el frente, en el campo, en las industrias y en la periferia no rusa—. Pocos gobiernos podrían haber hecho frente a todo esto, y menos sin un ejército en el que confiar. El apoyo de trabajadores, soldados y campesinos a los sóviets, la institución dedicada a promover la revolución social, se combinó con la decisión fatal de los gobiernos provisionales de continuar la guerra. Y el fiasco del golpe de Kornílov en agosto de 1917 ya había demostrado que la derecha estaba todavía desorganizada y la contrarrevolución no tenía en ese momento posibilidades de vencer [...]

Bolcheviques, social-revolucionarios de izquierda y mencheviques internacionalistas tomaron el control de diferentes sóviets de distrito de Petrogrado, de los sindicatos y comités de fábricas y de comités de soldados y campesinos en algunas provincias. El 25 de septiembre, el Sóviet de Petrogrado, el principal bastión de poder desde la revolución de Febrero, eligió una nueva dirección de izquierda radical y León Trotski, que había salido de la cárcel el 4 de septiembre y acaba de ingresar en el Partido

Bolchevique, se convirtió en su presidente, sustituyendo al menchevique Chjeidze. Al mismo tiempo, los bolcheviques asumieron el control del Sóviet de Delegados Obreros de Moscú.

Con tantos poderes en sus manos, podían reivindicar que hablaban y actuaban en nombre de la ‘democracia del sóviet’. [...]

Al cerrar la Asamblea Constituyente, y abandonar la democracia parlamentaria, los bolcheviques apostaron claramente por la ‘dictadura del proletariado’» [1].

La acción de los bolcheviques generó movilizaciones a favor y contra. De aquellos «diez días que estremecieron al mundo», parafraseando al periodista norteamericano John Reed, hubo réplicas en forma de oleadas revolucionarias en toda Europa: se proclamaron repúblicas socialistas en Finlandia (1918), Hungría (1919), Baviera (1919), Estrasburgo (1918), Eslovaquia (1919) y Mongolia (1921), y hubo movilizaciones obreras en Holanda (1918), Alemania (1918-1923), el conocido como «bienio rosso» en Italia (1919-1920), y en España, el período de conflictividad social tuvo lugar en plena crisis de la Restauración y se conoció como el trienio bolchevique (1918-1921)^[2]. De este contexto de agitación en plena Guerra Mundial y la Revolución de Octubre nació la III Internacional (también conocida como Komintern, su abreviatura en ruso) en Moscú, en marzo de 1919, de cuyos textos fundadores emana «la es-

1.- Julián Casanova, *La venganza de los siervos*, Barcelona, Crítica, 2017, pp. 168, 169, 171 y 173.

2.- Gerald Meaker, *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Barcelona, Ariel, 1978; Ángeles González, «La construcción de un mito. El trienio bolchevique en Andalucía», en Manuel Luis González de Molina y Diego Caro (coords), *La utopía racional: estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 175-120; Manuel Tuñón de Lara y Antonio Elorza, *La crisis de la Restauración: España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

peranza de una revolución mundial y global, ineluctable y próxima»^[3]. Como señala Mary Davies, no fue meramente un reemplazamiento de la Internacional socialista destruida con el comienzo de la I Guerra Mundial, sino el fruto de la división entre distintas tendencias de pensamiento dentro del socialismo^[4]. Su segundo congreso, en 1920, supuso el germen de los partidos comunistas. No todas las organizaciones se sumaron a la misma, socialistas y anarquistas criticaron la deriva revolucionaria y la implantación de la dictadura del proletariado. Los partidos comunistas no fueron las únicas expresiones de apoyo a la Rusia soviética.

En este texto se realiza un recorrido por movimientos a favor de la Revolución de Octubre como *Hands off Soviet Russia*, y dentro del manto de la Komintern a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, constituidos en 1927, que supuso un salto cualitativo, pues se dotó de una estructura internacional en defensa de la Revolución y el modelo soviético. En sentido contrario, en 1924, se constituyó la Entente Internacional contra la III Internacional como freno a la extensión del comunismo, que en el plano de la política internacional se materializó en el pacto Anti-komintern, suscrito por Alemania y Japón en 1936, al que se sumaron más países.

Estas percepciones contrapuestas sobre lo que sucedía en Rusia han variado más en función de las aspiraciones, frustraciones y circunstancias particulares de los observadores occidentales, es decir, de los componentes subjetivos. Para Martin Malia la cla-

ve reside en el estudio de las fuerzas activas dentro de cuerpo político occidental y la aproximación cultural y social de las sociedades^[5]. De la que forman parte el bosquejo de los movimientos de solidaridad y refractarios a Octubre de 1917 que se esbozan a continuación.

Movimientos de apoyo a la Revolución de Octubre de 1917 y al modelo soviético: *Hands off Russia* y los Amigos de la Unión Soviética (AUS)

Los años que siguieron a Octubre de 1917 fueron de agitación social. En el caso británico, desde el final de la I Guerra Mundial a la huelga general de 1926, se reformuló la política de la izquierda. A los ojos de sus partidarios, la Rusia soviética ofrecía nuevas posibilidades de cambios políticos, sociales y económicos y de ahí la movilización en su defensa.

La campaña *Hands off Russia* fue promovida por los socialistas británicos en 1919 en contra de una intervención británica a favor del Ejército Blanco en la Guerra Civil Rusa. El Comité Nacional fue elegido en Londres en enero de 1919. Participaron en el mismo William Paul^[6], W.P. Coates^[7], que fue su

3.- Serge Wolikow, «La creación de la Komintern y la onda expansiva de la revolución en Europa: interacciones y desfases», en Juan Andrade y Fernando Hernández (eds), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Madrid, Akal, 2017, p. 186.

4.- Mary Davis, *Sylvia Pankhurst, A life in Radical Politics*, London, Pluto Press, 1999.

5.- Martin Malia, *Russia under western eyes*, Harvard-Cambridge, 1999, pp. 8 y 14.

6.- William Paul (1884-1958). Político socialista británico. Perteneció al Socialist Labour Party (SLP). Se opuso a la I Guerra Mundial. En 1917, publicó *The State: Its Origin and Function*, Scotland, the Socialist Press, obra en la que desarrolló la teoría marxista sobre el Estado. Proponía la unidad comunista y, una vez fue rechazada por el partido socialista, organizó *the Communist Unity Group*, que se uniría al Partido Comunista británico en su asamblea fundacional. Fue editor de las publicaciones periódicas *Communist Review* y *Sunday Worker*, labor que desempeñó junto con su labor política parlamentaria. También participó en los movimientos de amistad anglo-soviéticos. Para más información, véase Marxist Internet Archive.

7.- William (Bill) Peyton Coates (Kinsale, Irlanda, 1883-1963). Fue desde 1903 integrante de *the Railway Clerks Association* y su sucesora, *the Transport Salaries Staffs As-*

secretario nacional, Harry Pollit^[8], y David Ramsay^[9], su tesorero, entre otros. Les unía su oposición a la participación británica en la I Guerra Mundial y muchos integraron el futuro Partido Comunista británico.

El apoyo a los bolcheviques se canalizó en publicaciones como *Hands off Russia* (1919), en la que William Paul declaraba:

«The imperialist Powers know that the very essence of Socialism is its international policy of a World Republic of Labour. They realise that the triumph of Socialism in Russia is but the first step towards the triumph of Socialism internationally. Hence their united designs and attacks to crush the Bolsheviks in order to prevent the spread and triumph of revolutionary Socialism in other countries.

The sheer savagery of these [White Russian] usurpers has only had the effect of driving honest moderate socialists and

sociation. Fue miembro del Partido Socialista británico, llegando a ser su organizador nacional en 1919 e integró el Partido Comunista británico. En septiembre de 1919, formó parte del Comité nacional de «Hands off Russia» en Manchester del que fue su secretario. Se caracterizó en sus escritos de autoría única, como en los redactados con su esposa Zelda Khan, por su rechazo a los ataques antisoviéticos. Publicó, entre otras obras: *Armed Intervention in Russia* (1935); *World Affairs and the USSR* (1939); *A History of Anglo-Soviet Relations*, vol. I. (1943), vol. II (1958). Graham Stevenson, «William P. Coates», *Daily Worker*, 9 de agosto de 1963, recogido en <http://www.grahamstevenson.me.uk/index.php> (consulta: 12 de octubre de 2017).

8.– Harry Pollit (1890-1960). Fue delegado de la asociación de caldereros en el TUC y participó activamente en campañas contra la provisión de armamentos contra los bolcheviques. Fue Secretario General del Partido Comunista entre 1929 a 1956. Para más información, véase Marxist Internet Archive.

9.– David Ramsay (1883 – 1948). Se involucró activamente en el *Clyde Workers Committee* formado contra la *Munitions Act*. Participó en la formación del Partido Comunista británico. Estuvo bajo vigilancia por su activismo, fue acusado de sedición por sus discursos y estuvo bajo la sospecha de ser espía de Moscú. Sobre este aspecto véase KV 2/1867-1870, 1919, National Archive files; BHT Report on revolutionary organisations, CPGB Archives.

non-Bolshevik elements into the camp of Lenin and Trotsky»^[10].

A este llamamiento se sumaron los incipientes partidos comunistas como el norteamericano, que hacía el siguiente llamamiento para rechazar cualquier ataque contra la Rusia soviética:

«Workers of America! It is not sufficient to know and to bear all this in mind — you must act accordingly. Your slogan must be: Not a soldier for war against Soviet Russia, not a cent, not a rifle to help wage this war.

This slogan has already been adopted by the British, French, and Italian workers. In Great Britain, in France, and in Italy the workers are refusing to load ships with ammunition and provisions destined for the foes of Soviet Russia.

The Soldiers are refusing to go to the Russian fronts!!

American workers, you must follow their example!

To every invitation to play the part of Cain towards your Russian brothers, to every request of the American government to enlist for active service in Russia, or to load ships for the bloodstained Russian White Army, there must be one answer: 'HANDS OFF SOVIET RUSSIA!'»^[11]

Aparte de sus publicaciones, habría que sumar el apoyo del periódico *Daily Herald* del político socialista George Lansbury y sus ramos^[12], los mítines, y actos que revistieron de simbolismo, como la negativa de los trabajadores del puerto de Londres

10.– Paul Williams, *Hands off Russia!*, Renfrew, Socialist Labour Press. 1919, pp. 13, 16.

11.– A. Raphailoff, *Hands Off Soviet Russia!* [November 1919].

12.– Mary Davis, *Sylvia Pankhurst, A life in Radical Politics*, London, Pluto Press, 1999.

a cargar el *SS Jolly George*, con armas presumiblemente destinadas a Polonia en su enfrentamiento con Rusia. El comité de Hands off Soviet Russia intervino en la coordinación de apoyo y suministró a los trabajadores literatura pro-soviética, copias del texto de Lenin, *Appeal to the toiling masses*. En esta labor de concienciación destacó el papel de Melvina Walker, del *Workers Socialist Federation* (WSF), y su publicación *Workers Dreadnought*. El objetivo se cumplió, puesto que el *SS Jolly George* salió sin carga en mayo de 1920. Las protestas incluyeron también campañas de boicot a otras naciones que luchaban por derrocar sus propias revoluciones comunistas. Giles Udy atribuye a esta y otras acciones el propósito de mostrar un claro apoyo a la Rusia soviética más que a una impronta pacifista. Así se manifestó en el llamamiento reproducido en prensa:

«Keep a sharp eye on all cargoes. No munitions must sail. No guns, aeroplanes, shells, bombs. Take no heed of cowardly politicians. With peace, Russia will light a beacon for the world. This world over. The workers' cause is one. An murder is murder! Dockers you will not fail»^[13].

Hands off Russia reunió a integrantes del Partido Socialista Británico, del Partido Laborista Socialista, los «Trabajadores Industriales del Mundo» (la versión británica de 'Wobblies'^[14]), el Comité Londen-

se de Trabajadores (el equivalente para la capital del Comité de los trabajadores de Clyde) y la *Worker's Socialist Federation* de Sylvia Pankhurst quien, en agosto de 1919, en «The British Workers and Soviet Russia» criticó la intervención contra los bolcheviques, que había comenzado en 1918 con el llamamiento de Kerensky a los aliados contra la Rusia soviética, a quien consideraba un instrumento de la contrarrevolución zarista, y afirmó:

«The workers are gradually coming to realize that the Russian and Hungarian Soviet Governments are governments of the working class, answering to their needs, and enabling them, at last, to realize their long cherished ideals. Though the official leaders like Arthur Henderson have deprecated, repudiated, and even helped to slander the Soviets, a deeply felt sense of solidarity with Communist Russia has been growing steadily amongst the workers. For months past «Hands Off Russia» has found its way into the resolution of every labor and Socialist propaganda meeting and literature about Russia has been the more eagerly read than any other»^[15].

En noviembre de 1919, el Comité Nacional de *Hands off Russia* señalaba por carta los propósitos de los reaccionarios, reproduciendo un artículo publicado, el 27 de septiembre de 1919, por «Causa común», órgano de expresión de los emigrados rusos en París, y subrayando: «For the Russians as for the Allies two urgent and precise duties

13.- *The Times*, 20 de mayo de 1920, reproducido en Giles Udy, *Labour and the Gulag: Russia and the Seduction of the British Left*, Biteback, 2017.

14.- Trabajadores Industriales del Mundo (*The Industrial Workers of the World*, conocido por sus siglas en inglés IWW o los «Wobblies»), sindicato seguidor de la teoría sindicalista revolucionaria (democracia laboral y autogestión obrera), que tiene su origen en Chicago, el 27 de junio de 1905. Para más información véase Archie Green, *Wobblies, Pile Butts, and Other Heroes: Laborlore Explorations*, Urbana, University of Illinois Press, 1993.

15.- Sylvia Pankhurst, «The British Workers and Soviet Russia», *The Revolutionary Age*, 9 August, 1919, <https://www.marxists.org/archive/pankhurst-sylvia/1919/british-workers.htm> (Consulta: 12 de octubre de 2017). Para profundizar en la influencia de la Revolución Rusa en Gran Bretaña, véase: Mary Davis, *Comrade or Brother?: The History of the British Labour Movement 1789-1951*, London, Pluto Press, 1993; Reinter Tosstorff, *The Red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937*, Leiden, Boston, Brill, 2016.

present themselves (I) a pitiless struggle against the Bolsheviki, the half Bolsheviki, against all the militants like Kerensky, Petlura, Longuet, Cachin and Henderson». Este tipo de afirmaciones transmitidas por parte de Coates no merecían más comentario que probar que tanto Kolchak como Denikin eran «reactionaries of the very worst type»^[16].

El temor ante una declaración de guerra de Reino Unido contra la Rusia soviética llevó, en agosto de 1920, a organizar los «Consejos de Acción». Se formaron alrededor de 350, establecidos en toda Gran Bretaña, que también se extendieron por diferentes países. En la circular del Comité Nacional consideraban que gracias a esa acción se pudo parar la declaración de guerra abierta, valorando positivamente el efecto logrado en el gobierno británico, ante la confluencia de la fortaleza desplegada por el Ejército Rojo y el miedo de una eventual acción por parte de los «Consejos de Acción» que repercutiera en la industria^[17].

El apoyo a la naciente Unión Soviética no se limitaba a campañas puntuales. Las primeras delegaciones del *Trades Union Congress* (TUC) visitaron Rusia (y desde 1922 la URSS) entre 1917 y 1924, estableciéndose el *Anglo-Russian Joint Advisory Council* entre la TUC y los sindicatos soviéticos^[18].

16.– Carta de W.P. Coates, «Aims of the Russian reactionaries», 4 de noviembre de 1919. Documentos del National «Hands off Russia» Committee: Archive Collection, Trades Union Congress, Warwick Library.

17.– Circular de W. P. Coates, «For Labour and Socialist speakers», 1921. Documentos del National «Hands off Russia» Committee: MSS.15X/2/333/1, Warwick Library.

18.– Delegaciones británicas visitaron la Unión Soviética. Su composición y objetivos variaron considerablemente, reflejando la corriente mayoritaria en la política sindical del momento. Así, la delegación de 1917 se encontró con el Gobierno Provisional y urgió el apoyo para continuar en la I Guerra Mundial, mientras que la de 1920, fue firmemente anti-intervencionista. La de 1924 ha quedado mejor documentada al participar Fred Bramley, entonces secretario general de la TUC. Trades Union Congress Library.

Un paso más se produjo en 1924, cuando el gobierno laborista de Ramsay Macdonald estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en la línea defendida por el Comité Nacional de *Hands off Rusia*^[19], que hizo posible su transformación en el *Anglo-Russian Parliamentary Committee* del que W.P. Coates formó parte como secretario durante décadas hasta su muerte.

Los Amigos de la Unión Soviética también hicieron suyo el lema de *Hands off Soviet Russia* en la conferencia que tuvo lugar en Colonia en 1928. Se habían constituido un año antes en la casa de los Sindicatos de Moscú con motivo del décimo aniversario de la Revolución de Octubre.

Jean François Fayet ha documentado los preparativos del viaje de la delegación suiza y su recepción en la URSS. La comitiva, formada por dieciséis personas y con predominio en su composición de obreros, llegó el 5 de noviembre de 1927. El 6, fueron recibidos con otras delegaciones en la casa de los sindicatos por Rykov y Stalin, luego por Kalinin y Bujarin. Este último afirmó en su discurso que la URSS era el único país del mundo en el que el Gobierno consideraba necesario informar sobre sus actividades no solo a sus electores, sino también a los representantes de los trabajadores^[20]. El día 7 de noviembre, las delegaciones extranjeras estuvieron presentes en el desfile de la Plaza Roja. Estos grandiosos festivales constituían para la mayoría de los delegados una culminación del viaje^[21]. Después

19.– W.P. Coates, 'Why Russia should be recognised', 1 de enero de 1924. Documentos del National «Hands off Russia» Committee: MSS.15X/2/333/7, Warwick Library.

20.– Jean-François Fayet, *VOKS. Le laboratoire helvétique, Histoire de la diplomatie culturelle soviétique dans l'entre-deux-guerres*, Genève, Université de Genève, 2014, pp. 309-313.

21.– Para más información véase Sophie Coeuré, «Les 'fêtes d'Octobre' 1927 à Moscou. La dynamique des structures d'influence soviétiques et kominterniennes autour d'un anniversaire», *Communisme*, 42-43, 1995, pp. 57-74.



Foto: Hands off Russia (Foto facilitada por la autora).

de haber visitado no sólo escuelas, fábricas, prisiones, la capital y las principales ciudades de la URSS, sino también el campo, Ucrania, Asia Central, el Cáucaso, incluida Georgia, que desde su adhesión a la República Soviética de Transcaucasia era uno de los objetivos privilegiados de la propaganda antisoviética, conversando con los detenidos, permaneciendo en guarniciones militares, con visitas imprevistas y listas de preguntas formuladas antes de su partida. En líneas generales, el panorama mostrado les satisfacía, pero sin embargo no visualizaban el coste social de las realizaciones. Pocos días después, se celebró el congreso fundacional, conforme a lo establecido por W. Münzenberg^[22]. Will Lawther, representante sindical de la delegación británica, y el escritor Henri Barbusse por la francesa,

22.– Willi Münzenberg (1889-1940). Miembro fundador del Partido Comunista alemán. Presidió la Internacional Comunista de la Juventud entre 1919 y 1920 y organizó la Ayuda Internacional de los Trabajadores en 1921. Para profundizar en su trayectoria política véase: Sean McMeekin, *The Red Millionaire: A Political Biography of Willi Münzenberg, Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West, 1917-1940*, New Haven, CT: Yale University Press, 2004.

disfrutaron de una bienvenida especial durante dos meses, y tomaron la iniciativa. El 10 de noviembre, se inauguró el congreso en el Gran Salón de la Casa de Sindicatos de Moscú, descrito por el escritor francés Paul Vaillant-Couturier como «Una gran sala, completamente cubierta de rojo, las relucientes columnas de mármol reflejan los inmensos candelabros y aquí, antes de la revolución, bailaban la atroz e inútil nobleza rusa»^[23]. En el congreso, Barbusse pronunció un discurso señalando los peligros de una guerra imperialista que pendía sobre la URSS, y denunciaba las acusaciones de interferencia soviética en la vida política de otros países, proclamando:

«Nosotros debemos defender el Estado socialista contra sus traidores. Nosotros debemos defenderlo contra esos que quieren destruirlo. Estas son dos partes inseparables de una misma misión, para ello es suficiente para las masas trabajadoras interna-

23.– Jean-François Fayet, VOKS. *Le laboratoire helvétique*, p. 312.

cionales con entender lo que está en juego aquí, hacerles actuar consecuentemente y estas masas, cuya fuerza y conciencia están creciendo, serán el mejor baluarte en el futuro».^[24]

Más de cuarenta países estuvieron representados, incluyendo a la URSS. El país con más representantes fue Alemania con un total de 167, seguido de Francia y Gran Bretaña. Las delegaciones fueron heterogéneas en cuanto a composición, pero incluyó mayoritariamente a unos 927 delegados sindicales, entre los que se encontraban mineros, ingenieros, trabajadores textiles y campesinos. 117 participantes eran intelectuales, entre éstos, predominaban los escritores y periodistas. No resultó una singladura sencilla, pues numerosas fueron las trabas impuestas a la presencia de las delegaciones en la URSS. En el caso de Gran Bretaña, se organizó una campaña contraria a la participación en la prensa. A otros delegados se les privó de visados y muchos fueron amedrentados con la expulsión de sus respectivas organizaciones si acudían al Congreso. Otros vivían bajo dictaduras, y el congreso les sirvió para mostrar su adhesión a la URSS al tiempo que denunciar regímenes fascistas como el italiano.^[25]

El congreso concluyó con la aprobación de varias resoluciones. Una de ellas relacionada con los frutos de la Revolución tras diez años de lucha y construcción socialista. En la que los delegados, testigos *in situ*, subrayaban el desarrollo económico sobre la base socialista, la mejora en las prestaciones sociales de la población, con una mayor cobertura de sus necesidades materiales y un acceso gratuito a la educación. A la vez

que la alianza entre la ciencia y el trabajo era descrita como una realidad en la Unión Soviética porque tenían un fin social, añadiendo que si por «democracia» se entendiera participación, los delegados consideraban que el término sólo podría aplicarse a la URSS. La otra resolución alertaba del peligro de guerra imperialista. Y apelaban a todos los amigos de la URSS por medio de una carta abierta, en la que, a pesar de las diferencias que les dividían, conminaban a erigirse como un solo hombre en la defensa del modelo soviético frente a sus ataques, considerando a la Unión Soviética como «una madre querida», y declarándose: «fieles combatientes de su causa que es la causa de la verdad mundial y del progreso humano», tomando como ejemplo a la Rusia Soviética para llevar a cabo realizaciones que «alientan la esperanza de los oprimidos»^[26]. El apoyo a la URSS se hizo extensivo a la China revolucionaria. Para llevar a cabo su labor promovieron «la agitación para la acción» y la necesidad de crear una estructura internacional.

Por tanto, las delegaciones se aprestaron a cumplir con sus compromisos. Según el relato de Fayet, a la comitiva suiza le esperaban, en la estación Zúrich, unos mil quinientos obreros con bandera roja y sindical, pero la ola de testimonios cesó un mes después, no pudiendo servir de antídoto de las calumnias de la prensa burguesa y reformista con millones de lectores^[27].

El 27 de mayo de 1928, en Colonia (Alemania) se celebró el segundo congreso de los Amigos de la Unión Soviética que le dotó

24.- *Friends of Soviet Russia. International Congress*. November, 1927, London, Published for the British National Committee of Friends of Soviet Russia by the Labour Research Department, 1928, pp. 65-66.

25.- *Ibid.* p. 5 y ss.

26.- «De la carta abierta de un grupo de participantes en el congreso de Amigos de la URSS a los amigos del país de los Soviets en el extranjero», *Cultura y Vida*, 10 (1967), p. 16 en Magdalena Garrido, *Compañeros de viaje. Historia y memoria de las asociaciones de amistad hispano-soviéticas*, Murcia, Edit.um, 2009, p. 45.

27.- Jean-François Fayet, *VOKS. Le laboratoire helvétique*, p. 313.

de un Comité Internacional, un boletín, y promovió los contactos entre las distintas delegaciones nacionales^[28]. Los temas del congreso versaron sobre la amenaza que se seguía cerniendo contra la URSS, criticaron que países como Gran Bretaña estuviesen disponiendo sumas de dinero para reforzar a la India frente a la URSS, y que los líderes reformistas y socialdemócratas siguiesen el juego a la contrarrevolución; promovieron la alianza de hermandad y amistad entre los sindicatos y las organizaciones de los países capitalistas y sus correspondientes organismos en la URSS; y la batalla contra el fascismo, asociando luchar a favor de la URSS como una lucha contra el fascismo.

La andadura de los Amigos de la Unión Soviética había sido dispar, como se transmitió en el Congreso de Colonia. Según señalaba el Comité británico, el obstáculo mayor era la actitud del Partido Laborista y la cúspide sindical al ignorarles y dificultar sus publicaciones, pero habían logrado comités conjuntos de sindicatos del mismo ramo entre los trabajadores británicos y soviéticos, siendo los más interesados los sindicatos relacionados con el comercio para los que la reapertura de relaciones entre ambos países resultaba muy beneficiosa. En Francia, los AUS contaban con unos 25.000 miembros y 600 secciones. Su actividad se había centrado en darse a conocer y hacer llegar su mensaje a través de mítines destinados a sindicalistas, grupos comunistas, secciones socialistas, logias masónicas y cooperativas con gran aceptación de público. Y en Alemania, los AUS también desplegaron una labor de propaganda. El desa-

rollo de comités locales y su consolidación fue desigual, destacándose por el buen trabajo realizado las agrupaciones del oeste de Sajonia, Wurtemberg y Silesia.

El Congreso concluyó con resoluciones que incidían en la defensa de la paz. Apelando para ello a todos los pacifistas y defensores de la URSS a movilizarse en una campaña de apoyo el 4 de agosto de 1928^[29].

En un informe del Buró internacional de los AUS en 1929, se reconocía que en muchos países había otras organizaciones con similares objetivos y metas, que suponían un obstáculo por crear confusión entre los posibles afiliados^[30]. A diferencia de las tácticas del Frente Unido aplicadas desde 1921 para conquistar a la mayoría de la clase trabajadora, la adopción en el verano de 1928 de la línea «clase contra clase» y el rechazo de los socialistas por «socialfascismo» supuso una traba para la coexistencia de los militantes socialistas y comunistas en los movimientos por encima de los partidos, y dificultó la andadura de las asociaciones de Amigos de la Unión Soviética, al igual que la falta de dinero para difundir sus boletines.

Berlín pasó a ser la sede estable del Buró Internacional de los Amigos de la Unión Soviética, situada en el número 23 de la *Friedrichstrasse*. En un informe señalaban, a la altura de septiembre de 1928, las dificultades de las delegaciones, a excepción de la sección inglesa, dirigida por Albert Inkpin, del Partido Comunista británico, que fue muy activa en manifestaciones. La sección francesa había incrementado su afiliación a 28.000 miembros, mientras que Alemania, con numerosos grupos locales, no contaba con un comité nacional^[31].

28.- La mayoría de delegados eran alemanes, hasta 12, seguidos de ingleses con 6 representantes, 4 de Francia, 1 de Bélgica, 1 de Suiza, 2 de Austria, 3 de Checoslovaquia, 2 representantes de la Liga Anti-imperialista y 1 de la Ayuda Internacional de Trabajadores. *Friends off Soviet Russia. Cologne Conference. Hands of Soviet Russia!: Report*, con prólogo de A. J. Cook, 1928.

29.- *Friends off Soviet Russia. Cologne Conference...*, 1928.

30.- Informe del Buró internacional de los AUS, 30 de marzo de 19129. Fondo 5451, 13a, 262, doc. 114. Archivo Estatal de la Federación Rusa. GARF.

31.- En el Buró participaron Willi Münzenberg, Charles Guibert y Francis Jourdain por Francia, Alec Massie (bajo

El Segundo Congreso internacional de los Amigos de la Unión Soviética se celebró en los días 22 y 23 de marzo de 1930 en Essen. En esta fecha, la secretaría internacional estaba compuesta por Theo Beutling, Albert Inkipin y Willi Münzenberg. Y las mayores dificultades estribaban en lograr aquilatar las sedes y una colaboración más extensiva. El epicentro berlinés de la Amistad fue clausurado en 1933 debido al ascenso del nazismo, pasando a Ámsterdam. Y años después, la línea adoptada por el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935, con la política de frentes populares, más abierta a otras tendencias de la izquierda, facilitó que los AUS se convirtieran en organizaciones de base social más amplia.

En efecto, lo que constituyó un modesto movimiento de apoyo acabó por conformar una amplia red de delegaciones nacionales de Amigos de la Unión Soviética. Un ingente trabajo guiado por el compromiso de sus integrantes en un contexto adverso, marcado por el ascenso del fascismo y nazismo. La expansión del Tercer Reich implicó la prohibición de las secciones nacionales de los AUS.

España contó con una sección de Amigos de la Unión Soviética desde 1933. Su base se amplió durante la guerra civil, difundiendo propaganda antifascista, sumando afiliados^[32], y mostrando las realizaciones del

el pseudónimo de Burns) y Will Lawther por Gran Bretaña, el Dr. Max Hodann y Robert Siewert por Alemania, el Dr. L. Katz para los países balcánicos y Arvid Hansen para Noruega. Estos hombres recibieron el apoyo de Tschernine, de la Internacional Comunista. Desde Moscú, Mijail Tomski, un antiguo miembro bolchevique del buró político del PCUS equivalente al presidente del Consejo de los sindicatos soviéticos— fue el interlocutor privilegiado de la oficina internacional de los AUS. Se reunían semanalmente, y con el resto de representantes de las organizaciones nacionales cada tres meses. Jean-François Fayet, *VOKS. Le laboratoire helvétique*, p. 313.

32.— Magdalena Garrido, «Discurso y movilización antifascista de los Amigos de la Unión Soviética en la Europa de

aliado soviético, generó muestras de gratitud hacia la URSS por su ayuda la Segunda República y la acogida de niños. Uno de los mayores actos de homenaje consistió en la celebración del XX aniversario de la Revolución de Octubre, organizado por los AUS.

A pesar de las dificultades que se encontraron en el camino, las asociaciones intentaron subsistir afrontando la precariedad de medios y los avatares políticos. Avanzados los años treinta, según Carr y San Román, no tuvieron lugar otros congresos internacionales de la misma índole^[33], aunque siguió activo su comité internacional^[34]. No obstante, las dificultades sobrevenidas con la II Guerra Mundial fueron un enorme escollo para las asociaciones, con todo, hicieron eclosión los más diversos comités de apoyo a la Unión Soviética. La posguerra les llevaría a reorientarse tácticamente para la que sería una «paz fría», y proseguir con su razón de ser para lograr las mejores relaciones posibles con la URSS hasta que dejó de existir^[35].

Mientras la Rusia soviética aglutinó una miríada de organizaciones solidarias con su proyecto, a las que habría que sumar

Entreguerras», en Carlos Navajas, Diego Iturriaga (coords), *Novísima. Congreso Internacional Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2010, pp. 221-234.

33.— Edward Hallett Carr, *El ocaso de la Comintern*, 1930-1935, Madrid, Alianza, 1986, p. 408 y Antonio San Román, *Los amigos de la Unión Soviética (AUS): Propaganda política en España (1933-1938)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, p. 130; Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2004; Jean-François Fayet, *VOKS. Le laboratoire helvétique...*, 2014.

34.— «Actividades generales del Comité mundial (de los AUS)», informe presentado ante el CEIC, 20 de noviembre de 1938, Fondo 495, op. 18, del. 1259, l. 81, RGASPI, en Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, p. 136.

35.— La diplomacia cultural soviética se fue readaptando a los tiempos, para más información, véase: Magdalena Garrido, «Educación y proyección cultural exterior de la Unión Soviética a la Rusia actual», F. Rodríguez, E. Gavari (Eds), *Estrategias de diplomacia cultural en un mundo inter-polar*, Madrid, Ramón Areces, UNED, 2015, pp. 95-123.

«compañeros de viaje», que no precisaban militar en partidos comunistas para sentir curiosidad por el modelo soviético y participar con sus opiniones en una imagen favorable de la URSS^[36], las organizaciones de exiliados rusos y la Entente Internacional Anticomunista realizaron una campaña contraria como se esboza a continuación.

Movimientos refractarios a la Revolución de Octubre de 1917 y al modelo soviético: La Entente contra la III Internacional

El miedo a la extensión de la Revolución se reflejó en las reacciones de las potencias occidentales frente a la Rusia soviética y su apoyo al ejército blanco. También dio lugar a iniciativas reactivas que confluyeron en la fundación de «Liga antibolchevique» en Alemania, en enero de 1919, por Eduard Stadler, que contó con financiación empresarial. Stadler en su obra *Bolchevismo* (1919) se refería a la Rusia soviética como una amenaza:

«Allá en el Este, agita Lenin la antorcha de la revolución mundial y este moderno Atila empuña igualmente la espada ensangrentada de la guerra al frente de una nueva horda. Desde Rusia se proclama que la revolución, surgida de las tinieblas de la derrota bélica, renovará la Humanidad y la llevará a desconocidas cimas de cultura y técnica. Pero la realidad es muy diferente: en la Rusia, tan atrasada culturalmente, se aniquila y destruye toda forma de cultura mientras reina un régimen de terror encaminado a la implantación de los más tremendos errores. La Humanidad corre así el

36.- David Caute, *Fellow Travellers: Intellectual friends of Communism*, Yale University Press, 1988 [1973]; Ludmila Stern, *Western intellectuals and the Soviet Union, 1920-40: From Red Square to the Left Bank*, London & New York, Routledge, 2006.



Cartel de Monleón, Valencia, 1936.

riesgo de una nueva guerra mundial en forma de campaña vengadora del proletariado mundial contra la burguesía»^[37].

Esta asociación de Rusia como barbarie tuvo amplio predicamento en la propaganda anticomunista. Entre los sectores que proyectaron el miedo al contagio revolucionario y los estragos ocasionados por los bolcheviques hay que destacar a la emigración blanca en el exilio, conformando nú-

37.- Recogido en Eduard Nolte, *Fascismo. De Mussolini a Hitler*, Barcelona, Plaza&Janés, 1975, p. 63. Véase también las referencias a la Liga antibolchevique en Bernd Bocian, *Fritz Perls en Berlín, 1893-1933: expresionismo, psicoanálisis, judaísmo*, Santiago de Chile, Editorial Cuatro Vientos, 2015. Creada en el aeroclub de Berlín por iniciativa de Hugo Stinnes, empresario de minas y acerías, según recoge Abel Basti en *Los secretos de Hitler. Los acuerdos de los nazis con los Estados Unidos y los sionistas, y los rastros en la Argentina del Jefe del Tercer Reich*. Sudamericana, 2011.

cleos significativos en Alemania, Francia, Reino Unido y Estados Unidos. Los testimonios de los emigrados rusos en Francia, recogidos por el periodista Chaves Nogales, ilustraron situaciones diversas dentro del colectivo^[38]. Muchos de ellos frecuentaban el Café de la Rotonde del Palais Royal, donde se reunían «Los revolucionarios de la monarquía» que soñaban con una «Rusia nueva»^[39]. No obstante, los monárquicos distaban de ser un colectivo homogéneo, ya que algunos rechazaban al duque Cirilo Vladimirovich como heredero al trono por aceptar la Revolución de Octubre como hecho consumado, mientras otros lo asumían y reclamaban su derribo^[40]. Uno de los grupos más activos fue la Unión Militar Rusa (*Russikii Obshche – Voinskii Soiuz*, ROVS), liderada por el general Evgenii Karlovitch Miller, que fue representante del general Wrangel en París y jefe de personal del ejército ruso desde 1922 a 1924. Consideraba que la revolución bolchevique había sido planeada y organizada por los judíos, y las consecuencias de tal acción se hacían palpables en sus vidas, con la pérdida de familiares, propiedades, medios de vida y patria, motivos que llevaron a destinar sus esfuerzos a evitar a toda costa la expansión del ideario de Octubre^[41].

38.– Manuel Chaves, *Lo que ha quedado de la Rusia de los Zares*, Madrid, Estampa, 1931. Reeditado por la editorial Renacimiento en 2011. Para más información véase Magdalena Garrido, «Bosquejo de la 'Emigración blanca' en Europa occidental: Resistencia al cambio político y preservación del legado cultural», Congreso Internacional sobre el Centenario de la Revolución Rusa (1917-2017), Barcelona, CEHI, Universitat de Barcelona, del 25 al 27 de octubre de 2017.

39.– Manuel Chaves, *Lo que ha quedado de la Rusia de los Zares*, 2011, p. 50.

40.– *Ibid.* 52.

41.– Paul Preston, Paul Preston, *Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 78. Para más información sobre la Unidad Militar Rusa véase Paul Robinson, *The White Russian Army in Exile 1920-1941*, Oxford, OUP, 2002.

Por su parte, el gobierno británico apoyó al ejército blanco y recibió refugiados, pero con las reservas derivadas de la aprobación de leyes de inmigración más restrictivas y las condiciones económicas del país^[42]. No obstante, tal y como expone Multanen, aceptó temporalmente la responsabilidad de ciertos refugiados evacuados tras el colapso de la armada del general Denikin y mantuvo a unos diez mil refugiados en campos de la isla de Prinkipo, Lemnos, Chipre y Egipto, al tiempo que esperaban del gobierno soviético una amnistía de todos los refugiados y su repatriación. Tanto el Ministerio de Asuntos Exteriores como el del Interior británicos eran partidarios de no permitir la entrada de refugiados rusos, salvo en casos excepcionales^[43], como por ejemplo la madre de Nicolás II, la emperatriz María.

Las experiencias de «los emigrados blancos» en territorio británico compartieron elementos similares a otras comunidades más numerosas presentes en Europa continental, respecto a la organización de sus propias asociaciones con las que promover su visión de Rusia y sus expectativas futuras^[44]. Así, la actuación del *Russian Liberation Committee* sirvió para difundir los anhelos de parte del colectivo de emigrados y a través de su órgano de expresión^[45], *The*

42.– *Aliens Restrictions Acts* de 1914 y 1919 otorgaron más facultades en materia de entrada, empleo y deportación de extranjeros. En 1920 se introdujo la necesidad del permiso de trabajo, de tal manera que las condiciones se endurecieron.

43.– Carta del Ministerio de Exteriores al Ministerio del Interior, 28 de diciembre de 1917 (Traducción de la autora), documentos del Home Office (HO) 45/11068, File 374355, The National Archives (TNA).

44.– John Glad, *Russia Abroad: Writers, History, Politics*, Washington, Hermitage & Birchbark, 1999.

45.– Establecido en Londres, en febrero de 1919, por iniciativa de M.I. Rostovtzeff, un académico ruso en el exilio, y A. V. Tyrkova-Williams, escritora rusa y activista política del Partido Democrático Constitucional (KD, cadete). M. I. Rostovtzeff fue presidente del Comité, y A. V. Tyrkova-

New Russia, desde un prisma antibolchevique se trataban los avatares de la guerra civil rusa. La publicación dedicó una esquel a Kolchak, señalando que a pesar de su muerte sus ideales pertenecían a «la totalidad de Rusia»^[46]. Los fracasos del Ejército blanco fueron interpretados como errores de tipo militar, político y económico. Según señaló Chaves Nogales en su visión de los militares zaristas:

«No fueron los crímenes de los bolcheviques quienes derrotaron a los blancos. Fueron los crímenes que los blancos cometían por donde pasaban la causa de que se levantara contra ellos la masa del pueblo, que, odiando a los rojos, les dio el triunfo por miedo al desenfreno de los blancos»^[47].

Una vez la URSS se fue consolidando en la escena política, la lucha contra la «amenaza soviética» transcurrió por los cauces de la propaganda, la información reservada y la colaboración intergubernamental. Lo que hizo que de las «Uniones Cívicas», junto con la colaboración de los gobiernos, que la apadrinaron directa e indirectamente, naciese una plataforma, la Entente Internacional contra la III Internacional en París en 1924^[48]. Impulsada por el abogado

ginebrino Théodore Aubert^[49] y el emigrado ruso G. Lodyginsky^[50], con el propósito frenar el avance bolchevique y destruir el comunismo en todas sus manifestaciones políticas, económicas y morales. Tuvo su sede en Ginebra y contó con un comité financiero internacional para gestionar los recursos. También formaron «comités secretos», en los que se reunió a sectores de la política, economía y la moral en la lucha anticomunista, base de la organización y sustrato de cada centro nacional antibolchevique, que designaba, previo acuerdo del Bureau central de ginebra, los secretarios nacionales, asesorados por un consejo de dirección de personalidades influyentes, vinculados al «comité secreto»^[51]. Otra de las actividades más destacadas fue la infiltración en organizaciones de izquierda, para fomentar su moderación o caída.

En 1925, se constituyeron, entre otros,

49.– Théodore Aubert (1878-1963). Nació en Ginebra, donde estudió Derecho. Fue delegado del Consejo Federal del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Francia y Berlín. Miembro fundador de las Uniones Cívicas (1918). Théodore Aubert fue responsable en el «caso Conradi» de la defensa de su cómplice, Polounine. Su declaración ante la Corte fue una acusación contra el bolchevismo. Consiguió su absolución en una atmósfera marcada por el anticomunismo. Fundador y presidente de la Unión Internacional contra la Tercera Internacional, conocida como «Ligue Aubert», en 1924. Para más información, véase Michel Caillat, Mauro Cerutti, Jean-François Fayet, Jorge Gajardo: «Une source inédite de l'histoire de l'anticommunisme: les archives de l'Entente Internationale Anticommuniste (EIA) de Théodore Aubert (1924-1950)», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, nº1, vol. 73, 204, pp. 25-31.

50.– Georges Lodyginsky (1888-1977). Médico y ex representante en Ginebra de la Cruz Roja Imperial Rusa. En *Face au communisme 1905-1950. Quand Genève était le centre du mouvement anticommuniste international*, Slatkine, 2009, trazó sus memorias, las vicisitudes de la carrera como médico a través de la Gran Guerra, la Revolución de 1917 y la Guerra Civil, como cirujano militar y como jefe de un hospital para oficiales, participó en el CICR y en la Entente Internacional Anticomunista junto a Théodore Aubert.

51.– Eduardo González y Fernando del Rey, *La defensa armada contra la revolución*, pp. 47 y 48.

Williams fue secretaria del mismo. También participaron activistas políticos destacados, predominantemente cadetes, como P. Milukov, P. Struve, V. Nabokov, entre otros. El principal objetivo del Comité era informar a la sociedad británica sobre la situación real en Rusia. Para más información véase Charlotte Alston, «The Work of the Russian Liberation Committee in London, 1919-1924», *Slavonica*, 1, vol. 14, 2008, pp. 6-17; O. Kaznina, *Russkie v Anglii: Russkaya emigratsiya v kontekste russko-anglijskikh svyazey v pervoy polovint XX veka*, Moskva, 1997.

46.– «Admiral A. V. Kolchak en *The New Russia*, vol. I, 3 (19 February 1920) (Traducción de la autora).

47.– Manuel Chaves, *Lo que ha quedado de la Rusia de los Zares*, p. 229.

48.– Eduardo González y Fernando del Rey, *La defensa armada contra la Revolución*, Madrid, CSIC, 1995, p. 43.

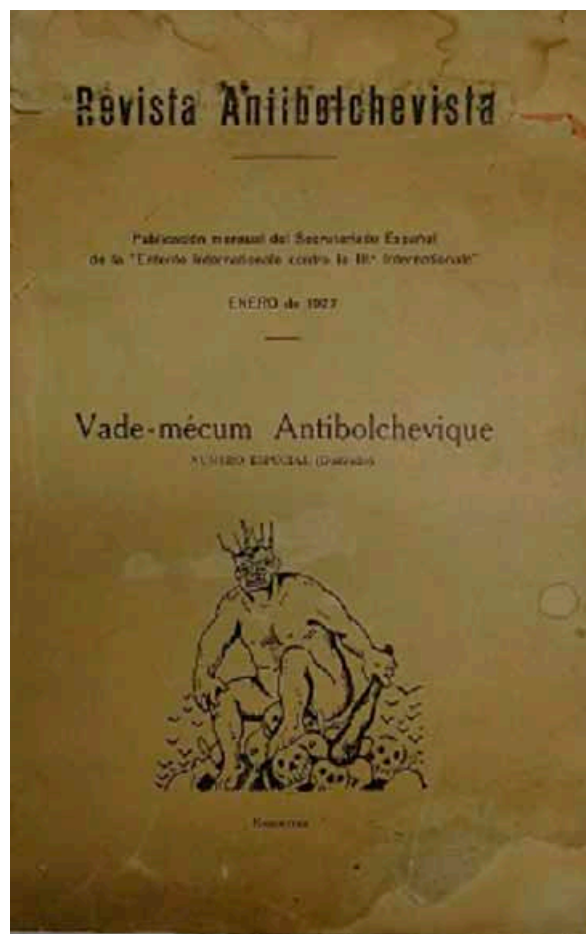
los secretariados nacionales de Italia, Portugal y España. La sección española comenzó sus pasos desde el Centro Español Antibolchevista, liderado por el periodista y activista somatén Luis Andrés y Morera y estuvo nutrido principalmente de sectores católicos, miembros de la patronal, que financiaron su actividad, y las fuerzas de seguridad y del Ejército. Editaron la *Revista antibolchevista* que difundió en castellano el *Vademécum antibolchevique* (publicado en 1926 en distintos idiomas).

A partir de 1927, el coronel José Ungría Giménez, que durante la guerra civil española estuvo al frente de los servicios secretos de los sublevados, asumió la dirección del secretariado español^[52]. La sección española editó el boletín de información *Asociación Anticomunista Internacional*, con la finalidad de advertir a los ciudadanos españoles de la extensión e intensidad del movimiento comunista en el mundo:

«la 'Entente internationale contre la III Internationale' se conforma con que quienes lean sus comunicaciones infundan y extiendan entre sus familiares, sus amigos, sus empleados y sus obreros, el sentimiento de execración contra el terrorismo rojo de los Soviets y se mantengan en constante vigilancia para descubrir, denunciar y contrarrestar cualquier propaganda, más o menos pública, de las ideas origen de tanto mal. No hay que ser débiles, indiferentes o cobardes, ante los progresos del comunismo revolucionario que en ello va, quizás, la propia vida, y la de los nuestros, el porvenir y la grandeza de la Patria y el sosiego y el progreso de la Humanidad»^[53].

52.- José Ungría Giménez (1890-1968). Para más información véase Carlos De Arce, *Los generales de Franco*, Seuba Ediciones, 1998.

53.- Secretariado Español de la Entente Internacional Contra la III Internacional, *Asociación Anticomunista Internacional*, Boletín de información de los meses de marzo a



Revista Antibolchevista, Vade-mécum antibolchevique, suplemento especial, 1927.

El boletín de marzo-abril de 1930 se centró en cuestiones educativas. En el texto «El comunismo en las escuelas de la Rusia soviética», se subrayaba que la educación estaba al servicio de una dictadura «basada en la violencia», en la que no se daban las condiciones materiales idóneas, se ejercía la represión contra los docentes y se promovía el ateísmo en la enseñanza. Más que presentar un modelo educativo de progreso, se sentenciaba que «el régimen soviético le ha hecho retroceder [al proletariado] hacia las hordas primitivas y tiende a igualar a todas las clases en el más lamentable oscurantismo»^[54].

abril de 1930, p. 2.

54.- *Ibid.* p. 3-19.

Esta organización no terminó de cuajar en España, a tenor de lo señalado por Emilio Mola en sus memorias^[55]. No obstante, tanto Mola como Franco, entre otros mandos militares, mantuvieron con la internacional anticomunista una prolongada vinculación^[56], prueba de ello es que, el 20 de abril de 1937, Franco firmó, en plena ofensiva de Vizcaya, la creación de la Oficina de Información y Propaganda Anticomunista (OIPA), un organismo relacionado con otras instituciones anticomunistas como la Entente Internacional anticomunista (EIA) y el *Antikomintern* alemán^[57]. Su misión consistió en recoger, analizar y catalogar todo el material de propaganda del enemigo que fuese incautado, relevante a efectos de la represión.

La Entente Internacional contra la Internacional Comunista realizó reuniones anuales que marcaban sus líneas de actuación, tras la primera de carácter fundacional en París, tuvo lugar otra en Ginebra en 1925, cuyo objetivo fue relacionar el Bureau internacional con las agencias internacionales de información. En la celebrada un año después, en Londres, por el *Central Council of Economic Leagues*, se redactaron tesis contrarias a las promovidas por la Internacional Comunista en su fundación, a la vez que se apelaba por el control de la emigración política y educación. En 1926, se intentó crear una Unión Cívica internacional, pero no prosperó por la heterogeneidad de organizaciones incluidas^[58].

55.- Emilio Mola, *Lo que yo supe... Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad* [1933], en *Obras completas*, Valladolid, Editorial Santarán, 1940, pp. 295-298 y 308-312.

56.- Paul Preston, *Holocausto español, Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, pp. 80-81.

57.- Centro Documental de la Memoria Histórica, «la Creación de la OIPA», <https://www.mecd.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/archivos/cdmh/destacados/2017/creacion-oipa.html> (Consulta: 19 de octubre de 2017).

58.- Eduardo González y Fernando del Rey, *La defensa ar-*

En noviembre de 1936, la Entente participó en la Conferencia Internacional Anticomunista organizada en Munich por la *Antikomintern*^[59]. Fundada por Eberhard Taubert, consejero del Ministerio de la Propaganda de Goebbels, tres años antes. Se presentó como una asociación de carácter privado, cuyo objetivo principal era construir un movimiento antibolchevique mundial liderado por Alemania^[60]. A principios de 1935, el *Antikomintern* tenía ya una extensa red de contactos por toda Europa, apoyando a otras agencias nacionales similares. Las relaciones incluían asesoramiento, intercambio de material, traducciones y realización de exposiciones^[61].

En 1936, se produjo un acuerdo internacional de carácter político-militar suscrito por Alemania y Japón en Berlín, el 25 de noviembre de 1936, tuvo como fin crear un servicio de información y defensa contra la amenaza soviética. El pacto contenía una cláusula secreta en virtud de la cual los firmantes se comprometían a no suscribir ningún acuerdo bilateral de ningún tipo con la URSS. A él se adhirieron Italia, el 6 de noviembre de 1937; Manchukuo y Hungría, el 24 de febrero de 1939, y la España «nacional», el 27 de marzo del mismo año. Lo que fue contravenido por Alemania al firmarse, el 23 de agosto de 1939, por Von Ribbentrop y Molotov, el Pacto de no agresión germano-soviético.

Poco después de la celebración de esta conferencia secreta de 1936, la Entente comenzó a adoptar también las siglas EIA

mada contra la revolución, pp. 50-53.

59.- Para profundizar en la labor de la *Antikomintern* y sus límites, véase Lorna Waddington, *Hitler's crusade. Bolshevism and the Myth of the International Jewish Conspiracy*, London, New York, Tauris Academic Studies, 2007.

60.- *Ibid.*

61.- Antonio C. Moreno y Misael A. López, «Propaganda del odio: las exposiciones anticomunistas en el Tercer Reich», *Historia y comunicación social*, vol. 19, 2014, pp. 171-192.

(Entente Internacional Antikomintern o Entente Internacional Anticomunista). Avanzada la Segunda Guerra Mundial los vínculos de la Entente con el nazismo y el fascismo fueron determinando su desprestigio y decadencia final a partir de 1944^[62]. No obstante, el anticomunismo transnacional tenía una sólida base y persistió. Así, ante el triunfo de los bolcheviques en la guerra civil rusa y el descontento público en clave de movilizaciones obreras, huelgas y organizaciones pro-soviéticas, según señala Fischer, los conservadores en el gobierno y las empresas crearon una red dedicada a barrer la «telaraña» del radicalismo y se rebelaron contra una supuesta conspiración dirigida por los soviéticos, compuesta no meramente por los partidos comunistas, modestos en cuanto a militancia, sino por socialistas, sindicatos, grupos de paz y a favor de las libertades civiles. Así, los mitos anticomunistas y la propaganda influyeron en la política dominante en Estados Unidos y otros estados especialmente en el clima de guerra fría^[63].

Conclusiones

Las pasiones que despertó el experimento revolucionario de 1917 convulsionaron Rusia y el resto del mundo, generando una movilización a favor y en contra del proyecto bolchevique que se materializó en plataformas asociativas más estables.

Entre las movilizaciones a favor de los bolcheviques se ha destacado *Hands Off*

Russia, que canalizó el anhelo de una mayoría que deseaba evitar otra guerra, contribuyó a la formación de «los comités de acción» y fomentó el reconocimiento de la Rusia soviética. En el terreno ideológico, consideraban que la emancipación de la clase trabajadora estaba ligada a la preservación de la primera República Socialista y de ahí el sustrato social de apoyo y de líderes del movimiento obrero y partidos políticos de izquierda que formaron parte de sus bases y nutrieron los futuros partidos comunistas. Por su parte, los Amigos de la Unión Soviética fueron continuadores de la defensa de la URSS, favorecieron contactos más estrechos y prolongados con la misma, concitaron mayores apoyos al compartir la causa antifascista, y extendieron la propaganda soviética en sus respectivos países siguiendo las líneas de la Komintern y del Partido Comunista de la Unión Soviética. Así, las ediciones, boletines, artículos, exposiciones, junto con otras actividades culturales, se enmarcaron en la defensiva imagen del proyecto soviético, gestada desde el inicio, pero acentuando los avances en la construcción socialista, con una notable presencia de temas industriales y sociales. Los Amigos de la Unión Soviética tuvieron una trayectoria más dilatada en el tiempo, aunque dependía su existencia de los contextos políticos nacionales, lograron persistir más allá de su manto, la Komintern, y se readaptaron con el tiempo en función de la política internacional soviética.

Los movimientos de oposición a los bolcheviques tuvieron como sustrato de apoyo a los grupos de exiliados de la Revolución de Octubre, que no vieron sus sueños cumplidos de cambio político en Rusia. Añoraron un país que había dejado de existir salvo en su memoria, sus propuestas políticas no tuvieron viabilidad, pero alentaron una imagen contraria a los estragos ocasionados por la Rusia soviética en sus organiza-

62.- Para profundizar véase Michel Caillat, *L'entente internationale anticomuniste de Théodore Aubert: organisation interne, réseaux et action d'une internationale antimarxiste (1924-1950)*, Laussane, SHSR, 2016.

63.- Nick Fischer, *The Spider Web. The birth of American Anticomunism*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago and Springfield, 2016; Luc van Dongen, Stéphanie Roulin, Giles Scott-Smith (ed.), *Transnational Anti-Communism and the Cold War. Agents, Activities, and Networks*, Palgrave Macmillan, 2014.

ciones y publicaciones, como *The New Russia*. Organizaciones como la Entente contra la Internacional Comunista, cuyas aspiraciones eran derrocar a la Unión Soviética y contrarrestar su propaganda, se sumaron a este propósito. En ese sentido, suministró información anticomunista en sus publicaciones como el *vademécum antibolchevique* que tuvo gran difusión. Más allá de la

impronta que sus respectivos secretariados nacionales tuvieron, y de la trayectoria de la organización, marcó una etapa dentro del anticomunismo, que persistió impulsado por una miríada de grupos de extrema derecha. Y nutrió a otras organizaciones durante la guerra fría en la lucha propagandística librada frente al modelo soviético y sus partidarios.

Obrerismo, republicanismo y reajuste de hegemonías al calor de la Revolución Rusa. Un análisis del caso catalán

Labour movement, republicanism and readjustment of hegemonies in the heat of the Russian Revolution. An analysis of the catalan case

Pablo Montes Gómez

Doctor en Historia por la Universidad de Oviedo

Resumen

La Revolución Rusa ha sido tomada tradicionalmente como un punto de ruptura entre el movimiento obrero y las clases medias republicanas. Sin embargo, la innegable separación que vivieron ambos espectros ya había comenzado a producirse antes de que estallara la Gran Guerra. Los acontecimientos de Rusia, en realidad, facilitaron las condiciones para construir una alternativa al universo liberal en descomposición. Por un lado, la Constitución soviética de 1918 marcará la dirección política de los futuros acuerdos; por otro, ya a partir de 1919-1920, el obrerismo se convertirá en el principal irradiador de hegemonía dentro del campo popular, atrayendo hacia él a la clase media democrática.

Palabras clave: Revolución Rusa, Constitución soviética de 1918, hegemonías, clases populares, obrerismo, republicanismo.

Abstract

The Russian Revolution has traditionally been taken as a breaking point between the labour movement and the republican middle classes. However, the undeniable separation that both sectors experienced had already begun to have place before the Great War broke out. The events in Russia, actually facilitated the conditions to build an alternative to the decomposing liberal universe. On the one hand, the Soviet Constitution of 1918 marks the political direction of future agreements; on the other hand, since 1919-1920, the labour movement will become the main radiator of hegemony within the popular field, attracting the democratic middle class towards it.

Key words: Russian Revolution, Soviet Constitution of 1918, hegemonies, popular classes, labour movement, republicanism.

Introducción

Es un lugar común en la historiografía de nuestro país —y no sólo de él— considerar 1917 y la Revolución Rusa como una gran falla entre el movimiento obrero y los colectivos situados política y culturalmente en torno suyo, muy especialmente las clases medias republicanas. Un momento a partir del cual los primeros, al radicalizarse, habrían forzado el distanciamiento de los segundos, en una dinámica que duraría prácticamente todo entreguerras. A decir verdad, este planteamiento tiene no pocos problemas, gran parte de los cuales son en realidad de carácter ideológico —en varias de las acepciones del término además— que, para colmo, han ido sucediéndose a lo largo del tiempo, lastrando otras vías de interpretación histórica del período.

No es el objetivo de este texto analizar dichas interpretaciones, aunque es obligado apuntar las consecuencias que, en general, esto ha tenido a la hora de observar la relación entre las corrientes llamadas «revolucionarias», dentro de las cuales se acostumbra a incluir *grosso modo* al obrerismo en su conjunto, y las «democráticas», asociadas a una idílica clase media moderada, filtrando de esta manera la idea de una pretendida incompatibilidad entre ambas.

En las siguientes páginas analizaremos esta confusión. Veremos, en primer lugar, los comienzos de la progresiva separación de los trabajadores respecto de la política dirigida por los republicanos para pasar a adherirse a la de las organizaciones obreras. Este paso histórico dado por la clase trabajadora al implementar su sentido de pertenencia no significó necesariamente un incremento del maximalismo proletario, pues la idea de «romper» con el Estado liberal será un posicionamiento bastante generalizado dentro las corrientes democráticas, entre las que, huelga decir, se ha-

llaban muchos republicanos. Ahora bien, es cierto que ello comportó un evidente distanciamiento que se traduciría en una notable pérdida de peso político de los republicanos.

Como aquí se defenderá, esta inacción por parte de la oposición al régimen no fue la consecuencia del mencionado maximalismo obrerista o de otros sectores radicalizados a partir de 1917, sino la consecuencia lógica de no saber hallar un programa y una acción política comunes (en un momento histórico de cambio) bajo los viejos parámetros que habían guiado la política desde el último tercio de siglo XIX. La importancia que en lo sucesivo tendrá la Revolución Rusa será absolutamente central, pues dotará al obrerismo de iniciativa histórica y le proporcionará un programa marco sobre el que orientar los acuerdos con otros sectores. Este es el punto clave. A partir de la Constitución Soviética de 1918 y de las medidas que comenzarían a ser aplicadas en Rusia, la oposición democrática a la monarquía borbónica tendrá ese programa político sobre el que serían edificados los futuros acuerdos que alcanzarán el movimiento obrero y el republicanismo a lo largo de la década de 1920 y que precederán a la llegada de la República.

Los síntomas del distanciamiento

A lo largo del último tercio del siglo XIX, en nuestro país, los republicanos consiguieron mantener un fuerte apoyo social que si no adquirió traducción institucional fue únicamente debido a las prácticas viciadas del sistema^[1]. No obstante las resistencias por parte del régimen de la Restauración, los federales, primero, y los radicales, más tarde, lograrían erigirse en «promotores de

1.—Manuel Suárez Cortina, «Radicalismo y reformismo en la democracia española de la Restauración», *Berceo*, 139 (2000), p.53.

una incorporación de las masas a la política» que se alargaría hasta comienzos del siguiente siglo^[2]. Estos últimos «representaron —ha escrito Manuel Suárez Cortina— de un modo transparente la ambición popular por derribar las instituciones liberales y su sustitución por una democracia, de claro componente rousseauniano»^[3]. Además, como sagazmente apunta Ramiro Reig, los republicanos —particularmente, los radicales— lograron hacer un programa político del *sentido común* popular, que dictaba cosas como «que los curas no engañen al pueblo, que los ricos no vivan del sudor de los obreros, que los pobres no tengan que ir a la guerra (o que vayan todos), que no se encarcele a los inocentes, que haya instrucción y todos puedan vivir de su trabajo»^[4].

Trabajadores y clases medias compartían, por tanto, el vasto e indefinido espacio de la democracia. Y ello se debía fundamentalmente a que ambos formaban parte de otro ente no menos informe aunque con gran fuerza de apelación: el pueblo. En este sentido, cabe recordar que el uso de las metáforas dicotómicas como las de «ricos y pobres» o «explotadores y explotados», así como la contraposición orden *versus* progreso, seguía muy vigente^[5]. Sin embargo, no sólo compartían espacio en los universos abstractos, también lo hacían en los concretos.

Sobre el plano urbano, se encontraban en

los nuevos lugares de ocio y esparcimiento que surgieron al calor de la modernización de las ciudades que se dio en el cambio de siglo y que se tradujo en la cristalización de elementos trascendentes de unificación moral y cultural de las clases populares. El Paralelo barcelonés fue, quizás, uno de los ejemplos más paradigmáticos que pudieran hallarse en España, aunque este tipo de zonas surgieron en todas las ciudades del país^[6]. Lugares como el café o la taberna, pero también el cabaret o la sala de variedades que ofrecían espectáculos como el cuplé —asociado a los bajos fondos y la dudosa moralidad— fueron imponiéndose al drama teatral o la ópera. Clases medias y obreras se dieron la mano en unos espacios en los que pedían argumentos similares y parecidos precios^[7]. No obstante, cabe hacer puntualizaciones importantes a esta aparente proximidad, puesto que, tal y como advierte Serge Salaün, el «‘interclasismo’ de principios de siglo dejó paso a una frecuentación socialmente mucho más homogénea de los diversos tipos de espectáculos». Ello puede parecer un tanto paradójico, pero no es más que la constatación de los procesos de reafirmación de clase que se estaban viviendo y que afectaron muy especialmente al obrerismo.

En cualquier caso, todo ello no significó una ruptura abrupta con la cultura burguesa, puesto que los trabajadores aún permanecerían más de una década siendo grandemente dependientes de la misma^[8]. A decir

2.— *ibid.*, pp.53-54.

3.— *ibid.*, p.57.

4.— Ramiro Reig, «El republicanismo popular», *Ayer*, 139 (2000), p.96.

5.— Puede verse el artículo de Manuel Pérez Ledesma, «‘Ricos y pobres; pueblo y oligarquía; explotadores y explotados’. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10 (septiembre-diciembre 1991); Angel Smith, «Los anarquistas y anarcosindicalistas ante la cuestión nacional», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2011, p.145.

6.—Pere Gabriel, «La Barcelona obrera y proletaria», en Alejandro Sánchez, *Barcelona, 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza, 1994, p.100.

7.—Jorge Uría, «Lugares para el ocio: espacios públicos y espacios recreativos en la Restauración española», *Historia Social*, 41 (2001), p.106.

8.—Serge Salaün: «Espectáculos (tradición, modernidad, industrialización, comercialización)», en Serge Salaün y Carlos Serrano (eds.), *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006, p.189. La



Intervención de Alejandro Lerroux en un acto por los presos de la Semana Trágica. Barcelona, abril de 1910 (Foto: Frederic Ballell Maymí, Arxiu Municipal de Barcelona).

verdad, lo mismo le había ocurrido a la clase media más popular, que se alejó de esa otra burguesía más netamente oligárquica que había absorbido no pocos elementos de la cultura de la aristocracia. Jorge Uría lo ilustra con la espléndida metáfora del cierre del Teatro Real en 1925 por falta de público nada menos, culminando «un proceso que habría que ligar a una rebelión de la clase media ante la perspectiva de seguir dependiendo del gusto de los sectores aristocráticos y altoburgueses»^[9].

Por su parte, los lugares de carácter asociativo guardarían una importancia central en la sociabilidad política popular a lo largo de todo el período. En ellos se destaca

apreciación de la dependencia de la cultura obrera respecto de la burguesa es de Brigitte Magnien, de su capítulo «Crisis de la novela» inserto en el volumen anterior, p.259.

9.-Jorge Uría, «Lugares para el ocio...», p.106.

la «impronta habitualmente interclasista» que poseían los «Ateneos populares o [las] sociedades instructivo recreativas, en Cataluña, en Levante o en Asturias»^[10]. En gran medida, estos espacios contribuyeron decisivamente al impulso de la presión social y política que las clases populares ejercerían a lo largo de estos años contra el régimen monárquico. Por decirlo de otra manera, los actos de posesión de la calle, los conflictos en la fábrica o el taller y su posterior aparición cada vez más frecuente en la prensa, traducían mediante espectaculares manifestaciones la cotidianeidad mucho más discreta de las reuniones, los actos, los encuentros y las conversaciones de la cooperativa, el café y el ateneo.

10.-Jorge Uría, «Cultura popular y actividades recreativas: la Restauración», en Jorge Uría (coord.), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p.89.

Todo esto no niega la separación cada vez más y más acusada entre clases medias y obreras conforme se acercaba el nuevo siglo. El motivo esencial residió en los progresos de la organización de clase de las segundas, tal y como señaló con acierto Eric Hobsbawm en la tercera de sus *eras*^[11]. Ahora bien, lo importante es señalar el carácter de este fenómeno, que no fue social o económico, sino cultural y político.

En conexión con este proceso está, qué duda cabe, la aguda crisis en la que entraron unos regímenes liberales que vivían de y sobre las espaldas de las clases populares ante la entrada inevitable de las masas en la vida pública. Tal situación, a la altura de 1914, parecía ya insostenible. Obviamente, esto era la consecuencia de la progresiva imposición del liberalismo a lo largo de las dos terceras partes de la centuria anterior pero los costes que ello tendría no se empezaron a sentir hasta finales de la misma^[12]. «Con la ampliación del electorado —escribió Hobsbawm—, era inevitable que la mayor parte de los electores fueran pobres, inseguros, descontentos o todas esas cosas a un tiempo»^[13]. Pese a todo, las costuras no les acabarían de reventar a los regímenes liberales hasta bien entrada la Gran Guerra, con la que se vinieron abajo los parámetros sobre los que se sustentaban, particularmente los de carácter económico, sociopolítico e institucional.

Las transformaciones que provoca la tecnificación de las diversas industrias, esto es, el implemento de las formas capitalistas en gran cantidad de centros de trabajo, exigirían nuevos tipos de sindicación capaces de oponerse a la devaluación del trabajo de las sociedades de oficio. Estos serán los

condicionantes que favorecerán el salto. En buena medida, eran elementos de carácter material, aunque se juntaron con otros de tintes más culturales e intelectuales. Todos confluyeron reforzando la identidad y personalidad propia del movimiento obrero, que pasó de un núcleo muy cohesionado —pero pequeño— centrado en los oficios a otro mucho más amplio que componía el grueso de la masa proletaria, centrado en los sindicatos de industria.

Así pues, desde primeros de siglo, el movimiento obrero vive un proceso de reafirmación de sí mismo como ente social diferenciado que lo va independizando cada vez más del resto de clases. La guerra acelerará esta evolución, al fomentar el crecimiento cuantitativo del proletariado a la par que el empeoramiento de sus condiciones de vida, resultando un aumento de su conciencia de clase^[14]. Pero nos equivocáramos si pensáramos que el período sólo produjo efectos en el obrerismo. Los sectores más cercanos a él así como amplias fracciones de clase media vivirán a lo largo de estos años una serie de experiencias comunes que acabaría situando a ambos en el mismo lado del campo socio-político, enfrentados a los sectores dominantes y al Estado que los servía. De este modo, el número de líneas culturales de cruzamiento entre la clase obrera y las medias se multiplicarán exponencialmente durante estos años. Pero nos estamos adelantando demasiado. De momento, quedémonos con los prolegómenos, que son un movimiento obrero cada vez más cohesionado y relevante, y una pérdida de fuerza política del republicanismo como consecuencia de lo anterior.

Cataluña es un buen observatorio de este proceso. Allí, tanto el republicanismo en general, aunque con particular inci-

11.—Eric J. Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2001, p.140.

12.—Véase Manuel Santirso, *Progreso y libertad. España en la Europa liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel, 2008.

13.—E. Hobsbawm, *La era del imperio*, p.122.

14.—Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978, p.294.

dencia el radical, como las organizaciones obreras, eran muy fuertes. El fracaso, primero, de la Unió Federal Nacionalista Republicana (UFNR) en las elecciones de 9 de noviembre de 1913 y, después, el del «Pacte de Sant Gervasi» de ésta con el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux el febrero siguiente, simbolizó el alejamiento. A decir de Isidre Molas, con ello se hundió momentáneamente el programa del catalanismo republicano, creando un vacío de representación social^[15]. El republicanismo bebía directamente de la apelación al pueblo y, ahora, la parte más organizada de éste parecía volverle la espalda.

Los porqués de esto, en realidad, son bastante conocidos. Se vincula al movimiento obrero con planteamientos de ruptura con los regímenes liberales, en un momento en que el republicano aún se movía en planteamientos de reforma del sistema. Por consiguiente, el distanciamiento del obrerismo respecto del republicanismo era un hecho tan lógico como esperable. No obstante, los límites de esta demarcación son todo menos claros. Como veremos en seguida, incluso en los momentos más convulsos, fracciones del obrerismo tradicionalmente consideradas como particularmente radicales, como la cenetista, por lo que abogaron (bien es cierto que vehementemente) fue por reformas, no por quiebras. Esta posición de progresiva ruptura con el sistema venía dada por el fracaso del republicanismo como movimiento de reforma, algo que tampoco era exclusivo de nuestro país. Además y quizá aún más relevante, el republicanismo tampoco tardaría en abandonar definitivamente la idea de que el régimen

de la Restauración podía democratizarse.

El fenómeno, no obstante, resulta más significativo que cualquier otra cosa. Aunque con los conocidos síntomas se ha acostumbrado a diagnosticar una enfermedad errónea. Detengámonos un momento en él observando algunos autores destacados. Juan Pablo Fusi considera algunas tendencias (él habla de «ideologías») presentes en el movimiento obrero de principios de siglo como «decididamente antidemocráticas». Ramiro Reig culmina un artículo sobre el republicanismo popular del siguiente modo: «La Revolución Rusa proporciona un paradigma de comprensión de la realidad completamente distinto, en el que la revolución aparece como un horizonte posible, sin conexión alguna con el advenimiento previo de la república. El republicanismo queda como un proyecto de democracia radical pero tiene poco que decir en el campo social». Ese acontecimiento es en realidad la piedra angular sobre la que descansan la gran mayoría de las críticas. Juan Avilés Farré ha escrito: «En vísperas de la toma del poder por los bolcheviques, la admiración por la Revolución Rusa iba en cambio en aumento entre los anarquistas puros». Gerald Meaker, en un libro muy leído, sostuvo también que a partir de 1917 «los cenetistas se volvieron aún más decididamente contra la idea de la república democrática» y Teresa Carnero Arbat, que a partir de ese momento «la orientación reformista democrática [de las organizaciones obreras] se diluye». Otros autores como Enrique Moradiellos, Julián Casanova, Fernando del Rey, Mercedes Cabrera, Santos Juliá o por supuesto Juan Linz, entre los muchos que podrían citarse, navegan por esta línea interpretativa^[16].

15.—Para un repaso a la UFNR debe verse Pere Gabriel, «Las bases políticas e ideológicas del catalanismo de izquierdas del siglo XX», *Espacio, Tiempo y Forma*, t. 13 (2000), pp.79-86. Isidre Molas, «Federació Democràtica Nacionalista (1919-1923)», *Recerques: Història, economia i cultura*, núm. 4 (1974), p.137.

16.—Juan Pablo Fusi, «Dictadura y democracia en el siglo XX», *Ayer*, 28 (1997), p.20; R. Reig, «El republicanismo popular», p.102; Juan Avilés Farré: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*,

Como veremos en seguida, estas afirmaciones habituales tendentes a situar 1917 como el momento del alejamiento definitivo de los obreros de la acción política para reforzar su identidad de clase, resultando un mayor abstencionismo y una disolución de la orientación reformista, supone una fuerte distorsión de lo que representó el proceso, infinitamente mucho más rico en matices.

Desacuerdos e inacción política

En efecto, no sólo los sectores obreros fueron abandonando progresivamente —aunque a pasos agigantados— la vía reformista. También los republicanos comenzaron a entender, hacia 1918 y muy especialmente 1919, que ese camino era prácticamente infranqueable. Los sucesivos gobiernos de unidad y concentración nacional, la creciente e imparable militarización de la vida pública —que en un lugar como Barcelona llegó a suspender ininterrumpidamente, entre 1919 y 1922, las libertades constitucionales—, el autoritarismo que a un ritmo cada vez más creciente fue experimentando Alfonso XIII o su negativa a aceptar un gobierno que no fuera conservador hasta 1922, disuadieron a un número cada vez mayor de sectores medios y republicanos de aspirar a reformar algún día la Restauración.

En palabras de un buen conocedor de la progresiva implementación de la vía coercitiva, «la utilización persistente o esporádica de la violencia política tuvo mucho que ver con las dificultades de modernización del

propio sistema liberal-parlamentario, que se reveló incapaz de canalizar con eficacia las aspiraciones participativas y democratizadoras de amplias capas de población». Pero el régimen restauracionista consiguió mantenerse, no tanto gracias a sus medios de control social, que se probaron cada vez más inoperantes, como «a la inexistencia de un modelo subversivo válido y coherente que concitase la adhesión unánime de los sectores sociales mayoritarios que se encontraban marginados del sistema»^[17]. Es decir, de la falta de un proyecto común popular entre las fuerzas de oposición. La contienda mundial acentuó esta situación pero, a la vez, creó las condiciones para corregirla.

Sea como fuere, y tal y como ya quedó dicho, la separación venía de antes. En Cataluña, al ya aludido hundimiento de la UFNH le sucedieron otros proyectos encaminados a articular una oposición política al régimen monárquico, algo que allí pasaba por arrebatarse el catalanismo a la Lliga. Una de las figuras más relevantes de esta etapa fue sin lugar a dudas Francesc Layret —abogado de profesión y defensor frecuente de trabajadores en sus pleitos con la justicia restauracionista—. Él junto con otros destacados republicanos de izquierda como Marcelino Domingo, Gabriel Alomar, Àngel Samblancat o David Ferrer, fundaron en 1915 el *Bloc Republicà Autonomista*. El objetivo de este nuevo partido, tal y como expondría años después en sus memorias el secretario del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI), Ramon Noguer i Comet, quien también se adheriría al proyecto, era ahondar por la izquierda en el programa de la propia UFNH. En consecuencia, el nuevo partido se presentó con «un to més radical en el sentit de les reformes socials i de la laïcització», aunque sin

Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p.40; Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Barcelona, Ariel, 1973, p.142; Teresa Carnero Arbat, «Democratización limitada y deterioro político, España 1874-1930», en S. Forner, *Democracia, elecciones y modernización en Europa: siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Cátedra, 1997, p.121.

17.—Eduardo González Calleja, «La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración», *Ayer*, 13 (1994), pp.111-112.

conseguir atraer la atención de los votantes obreros, cosechando un pobre resultado en las elecciones de abril de 1916^[18].

Aquella derrota sería analizada por Marcelino Domingo de la siguiente manera, en unos comicios en los que se abstuvieron, según señaló, «más de treinta mil electores republicanos»: «El partido republicano español no ha de circunscribirse a predicar los viejos programas democráticos. No. Ha de fijar su posición en cada problema. Y fijar su posición, no quiere decir definirla solamente, sino propagarla, extenderla, clavarla en el alma de las multitudes, sublevarlas con ella»^[19].

La solución es lo suficientemente vaga como para considerar que Domingo no sabía muy bien cómo revertir aquella situación, a pesar de indicar certeramente el problema, que no era otro que el de la reformulación política: «predicar los viejos programas democráticos» era algo del pasado, ahora debía hacerse otra cosa. Porque las clases populares —más concretamente, las obreras— se desmarcaban de las propuestas de los republicanos que, como hacía hincapié el propio Domingo, debían ser reorientadas hacia la reivindicación concreta.

En un nuevo intento por dar con la fórmula correcta, viraron aún más hacia la izquierda para crear el Partit Republicà Català, el cual «decía ser un partido de izquierdas de la clase obrera». Constituido a finales de abril de 1917, explica Rovira i Virgili que entró en él la mayor parte de las entidades que habían conformado la UFNR. Desde luego, esta evolución no es fruto de la casualidad, sino del esfuerzo tenaz y consciente de conectar con un obrerismo que iba adquiriendo fuerza. Como señala Pere Gabriel, el «PRC vino así a continuar

la UFNR, aunque ahora, signo de los nuevos aires sindicales que estaba imponiendo la realidad de la guerra europea, aquel republicanismo apareciese obsesionado en convertirse en un portavoz político de la clase obrera o, al menos, actuar como correa de transmisión política del sindicalismo, al modo del laborismo británico». Y si bien no será el revulsivo político que hubiera sido deseado, conseguirá atraer futuras personalidades del obrerismo como Joan Comorera o Gabriel Alomar^[20].

Este proceso de desplazamiento del republicanismo hacia las posiciones del obrerismo era en realidad del todo armónico con la coyuntura que estaba sucediendo. Así, no es casual que desde 1916 el mismo fuese *in crescendo*, es decir, a medida que aumentaba la intensidad de la protesta social por el imparable alza del coste de la vida^[21]. De hecho, se aceleraría a partir de momentos como agosto de 1917 y los progresos que las organizaciones obreras llevarían a cabo a lo largo de 1918 y los años sucesivos. Esta correlación se aprecia con notable claridad en un catalanista liberal como Macià, que a partir de 1917 comenzaría una nueva etapa decidido a romper con la vieja política parlamentaria para acercarse al sindicalismo obrero. Enric Ucelay Da-Cal señala lo que le ha ocurrido al futuro presidente de la Generalitat republicana: «ha arribat a la convicció que la solidaritat nacional que ha de reformar Catalunya i potser Espanya, nomès és possible si es fa justícia social». Poco a poco, irá convenciéndose, como tantos otros republicanos, de que la

18.—Ramon Noguera i Comet, *Al llarg de la meua vida*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, p.182.

19.—Marcelino Domingo, «¿Unión o actividad?», *La Publicidad*, 21/04/1916, p.1.

20.—P. Gabriel, «Las bases políticas...», pp.84-85. Antoni Rovira i Virgili, *Resum d'història del catalanisme*, Barcelona, La Magrana, 1983, p.107. Lo de Comorera en Josep Termes, *La catalanitat obrera. La República Catalana, l'Estatut de 1932 i el Moviment Obrer*, Barcelona, Afers, 2007, p.18.

21.—Para una estadística del aumento de la conflictividad laboral véase el estudio de José Luis Martín Ramos, «Anàlisi del moviment vaguístic a Barcelona (1914-1923)», *Recerques: Història, economia i cultura*, 20 (1988).

única forma de lograr una reforma social en Cataluña es mediante una revolución que destruya el Estado monárquico. Es decir, de la ruptura con el régimen^[22].

Sin embargo, Macià, que ya gozaba de un importante prestigio en Cataluña, también fracasaría en su intento por constituir un partido que atrajera para sí el voto obrero. Concentrando en el nombre del nuevo partido todos los ingredientes que pudieran atraer a los sectores populares catalanes, fundó la Federació Democràtica Nacionalista, cuya pretensión era establecer un punto de unión para «tots els elements demòcrates nacionalistes i republicans de Catalunya»^[23]. Los condicionantes bajo los que surgió el nuevo partido, ejemplifican bien la brecha abierta entre las viejas (y desfasadas) fórmulas de relación política entre ambas clases. No obstante, hay que decir que la contingencia jugó no poco en su contra. Fue presentado el 15 de enero, un día antes de que se suspendieran las garantías constitucionales ante las movilizaciones catalanistas que entonces vivía Barcelona en protesta por los impedimentos que desde Madrid se venían poniendo a la aprobación del Estatut autonómico. Seguidamente, quedaría atrapado en la vorágine del conflicto de *La Canadiense*.

Es cierto que estos intentos y otros más que no han podido ser mencionados pueden ser considerados insatisfactorios, limitados y hasta fracasos, pero se produjeron,

22.—Ferran Mascarell, «Macià: un polític sorprenent. Conversa amb Enric Ucelay Da-Cal», *L'Avenç*, 66 (diciembre 1983), pp.25 y 31. Lo del interclasismo, así como una panorámica de su evolución política a lo largo de su vida, en el libro del mismo autor: *La Catalunya populista: imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, La Magrana, 1982, pp.114-115. Véase también a J. Termes, *La catalanitat obrera...*, p.20.

23.—La descripción que de este partido hace Isidre Molas así lo muestran. Términos como «Directori provisional» y, refiriéndose al propio Macià, «cap suprem del partit» («Federació Democràtica Nacionalista», pp.138-139).

yendo siempre en la misma dirección. Y lo que es más relevante, demuestran hasta qué punto no faltaron tentativas de acercamiento interclasistas. Desde luego, el momento histórico —de crisis de los regímenes liberales y de reforzamiento de la personalidad de clase del obrerismo— no ayudó en absoluto a su posible éxito, pero la insistencia en las viejas fórmulas de partidos de notables, cuyas propuestas verticales venían realizadas *hacia* pero a la vez *de espaldas* a los trabajadores, tampoco. El máximo dirigente del anarcosindicalismo a la altura de 1919, Salvador Seguí, lo expresó muy claramente en un artículo que escribió para *El Sol* a mediados del mencionado año.

«Es innegable que la masa electoral de Barcelona pasa por una profunda crisis de escepticismo, y cada vez es más acentuada su abstención en la lucha electoral. Es verdad que nada más lógico ni justificado.

[...]

Los partidos de izquierda no han hecho tampoco lo que podían y debían; ha sido tan incoherente y confusa su labor, se ha abusado tanto de la política de caudillaje, que a estas horas nadie toma en serio la actuación de dichos partidos [...].»

Y continuaba aludiendo a la insuficiencia de escuelas en la ciudad de Barcelona, a la deficiente higiene de zonas enteras de la ciudad, a la desastrosa gestión realizada que había hecho quebrar el municipio y, en este sentido, a una política fiscal injusta descargada sobre el impuesto indirecto. Todo ello «no obstante haber estado el Ayuntamiento en manos de los republicanos muchos años»^[24].

A todo esto habría que añadir que hacía tiempo que cualquier intento de incidir po-

24.—Salvador Seguí, «Los partidos políticos de Cataluña», *El Sol*, 14/05/1919, p.8.

líticamente de un modo positivo sobre el régimen había pasado a ser visto como poco menos que una utopía por parte de los sectores subalternos. Como también apuntaba Seguí, el pueblo «no interviene en las elecciones, no porque las crea desprestigiadas y viciadas, sino más bien porque las considera inútiles e inservibles». La opinión de uno de los principales asesores de la Corona, Gabriel Maura, reconociendo que el republicanismo nunca había llegado «a constituir jamás [una] seria amenaza contra la monarquía», completa el cuadro^[25]. Pero todo esto no debe llevarnos a error. Los obreros se separaban de los republicanos en un momento en que el obrerismo, por mucha creciente autonomía y vigor que demostrara, aún no había conformado un programa propio de gobierno, de ahí la ambigüedad que vimos que demostraba Domingo al momento de ofrecer alternativas.

La huelga de agosto de 1917 es un buen medidor de esto que estamos señalando. Con motivo de la misma, los socialistas se limitarían a pedir básicamente lo que habían planteado ya los parlamentarios, esto es, más Parlamento y menor incidencia del rey en los asuntos de gobierno. Los anarquistas, mucho más decididos y dispuestos, es cierto que plantearon —como puntos máximos— el derrocamiento de la monarquía, aunque no concretaron por qué sería sustituida (se aludía a instaurar «una particular situación política»), así como la «nacionalización del suelo y el subsuelo», pero sin hacer mención alguna a la «propiedad privada». En palabras de Pere Gabriel, el de la Confederación «no dejaba de ser un programa en el que se hallaba ausente cualquier aspiración de revolución social inmediata ni peticiones de cambios en la propiedad o una organización del trabajo

colectivista. De hecho se limitaba a pedir con énfasis la afirmación de una presencia obrera específica y sus reivindicaciones alrededor de temas como las subsistencias, un programa laborista y una línea de demandas sociales, al lado de los políticos y sus propuestas parlamentarias y de Cortes Constituyentes»^[26].

A comienzos de 1918, el entorno del PSOE lanzó un «Bosquejo de un programa de izquierdas» a través de la revista *España*, que incorporaba: la reforma constitucional para sacar al rey la facultad de incidir sobre el gobierno y para que los derechos constitucionales no pudieran ser suspendidos salvo en caso de guerra; severidad contra la corrupción; control obrero en las industrias de las que dependieran las subsistencias —que seguirían bajo la dirección de sus actuales dueños y el gobierno actuaría como moderador entre ambos—; distribución de alimentos a través de las cooperativas obreras, a las que les suministraría el Estado dichos artículos a precio de tasa; disolución de las Juntas de Defensa y de los tribunales militares; y, finalmente, un incremento del gasto público para el desarrollo de la economía, la «difusión e intensificación de la enseñanza y el mejoramiento de todos servicios públicos», lo que sería costado gravando las grandes fortunas. Un programa que, *sensu stricto*, resultaba ser poco más que la síntesis entre los objetivos de la Asamblea de parlamentarios del verano anterior y la declaración de buenas intenciones de los propios partidos dinásticos que, como los planes de Santiago Alba en su «impuesto sobre los beneficios extraordinarios», ya existían, aunque siempre acabarían

25.—Cit. en Javier Tusell, «La descomposición del sistema del sistema caciquil español (1902-1931)», *Revista de Occidente*, 127 (1973), p.78.

26.— Gabriel: Pere Gabriel, «Sociedad, gobierno y política (1902-1939)», en Ángel Bahamonde (coord.), *Historia de España siglo XX, 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, p.410. El programa de la Confederación en Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970, pp.227-228; el de los socialistas viene en las pp.251-252.

sin tener prácticamente efecto alguno^[27].

Huelga decir que todo ello no significa que el obrerismo no tuviera aspiraciones revolucionarias, que por supuesto las tenía, o que su proyecto democratizador fuera homologable al del dinastismo, sino simplemente que no poseía aún un programa definido para articularlas. La revolución en Rusia cambiaría esto, aunque no sería inmediatamente.

Por fin un programa político en torno al que negociar

El 10 de julio de 1918 se promulgaba la primera Constitución obrerista de la historia y también la primera de Rusia. De algo tan notable no se enteró prácticamente nadie en España hasta pasado un tiempo. La prensa, sencillamente, tan solo ofrecía noticias acerca de la guerra, una situación que además se alargó en los territorios del este de Europa debido a la intervención aliada en aquel país. Habría que esperar al final de la conflagración para que el flujo de informaciones aumentara.

De esta inopia habló el poeta y republicano Ernesto López Parra, quien desde las páginas de *El País* afirmaba, poco antes de finalizar el mes de abril de 1919, lo siguiente:

«El bolchevismo no tiene para nosotros más que un interés episódico, como la gacetilla de un suceso vulgar. Y, sin embargo, Rusia está gestando la revolución social más formidable que conoció el mundo, aunque nosotros no queramos enterarnos de ello [...]. Hacen bien los periodistas en no conceder importancia a las informaciones tumultuo-

sas que llegan del país de los zares, que es ya el pueblo de las risueñas democracias. Al lector hispano no le interesan esas cosas»^[28].

Esta última opinión expresa esa idea tan propia de la izquierda española, tendente a acusar al pueblo de demostrar falta de interés por asuntos que habrían de incumbirle, pero ilustra parte de la confusión a que aludimos al comienzo del artículo.

No obstante, el panorama no era tan yermo como lo dibujaba Parra. Existen referencias indirectas a la distribución de publicaciones relacionadas con la revolución en Rusia, que fueron prohibidas y perseguidas. Por ejemplo, la que tuvo lugar en una localidad cercana a Barcelona, Sabadell, en la que apenas unos días antes de finalizar 1918, los miembros de una sociedad obrera de la ciudad denunciaron la «arbitrariedad» de las autoridades, que secuestraron las publicaciones relacionadas con ese tema^[29]. De hecho, por esas fechas habían comenzado a distribuirse los primeros ejemplares del folleto de Henriette Roland Holst sobre el primer año de revolución en Rusia y la Constitución bolchevique por escasos diez céntimos de peseta a través de *Solidaridad Obrera* (el precio de un suelto del mismo diario)^[30]. Aún habría que esperar al año siguiente a que apareciera un estudio jurídico de ésta, el que le dedicara Quintiliano

28.—Ernesto López Parra, «Un poco de bolchevismo», *El País*, 26/04/1919, p.2.

29.—*Solidaridad Obrera*, 3/01/1919, p.2.

30.—Quintiliano Saldaña, *La Revolución Rusa: la Constitución Rusa de 10 de julio de 1918*, Madrid, Editorial Reus, 1919, p.5. En *Solidaridad Obrera* de 24/12/1918 venía anunciada en su p.4 el mencionado folleto, así como dónde adquirirlo. No dejará de resultar ilustrativo que Ortega tardara tanto en escribir —nada menos que en noviembre de 1919— que «la Constitución soviética es extraeuropea, pertenece, con los elefantes y la teocracia, a la fauna asiática». (Cit. en Antonio Elorza, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, [1984], p.126.)

27.—España, «Bosquejo de un programa de izquierdas», 24/01/1918, p.4. Para el proyecto de Alba puede verse Miguel Martorell Linares, «El fracaso del proyecto de ley de beneficios extraordinarios de Santiago Alba en 1916: una lectura política», *Revista de Historia Económica*, 2, Año XVI (primavera-verano 1998).

Saldaña, sin embargo, bien entrada la primavera de 1919, ya habían comenzado a ser conocidas algunas medidas del gobierno revolucionario^[31].

El Sol les ofrecería una sección itinerante encuadrada bajo el epígrafe «Las reformas sociales de los bolcheviques», algunas de las cuales no dejaban de tener un fuerte eco sobre los problemas que publicaciones de hondo carácter regeneracionista habían venido señalando para España. Por ejemplo: «La nacionalización de la industria. El ‘control’ obrero»; la «Nacionalización de las casas burguesas»; o la «Supresión de la herencia» y la «Nacionalización del comercio». Por su parte, el portavoz sindicalista anunciaba —entre muchos pequeños titulares— en apenas seis líneas y en letras destacadas, «La abolición de la propiedad privada en Riga»^[32]. Reformas todas que venían precedidas del nuevo marco legal de que se había dotado el país en julio del año anterior cuando, en palabras de Trotsky, todo parecía perdido^[33].

Y por más que se haya difundido el carácter estrictamente obrero de la Revolución Rusa, lo cierto es que su impronta interclassista resulta indiscutible. La larga serie de artículos que aquella Constitución recogía así lo demuestra. Y en ella se sancionaban derechos por los que el republicanismo llevaba pugnando durante muy largo tiempo. Incluso, puede afirmarse con rotundidad que el nuevo Estado obrero parecía dar

plasmación legal a algunos de sus más históricos anhelos. Así, pasaba a ser reconocido, ya desde el art. 2º, el derecho —*per se* absolutamente grato para cualquier federalista, alma del republicanismo catalán— a la «libre unión de las naciones». De su franco desprecio a todo lo aristocrático, pues en los odiosos remanentes del Antiguo Régimen situaban los republicanos la auténtica causa de la decadencia nacional, eran declaradas en la nueva Rusia «todas las aguas y bosques, suelo y subsuelo [...] bienes públicos» (Cap. II. 3, b.); y se establecía «el servicio de trabajo obligatorio para todos» a fin de «suprimir los elementos parásitos de la sociedad y organizar la vida económica del país» (Cap. II. 3, f.). Cuestiones como la separación total y radical de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica y la libertad de propaganda tanto religiosa como antirreligiosa (Tit. II, art. 13); la «anulación del estado de dependencia de [la] prensa respecto al capital» (Tit. II, art. 14); la nacionalización de la banca y las riquezas nacionales (Cap. II. 3, e.); la garantía de ofrecer «acceso efectivo a todos los conocimientos» otorgando, como un *deber* del Estado, dar «a los campesinos y a los obreros una instrucción *general completa* y gratuita» (Parte II, cap. v, art. 17); o el mandato revocatorio para un representante público (cap. XV, art. 78.), eran del total agrado de muchos de los sectores que integraban las filas republicanas o eran cercanos a ellas. Hasta un conservador como Saldaña le reconocía a aquel texto el «recoger con fruición la doctrina bíblica», al sancionar el principio de que «quien no trabaja no tiene derecho a comer» (Parte II, cap. V, art. 18)^[34].

Podríamos seguir citando artículos que no sólo se enfocaban hacia obreros de fábrica y campesinos jornaleros, sino que irradiaban un alcance infinitamente mayor,

31.—Q. Saldaña, *La Revolución Rusa*. (No obstante el año indicado, el libro fue impreso en mayo de 1920.)

32.—*El Sol*, «Las reformas sociales de los bolcheviques», 3/05/1919, p.1; 18/05/1919, p.7; 20/05/1919, p.7. *Solidaridad Obrera*, «La abolición de la propiedad privada en Riga», 7/01/1919, p.3.

33.—Francisco Romero Salvadó, «La gran ilusión: (en torno al) mito y paradoja de la Revolución bolchevique en Europa», en Carlos Navajas Zubeldia y Diego Iturriaga Barco (eds.), *Crisis, dictaduras, democracia. Actas del I Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2008, p.13.

34.—Q. Saldaña, *La Revolución Rusa*, p.68.

verdaderamente popular. Aun con diez años de posterioridad a la publicación de aquel primer texto constitucional soviético, la republicana *L'Opinió* «uno de los gérmenes de la futura Esquerra Republicana de Catalunya» escribiría con admiración del gobierno ruso con la cultura como excusa: «Las bellas artes ‘literatura, pintura, etc.’, reconocidas de utilidad pública, son administradas por el Estado, tal como los hospitales y las escuelas.^[35]» De nuevo, volvemos a ver la importancia otorgada al papel del poder público en el bienestar general. Los ejemplos en este sentido son cuantiosos. Cosas como el auxilio de los niños vagabundos, el implemento del transporte y la vivienda en los grandes municipios, la electrificación, los servicios de higiene y gas...^[36] El interés pero también la admiración que despertó en grandes espectros sociales se aprecia en la reproducción por entregas en ese mismo periódico de la obra de John Reed, *Deu dies que trontollaren el món*, o el editorial que le dedicarían a Lenin con motivo del quinto aniversario de su muerte, en el que se apuntaba: «Arribà així a crear un Estat nou, basat transitòriament en la dictadura del proletariat, i fixament en la federació lliure de cent pobles i en l'aliança de l'obrer amb el pagès»^[37].

Por lo demás, no es que el movimiento obrero no hubiera contado nunca con un programa. El *Manifiesto Comunista* desde luego lo era pero sus diez puntos «para transformar todo el régimen de producción vigente», aunque marcaban perfectamente la dirección, resultaban demasiado esquemáticos. En última instancia todo el texto

representaba un marco para lograr amplias alianzas. «Cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas», había dicho el propio Marx al dirigente socialdemócrata alemán Wilhelm Bracke en una carta del 5 de mayo de 1975. Ahora, con el aparato del Estado bajo control de los revolucionarios, era posible poner en práctica una nueva política. Por vez primera, podía hablarse de un programa obrerista *concreto*^[38].

De este modo, las medidas que fue adoptando el nuevo gobierno ruso otorgaron no pocos elementos de diálogo político, a partir de los cuales, años más tarde, se constituirían las alianzas entre la clase media y la obrera. En realidad, no era más que la plasmación de la política de masas y el fin de la de notables. Los republicanos, en lo sucesivo, ya no se dirigirían a los trabajadores en busca del voto, sino a sus organizaciones en busca de acuerdos, convertidas a la altura de 1918-1919 en movimientos que agrupaban ya a cientos de miles de afiliados. Pero limitarlo a lo estrictamente político sería cerrar demasiado el ángulo. En este sentido, la Constitución soviética de 1918 debía ser vista como un conjunto de *elementos derivados*, equiparable a la declaración de Los Derechos del Hombre y del Ciudadano o las libertades liberales. La representación de una hegemonía que a un ritmo cada vez más creciente iba imponiendo el obrerismo y a la que respondía la parte XIII del Tratado de Versalles, preludio de la futura Oficina Internacional del Trabajo que el *New York Herald* llegó a atribuir a la presión del socialismo internacional^[39]. De igual modo

35.–*L'Opinió*, «Els grups literaris a la URSS», 3 de marzo de 1928, p.8.

36.–Artículos todos aparecidos en *L'Opinió* a lo largo de 1929, respectivamente, el 23 de marzo, pp.1-2; 4 de mayo, pp.4-5; 6 y 13 de julio, pp.1 y 6, y 5-6.

37.–*Ibid.*, «El cinquè aniversari de la mort de Lenin», 26 de enero de 1929, p.1.

38.–Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2013, pp.76-77. Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Moscú, Progreso, 1977, p.5.

39.–La parte XIII del Tratado de Versalles comenzaba afirmando, como introducción a esos artículos, que, dado «que la Sociedad de las Naciones tiene por objeto establecer la

a como para George Rudé la educación política de la multitud revolucionaria de los siglos XVIII y XIX habría implicado la absorción de las ideas de la burguesía revolucionaria, ahora, bien entrado el XX, el fenómeno volvía a repetirse, aunque con una transmutación en los términos.

En realidad, el terreno era notablemente propicio para que tuviera una calurosa acogida entre amplios sectores populares. Para un destacado dirigente republicano como Jaume Aiguader, que se convertiría en alcalde de Barcelona con la llegada de la República, «cap nació del món no ha establert uns principis tan liberals com la República Soviètica en els tractes amb les nacionalitats incloses dins el seu domini». En su opinión, «la generositat doctrinària del comunisme en el que respecta les nacionalitats» había sido un elemento central a la hora de proyectar la influencia del obrerismo sobre el catalanismo de izquierdas^[40].

Desde los más radicales sindicalistas a los componentes de «las más variadas actitudes de izquierda» se demostraron entusiastas seguidores de los revolucionarios rusos^[41]. Layret compraba todo cuanto se publicaba sobre la Revolución en Rusia y prestaba y comentaba esas publicaciones

con cuantos iban a visitarle^[42]. Y es que no era necesario, huelga decir, ser socialista, anarquista o comunista para compartir puntos esenciales de las propuestas del obrerismo. Intelectuales como Harold Laski o Silvio Trentin llegaron a propugnar «una renovación radical de la democracia en un sentido similar (en los contenidos) a las realizaciones sociales del soviétismo». Incluso —y a pesar de que no les durase demasiado su idilio— amplios círculos del radicalismo liberal estadounidense simpatizaron con la Unión Soviética. «Als liberals d'esquerres —ha escrito Andreu Espasa—, l'exemple soviètic els servia per reforçar els arguments que vinculaven la possibilitat d'una autèntica democràcia a unes bases econòmiques igualitàries que impedissin el segrest de l'esfera política a mans d'una minoria de grans capitalistes.^[43]»

Posicionamientos como estos fueron compartidos por amplios grupos representativos del republicanismo español. También, por supuesto, del catalanismo de izquierdas, como Joan Lluhí i Vallescà, Pere Coromines, Gabriel Alomar, Manuel Serra i Moret o Josep Recasens, que simpatizaban con nociones como la de la socialización de los medios productivos y de la riqueza, y, en algunos casos, hasta con el ideal de la sociedad socialista, aunque para ello partieran de la democracia representativa como paso previo *sine qua non* para poder llegar a ella. Ezequiel Enderiz era presidente del sindicato de periodistas de la UGT en 1919 aunque mantenía buenas relaciones «y es-

paz universal, y que una paz de tal naturaleza sólo puede fundarse sobre la base de la justicia social», las «Altas Partes contratantes, movidas por sentimientos de justicia y de humanidad, así como por el deseo de asegurar una paz mundial, han convenido lo siguiente». Lo del *New York Herald* en Vizconde de Eza, *La Conferencia Internacional del Trabajo en Washington*, Madrid, Publicaciones de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, (1920), p.10. El periódico norteamericano señalaba en aquella editorial además, que los dos términos explosivos de aquel tratado de paz eran «convenio» y «trabajo» (p.10).

40.—Jaume Aiguader i Miró, *Catalunya i la revolució*, Barcelona, Arnau de Vilanova, (1931), pp.46-47.

41.—Rafael Cruz: «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, p.285.

42.—R. Noguer, *Al llarg de la meua vida*, p.210.

43.—Luciano Canfora, *La democracia: historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004, p.187. Andreu Espasa, «'Visca la democràcia! Visca Roosevelt!' Gran Depressió i debat democràtic als Estats Units», *L'Avenç*, 385 (diciembre 2012), p.47. Es importante resaltar que las razones para el desencanto entre los liberales de izquierda estadounidenses fue por causa de los juicios de Moscú de los años treinta, no por un cambio en su percepción de la justicia social hacia la que debía ir la democracia capitalista.

trechos contactos» tanto con reconocidos cenetistas como con republicanos próximos a ella. En un pequeño artículo, publicado en la *Soli*, propondría formar una Liga de Amigos de Rusia que nunca acabaría de cuajar. Sin embargo, mencionó a algunos de los que estaba seguro que se habrían adherido gustosos a la misma: «Gabriel Alomar, Samblancat, Vinardell, Castrovido, Gabirondo, todos los defensores de la Rusia roja, vengativa e ideal»^[44]. A este respecto, Pere Gabriel ha afirmado: «En este marco, tanto el marxismo como el obrerismo dejaban de ser unos componentes rígidos y exclusivos de la definición socialista. [...] Dentro del socialismo cabían, según se decía, todos los hombres de ideales generosos, justicieros, de altitud de miras y verdaderamente democráticos. Como podemos ver, todo este socialismo democrático catalán asumía en buena medida la cultura de izquierdas de tradición republicana federal y librepensadora»^[45].

En el caso del gran referente del catalanismo más izquierdista, Francesc Layret, hallamos a un decidido entusiasta de la Revolución Rusa. Lo fue hasta tal punto que promovió la adhesión de su partido, el Republicà Català, a la III Internacional, recibiendo el apoyo de algunos miembros de su confianza, entre los que se encontraba el futuro presidente de la Generalitat, Lluís Companys. A la asamblea extraordinaria que habría de debatir sobre el particular, en cambio, se ausentaron muchas entidades adscritas al partido fuera de la ciudad de Barcelona, que manifestaron su disconformidad y su disgusto ante un planteamiento como aquel «dins d'un partit netament, exclusivament, essencialment republicà i no de classe». El resultado de todo ello es

que la resolución finalmente fue aprobada por una amplia mayoría de los presentes, al precio de producir un cisma. Sirva de ejemplo que Marcelino Domingo, quien ya había exaltado a través de su periódico *La Lucha* las cualidades de la revolución, incluso se ausentó durante la votación^[46].

Pero que los posicionamientos no fueran inequívocamente entusiastas o incluso favorables importa menos que comprobar el desplazamiento que se estaba viviendo y que afectaba directamente a las hegemonías dentro del campo popular.

La inflexión y la extensión de la hegemonía obrerista

Como ya habíamos indicado más arriba, con la guerra y particularmente desde 1916, año en que en Barcelona se disparan de un modo muy espectacular los conflictos socio-laborales por el encarecimiento de los productos básicos, comienza el desplazamiento intelectual y político hacia las posiciones del obrerismo. Sin embargo, el punto culminante de este proceso lo marcó sin lugar a dudas el inicio del llamado «trienio bolchevique» en Andalucía y el estallido de la huelga de *La Canadiense* en Barcelona. A ellos es obligado añadir el comienzo de los dos años de «ofensiva revolucionaria», conocidos como «bienio rojo», de 1919-1920.

Antes, en 1917, los sectores que apostaban por una reforma en un sentido —por limitado que fuere— democratizador del régimen, perdieron muchas esperanzas de aspirar a conseguirla. Y para ellos marcará un antes y un después. A partir de 1919, cuando ya no habrá duda alguna de que la principal amenaza para la pervivencia de

44.—Ezequiel Enderiz, «En defensa de Rusia», *Solidaridad Obrera*, 17/01/1919, p.1.

45.—P. Gabriel, «Las bases políticas...», pp.99-100.

46.—R. Noguer, *Al llarg de la meua vida*, pp.211-212, la cita corresponde a la primera de ellas. Lo de Marcelino Domingo lo recoge Maximiliano Fuentes Codera en *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014, p.185.

la Restauración había pasado a ser el movimiento obrero, muchos republicanos volverán con una atención especial su mirada al mundo del trabajo y a las propuestas que desde él se planteaban.

No fue en ningún caso un paso forzado. Los puntos culturales de contacto que vimos al comienzo del artículo, por supuesto, seguían estando ahí y a ellos se habían comenzado a añadir los de carácter material por causa del impacto de la guerra en las pequeñas economías. A comienzos de 1916 se reconocía ya como un hecho consumado que el gran aumento de los precios había hecho «quasi impossible la vida de l'obrer i de la classe mitjana»^[47]. En el mes marzo, varias figuras del Partido Radical en Barcelona, entonces ya orientado marcadamente hacia la clase media, presidieron una manifestación junto con otros políticos republicanos en protesta por los elevados costes de la energía. Al final de la marcha, presentaron un escrito al gobernador civil y al alcalde, en el que se alegaba que la compañía eléctrica le había cortado el suministro a más de dos mil hogares^[48]. La continuidad de esta situación se aprecia en que durante los fortísimos motines de subsistencias que tuvieron lugar en Barcelona entre enero y febrero de 1918, una representación de mujeres de clase media (de «señoras», como se decía para diferenciarlas de las de clase trabajadora) acudió a ver al gobernador con el fin de exigirle que actuara contra los abusos de propietarios y comerciantes. «La clase a que pertenecían, dijeron, siente quizá con

más intensidad que la obrera el actual encarecimiento de todos los artículos»^[49]. O como pudo leerse poco antes de finalizar dicho año en *Solidaridad Obrera* por mano de «un anónimo comunicante, lector asiduo» del diario, convencido de que «sería vista con gran satisfacción por las clases trabajadoras y hasta por alguna clase que, no queriendo llamarse trabajadora, atraviesa una situación tanto o más precaria que ella, una intensa campaña en pro del abaratamiento de las subsistencias»^[50]. Todo ello habla evidentemente de proletarización pero también de acercamiento.

El caso de los dependientes del comercio es enormemente ilustrativo. Este colectivo, muy vinculado al movimiento catalanista, siempre se había considerado una clase «intermedia» entre la burguesa y la obrera. Sin embargo, el proceso inflacionario que vivió el país durante los años de guerra les afectaría muy notablemente, provocándoles un enorme desplazamiento. En efecto, los empleados del comercio comenzarían a lamentarse de no haber sido capaces de defender sus salarios de igual modo a como lo había hecho la clase obrera. Y el impacto que causaría en ellos la huelga de *La Canadiense* fue, como en todos los sectores de la ciudad en realidad, verdaderamente fuerte^[51]. Dos años después, en mayo de 1921, el ambiente y mentalidad de la entidad habían cambiado tremendamente. Ahora apasionaban los temas «d'estament, de lluita de classes, d'obtenció de reformes

47.–*El Poble Català*, «El problema de les subsistències. El plantejament de la lluita», 11/01/1916, cit. en Manuel Lladonosa i Vall-llebrera, *Catalanisme i moviment obrer: el CADCI entre 1903 i 1923*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988, p.232.

48.–Las noticias de esta manifestación pueden verse en medios como *La Publicidad* del día 20/03/1916, p.2, así como en *La Vanguardia* o *El Socialista* del mismo día, pp.4 y 1, respectivamente. Así como en *La Vanguardia* del 21/03/1916, p.5.

49.–*Diario de Barcelona*, «Las subsistencias», 20/01/1918, ed. de la mañana.

50.–*Solidaridad Obrera*, «Las subsistencias», 27/12/1918, p.1. Lo de los sueldos en F. Agulló y Vidal, «Sigue el motín», *El Sol*, 23/01/1918, p.3.

51.–Muchas décadas más tarde, Josep Tarradellas, quien entonces trabajaba en las oficinas del CADCI, todavía mantendría vivo el recuerdo de aquella huelga, por la que llegaría a sentir sincera admiración hacia el movimiento obrero. Ernest Udina, *Josep Tarradellas. L'Aventura d'una fidelitat*, Barcelona, Edicions 62, 1978, p.47.



Grupo de hombres y mujeres leyendo un bando del Capitán General durante la huelga general de Barcelona. Agosto de 1917 (Foto: Alexandre Merletti Quaglia. Arxiu Municipal de Barcelona).

o millores en llur treball o situació». Hasta la propia terminología había sufrido fuertes alteraciones. De «dependents i principals» se había pasado a hablar de «amos o patrons» y de «burguesos» y «assalariats»^[52]. Un año más tarde, el CADCI completaría este giro copernicano. Desde su revista, *Acció del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria*, leerán: «Companys, us haveu d'imposar el convenciment que l'ésser soci del Centre formeu a les rengleres de l'exèrcit proletari amb característiques i modalitats nostres»^[53].

Esto fue, quizás, la principal aportación de la guerra y la inmediata posguerra a la

conciencia de clase de los sectores populares: la estimulación de algo que ya existía débilmente antes. Entre amplias fracciones de clase media —algunas de las cuales atravesaban desde hacía tiempo una fase de proletarización—, fue el incentivo necesario para que pasara a ser vista la lucha de los obreros con el reconocimiento que da la admiración, convirtiéndose en su referente en la oposición al régimen. Dentro del obrerismo, supuso la constatación de que la movilización social estaba íntimamente ligada a la pelea por la subsistencia y que esta era, a su vez, una lucha política. El XIV congreso de la UGT de 1920 ejemplifica bien esto. En él, los socialistas aprobaron una declaración de principios por la que sustituyeron tanto su tradicional apoliticismo y la limitación de los objetivos de

52.—Cit. en M. Lladonosa i Vall-llebrera, *Catalanisme i moviment obrer...*, p.339.

53.—Mayo de 1922, p.13.

mejora de las condiciones laborales por una «orientación revolucionaria de la lucha de clases»^[54].

En gran medida, esto se debía no sólo a la influencia de la protesta obrera sino también al impacto de la Revolución de Octubre. En un momento de franca crisis por la que atravesaban la Restauración y los sistemas liberal-parlamentarios, y mientras por toda Europa se oían ruidos de multitudes que echaban abajo el viejo orden, la revolución de los soviets sólo podía fascinar. Téngase en cuenta que las reticencias hacia ella no llegaron hasta la fase —por emplear la expresión de Charles Maier— de «refundación burguesa». Las observaciones críticas tanto de Ángel Pestaña para el movimiento anarquista como de Fernando de los Ríos para el socialista no serían publicadas hasta 1921, «e incluso entonces —escribe Meaker— no parece que contaran con gran audiencia entre los trabajadores españoles». En el caso concreto de las de Pestaña, hasta la segunda mitad de 1922, según este autor, «no obtuvieron una amplia difusión». De nuevo, Pere Gabriel nos completa el cuadro, señalando que no fue hasta tiempo después de 1920 que se produjo un cambio en la actitud del anarcosindicalismo, cuando de hecho se hizo visible la reacción del anarquismo cosmopolita contra la revolución bolchevique. Nombres como los de Emma Goldman, Rudolf Rocker, Luigi Fabbri o Alexander Schapiro contribuyeron decisivamente a ello^[55].

Ahora bien, si las condiciones materiales puede decirse que devolvieron la sintonía que antaño habían tenido los sectores medios y los obreros, cómo consiguieron los

segundos ser aceptados como guías o líderes del movimiento popular —esto es, cómo lograron establecer su hegemonía— se debió a dos elementos complementarios. Por un lado, a la fuerza que las organizaciones obreras demostraron tener muy especialmente a partir de 1919; por otro, a la extensión de la represión hacia sectores cada vez más amplios dentro del campo democrático, lo que necesariamente acabó por afectar a las clases medias, dando un fermento de cohesión muy fuerte.

Como ha escrito Alberto Melucci, «la solidaridad es la capacidad de los actores para compartir una identidad colectiva (esto es, la capacidad de reconocer y ser reconocido como parte de la misma unidad social)»^[56]. Episodios de violencia contra las organizaciones obreras como los que se vivieron durante la huelga de *La Canadiense* y los meses que la siguieron, así como la persecución de que fue objeto el mundo del trabajo durante la contraofensiva patronal y del Estado entre 1920-1922, lograron no ya polarizar a la opinión pública sino hasta conmoverla. No sería el único caso. Otras protestas, como la de las mujeres clamando por el acceso a las subsistencias, con las que lograron paralizar durante casi un mes la ciudad, tuvieron efectos análogos. A todo ello habría que añadir el impacto emocional (*moral*) que las persecuciones de los trabajadores y sus instituciones (con detenciones de quienes recaudaran las cuotas sindicales, requisa de las mismas, clausura de los centros obreros, declaraciones de ilegalidad de los sindicatos, incumplimientos flagrantes de la legislación social...), y, por supuesto, los asesinatos de trabajadores y delegados obreros mediante la aplicación de la ley de fugas, tuvieron sobre los sectores medios republicanos.

54.—Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza, 1987, p.235.

55.—G. Meaker, *La izquierda revolucionaria...*, p.404; Pere Gabriel, «La revolució d'octubre i la CNT», *L'Avenç*, 9 (1978), p.61.

56.—Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 2002, p.46.

Obviamente, no fue de ningún modo comparable la represión que padecieron los trabajadores con la que le fue aplicada a las clases medias, pero ello no significa que ésta deba ser menospreciada. Muy especialmente, la de la etapa del tristemente célebre Severiano Martínez Anido. En palabras del cenetista Joan Manent i Pesas, «la gran repressió contra els obrers confederals i llibertaris» fue paralela a la llevada «contra els homes més destacats del republicanisme d'esquerra catalana i fins i tot contra alguns que pertanyien al Partido Republicano Radical, així com contra els advocats que s'atrevien a defensar davant els tribunals de justícia els militants obrers»^[57]. Sin irnos más lejos, el mismísimo asesinato de Layret fue atribuido *vox populi* a la participación de las autoridades, algo que parecieron confirmar las cargas policiales que se llevaron a cabo durante su funeral frente a su casa, en el lugar exacto donde el diputado republicano y abogado laboralista había sido disparado en pleno rostro. Aquella intervención engrosó con particular fuerza el *pathos* de la indignación de unos obreros y unas clases medias entremezclados en aquel acto.

A pesar de toda esta represión, la que más destacó entre el catalanismo socio-político no fue de carácter físico, sino cultural. Por ejemplo, puede citarse la del 28 de enero de 1919, cuando el gobernador civil González Rothwos decidió prohibir la exhibición de la *senyera* (la bandera de Cataluña), colgando un bando por toda la ciudad en el que se decía: «Primero: Queda prohibido se ostenten otras banderas que las conocidas por los oficiales y éstas únicamente en los edificios autorizados para ellos. Segundo: Se prohíbe terminantemente el uso, por persona alguna, de todo emblema o distin-

tivo que no sea de carácter reglamentario. Tercero: Las contravenciones a lo que queda dispuesto serán corregidas con las multas que la ley provincial autoriza imponer a mi autoridad en su grado máximo, o, en su caso, con la prisión subsidiaria correspondiente.^[58]» Haciendo un cómputo global, podríamos decir con Marcelino Domingo que la actitud del régimen hacia el catalanismo y el movimiento obrero reforzó ambos y les acercó^[59].

A decir verdad, «les diferències ideològiques entre la petita burgesia radicalitzada dins d'un republicanisme més o menys nacionalista i els obrers anarcosindicalistes eren força menys colpidores del que podia semblar a primera vista»^[60]. Muy significativa resulta la aceptación por parte de Salvador Seguí de la proposición de Layret — con quien mantenía una estrecha relación, lo mismo que con Lluís Companys— para ir como diputado en la candidatura de su partido poco antes de que este último fuera asesinado. El líder sindicalista apostaba «per una confluència d'interessos de diverses classes que permeti harmonitzar la convivència dels grups socials que comparteixen un mateix espai físic»^[61]. Ello truncó esta posibilidad, pero es significaba la evolución que sufrió buena parte de quienes rodearon a Seguí. «Ocho años después de la muerte del famoso dirigente cenetista, algunos de ellos entrarían en la Esquerra Republicana de Catalunya o quedarían en su órbita, como en los casos de Martí Barrera, Grau Jassans, Simó Piera y Pere Foix; otros tendrían que salir de la CNT o serían expulsado por sus posiciones sindicalistas treintistas [esto es, reformistas], como Joan

57.—Joan Manent i Pesas, *Records d'un sindicalista llibertari català (1916-1943)*, Edicions Catalanes de París, 1976, p.55.

58.—Cit. en Josep Poblet, *El moviment autonomista a Catalunya dels anys 1918-1919*, Barcelona, Pòrtic, 1970, p.53.

59.—*Ibid.*, p.84.

60.—E. Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista...*, p.104.

61.—Xavier Díez, *El pensament polític de Salvador Seguí*, Barcelona, Virus, 2016, p.184.

Peiró, Sebastià Clarà y otros, así como Ángel Pestaña, quien en 1934 llegaría a crear el Partido Sindicalista, un partido que los anarquistas temían en 1923 que fundase Seguí^[62]».

No es por lo tanto cierto lo que sostienen las interpretaciones más canónicas, según las cuales la radicalización obrera fue la causante del alejamiento de las clases medias, dando como resultado una separación abrupta entre los sectores populares. He tomado aquí las palabras de Ucelay Da-Cal, que se refiere explícitamente a la problemática en Cataluña, pero podrían ser tomados muchos otros autores: «En la radicalització i l'enduriment de la lluita de classes a Barcelona amb la vaga de la Canadenca el febrer del 1919, es tallen els somnis interclassistes de la petita burgesia catalanista davant de l'enfrontament directe de

burguesia i proletariat». Como hemos podido ver, más aún en lo que a este episodio se refiere, esto no solamente no fue así en absoluto sino que, muy al contrario, abrió el camino para una reflexión que habría de llevar, al fin, al entendimiento entre ambos espectros. En definitiva, lo que revela son en realidad otras claves del cambio de hegemonías.^[63]

La Revolución Rusa será el síntoma a la vez que el remedio que posibilitará el *reajuste* en las relaciones entre las fracciones que integraban el campo popular. Llevaría más de un lustro concretar ese espacio de un modo lo bastante consistente como para lograr plantear una alternativa unitaria al régimen monárquico, pero sus parámetros servirán para orientar la futura «República democrática de trabajadores de toda clase».

62.– Albert Balcells, «Los anarquistas y la cuestión nacional catalana hasta 1939», en José Luis García Delgado y Manuel Tuñón de Lara (eds.), *España, 1898-1936: estructuras y cambio. Coloquio de la Universidad Complutense sobre la España contemporánea*, Madrid, Universidad Complutense, 1984, pp.397-398. La relación de Seguí con Layret y Companys la expone el reciente biógrafo del dirigente sindical, X. Díez, en *El pensament polític...*, p.187. Lo de la confluencia por la que apostaba Seguí viene en *ibíd.*, p.184.

63.– Enric Ucelay Da-Cal, «Wilson i no Lenin: l'esquerra catalana i l'any 1917», *L'Avenç*, 9 (1978), p.57.

Cambio y continuidad en la Revolución Rusa: un debate*

Change and continuity in the Russian Revolution: a debate

José M. Faraldo

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

A través de un análisis de las ideas acerca del cambio y la continuidad en la historia rusa y de su diferencia o semejanza con la experiencia de Europa Occidental, se muestra como la transformación histórica comenzada con la Revolución Rusa de Febrero de 1917 y continuada por el alzamiento bolchevique y la guerra civil posterior, puede considerarse dentro del contexto de los procesos de modernización violenta de principios del siglo XX.

Palabras clave: Revolución Rusa, modernización, cambio, continuidad, estalinismo.

Abstract:

Through an analysis of the ideas about change and continuity in Russian history and its difference or similarity with the Western European experience, the article explains that the historical transformation begun with the Russian Revolution of February 1917 and continued by the Bolshevik rise and subsequent civil war, can be considered within the context of the processes of violent modernization of the early 20th century.

Keywords: Russian revolution, modernization, change, continuity, Stalinism.

* Este texto contiene partes de mi libro *La Revolución rusa: historia y memoria*, Madrid: Alianza Editorial 2017. Financiado en el marco del proyecto «Collapsed empires, Post-colonial Nations and the Construction of Historical Consciousness. Infrastructures of Memory after 1917» (HAR2015-64155-P, FEDER).

Tras la desaparición de la URSS, la Federación Rusa, convertida en sucesora en el derecho internacional del antiguo estado socialista, debió enfrentarse a un proceso que tendía a recolocar a la revolución dentro de la estructura de la historia nacional y de su continuidad. Lenin, Stalin y el resto de jerarcas soviéticos estarían —según quienes promueven esta visión— en una misma línea con los zares. El país, pese a cambios y revoluciones, pese a la colectivización y el gulag, pese a la construcción del socialismo real y la destrucción del Antiguo Régimen, habría continuado su marcha histórica. Esta apreciación, moneda corriente en buena parte de la historiografía rusa contemporánea, parecía querer resaltar la independencia del decurso histórico ruso con respecto al resto de países, no sólo europeos. Se situaba así a Rusia en una suerte de *Sonderweg*, de vía específica, singular, diferente. Es también en buena medida una herencia de la «construcción del socialismo en un solo país» estaliniana, de la idea de que, tras el fracaso de una revolución europea, a Rusia no le quedaba más remedio que iniciar su camino al paraíso comunista por su cuenta. Y tenía mucho que ver también con la pujanza de la interpretación «euroasiática» de la historia rusa: Rusia no sería ni Europa ni Asia, sino algo intermedio que, en algunos autores y movimientos políticos contemporáneos de la Federación Rusa se leería como algo «mejor», «superior».^[1]

Contextos

Sin embargo, y pese a estas visiones, que siempre acaban por confluir en un cierto excepcionalismo ruso, no se puede com-

prender la revolución si no es en su contexto europeo. La revolución de Febrero buscaba el derrocamiento de la monarquía para crear una democracia al estilo del resto de Europa, mientras que los socialistas rusos —en todas sus variedades— lo que querían era, una vez conseguido esto, dar el salto hacia un régimen, quizá aún no existente, pero coincidente en buena medida con el que buscaban los socialdemócratas alemanes, franceses o españoles. La común experiencia de la guerra mundial se rompió por el comienzo de la guerra civil rusa, no por la revolución. El vasto y múltiple enfrentamiento a lo largo del imperio, la separación reiterada y recurrente de países, territorios, repúblicas y provincias, las ocupaciones y reocupaciones, la intervención extranjera que se perdió en las arenas movedizas del inmenso espacio euroasiático, la instauración, en fin, de un régimen socioeconómico incompatible con el capitalismo liberal fueron las causas del alejamiento del modelo europeo. Pero no significaron que Rusia —luego la URSS— no siguiera participando de las disputas, los encuentros y desencuentros del sistema europeo de Estados.

A la altura de 1917 Rusia era Europa y quería ser Europa. La participación en la Gran Guerra no era otra cosa más que otra prueba de la pertenencia del Imperio de los zares al espacio europeo en todas sus dimensiones. Y, pese al continuo debate entre «eslavófilos» y «occidentalistas», lo cierto es que las dos formas de entender el futuro del país no eran, en definitiva, muy diferentes de las habidas en otros territorios periféricos como Rumanía, Polonia o España.^[2] Es también lícito insertar la revolución rusa dentro de los movimientos sociales de cam-

1.— Marlène Laruelle *Russian Eurasianism: An Ideology of Empire*, Johns Hopkins University Press, «Woodrow Wilson Center Press», 2008; *ibid.* (Ed.) *Eurasianism and the European Far Right: Reshaping the Europe-Russia Relationship*, Lexington Books, 2015.

2.— Andrzej Walicki, *The Slavophile Controversy: History of a Conservative Utopia in 19th Century Russian Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1975; Nicholas Riasanovsky, *Russia and the West in the Teaching of the Slavophiles*, Gloucester Mas, P. Smith, 1965.

bio de siglo como la revolución mexicana que la precedió por poco o la kemalista en Turquía que la siguió de inmediato. En las mismas fechas, diciembre de 1917, también el cansancio de la guerra y las tensiones sociales llevaron al golpe militar de Sidonio Pais en Portugal y a un primer establecimiento de una dictadura republicana que, con el tiempo, desembocaría en la larguísima dictadura de Salazar. Se puede también considerar al Japón Meiji una prefiguración del mismo experimento ruso de modernización por la fuerza. Y, todavía más allá, ¿no es el fascismo un intento de remedar el poderoso vuelco soviético en una forma menos dañina para los valores considerados patrióticos y las grandes élites?

Dictadura y democracia

La idea de que la revolución rusa debiera obligatoriamente concluir en una dictadura ha sido cuestionada por muchos historiadores. Robert V. Daniels, por ejemplo, dudaba incluso de la necesidad de la propia revolución de Octubre^[3]. Daniels escribió que la revolución de Octubre fue un accidente, en su opinión, lamentable porque quebró el desarrollo de un modelo que él quería cercano al socialdemocratismo europeo (la Revolución de Febrero). Esta intromisión del azar en el supuestamente armónico desarrollo histórico produciría según Daniels (dando un paso más adelante aunque en cierta línea con la clásica interpretación trotskista), que, con Stalin, el régimen soviético dejara de ser «verdaderamente» marxista. De este modo el estalinismo se atuvo tan sólo a las exigencias del poder, en forma que el marxismo-leninismo oficial del régimen vino a convertirse en lo que Marx entendía literalmente por «ideo-

logía», esto es, «falsa conciencia». Daniels afirma que, en los años treinta, «el régimen soviético cambió en su esencia». El propio régimen estalinista «no podía expresar más alta articulación de sus presupuestos sociales que la ideología marxista-leninista pero ésta había sido reducida a racionalización de los hechos». En conclusión, «y a pesar de sus etiquetas, el régimen estalinista no representó más el mismo movimiento que tomó el poder en 1917»^[4].

Esto, aunque en un tono más radical, se encontraba también en el análisis de John Kautsky en el que hacía hincapié en las diferencias, a su juicio importantísimas y de base, entre el marxismo y el leninismo, caracterizando a aquél como una ideología socialdemócrata a la alemana y a éste como una ideología de modernización, no muy diferente en su esencia, a las que se desarrollaron luego en países del Tercer Mundo^[5]. Es esta ligazón de la originalidad del marxismo soviético con la verdadera y efectiva modernización que se produjo durante el régimen estalinista y, en especial, los años treinta, lo que nos daría una pista para entender lo que de novedad poseyó el régimen soviético.

Continuidad y cambio

Podríamos hablar de cuatro principales interpretaciones de Octubre entendido como resultado del «curso natural» de la historia rusa. La primera sería la teoría de la *modernización*, seguida por la teoría de la *revolución proletaria* como culminación de la historia revolucionaria rusa —que era la tesis oficial mantenida por el régimen soviético—, la teoría de la *ola revolucionaria* —intento sociológico de encontrar un de-

3.- Robert V. Daniels, *Trotsky, Stalin and Socialism*, Boulder, Westview Press, 1991.

4.- Daniels, *Trotsky*, p. 164.

5.- John H Kautsky, *Marxism and Leninism, not Marxism-Leninism: An Essay in the Sociology of Knowledge*, Londres, Greenwood Press, 1994.



Trabajadores revolucionarios armados se calientan con una hoguera en Petrogrado. De izquierda a derecha, Ivanov, Yarosh y Gribovsky, en octubre de 1917 (Foto: Karl Bulla - AP).

nominador común a diversas situaciones revolucionarias—^[6] y el recurso a las *tradiciones culturales* rusas que, según algunos hacían imposible una salida al estilo de las democracias parlamentarias europeas^[7]. Richard Pipes, quizá el más prominente defensor de esta última interpretación, ha sostenido que el sistema soviético constituyó sobre todo una consecuencia de la tradición autoritaria rusa y de su incapacidad para construir una sociedad civil potente y

libre^[8]. Su visión de las continuidades entre el zarismo y el leninismo —que, según él, conducirían inexorablemente hacia el estalinismo— resulta sin embargo demasiado forzada. El peso de la historia significa, también, el peso de la sociedad, de los problemas sociales arrastrados y a los que Pipes no concede importancia alguna.

El problema planteado entonces sería el de si el modelo de la dictadura soviética constituyó una continuación directa de la historia prerrevolucionaria o un accidente totalmente alejado de las tradiciones rusas. Es inevitable reconocer que no se puede obviar, en absoluto, lo que significó para la

6.- Haciendo un resumen puede describirse así: resistencia al Antiguo Régimen, crisis, revolución moderada, fase extremista y reacción. Se trata del clásico esquema de Crane Brinton en su «Anatomía de la Revolución».(Crane Brinton, *The Anatomy of the Revolution*, New York, Vintage Books, 1965 [1938]).

7.- Richard Pipes, *The Russian Revolution, 1899-1919*, Londres, Collins Harvill 1990.

8.- Aparte de en: Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, New York, Scribner, 1974, muy clara en su polémica con Solzenitsyn, cf. Richard Pipes, «Solzhenitsyn & the Russian Intellectual Tradition Some Critical Remarks», en: *Encounter*, Junio 1979, pp. 52-54.

construcción del nuevo Estado Soviético la situación inicial, una situación que no era, ni mucho menos, de tabula rasa. Sin embargo, poner el énfasis para explicar los matices dramáticos del sistema soviético en las diferencias de partida para con Europa Occidental es no decir nada en realidad. Está claro que entre la Rusia inmediatamente prerrevolucionaria y el modelo de desarrollo de Europa Occidental existían grandes diferencias. Pero, aparte de que el propio «modelo occidental» carecía de homogeneidad entre los distintos territorios europeos, resulta difícil explicar el porqué de las elecciones concretas hechas a la hora de conformar el sistema soviético. ¿Por qué la revolución de Febrero, por qué la de Octubre, por qué un régimen de extremado estatismo y por qué ese estatismo arropado con un lenguaje marxista?

Si pretendemos explicar tan complejo asunto a partir únicamente de las diferencias entre Rusia y Occidente, volvemos a caer en el tipo de debate esencialista propio del siglo XIX y que se basaba en unos míticos caracteres nacionales definidos de forma unívoca y, las más de las veces, arbitrarias.^[9] A este debate ya antiguo pertenecen, por ejemplo, las tesis del eslavófilo Konstantin Aksakov para quien «Rusia» y «Europa» eran radicalmente distintas a causa de la diferente génesis del Estado en los dos ámbitos políticos. Esta tesis, que Aksakov aplicaba a la diferencia entre la autocracia zarista y los estados liberales, o que se encaminaban al liberalismo, de la Europa Occidental de la primera mitad del siglo XIX, podríamos traspasarla a la manera en que surge el sistema soviético. ¿Es el sistema soviético tan fundamentalmente distinto del resto de los sistemas socio-políticos europeos?

9.- Olga Novikova, *Rusia y Occidente: (antología de textos)*, Madrid, Tecnos 1997.

Europa y Rusia

Si ha habido alguna continuidad en la historia rusa, soviética, rusa otra vez, ha sido la del debate sobre si esta entidad territorial tan variable y compleja podía considerarse como parte integrante de la civilización europea o no. El filósofo Alexander Koyre opinaba que «se puede decir que toda la historia intelectual de la Rusia moderna está dominada y determinada por un único hecho: el hecho del contacto y la oposición entre Rusia y Occidente»^[10]. Se trataría, en realidad, de un doble dilema, el establecido territorialmente, esto es, la relación entre Rusia y Europa, por un lado, y a su vez, el problema de los contactos entre la *intelligentsia* y el pueblo, una separación cultural tan honda como la existente entre territorios, y que debe su existencia quizá a esa misma influencia «europea» o a su falta de ella. Ambas actitudes no se manifiestan como doctrinas o ideologías autoconscientes hasta muy tarde, pero «las actitudes mentales, las direcciones de pensamiento [...] tenían ya una larga historia»^[11].

Robert Conquest, en su prólogo al libro póstumo de Tibor Szamuely, planteaba las dos visiones habituales que los estudiosos «occidentales» tenían sobre Rusia: o bien una «sociedad occidental aberrante en muchos asuntos pero aun básicamente ‘europea’, o bien una extraña sociedad que era imposible comprender a través de la teoría política desarrollada sobre la base del estudio de Occidente»^[12]. Para Conquest, la peculiar historia rusa había producido una sociedad por completo dependiente del Es-

10.- Alexandre Koyre, *La philosophie et le problème national en Russie au début du XIXe siècle*, Paris, Gallimard 1976, p. 12.

11.- Koyre, *La philosophie* p. 13.

12.- Robert Conquest, «Introduction», en: Tibor Szamuely, *The Russian Tradition*, Londres, Secker & Warburg 1974, p. IX.

tado y funcionando de acuerdo a las decisiones tomadas por el liderazgo del Estado. El propio Szamuely consideraba que había dos vertientes en la tradición rusa: una, la falta de una entidad civil y social autónoma, lo cual producía el ansia del gobierno desde arriba, por decreto, sea por parte de la autocracia tradicional o bien de sus oponentes (Lenin). La otra vertiente que él observaba era una tendencia hacia el orden cívico europeo, que cada vez iba mostrándose más fuerte en la sociedad y que fue abortada por Octubre, lo que significaría, en realidad, la continuación de la tradición rusa de otra forma.

Szamuely sitúa el punto crucial de la divergencia Europa-Asia en la conquista tártaro-mongola, a consecuencia de la cual estos pueblos gobernaron Rusia durante 250 años, justo la época durante la que se estaba produciendo el Renacimiento en Europa, hecho que impediría la asimilación de Rusia al resto del continente. De otro lado los tártaros proporcionaron al dividido territorio ruso una unidad territorial, política y social basada en la igualdad ante la sumisión al Khan: «Se ha dicho [...] que Rusia fue conquistada dos veces: primero por el ejército mongol y luego por la idea mongola del Estado»^[13].

Continuidad y estalinismo

Oponiéndose a las tesis de la continuidad, Ernest J. Simmons, uno de los precursores de los estudios de Europa Oriental en Estados Unidos, comentaba en un libro ya antiguo pero muy revelador del origen y la duración del presente debate, que «ciertas pautas de comportamiento económico y de pensamiento de la Rusia del siglo XIX e, incluso, ciertos elementos del populismo, han entrado en la corriente de desarrollo

económico soviético. Tales herencias, en cualquier caso, pueden aclarar, pero difícilmente explicar, la teoría y la práctica económica de la Unión soviética actual»^[14]. Y continuaba replicando a quienes —a menudo— describían el «totalitarismo soviético» como una continuación de la «autocracia zarista», afirmando que las diferencias eran más poderosas que las coincidencias y que no bastaba con dibujar analogías entre Stalin e Iván el Terrible o Pedro el Grande. Uno de sus apoyos principales era la escasa raíz que se le puede encontrar a un concepto tan básico y tan concreto para el decurso de la Rusia posterior a la revolución como es la institución de los soviets. Simmons veía sin embargo elementos de continuidad cultural en la literatura. No en la posición del autor frente a la literatura o en su valor estético intrínseco —que era, con excepciones, inferior, a causa de la extrema reglamentación de la sociedad soviética— sino en su concepto de la importancia y el valor social de la literatura y la concepción del héroe positivo, activo, dedicado al pueblo y a cambiar la sociedad, doctrinas de los años 1840-1860 que fueron bienvenidas por los críticos literarios soviéticos. Además, hay un gran elemento de continuidad cultural en la persistencia y regocijada aceptación de la literatura del siglo XIX, que, en estas fechas, era leída con fruición y, al menos aparentemente, con preferencia a los productos del realismo socialista.

Esos debates nos muestran una idea clara de continuidad de esquemas institucionales o, mejor, de tradiciones de Estado desarrolladas a largo plazo, en la «larga duración» y de permanencia de determinadas tradiciones culturales en la «alta cultura». Sin embargo, describir de qué forma estas continuidades se mantuvieron supuesta-

13.- Szamuely, *The Russian Tradition*, p. 18.

14.- Ernest J. Simmons, (ed) *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought*, Cambridge, H. U.P., 1955, p. 5 y ss.

mente intangibles a lo largo de los siglos y cruzando el meridiano de la revolución, resulta cuando menos complicado.

El historiador Christian Noack afirmaba que se debía considerar como «soviético» únicamente a lo que él llamaba «láminas de tiempo», determinados fragmentos que no necesariamente tienen continuidad y que pueden quedar aislados en el pasado^[15]. Esta afirmación, que es en buena medida banal, nos abre la puerta a una comprensión del sistema que es más abierta que aquella a la que las casi teleológicas explicaciones a las que los pro y anticomunistas nos tenían acostumbrados. Es decir: fragmentos del sistema —como la ideología marxista-leninista— que parecieron en otro tiempo fundamentales para entenderlo, pueden haber sido solo capas, estratos que no han dejado más poso que el del recuerdo histórico y los problemas de reparto posterior de la tierra. Lo cual implicaría también que muchos de estos aspectos del sistema no hubieran sido tan profundos como pensaban quienes se dejaban llevar por discursos oficiales o descripciones soviéticas de la época de la Guerra Fría.

La larga duración

Esto concuerda con los debates de la historiografía centroeuropea acerca de si, tras la caída del Muro, podemos seguir hablando de «Europa Oriental». En forma muy optimista —pero fundada— el historiador vienes Wolfgang Schmale resumía la polémica afirmando en un artículo que Europa Oriental «era una región histórica, pero una que estaba dejando de existir»^[16]. Ciertamente que

las constelaciones de intereses entre unos países y otros han dejado de estar concentradas en el interior del antiguo bloque del Este y que los pactos y las maniobras dentro de la Unión Europea llevan a menudo a la formación de coaliciones y grupos muy alejados de la propia pertenencia geográfica. Tampoco intentos regionales como «el grupo de Visegrado» han llegado a cuajar. Hablar de una «Europa Oriental» es pues, un simple lugar común, aunque una cierta conciencia de ella se mantenga en aspectos incluso anecdóticos, como las votaciones del festival de Eurovisión, donde la tendencia del público del Este de Europa es a votar a los representantes del antiguo bloque. En cualquier caso —y volviendo a las tesis de Schmale— sería absurdo disolver la asentada tradición intelectual de preocupación por la parte oriental de Europa sin ofrecer nada a cambio.

Cabría entonces concluir esta discusión afirmando que, aunque —por supuesto— «comunismo» y «Europa Oriental» (y, por supuesto, «Rusia») no son en ningún caso sinónimos, es precisamente la caída de los Estados socialistas lo que ha permitido incluir a estos regímenes dentro de una visión a mayor largo plazo, de *longue durée*. Así, algunas de las características consideradas propias de los Estados socialistas —desde el burocratismo hasta la monumentalista planificación urbana— se han llegado a inscribir en una tradición más antigua, cultural, nacional, alejándose así del simple recurso a imperativos ideológicos del marxismo oficial. Es decir: la patente de excepcionalidad histórica que a la Revolución de Octubre y sus consecuencias se le había otorgado hasta 1989 se ha debilitado y el comunismo se ha convertido en un fenómeno vital,

15.– HistLit 2009-3-039 / Thomas Christian Noack über Lahusen y Peter H. Solomon (eds.), *What Is Soviet Now? Identities, Legacies, Memories*, Lit Verlag, Münster, 2008, y en H-Soz-u-Kult 14.07.2009.

16.– Wolfgang Schmale, «Osteuropa: Zwischen Ende und Neudefinition?», en José M. Faraldo, Paulina

Gulińska-Jurriel y Christian Domnitz, *Europa im Ostblock. Vorstellungen und Diskurse (1945-1991) / Europe in the Eastern Bloc. Imaginations and Discourses (1945-1991)*, Böhlau, Colonia, 2008, pp. 23-36.

importantísimo e imprescindible a la hora de explicar el siglo XX, pero un fenómeno histórico al fin, y como tal, objeto posible de investigación científica.

Sheila Fitzpatrick, la principal representante de los historiadores llamados «revisionistas» de los años setenta resumía los primeros debates habidos tras el derrumbe del sistema socialista afirmando que hasta diciembre de 1991 la Revolución Rusa pertenecía a la categoría de revoluciones de «nacimiento de una nación» —entendiendo esto como aquellas que dejaron tras de sí una duradera estructura institucional y nacional y constituyeron el foco de un mito nacional^[17]. A partir de esa fecha, cuando parece ser que la nación que nació en Octubre está muerta, la Revolución tuvo que ser reclasificada como un episodio más de la larga historia rusa. Hasta qué punto la «nación soviética» ha desaparecido o no, es discutible, ya que habría que definir primero que se entiende por dicha nación. Sin embargo, nos parece bastante claro que el efecto de *nation-building* que la Revolución Rusa produjo fue el responsable de la formación de una serie de nuevas naciones —incluyendo la nueva Rusia— que parecen establecerse hoy día como suficientemente sólidas^[18]. No hay duda en ello: Octubre sirvió, entre otras cosas y a la larga, para construir una larga serie de naciones-estado donde antes había solo un imperio. Sin embargo, esto no nos aclara qué fuera real-

mente la fase más tormentosa, brutal y a la vez original de la experiencia soviética: el estalinismo.

La perspectiva rusa

La época de la perestroika y su final vieron surgir en la URSS un debate ante todo político al que sin embargo acompañó un renovado auge de la investigación histórica, promovida por las nuevas facilidades de acceso a los archivos. Se juzgó y se enjuició y se analizó el régimen soviético y su modelo en un tono que, en el interior de Rusia, acabó siendo altamente crítico. Se comenzaron a contemplar los setenta años postrevolucionarios a través del color del cristal de la situación contemporánea, esto es, la profunda crisis económica rusa de los años ochenta y noventa. En ese contexto, una de las lamentaciones más repetidas era el hecho de que los bolcheviques habían «apartado» a Rusia del camino «natural» de desarrollo, teniendo en mente, claro, al capitalismo zarista.

Buena parte de quienes han querido analizar tanto la dictadura estalinista como, más en general, todo el edificio que sostenía la Unión Soviética, han cargado las tintas sobre las «precondiciones sociales», económicas, culturales y políticas de la Rusia de los zares^[19]. También desde una perspectiva marxista, se ha intentado comprender por qué fracasó el ideal de la libertad socialista a la hora de *realizarse*, de *llegar a ser* en la Rusia pos-revolucionaria, atendiendo a las dificultades creadas por el pasado ruso. En otros casos, han sido liberales quienes han constatado y descrito la falta de sociedad civil y burguesía «normal» en

17.— Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution* (2ª ed.), Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 1994, p. 1.

18.— Sobre esto hay ya una amplia bibliografía. Como ejemplos: Ronald Grigor Suny, *The Revenge of the Past. Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford University Press, Palo Alto, 1993; David Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Harvard University Press, Cambridge, 2002; Terry Martin, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Cornell University Press, Ithaca, 2001.

19.— James H. Billington, *El icono y el hacha. Una historia interpretativa de la cultura rusa*, Madrid, Siglo XXI, 2011 (original de 1966); Tibor Szamuely, *The Russian Tradition*, Secker & Warburg, Londres, 1974 y Orlando Figes, *El baile de Natacha: una historia cultural rusa*, Edhasa, 2006.



Primero de Mayo de 1918 en Petrogrado (Fuente: The Kathryn and Shelby Cullom Davis Library).

Rusia y que a ello achacan la catástrofe desencadenada por la Revolución y a la Revolución misma, como una muestra de la falta de condiciones sociales y económicas para construir una sociedad liberal y de mercado en la Rusia zarista^[20]. Estas valoraciones — políticas, en suma— han ido cediendo paso en las historiografías occidentales a tratamientos más sobrios.

En la propia Rusia, sin embargo, se ha vacilado entre buscar la culpa entre las influencias occidentales —el marxismo como contaminación externa— y la asunción de la dictadura soviética en toda su integridad como parte de la propia historia rusa^[21].

20.— Especialmente Orlando Figes, *La revolución rusa, 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2006.

21.— Véase la discusión acerca de las continuidades en V. A. Mau y G. A. Bordiugov (eds.), *Rossiiskaia Imperiia, SSSR,*

Aunque historiadores y pseudohistoriadores del tipo de Gumilev —el hijo de la poetisa Anna Ajmátova— han aportado toda serie de argumentos —a menudo con tintes antisemitas— para expulsar al marxismo y sus consecuencias del parnaso de la historia de la nación, lo que parece haber triunfado y haber quedado establecido dentro de la conciencia general de la población es la existencia de una evolución histórica sin solución de continuidad^[22]. En ella, la Re-

Rossiiskaia Federatsiia: Istoriia odnoi strany? Preryvnost i nepreryvnost v Otechestvennoi Istorii XX veka, AIRO-XX, Rossiia Molodaia, Moscú, 1993.

22.— Elena Müller, «Woher ist das russische Land gekommen? Und wohin soll es gehen? Die inoffizielle Geschichtsschreibung im heutigen Russland», en G. Besier y K. Stoklosa (eds.), *Geschichtsbilder in den postdiktatorischen Ländern Europas. Auf der Suche nach historisch-politischen Identitäten*, Münster, Lit Verlag, 2009, pp. 75-92.

volución de octubre es parte de la historia rusa; el estalinismo fue una fase como la de Pedro I; la Gran Guerra Patria —como se llama en Rusia la II Guerra Mundial— una repetición, más heroica si cabe, de la guerra contra Napoleón; y la *perestroika* un acontecimiento lamentable, pero de corta duración en la historia del «Imperio». La conciencia histórica rusa que se ha consolidado tras la llegada al poder de Vladímir Putin (2000) es, pues, una conciencia imperial.

El historiador debiera sin embargo intentar contemplar a la URSS como un país normal y corriente, aunque con una historia extraordinaria, «en lugar de construir teorías cada vez más extravagantes sobre el carácter excepcional de Rusia y la URSS». Como escribía durante la *perestroika* Richard Sawka, «el hecho de que el modelo económico soviético no parezca funcionar muy bien últimamente no es algo que deba imputarse al tradicionalismo. La explicación debe buscarse en una teoría capaz de comprender la singularidad de esta forma ‘desviada’ de modernidad. El problema clave que se le

plantea al país es la manera de avanzar desde una forma de modernidad que constituye un experimento único, distinto y sin parangón histórico, hacia otra forma de modernidad cuyo éxito parece ser mayor»^[23]. En definitiva, habría que entender la revolución —e incluso el estalinismo— como formas radicales de modernización.

La perspectiva que creo más fructífera a la hora de enfrentarse al examen histórico de la revolución de Febrero, al levantamiento bolchevique de Octubre e incluso a la «revolución desde arriba» estalinista^[24], es la de verlas como transformaciones políticas de amplio calado que tenían unos amplios objetivos de modernización social y económica. La peculiaridad del desarrollo posterior a Octubre estaría en su autoconciencia utópica, de búsqueda de un absoluto milenarista y universal. Pero pese a ello, la revolución rusa no se puede, ni se debe entender como un fenómeno aislado, un clímax de la historia. Se trata de una más —si bien con consecuencias internacionales extraordinarias— de las transformaciones violentas de la modernidad.

23.- Richard Sakwa, «Nuevo autoritarismo: una crítica», en: Cuadernos Del Este, N.1, 1990, pp. 51-57

24.- Ilya E. Zelenin, Stalinskaja «revolutsia sverju» poslie «vielikogo piereloma» 1930-1939. Politika, osushestvliennie, rezultaty, Moscú, Nauka, 2006.

La Revolución de Octubre y su devenir histórico en el discurso del PCE: de la desestalinización a la perestroika

The October Revolution and its historical evolution in the discourse of the PCE: from de-Stalinization to perestroika

Emanuele Treglia
CIHDE

Resumen:

Este artículo analiza el relato elaborado por el PCE acerca de la Revolución de Octubre y su devenir histórico, desde los años cincuenta hasta la disolución de la URSS. El mito de la Revolución de Octubre, si bien resistió a las revelaciones de Jruschov y continuó siendo reivindicado hasta 1967, durante la etapa eurocomunista pasó a ser considerado como una herencia incómoda y controvertida que era conveniente dejar atrás. La perestroika fue presentada como una reactivación del espíritu originario del 17. Sin embargo, se trató de una reactivación efímera. Ante el colapso del socialismo real, el PCE reivindicó la vigencia del comunismo en cuanto ideal utópico.

Palabras clave: Revolución de Octubre, Partido Comunista de España (PCE), Desestalinización, Perestroika, Eurocomunismo.

Abstract:

This article analyzes the interpretations elaborated by the PCE (Communist Party of Spain) about the October Revolution and its historical evolution, from the 50s until the demise of the Soviet Union. The myth of the October Revolution resisted Khrushchev's revelations and continued to be vindicated until 1967. Nevertheless, during the Eurocommunist period it came to be considered an uncomfortable and controversial inheritance that was convenient to leave behind. Perestroika was presented as a reactivation of the original spirit of 1917. However, it was an ephemeral activation. Faced with the collapse of real socialism, the PCE claimed the validity of communism as a utopian ideal.

Keywords: October Revolution, Communist Party of Spain (PCE), de-Stalinization, Perestroika, Eurocommunism.

Introducción

En 1988, en una conferencia pronunciada en el Centro Cultural del Ayuntamiento de Madrid con ocasión del aniversario de la Revolución de Octubre, Manuel Vázquez Montalbán afirmó:

«¿Qué habríamos dicho de la Revolución de Octubre hace quince, veinte años en una reunión similar? Quizás habríamos salido del paso con una invocatoria un tanto antológica, habríamos hablado de la Gloriosa Revolución de Octubre, de la solidaridad de la Unión Soviética con los pueblos, etc. etc. Yo creo que hoy es imposible [...] salir de expediente con un recurso para glosar de carácter mitológico. ¿Qué hacemos ante esta efemérides? Esta efemérides que conmemora una Revolución que ha cambiado el mundo, evidentemente, [...] pero que también ha creado unas condiciones que [...] han condicionado [...] la manera de actuar los comunistas posteriores, es decir el movimiento comunista [...] ha recibido una herencia condicionada»^[1].

Estas palabras sintetizan eficazmente la significación simbólica que tuvo la revolución soviética a lo largo del corto siglo XX. El Octubre del 17 adquirió inmediatamente, para un extenso círculo de fieles, el carácter de un mito que condensaba y catalizaba promesas escatológicas de emancipación social. Un mito que tenía el marxismo-leninismo como base doctrinal, el Partido Comunista de Unión Soviética (PCUS) como máximo administrador del culto y la URSS como encarnación histórica por antonomasia. Un mito que generó los partidos comunistas (PPCC) propiamente dichos, forjando su identidad: les proporcionó un articulado

corpus ideológico y, además, constituyó la piedra angular de su memoria cultural, entendiendo ésta como la estructura narrativa que moldea y actualiza constantemente los momentos fundantes y las experiencias propias de una determinada comunidad, insertando el ayer en un horizonte de aspiraciones en constante devenir. Para los partidos comunistas, en efecto, la Revolución de Octubre no había agotado su impulso en 1917 o en los años inmediatamente posteriores, sino que cobraba vigencia en el presente y se proyectaba mesiánicamente hacia el futuro. Sin embargo, a partir de la mitad de los años cincuenta, el mito vivió un progresivo declive: después de haber sido erosionado por acontecimientos como el XX Congreso del PCUS o la represión de la Primavera de Praga, en la década de los ochenta experimentó su ocaso definitivo^[2].

El propósito de este artículo consiste en analizar el relato acerca de la Revolución de Octubre y su devenir histórico elaborado por el Partido Comunista de España (PCE) a lo largo de más de tres décadas, es decir, desde la denuncia de los crímenes de Stalin hasta la disolución de la URSS. El estudio pretende ilustrar no solo cuáles fueron las actitudes del PCE hacia la Revolución de Octubre y las interpretaciones de ésta que proporcionó el partido a través de su discurso público, sino también cómo dichas actitudes e interpretaciones variaron en función de su línea política y de su posicionamiento hacia Moscú. Así, en las próximas páginas se verá como el mito de la Revolución de Octubre, si bien resistió a las revelaciones de Jruschov y continuó siendo

1.- Manuel Vázquez Montalbán, «Aniversario de la Revolución de Octubre», *Nuestra Bandera*, 144, 1988.

2.- Marcello Flores, *La fuerza del mito. La rivoluzione russa e il miraggio del socialismo*, Milán, Feltrinelli, 2017; François Furet, *El pasado de una ilusión*, Madrid, FCE, 1995. Sobre el concepto de memoria cultural véase Jan Assmann, *Cultural Memory and Early Civilizations. Writing, Remembrance, and Political Imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

reivindicado hasta 1967, durante la etapa eurocomunista pasó a ser considerado como una herencia incómoda y controvertida que era conveniente dejar atrás. En la segunda mitad de los ochenta, la perestroika fue presentada como una reactivación del espíritu originario del 17. Sin embargo, se trató de una reactivación efímera y, frente al colapso de aquel modelo que había tenido su origen en la toma del Palacio de Invierno, el PCE reivindicó la vigencia del comunismo en cuanto ideal utópico.

La resistencia del mito después de Stalin

En marzo de 1953 fallecía Iósif Stalin. En las columnas de *Mundo Obrero* el PCE, expresando su profundo duelo, le describía como «el maestro y guía de los trabajadores del mundo», «el constructor del socialismo» que «con Lenin forjó el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética»^[3]. Unos meses más tarde, al anunciar la publicación de las obras completas del comunista georgiano en castellano, Dolores Ibárruri las comentaba de la siguiente manera: «Con mano maestra traza el camarada Stalin las líneas de la estrategia y de la táctica revolucionaria enseñándonos a no desaprovechar ningún medio, ninguna reserva, ninguna fuerza que puedan ser utilizados en un momento determinado contra el enemigo»^[4]. Asimismo, en un artículo publicado en 1954 en *Nuestra Bandera*, Jesús Izcaray elogiaba a Stalin por el hecho de haber demostrado la necesidad de aplastar «sin piedad a los capituladores y grupos hostiles a los principios revolucionarios del Partido»^[5]. Efec-

3.- «Nuestro pueblo en duelo», *Mundo Obrero*, 31-3-1953.

4.- Dolores Ibárruri, «Las Obras completas de Stalin en español», *Mundo Obrero*, 15-12-1953.

5.- Jesús Izcaray, «El eminente ejemplo de Stalin en la defensa de los principios y la unidad del Partido», *Nuestra Bandera*, 12, 1954.



Portada de *Mundo Obrero* del 15 de marzo de 1953 (AHCCOOA).

tivamente hasta entonces, durante los que han sido definidos como «años de plomo», el PCE había adoptado plenamente los principios y las prácticas propias del estalinismo maduro^[6]. En este marco, la figura de Stalin había sido revestida de caracteres míticos, lo que había constituido parte integrante de aquella operación de mitificación más amplia concerniente la URSS y su historia. En 1952 por ejemplo, con ocasión del treinta y cinco aniversario de la Revolución de Octubre, en *Mundo Obrero* se afirmaba en términos escatológicos: «La maravillosa obra de la Unión Soviética, dirigida por el Partido Comunista y guiada por el jefe y maestro de toda la humanidad progresiva, el genial arquitecto del comunismo, el gran Stalin, es la obra que conduce a la felicidad humana»^[7].

6.- Fernando Hernández, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica, 2015.

7.- «En el XXXV Aniversario de la Gran Revolución de

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los cincuenta, el partido español tuvo que proceder a una reelaboración de este esquema discursivo. Dos factores influyeron decisivamente en este sentido. Por un lado, en 1956 Nikita Jruschov denunció en el XX Congreso del PCUS el culto a la personalidad y los crímenes de Stalin, provocando un enorme shock en todo el movimiento comunista^[8]. Por el otro, influido también por los nuevos aires que parecían soplar desde Moscú, aquel mismo año el PCE lanzó la Política de Reconciliación Nacional que, al apostar por alianzas transversales contra el franquismo, requería un fortalecimiento de sus credenciales democráticas. El partido español se encontró entonces ante la necesidad de armonizar exigencias a menudo contradictorias. En efecto, tenía que conciliar el desarrollo de su nueva línea política, que implicaba la aceptación de las reglas propias de un sistema liberal y pluralista, con el mantenimiento de la Revolución de Octubre como seña de identidad primordial. Al mismo tiempo, debía evitar que las revelaciones de Jruschov provocaran un derrumbamiento del mito de la «patria del socialismo» en su conjunto. Hacía falta, por lo tanto, elaborar un relato que reafirmara la vigencia de la experiencia soviética desvinculándola de las arbitrariedades que habían caracterizado el fenómeno estalinista^[9].

El intento de estructurar un marco discursivo coherente que compatibilizara y satisficiera estas distintas exigencias duró *grosso modo* hasta la Primavera de Praga. A

lo largo de este período, el PCE en sus publicaciones continuó celebrando ampliamente la Revolución de Octubre y la siguió dotando de una fuerte carga milenarista. En 1957, por ejemplo, Dolores Ibárruri escribía: «Con la revolución socialista de Octubre de 1917 se desvanecieron la tinieblas teológicas con sus mitos y maldiciones bíblicas que condenaban al hombre a ser eternamente esclavo»^[10]. Diez años después, conmemorando el cincuenta aniversario de la toma del Palacio de Invierno, la misma Pasionaria afirmaba: «[La Revolución de Octubre] puso fin a la prehistoria de la Humanidad. Con ella, comienza la verdadera historia de ésta»^[11]. Se subrayaban, entre otras cosas, el entusiasmo y las esperanzas que aquel acontecimiento, al inaugurar una «nueva era», había suscitado en España y en el resto del mundo. Se destacaba en particular su impulso libertador, publicando por ejemplo los primeros decretos firmados por Lenin, con los que se había declarado la paz inmediata y abolido la propiedad privada de la tierra^[12]. De todas formas, más allá de fórmulas rituales, la cuestión clave para los comunistas españoles consistía ahora en demostrar que el proceso revolucionario liderado por Lenin se había basado en un proyecto político que, por lo menos en sus orígenes, había presentado un carácter substancialmente democrático y pluralista. El PCE pretendía así impedir que la reivindicación de su pasado, de su identidad histórica forjada alrededor de la Revolución de Octubre, quitara credibilidad a la nueva imagen moderada y dialogante que se esta-

Octubre», *Mundo Obrero*, 15-11-1952; Santiago Carrillo, «La Gran Revolución de Octubre trajo el bienestar y la felicidad al pueblo», *Mundo Obrero*, 15-11-1953.

8.- Francisco Erice, «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», *Nuestra Historia*, 2 (2016), pp. 66-88.

9.- Santiago Carrillo, «El congreso de los constructores del socialismo», *Mundo Obrero*, 1-12-1961.

10.- Dolores Ibárruri, «Nuestro deber ante el aniversario de la revolución socialista», *Mundo Obrero*, 31-10-1957.

11.- Dolores Ibárruri, «Problemas de hoy a la luz de Octubre», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

12.- Dolores Ibárruri, «En el año 45 de la nueva era», *Mundo Obrero*, 1-12-1962; Juan Diz, «Del Este vino el ejemplo y la esperanza», *Mundo Obrero*, 31-8-1957; «Primeros decretos del poder soviético», *Nuestra Bandera*, 54, 1967.

ba construyendo en línea con la propuesta de Reconciliación Nacional.

Un ejemplo del relato oficial elaborado por la dirección del partido en este sentido se encuentra en *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, obra publicada por Santiago Carrillo en 1967. A lo largo de una veintena de páginas, el entonces secretario general argumentaba que, por lo menos hasta el otoño de 1917, Lenin había defendido «inequívocamente la idea de la llegada al poder por una vía democrática, sin acudir a la violencia», y había hecho serios esfuerzos por «lograr un camino pacífico y un entendimiento con los partidos socialdemócratas y pequeñoburgueses, a la vez que por dar un carácter democrático y pluripartidista a los Soviets». Carrillo, recurriendo abundantemente a escritos del líder bolchevique como «Sobre los compromisos» o «Las tareas de la revolución», sostenía que Lenin había tendido constantemente la mano a eseristas y mencheviques, proponiéndoles repetidas veces la formación de un gobierno responsable ante los soviets y el desarrollo, en el seno de estos organismos, de una dialéctica de libre confrontación entre las distintas fuerzas políticas. Sin embargo, estas ofertas de diálogo y colaboración habían sido rechazadas: «Desgraciadamente —afirmaba Carrillo— las fuerzas pequeño-burguesas [...] se dejaron llevar por la ceguera política, por el anticomunismo y se sometieron a las exigencias de la burguesía reaccionaria»^[13].

Según este relato los bolcheviques, contrariamente a las que habían sido sus intenciones originarias, se vieron entonces prácticamente forzados a recurrir a la violencia para salvar la revolución, hacer frente a la reacción y sacar al país de la guerra

mundial. El mismo hilo argumental había sido seguido ya en 1957 por José Sandoval, que en *Nuestra Bandera* había afirmado: «¿De quién dependía en definitiva el rumbo cruento o incruento de los acontecimientos? Dependía de la llamada ‘democracia pequeño-burguesa’. [...] La responsabilidad de estos Partidos [menchevique y socialrevolucionario] ante la Historia es evidente». Sandoval continuaba afirmando que los bolcheviques, por su parte, habían mantenido siempre «en sus manos la bandera de la revolución pacífica, incluso cuando» estaban preparando «enérgicamente la insurrección armada»^[14]. El PCE presentaba así una versión edulcorada del leninismo y confeccionaba un discurso no exento de contradicciones: en efecto, no dejaba de resultar paradójico decir que Lenin, a pesar de sus grandes anhelos de democracia y pluralismo, había acabado adoptando drásticas medidas autoritarias como la disolución de la Asamblea Constituyente o la instauración de un régimen de partido único porque las otras fuerzas políticas no se sometían a la línea que él propugnaba.

Desde la dirección del PCE, se justificaba la supresión de las libertades y la represión de cualquier disidencia por parte de los bolcheviques apelando a las necesidades dictadas por la difícil situación en la que se encontró en sus primeros años el Estado surgido de la Revolución de Octubre: «Los bolcheviques - escribía Carrillo en *Nuestra Bandera* - no tenían ante sí la tarea de colectivizar una economía desarrollada anteriormente bajo el capitalismo, sino [...] la de crear de A a Z, una economía moderna, en un país atrasado, arruinado por la guerra. Esto entrañaba la necesidad de que el pueblo aceptase tremendos sacrificios. [...] La vanguardia proletaria comprendía esta ne-

13.- Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Éditions Sociales, 1967, pp. 143, 146 y 147. Véase también Federico Melchor, «Actualidad de las tesis leninistas», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

14.- José Sandoval, «El paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista», *Nuestra Bandera*, 19, 1957.

cesidad [...]. En cambio la gran masa campesina y pequeño burguesa difícilmente podían lograr [...] ese alto nivel de conciencia. En tales circunstancias y de cara al cerco del imperialismo mundial, la dictadura de la clase obrera tenía, por fuerza, que ser muy dura»^[15]. Asimismo, en *Nuevos enfoques* se afirmaba: «Rusia se encuentra entonces arruinada por la guerra imperialista, la intervención extranjera y la guerra civil. [...] La primera revolución socialista [...] era como el espolón de proa de la revolución mundial. Y este espolón, al que correspondía romper la dura costra de un sistema social poderoso y fuerte, extendido a todo el mundo, necesitaba la dureza del diamante». El hacer hincapié en la coyuntura concreta en la que se había gestado el Estado soviético era funcional a la pretensión del PCE de asegurar a sus potenciales aliados que en cambio, en las condiciones propias de España y de los países capitalistas desarrollados, la dictadura del proletariado habría tomado la forma de «un régimen de democracia [...] pluripartidista»^[16]. Oximorones como éste evidenciaban los límites que afectaban el intento de conjugar la política de reconciliación con la persistencia de la fidelidad al modelo soviético.

El fenómeno estalinista, en este marco discursivo, era descrito como el producto de la superposición, a las dificultades propias del contexto del proceso revolucionario, de aspectos negativos propios de la personalidad del comunista georgiano, quien había roto con la legalidad socialista y se había colocado por encima del partido y del Estado. El hecho de que había sido el propio PCUS el que había denunciado las deformaciones ligadas al culto a la personalidad, se consideraba como la prueba

más evidente de que éstas habían sido algo ajeno a la naturaleza del régimen soviético cuya validez, por lo tanto, seguía intacta. Además, en las publicaciones del PCE se precisaba que el liderazgo de Stalin había presentado no solo sombras, sino también luces, en el sentido de que, si bien había habido «momentos en que a ciertos niveles en determinadas cuestiones Stalin resolvía personal y caprichosamente, [...] a otros niveles y en otras cuestiones se proseguía una línea general correcta»^[17]. En efecto, no era posible cuestionar integralmente la labor del llamado «hombre de acero», quien había sido el máximo dirigente de la URSS durante tres décadas, porque habría equivocado a deslegitimar también buena parte de la trayectoria soviética.

Así, el PCE subrayaba que, a pesar de todo, durante los años de Stalin la «patria del socialismo» había sido capaz de alcanzar méritos históricos: en este sentido, elogiaba por ejemplo su solidaridad con la Segunda República española durante la guerra civil, su «extraordinario impulso al movimiento de liberación» de los países del Tercer Mundo o el hecho de que, «cuando el hitlerismo amenazó con sumergir a la humanidad en la barbarie, la Unión Soviética, a costa de inmensos sacrificios [...] fue el factor decisivo de la victoria de la democracia»^[18]. Uno de los aspectos de la experiencia soviética más alabado por el PCE era el extraordina-

15.- Santiago Carrillo, «Octubre de 1917, primera acto de la revolución mundial», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

16.- S. Carrillo, *Nuevos enfoques*, pp. 149-150 y 168.

17.- Santiago Carrillo, «Octubre de 1917»; «Resolución del pleno del Comité Central sobre la situación en la dirección del Partido y los problemas del reforzamiento del mismo», *Mundo Obrero*, noviembre-diciembre de 1956. Sobre la problemática memoria del estalinismo en la URSS durante estos años véase: Polly Jones, *Myth, Memory, Trauma. Rethinking the Stalinist Past in the Soviet Union, 1953-70*, New Haven, Yale University Press, 2013.

18.- «Declaración del Comité Central del PCE. En el cincuenta aniversario de la Gran Revolución de Octubre», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de octubre de 1967; «¿Qué hace la Unión Soviética?», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de julio de 1967.

rio desarrollo económico y científico que, en unas pocas décadas, había convertido la URSS, un país originariamente atrasado, en la segunda potencia mundial. A este propósito, merece la pena citar un artículo aparecido en *Mundo Obrero* en 1967 para celebrar el aterrizaje en Venus de la sonda soviética Venera 4 (o Venus-4). Se trataba de la primera sonda en posarse en otro planeta, y este éxito coincidía con el cincuenta aniversario de la Revolución de Octubre. El órgano comunista afirmaba entonces: «No podemos por menos que recordar lo que era la Rusia de aquel tiempo, su nivel científico, técnico, industrial, y el de esta Unión Soviética de 1967: la del Venus-4. Se nos dice que para llegar a posarse sobre Venus, este ingenio soviético ha recorrido unos 350 millones de kilómetros. ¿Qué distancia histórica ha recorrido ese pueblo desde la toma del Palacio de Invierno a Venus-4? ¡Espléndido regalo de aniversario!»^[19].

A la altura de 1967, por lo tanto, el mito de la Revolución de Octubre y de la URSS seguía substancialmente vivo en el discurso del PCE. Los comunistas españoles consideraban que la «patria del socialismo» había ya superado las deformaciones de la época de Stalin, y defendían sin fisuras la superioridad del sistema soviético respecto al modelo vigente en el bloque occidental. En una encuesta realizada entre las juventudes del PCE y publicada en *Nuestra Bandera* con ocasión del cincuenta aniversario de la toma del Palacio de Invierno, a la pregunta «¿Qué es para ti la Unión Soviética?», los entrevistados proporcionaron respuestas como las siguientes: «[Es] el fin de las injusticias. [...] Para mí es esto la Unión Soviética: la posibilidad de llorar gritando,

de emoción y admiración. [...] Es el sistema social mejor del mundo. [...] Camina hacia una sociedad que [...] solucionará todos los problemas en todos los aspectos de la vida. En una palabra: para mí, la Unión Soviética, es lo que yo buscaba y deseaba»^[20]. Sin embargo, a partir del año siguiente, declaraciones de este tipo fueron desapareciendo de las publicaciones del PCE.

El eurocomunismo y el rechazo del mito

A principios de noviembre de 1977, Santiago Carrillo viajó a Moscú para participar en uno de los actos centrales de las celebraciones por el sesenta aniversario de la Revolución de Octubre, un mitin que veía reunidos líderes comunistas de todo el mundo en presencia de Leonid Brézhnev y el resto de la cúpula dirigente soviética. Sin embargo, el PCUS no permitió que el «zorro rojo» tomara la palabra para dar su discurso. Las relaciones entre el PCE y el Kremlin se encontraban entonces en su peor momento. Efectivamente, unos meses antes el secretario general español había publicado *Eurocomunismo y Estado*, en cuyas páginas, como se verá más adelante, había realizado profundas críticas a la URSS, a su historia y a su sistema socio-político. Los soviéticos habían replicado ásperamente, lanzando contra Carrillo unos ataques que habían sido interpretados por muchos observadores como una excomunión. De hecho, un informe estadounidense había comparado la polémica desencadenada por *Eurocomunismo y Estado* a «un cisma religioso, en el que los herejes se convierten en enemigos mayores que los no creyentes»^[21]. Así, el

19.- «Venus-4», *Mundo Obrero*, 2ª quincena de octubre de 1967; Fernando Claudín, «La URSS y el progreso técnico y científico», *Mundo Obrero*, 31-10-1958; Gaspar Aribau, «Desarrollo cualitativo de la economía soviética», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

20.- Nuria Pla, «Octubre y juventud», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

21.- «Spanish Communist Response to Soviet Attack», 28-6-1977, Central Foreign Policy Files: National Archives and Records Administration (NARA); *Sobre la polémica en*



Reunión de Santiago Carrillo con un grupo de dirigentes soviéticos, Yuri Dubinin a la derecha, en la conmemoración de la Revolución Rusa (Foto: Luis Magán. AHPCE, Fondo *Mundo Obrero*).

PCUS no estaba dispuesto a proporcionar al secretario general español un escenario desde el cual difundir sus apostasías^[22]. Unos días después de su problemática estancia en Moscú, Carrillo viajó al corazón del bloque occidental, Estados Unidos, y desde allí anunció que el PCE en su próximo congreso habría abandonado el leninismo como referencia ideológico-identitaria.

Los acontecimientos de noviembre de 1977 resultan ejemplificativos, en términos simbólicos, de un aspecto fundamental de la línea política que estaba desarrollando entonces el PCE: la intención clara de tomar netamente las distancias no solo de la URSS, sino también de la Revolución de

Octubre y de su *corpus* doctrinario. En el marco del proyecto eurocomunista español, lo que un tiempo había sido un mito pasó a ser considerado como un estigma, una herencia incómoda y controvertida que había que dejar atrás. En 1975 por ejemplo, en una entrevista con la periodista italiana Oriana Fallaci, Carrillo fue explícito en este sentido: «Seguir viendo la revolución conforme a lo que fue en 1917, con Lenin, es hacer como la mujer de Lot. Ya sabe, el personaje bíblico que se volvió para mirar y se convirtió en estatua de sal. No hay que mirar atrás, no hay que mirar a la Revolución Rusa. Hay que mirar adelante, hay que mirar hacia Europa»^[23]. Un año más tarde, en una conferencia de PPCC europeos que tuvo lugar en Berlín, el mismo secretario general afirmó que el movimiento comunista desde su nacimiento había sido caracteri-

torno al artículo de la revista soviética *«Tiempos Nuevos»*, Barcelona, Crítica, 1977.

22.– El PCUS dijo que la causa de la frustrada intervención de Carrillo residió, en realidad, en problemas de orden logístico. Tanto esta versión, como la del PCE, pueden verse en «Carrillo in Moscow: Sound and Fury», 6-11-1977, Central Foreign Policy Files: NARA.

23.– Oriana Fallaci, *Entrevista con la historia*, Barcelona, Noguer, 1978, p. 529.

zado por una «mística del sacrificio y de la predestinación», por unos rasgos religiosos de los que había que liberarse definitivamente: «Llegamos a tener algo de una nueva iglesia, con nuestros mártires y nuestros profetas. Durante largos años, Moscú [...] fue como nuestra Roma. Hablábamos de la gran revolución socialista de octubre como de nuestra Navidad. Fue nuestro período de infancia. Hoy nos hemos hecho adultos»^[24]. La conquista de la mayoría de edad, por lo tanto, suponía el abandono del pensamiento mítico, considerado como algo propio de mentes infantiles.

El proceso de configuración del eurocomunismo, como es notorio, empezó en 1968, cuando los comunistas españoles, a la par que los italianos y franceses, condenaron la represión de la Primavera de Praga por parte del Pacto de Varsovia. Los acontecimientos checoslovacos marcaron un antes y un después en la trayectoria del PCE, que rompió por primera vez con la disciplina del llamado internacionalismo proletario, al darse cuenta de que el desarrollo de la línea política que había lanzado a mitad de los cincuenta se hacía cada día más incompatible con el mantenimiento de su histórica fidelidad incondicional a Moscú. Desde entonces, la implementación de sus credenciales democráticas en el ámbito español y europeo pasó a prevalecer definitivamente sobre las exigencias dictadas por su pertenencia al movimiento comunista articulado alrededor del PCUS. Se trató del «inicio del fin del mito soviético»^[25]. De hecho ese mismo año, a la hora de conmemorar el aniversario de la Revolución de Octubre, *Mundo Obrero* publicó un artículo que, si por un lado alababa el «heroísmo»

y la «profunda conciencia» de los pueblos de la URSS que habían salvado «a la Humanidad de la esclavitud fascista», por el otro subrayaba la necesidad de que los partidos comunistas se deshicieran de sus viejos hábitos, del «mesianismo semirreligioso» y de la «fe ciega»^[26].

De todas formas, en el período inmediatamente posterior a la Primavera de Praga, en su actitud hacia la Unión Soviética y la Revolución de Octubre la dirección del PCE intentó balancear el impulso renovador con la continuidad, evitando bruscas rupturas con las señas tradicionales de la identidad comunista. Esta cautela se debió, entre otras cosas, a la situación que se daba dentro del propio partido, en cuyas filas no podían no estar profundamente arraigados aquellos mitos que habían sido cultivados durante décadas^[27]. Así, en un primer momento el PCE siguió reivindicando la vigencia de la Revolución de Octubre y, al mismo tiempo, buscó en ella elementos que legitimaran su nuevo rumbo, en particular su reclamación de plena independencia respecto a la URSS: una plena independencia que incluía, evidentemente, el derecho a la crítica y la adopción de un modelo alternativo de socialismo.

Resultan ejemplificativos en este sentido unos artículos publicados en *Nuestra Bandera* a lo largo de 1970, con ocasión del centenario del nacimiento de Lenin. En ellos se presentaba el leninismo como una ideología originariamente antidogmática y democrática que, con su método del análisis concreto de la realidad concreta, admitía la necesidad de elaborar diferentes es-

24.- Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Intervención de Santiago Carrillo, número extraordinario de *Mundo Obrero*, junio de 1977.

25.- Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008.

26.- «El aniversario del Octubre rojo», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de noviembre de 1968; «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro partido», *Mundo Obrero*, 2ª quincena de diciembre de 1968.

27.- Véase «Reunión del CE», febrero 1972, Documentos del PCE: carpeta 53, AHPCE; Santiago Carrillo, *Libertad y socialismo*, París, Editions Sociales, 1971, p. 64.

trategias revolucionarias que se adaptaran a las circunstancias de cada país: se citaba a este propósito el hecho de que la propia Revolución de Octubre no habría llegado a producirse si Lenin no hubiera roto con la ortodoxia marxista occidental. Se afirmaba que Stalin, en cambio, había deformado gravemente el leninismo y lo había convertido en una ideología de conservación: había exacerbado sus aspectos autoritarios y había absolutizado, imponiéndolo al resto del movimiento comunista, el modelo de partido y de proceso revolucionario que se había configurado en Rusia. Consecuentemente, el PCE sostenía que su línea política no era ni revisionista ni oportunista, sino que se inspiraba en el espíritu primigenio de la Revolución de Octubre: «La necesidad de elaborar una estrategia de la revolución en los países de Europa —escribió Carrillo— es evidente. Y la elaboración de esta estrategia exige examinar incluso si los actuales métodos de los Partidos Comunistas no necesitan también ciertas adaptaciones que los adecuen mejor a las condiciones en que se nos presenta a nosotros la perspectiva revolucionaria. [...] Nosotros pensamos que así fue como procedió Lenin en su tiempo, y en las condiciones concretas de Rusia. Nosotros queremos que nuestro Partido se inspire en Lenin»^[28]. Sin embargo, también el autor del *¿Qué hacer?* pasó muy pronto a ser visto como un referente incómodo.

A lo largo de los setenta, en efecto, llegó a su plena configuración la fórmula eurocomunista. Con ésta, en el marco del cambio político español, el partido liderado por Carrillo aspiraba a propiciar su integración en el naciente sistema democrático subrayando, de cara a la opinión pública y a las fuerzas políticas occidentales, su total alteridad

respecto a la experiencia soviética^[29]. Se produjo entonces un profundo rechazo de la Revolución de Octubre por parte del PCE. Un rechazo que, por un lado, se concretó en una operación de desmemoria, en el sentido de que las referencias a la Revolución de Octubre fueron casi desapareciendo del discurso público del partido; por el otro, se manifestó bajo la forma de ataques radicales dirigidos tanto contra sus encarnaciones históricas —los Estados socialistas y el movimiento comunista—, como contra el núcleo de su *corpus* ideológico el —leninismo—.

De hecho, desde el principio de la década el partido español fue incrementando sus críticas a la URSS y a los otros países del socialismo real denunciando, por ejemplo, sus actitudes imperialistas hacia el exterior y sus violaciones de las libertades y de los derechos humanos en el plano interior^[30]. Esta ofensiva alcanzó su auge con la publicación de *Eurocomunismo y Estado*. En sus páginas Carrillo afirmó, entre otras cosas, que con la Revolución de Octubre había surgido y se había consolidado un Estado que, «hablando en nombre de la sociedad», se colocaba «por encima de ella». No podía ser considerado una «democracia obrera», porque estaba dominado por «una capa burocrática» que disponía de «un poder político inmoderado y casi incontrolado». Además, estaba «manchado por formas de opresión y de represión», tanto en su interior como «en las relaciones con los estados socialistas del Este». Esto, según el autor, se debía a que la URSS había ido adquiriendo «una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas» que habían desembocado en «deformaciones y degeneraciones» propias de los «estados impe-

28.- Juan Diz, «Un rasgo básico del leninismo: la lucha antidogmática», *Nuestra Bandera*, 65, 1970; «Editorial», *Nuestra Bandera*, 63, 1970; «Discurso de Santiago Carrillo», *Nuestra Bandera*, 64, 1970.

29.- Juan Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

30.- Emanuele Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37, 2015, pp. 225-255.

rialistas». El líder español ponía en tela de juicio el sistema soviético en su conjunto: «Por mucho tiempo, con la fórmula del ‘culto a la personalidad’ hemos atribuido esos fenómenos a las características personales de Stalin. [...] Pero hay que preguntarse si el sentido práctico de Stalin no estaba más en consonancia con el tipo de Estado que se estaba formando en realidad, con [...] el sistema. [...] Ese sistema no se ha transformado, no se ha democratizado»^[31].

En esta fase Carrillo llegó incluso a sostener que los Estados Unidos, en comparación con la URSS, presentaban una «superioridad» no sólo económica y tecnológica, sino «también en otros temas»: «No creo —dijo en una reunión con una delegación del PC italiano en 1977— que hoy la URSS pueda exhibir una superior condición social y humana, un modo de vida más rico de contenidos ideales, etc.»^[32]. Afirmaciones de este tipo equivalían a proclamar el fracaso del devenir histórico de la Revolución de Octubre. En la misma línea, Carrillo admitía la derrota de los partidos comunistas frente a los socialistas y socialdemócratas. En la entrevista ya citada con Oriana Fallaci hizo unas declaraciones explícitas en este sentido: «Hay que preguntarse por qué la socialdemocracia continua siendo, sobre todo en los países desarrollados, la favorita de la clase obrera. [...] ¿No será [...] que los comunistas nos hemos dejado paralizar por el ejemplo soviético, por la idea de tomar el Palacio de Invierno como los bolcheviques? ¿No será [...] que no hemos querido, que no hemos sabido hacer las reformas que podríamos haber hecho? ¿No será [...] que la socialdemocracia esta-

ba más preparada que nosotros para hacer esas reformas, para mejorar el nivel de vida de los obreros?»^[33]. Conforme a esta visión, el internacionalismo promovido por el eurocomunismo español dejó de tener como horizonte de referencia el movimiento comunista articulado alrededor del PCUS y buscó, con escasos resultados, una renovada colaboración con los partidos socialistas y socialdemócratas occidentales. Más en general, Carrillo y otros dirigentes españoles invocaron repetidamente la necesidad de llegar a una reunificación de las dos principales familias de la izquierda, superando así la fractura producida en el seno del movimiento obrero por la constitución de la III Internacional y la relativa creación de los partidos comunistas propiamente dichos: el PCE, por lo tanto, con su propuesta eurocomunista pretendía anular los efectos de la que, al calor de la Revolución de Octubre, había sido el acta fundacional de su identidad histórica.

El proceso de rechazo de la herencia incómoda de 1917 por parte del partido español tocó su punto álgido con el abandono del leninismo en 1978. En su IX Congreso, contrariamente a lo que había sostenido hasta entonces, el PCE admitió que no se podían reivindicar los planteamientos del líder bolchevique como base ideológica de una estrategia democrática. En un artículo publicado en este sentido en *Nuestra Bandera*, por ejemplo, Ernesto García hacía hincapié en los rasgos autoritarios que caracterizaban el núcleo del pensamiento de Lenin y afirmaba: «La discrepancia existente entre las concepciones eurocomunistas y ciertas ideas fundamentales de Lenin sobre el estado y la revolución [...] es lo que hace aconsejable que el partido deje de definirse

31.- Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 198-202, 207-208. Federico Melchor, «Los días que cambiaron la Historia», *Mundo Obrero*, 9-11-1977.

32.- «Nota su viaggio a Madrid e Barcellona», 28-7-1977, Estero 1977: MF. 299, Archivio Storico del PCI, Fondazione Gramsci.

33.- Oriana Fallaci, *Entrevista con la historia*, p. 529; «Reunión del CE», septiembre 1974, Fondo Sonoro: DVD 130, AHPCE.

como leninista»^[34]. En la misma línea, Simón Sánchez Montero subrayaba en *Mundo Obrero* que el modelo leninista no podía seguir siendo asumido por un PCE que consideraba que no era «posible, ni necesario, ni conveniente, el establecimiento de la dictadura del proletariado para construir el socialismo»^[35]. El partido español dejó así atrás la lectura edulcorada y selectiva de Lenin que había sostenido en los años anteriores. Al mismo tiempo, buscó nuevos referentes en figuras como la de Rosa Luxemburgo. De hecho, el discurso eurocomunista hizo suyas las críticas formuladas por la dirigente espartaquista hacia «las insuficiencias democráticas de la Revolución de Octubre»^[36]. De todas formas, como es notorio, el abandono del leninismo encontró notables resistencias dentro del PCE. En una de las numerosas cartas enviadas por la militancia a la dirección en este sentido, se afirmaba significativamente que el partido, renunciando a Lenin, renegaba el «gran corazón rojo y vivo de la revolución de octubre de 1917»^[37].

La definitiva negación de la vigencia de la Revolución de Octubre por parte del eurocomunismo español se produjo a principios de los ochenta. En efecto, a raíz del golpe de Jaruzelski en Polonia, el Comité Central del PCE difundió un amplia declaración que acababa sentenciando: «La realidad actual nos lleva a plantearnos cla-

ramente que una forma de articulación del movimiento revolucionario [...] en torno a la Revolución de octubre de 1917 [...] está definitivamente superada»^[38]. Sin embargo, en una cultura política como la comunista, caracterizada por un acentuado milenarismo, la desacralización de los mitos y el abandono de las referencias ancestrales provocaron consecuencias traumáticas. Efectivamente, el rechazo de la Revolución de Octubre conllevó la erosión profunda de las señas de identidad primordiales del PCE y privó la memoria cultural comunista de su piedra angular, lo que contribuyó al desarrollo de la grave crisis que afectó al partido entre 1979 y 1982, causando su drástico declive^[39].

La perestroika y la efímera redención de la Revolución de Octubre

Gerardo Iglesias, secretario general del PCE desde finales de 1982, a principios de noviembre de 1987 viajó a Moscú para participar en uno de los actos centrales de las celebraciones por el setenta aniversario de la Revolución de Octubre. A diferencia de lo que había pasado a Carrillo diez años antes, esta vez el líder comunista español sí pudo pronunciar su discurso en presencia de la cúpula dirigente soviética. En su intervención habló en favor del desarme, subrayó la indisolubilidad del nexo entre democracia y socialismo y terminó afirmando: «Compañero Gorbachov, estamos persuadidos que el desarrollo de la perestroika terminará proyectando, como la gran

34.- Ernesto García, «Las revisiones de Lenin. Leninismo y marxismo revolucionario ayer y hoy», *Nuestra Bandera*, 92, 1978.

35.- Simón Sánchez Montero, «Ante un congreso histórico», *Mundo Obrero*, 1-2-1978.

36.- Pilar Brabo, «Los orígenes del eurocomunismo», en VV.AA., *Para una historia del PCE. Conferencias en la FIM*, Madrid, FIM, 1980, p. 201; Manuel Azcárate, «Raíces históricas del eurocomunismo», *Nuestra Bandera*, 106, 1981.

37.- Francisco Peñalba, «Sobre el abandono de la palabra leninismo», 22-3-1978, Documentos del PCE: IX Congreso, Tribuna del IX Congreso, AHPCE.

38.- «Resolución del Comité Central del PCE sobre la situación en Polonia», 10-1-1982, Documentos del PCE: caja 63, AHPCE.

39.- Para un análisis extenso de estos temas véanse: Carme Moliner y Pere Ysàs, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017; Emanuele Treglia, «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», *Historia del Presente*, 18, 2011, pp. 25-41.

Revolución de Octubre, un doble impacto: cambió a un pueblo, cambió el curso de la Historia universal»^[40]. Unos días después, para celebrar la misma efeméride, el PCE organizó en Madrid un mitin que contó con la asistencia de varios representantes diplomáticos de países socialistas, incluido el embajador soviético en España. En aquel acto, Iglesias declaró: «La perestroika es el mejor homenaje a la revolución de octubre»^[41].

Se trataba, evidentemente, de un escenario diametralmente distinto a lo de 1977. En efecto, en 1985 en la URSS había subido al poder Mijaíl Gorbachov, poniendo en marcha las políticas de glasnost y perestroika. Desde el principio el PCE miró con grandes esperanzas a los proyectos promovidos por el nuevo líder del PCUS, que aspiraban a democratizar no solo el sistema soviético en sí, sino también las relaciones del Kremlin con los otros países del socialismo real y con el movimiento comunista internacional. Además, por lo que concernía a las dinámicas de la guerra fría, Gorbachov impulsaba el desarrollo de negociaciones con Estados Unidos dirigidas a la limitación de los armamentos nucleares^[42]. El PCE volvió entonces a acercarse al PCUS, normalizando las relaciones y poniendo fin a casi veinte años de polémicas y enfrentamientos. Al mismo tiempo, con el amparo del Kremlin, consiguió reabsorber las principales escisiones pro-soviéticas que había sufrido durante la etapa eurocomunista, es decir, las de Enrique Líster e Ignacio Ga-

llego. Precisamente en el documento que ratificó la unificación entre el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), liderado por éste último, y el PCE, se subrayó que la política de las dos formaciones en el ámbito internacional había llegado a coincidir y, a propósito de las dinámicas que se estaban desarrollando en el bloque oriental, se afirmó: «La perestroika puesta en marcha por el PCUS en la URSS, y otros procesos en los países socialistas, recupera el impulso originario revolucionario de la Revolución de Octubre»^[43].

Estas palabras resultan ejemplificativas del nexo establecido, en el discurso público de los comunistas españoles, entre la Revolución de Octubre y la perestroika: el plan de reformas promovido por Gorbachov fue presentado como una reactivación del espíritu primigenio del 17, capaz de redimir su devenir histórico. Efectivamente el PCE, al contrario de lo que sostenía buena parte de la opinión pública occidental, consideró que el rumbo democratizador impulsado por el nuevo líder del PCUS no constituía una negación de la revolución soviética, sino que le proporcionaba una renovada vigencia. En 1986, por ejemplo, Simón Sánchez Montero escribió que la perestroika, que estaba moviendo entonces sus primeros pasos, habría podido llegar a configurarse como «una nueva revolución en el camino iniciado en octubre de 1917»^[44]. Un año después, en las páginas de *Mundo Obrero* se observaba: «La afirmación de que se había agotado el impulso revolucionario de octubre del 17 ha resultado una conclusión

40.- «URSS-setenta aniversario. Gerardo Iglesias», *Mundo Obrero*, 12-11-1987;

41.- Gerardo Iglesias, «La respuesta revolucionaria que corresponde al mundo de hoy», *Mundo Obrero*, 19-11-1987.

42.- «Editorial. Una nueva etapa», *Mundo Obrero*, 27-3-1985; Vladislav Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Padma Desai, *Perestroika in Perspective*, Princeton, PUP, 2014.

43.- «Documento de unidad», enero de 1989, Documentos del PCE: Congreso de Unidad PCE/PCPE, AHPCE; «Comunicado PCE-PCUS, 23-2-1987», *Mundo Obrero*, 5-3-1987.

44.- Simón Sánchez Montero, «Un congreso para el año 2000», *Mundo Obrero*, 19-3-1986. Del mismo autor, véase *El futuro se llama libertad (perestroika y socialismo)*, Madrid, El País, 1988.

precipitada»^[45]. En la misma línea, *Nuestra Bandera* publicó en 1988 un dossier titulado significativamente: «URSS ¿revolución en la revolución?». En uno de los artículos que lo componían, Adolfo Sánchez Vázquez repasaba críticamente la trayectoria soviética y concluía diciendo: «La democratización es el alma de la perestroika. Si, como esperamos y deseamos, esta condición decisiva se cumple, el Octubre ruso, después de una dura y dramática navegación, tras las tormentas que amenazaban hundirlo y la inmovilidad que lo iba corroyendo, habrá llegado a buen puerto: el puerto del socialismo»^[46].

Para sostener estos planteamientos, se necesitaba indicar cuál era el alma originaria del Octubre del 17 que el nuevo rumbo soviético supuestamente rescataba. En esta perspectiva, el PCE recuperó aquella lectura en clave democrática de Lenin que había utilizado hasta los años setenta. Se trató de un recurso empleado también por el discurso oficial de la perestroika^[47]. Manuel Ballester, por ejemplo, presentó los rasgos propios «del proyecto inicial de la práctica leninista» como contrapuestos «en su esencia» a las características que, en cambio, había ido adquiriendo el proceso de «construcción teórica y práctica del mal llamado socialismo real». Según el autor, la tarea histórica que Gorbachov pretendía llevar a cabo con sus políticas era, por lo tanto, la siguiente: «La iniciativa perestroika, por romper el corsé burocrático y reactivar la dinámica y dialéctica sociales, la entendemos [...] como un intento de restauración de la matriz democrática [...] una vez des-

45.- Aurelio Granda, «Tiempo de reformas», *Mundo Obrero*, 15-1-1987.

46.- Adolfo Sánchez Vázquez, «Del Octubre ruso a la perestroika», *Nuestra Bandera*, 143, 1988.

47.- Robert Davies, *Soviet History in the Gorbachev Revolution*, Londres, MacMillan, 1989.



Portada de *Mundo Obrero* del 25 de noviembre de 1987. (AHCCOOA).

truidos los monolitos asfixiantes»^[48]. En la misma óptica, Damián Pretel escribió que la perestroika, con su apuesta por la «ampliación de los derechos» y por la «autogestión de toda vida social», representaba una vuelta a los orígenes, «al leninismo, que siempre abogó por la participación directa de las masas en la dirección de los asuntos de Estado»^[49].

Se tejía así un hilo rojo que conectaba el presente con el pasado: se configuraba un marco discursivo que defendía la renovación en nombre de la fidelidad a la tradición, intentando desdibujar un círculo virtuoso en el que la perestroika y la Revolución de Octubre se legitimaban mutuamente. De todas formas, hay que subrayar

48.- Manuel Ballester, «Lenin contra Stalin», *Nuestra Bandera*, 149, 1991.

49.- Damián Pretel, «La reforma política en la URSS», *Nuestra Bandera*, 138, 1987; Ramón Mendezona, «Votar por la perestroika», *Mundo Obrero*, 2-7-1987.

que, en los análisis del PCE, las esperanzas fueron constantemente acompañadas por la constatación de los obstáculos y resistencias que dificultaban el éxito del proyecto impulsado por Gorbachov. Obstáculos y resistencias que efectivamente, entre finales de los ochenta y principios de los noventa, provocaron la disgregación del bloque soviético y el colapso de la URSS^[50]. Ante este escenario, los comunistas de todo el mundo tuvieron necesariamente que hacer las cuentas con su propia Historia, en mayúscula. El legado de la Revolución de Octubre resultaba más problemático que nunca. En el partido español se delinearon entonces dos posturas.

Un sector abrazó la tesis según la cual los acontecimientos del Este decretaban definitivamente el fracaso histórico no solo del socialismo real, sino también de la identidad comunista en cuanto tal. En una reunión del Comité Central celebrada a raíz de la caída del Muro de Berlín, por ejemplo, Julio Setién calificó lo que estaba ocurriendo en Europa oriental como «una revolución anticomunista»: «Una revolución anticomunista en el único sentido que hasta hoy ha tenido la palabra comunista, en los únicos modelos en los que hasta hoy han gobernado los comunistas. Revolución que derrumba no un régimen, sino nuestro régimen, y no un modelo, sino nuestro modelo»^[51]. Asimismo, en enero de 1990, Miguel Bilbatua escribió en *Mundo Obrero* que el hundimiento de la URSS afectaba plenamente al PCE: «He escuchado argumentaciones del tipo: esto no atañe a nuestro partido, porque nosotros criticamos la invasión de Checoslovaquia, planteamos la exigencia de un paso pluripartidista al comunismo, etc. Y ello es así. Y es un mérito

del PCE haberse adelantado a su tiempo, y a la cultura comunista predominante, en estos temas. Pero hay algo que no podemos obviar. [...] y este algo es que lo que ha fracasado en los países del llamado ‘socialismo real’ ha sido también un modelo de partido. Y este modelo de partido es, en sus líneas generales, el nuestro»^[52]. Los defensores de estos argumentos, por lo tanto, consideraban que la Historia tenía un peso excesivo, insostenible. Consecuentemente, proponían la disolución del PCE, a través de su integración en una Izquierda Unida convertida en partido político. Hubo también voces que invocaron la construcción de la llamada «casa común» con los socialistas. Sin embargo, los partidarios de esta perspectiva «a la italiana» quedaron en minoría en el XIII Congreso del PCE, celebrado a finales de 1991^[53].

En efecto, en aquella ocasión se impuso la tesis favorable a la continuidad del PCE encabezada por Julio Anguita quien, desde 1988, ocupaba el cargo de secretario general del partido. El discurso promovido por el sector mayoritario agrupado alrededor del «califa» aligeraba la Historia, liberándola de sus cargas incómodas mediante una operación de (des)memoria selectiva. Un documento difundido en 1990, con ocasión del setenta aniversario de la fundación del PCE, era explícito en este sentido: «Al hilo de nuestros setenta años de historia, queremos recordar que ninguna estrategia política se constituye sin un ejercicio de reconciliación entre la memoria y el olvido. Olvido de aquella parte de nuestro acervo histórico y político que no contribuye al presente, y

50.- Serhii Plokyh, *The Last Empire. The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Basic Books, 2014.

51.- «El Este a debate», *Mundo Obrero*, 10-1-1990.

52.- Miguel Bilbatua, «Inicio de debate», *Mundo Obrero*, 24-1-1990.

53.- Julio Anguita y Juan Andrade, *Atraco a la memoria*, Madrid, Akal, 2015, pp. 157-166; Paul Heywood, «The Spanish Left: Towards a Common Home?», en Martin Bull y Paul Heywood (eds.), *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*, Londres, MacMillan, 1994, pp. 56-89.

memoria de aquellos rasgos del movimiento precedente en los que podemos encontrar instrumentos útiles de nuestra identidad individual y colectiva»^[54]. Este enfoque pretendía dejar atrás las facetas oscuras de la trayectoria del PCE, mientras que reivindicaba por ejemplo la defensa de la Segunda República, la lucha antifranquista, el compromiso democrático, el progresivo alejamiento del modelo soviético, etc. Así, el partido «inventaba» su propia tradición para justificar la «razón de ser» de su proyecto emancipador.

Además, el PCE afirmó rotundamente que, con el colapso de la URSS, no había muerto el comunismo en cuanto tal, sino aquella «concepción del comunismo y del socialismo como una doctrina totalizadora y totalizante, fundamentada [...] en la falta de libertad y control democrático y que ha utilizado para su supervivencia los peores métodos y estilos del régimen que se pretendía transformar». En este marco discursivo, la Revolución de Octubre perdió definitivamente su centralidad y su carácter de momento fundacional de la identidad comunista: pasó a ser presentada entonces como tan solo una de las múltiples manifestaciones del devenir histórico de un ideal libertador mucho más am-

plio y transcendental. En este sentido, en otro documento de 1990, el PCE declaraba: «Nos sentimos herederos de todos los procesos revolucionarios y de cambio, de la Revolución de 1789, la de la Comuna de París, la de 1917, los grandes movimientos de emancipación de la mujer, antirracistas o las revoluciones más recientes. Compartimos sus valores sociales y humanistas. [...] Mantendremos nuestra relación con lo más vivo de cada una de ellas y desecharemos lo erróneo, caduco e inservible»^[55].

Así, ante el ocaso de la distopía del socialismo real, Anguita reivindicó el impulso romántico de la utopía comunista: «El comunismo —afirmó en una conferencia pronunciada en el Forum Deusto— es la apuesta por una sociedad de plena emancipación humana en la que [...] se ponga fin a [...] la prehistoria del ser humano, y comience la verdadera historia de la humanidad. Es la plenitud del reino de la libertad. El comunismo [...] supone la culminación [...] de todos los derechos humanos. [...] Para un comunista esto supone la utopía necesaria que da sentido a su acción política»^[56]. Según estas palabras, la verdadera historia de la humanidad todavía no había comenzado: a la prehistoria, por lo tanto, no se le había puesto fin en 1917.

54.- «Setenta años del PCE. PCE, una función de porvenir», en PCE, *El socialismo, una búsqueda permanente (materiales del Partido Comunista de España entre el XII y el XIII Congreso)*, 1991, p. 356.

55.- Ambas citas en «El PCE ante las nuevas realidades», *Mundo PCE*, 1, 14-3-1990.

56.- Julio Anguita, «Izquierda Unida: la apuesta de los comunistas españoles», *Nuestra Bandera*, 145, 1990.

NUESTROS CLÁSICOS

Presentación de *Historia del bolchevismo*, de Arthur Rosenberg

Joaquín Miras Albarrán

Miembro-fundador de Espai Marx

Publicamos a continuación como parte de este número 4 de la revista *Nuestra Historia* sobre la Revolución Rusa el capítulo 6º de *La historia del bolchevismo* (1932) de Arthur Rosenberg.

El autor, Arthur Rosenberg, es un pensador marxista revolucionario y gran intelectual formado en la universidad alemana anterior a la Primera Guerra Mundial. Un pensador que debería ser un clásico para los marxistas, pero que ha resultado siempre incómodo para todas las corrientes del marxismo.

Arthur Rosenberg nació en Berlín en 1889 y falleció en Nueva York en 1943. Estudió en la universidad de Berlín, la mejor universidad de un Estado que poseía, en aquella época, el mejor sistema universitario del mundo.

Arthur Rosenberg se especializó en Historia Antigua. Por su inteligencia y capacidad de estudio, Rosenberg fue el alumno predilecto de uno de los grandes estudiosos de la historia de Grecia, el historiador helenista Eduard Meyer (1855- 1930), fundador de una escuela de estudios cuya tradición se ha sostenido hasta la actualidad, y del que podemos encontrar obra traducida al castellano *El historiador y la historia antigua*^[1].

1.- Eduard Meyer, *El historiador y la historia antigua: Estudios sobre la teoría de la historia y la historia económica y política de la Antigüedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Arthur Rosenberg asumió las tesis fundamentales del pensamiento historiográfico de Meyer. Para Meyer, el motor de los cambios históricos, de los acontecimientos políticos, económicos, etcétera, debía ser buscado en los hechos sociales, en la conflictividad social de cada época. Tesis que no debe ser considerada de inspiración marxista, sino que era compartida por otras corrientes de pensamiento. Recordemos que el propio Marx nos explica que él reparó en la importancia de las luchas de clases gracias a los estudiosos liberales, Guizot y Thierry.

Otra tesis, elaborada por Meyer y sostenida en continuación por Rosenberg, es que el fundamento de la producción material del mundo griego no era el trabajo esclavo, mayoritario, sino la producción material generada por pequeños productores y trabajadores pobres, que eran mayoritarios.

Una última tesis, no necesariamente vinculada a la anterior, sostenida por Meyer y Rosenberg, y la mayoría de los estudiosos actuales, es la de que las luchas de clases en la Antigüedad fueron, en lo fundamental, entre hombres pobres libres y hombres ricos. No entre esclavos y amos. Así lo testimonian los documentos y textos procedentes de la Antigüedad, tanto los de los historiadores como los de los filósofos clásicos griegos y latinos. Fueron los trabajadores

y pequeños propietarios pobres los que se organizaron para luchar contra los oligoi. Y este sector social de pobres es el que da lugar, en algunas polis helénicas, entre ellas Atenas, a la democracia, o poder de los pobres, tal como lo define Aristóteles.

Rosenberg no solamente estudió con Meyer, sino también con otro gran historiador alemán de la Antigüedad, investigador de Roma, el erudito Otto Hirschfeld, que continuaba los estudios sobre Roma de la escuela fundada por Mommsen, y que en sus investigaciones sobre Italia también ponía su interés en los acontecimientos sociales como motor de la historia. Precisamente la tesis de habilitación para poder trabajar en la universidad de Arthur Rosenberg fue una investigación sobre el mundo romano.

Rosenberg participaba de ese mundo de grandes señores de la universidad alemana. Un mundo culto y reaccionario.

En resumen, durante su juventud, Rosenberg estuvo alejado del pensamiento de izquierdas, y en concreto, del marxismo, al que se aproximaría tan sólo al final de la Primera Guerra Mundial.

Antes de la Gran Guerra Arthur Rosenberg había llegado a ser ya una figura de primer rango en la universidad del Reich. En 1914, en pleno periodo de histeria chovinista y belicista, previo al estallido de la primera guerra mundial, Rosenberg firma, junto con la cuasi totalidad de los profesores universitarios de Alemania, el manifiesto redactado por el célebre filólogo helenista noble, Ulrich von Wilamowitz, que daba apoyo al militarismo alemán del Kaiserreich.

Al estallar la guerra, Rosenberg es movi-
lizado e incorporado a los servicios de inteligencia alemanes como consejero del estado mayor prusiano. Unos servicios de inteligencia organizados por el verdadero hombre fuerte del régimen, el general Ludendorff, monárquico ultra reaccionario. Este

aparato de poder se dedicaba al espionaje, al contraespionaje y, además, a la creación de opinión pública interior. Y se dotó de una estructura que le permitía sustituir al poder político además de dirigir la opinión pública mediante el control de la prensa.

Según estudios posteriores del propio Rosenberg, la estructura creada por Ludendorff era ya un partido único protonazi que controlaba el aparato de Estado.

Rosenberg estuvo muy pronto adscrito al departamento del coronel Walther Nicolai, tan ultra reaccionario como Ludendorff, y quien organizaba y dirigía la sección de espionaje dentro de la estructura de poder organizada por Ludendorff. Rosenberg estaba encargado del análisis de los países enemigos, y muy en particular, de los EEUU.

Ese joven Arthur Rosenberg, que es considerado, con razón, hombre de confianza del poder prusiano, era en esas fechas, como se puede conjeturar, un intelectual por entero ajeno al marxismo.

Es la experiencia del horror de la guerra, y el acceso de primera mano a la información verdadera sobre lo que acontecía, tanto en la sociedad y el frente alemanes como en las sociedades y ejércitos de las potencias enfrentadas con Alemania, y la catástrofe subsiguiente de la derrota militar y el hundimiento económico alemán, consecuencia de la guerra, lo que le hizo cambiar drásticamente. Al aproximarse el fin de la guerra, el hundimiento del mundo en el que se había educado produjo en él, al igual que en otros grandes intelectuales de la época, una crisis moral y política.

En 1918 se produce un vuelco ideológico. Su conocimiento sobre el comportamiento de las denominadas potencias democráticas, en relación con sus propias sociedades, al que había accedido por ser analista de las mismas, le llevó a rechazar como alternativa al régimen reaccionario alemán la hipócrita alternativa de las democracias



Manifestación comunista en Berlín durante la revolución de 1918 (Foto: Hulton-Deutsch).

occidentales, que él conocía y sabía que ni eran democráticas ni eran igualitarias. En consecuencia, Rosenberg simpatiza y se espera con el nuevo poder revolucionario soviético que se había iniciado en noviembre de 1917.

Rosenberg se adhirió al Partido Socialdemócrata Independiente, cuya mayoría a la izquierda se unificaría con otros grupos y daría lugar a la creación del Partido Comunista de Alemania (KPD) en 1920. Rosenberg acompañó ese viaje.

Hay que destacar que Rosenberg, militante desde 1918 optó por permanecer en el PSI, y no se adhirió a la Liga Espartakista, que se escinde del mismo a finales del 18. Arthur Rosenberg, que sostendría posiciones políticas izquierdistas, tanto en el PSI como en el futuro KPD, no tuvo sin embargo en gran consideración política —sí moral— a los dirigentes de la Liga Espartakista, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Su opinión, a mi juicio, era certera. Era un sinsentido y un error sectario escindirse por impaciencia de una fuerza política que, poco

después, y de forma mayoritaria, pasaría a formar parte del nuevo Partido Comunista.

En 1920 Rosenberg milita en el Partido Comunista. Esta ruptura con las opciones moderadas, a las que se había acogido la inmensa mayoría del mundo académico, lo aísla del resto de intelectuales universitarios y acarrea el final de su carrera académica. Hasta su abandono de la universidad en 1930, nunca pasará de ser «privatdozent» profesor no titular o adjunto, no numerario, contratado a tiempo parcial.

Desde su ingreso al partido se dedica con todas sus energías al activismo político. En esta organización pasa a desempeñar de inmediato cargos de importancia. Aprovecha todo su conocimiento adquirido en el estado mayor del espionaje prusiano sobre la organización de prensa y de instrumentos de propaganda para ayudar a organizar prensa escrita, dar mítines, etc.

En 1921 se incorpora como miembro electo por el KPD al consejo municipal de Berlín, y asiste como delegado al congreso de Jena. Nombrado responsable de las

publicaciones del partido, desempeña esta función durante los años 1922 y 23. Cuando se constituye la corriente de izquierdas del partido, Rosenberg se incorpora a la misma.

También, en 1921, pasa a ser miembro de la redacción de la prensa en lengua alemana de la Komintern —*Inprekor*—, donde escribe de política internacional, utilizando los conocimientos adquiridos durante su etapa como analista de espionaje. En 1924, cuando la dirección del KPD queda bajo el control del ala izquierda, Rosenberg pasa a formar parte del Comité Central, y es elegido diputado por el KPD. Ese mismo año en el V congreso de la Internacional Comunista pasa a formar parte del ejecutivo ampliado y del presidium de la Komintern.

Durante esos años, publica obras de divulgación sobre la lucha de clases en el mundo antiguo, con el fin de que el movimiento revolucionario tuviera elementos intelectuales de reflexión sobre la política. Su muy interesante *Historia de la república de Roma*, y, en 1920 su importante trabajo *Democracia y lucha de clases en la Antigüedad*, libro publicado por Editorial Viejo Topo en 2006, cuya traducción y prólogo corrieron de mi cuenta.

Estos textos sobre el mundo político clásico nos permiten comprender el tránsito natural de Arthur Rosenberg hacia al bolchevismo revolucionario.

Arthur Rosenberg había entendido el régimen político de la democracia, desde siempre, y con independencia de la valoración política que éste le mereciese, según la explicación que Aristóteles da del mismo en su obra. Según Aristóteles, la democracia no es el régimen de la mayoría, sino el régimen político en el que mandan los pobres.

Escribe Aristóteles:

«No se debe considerar democracia, como suelen hacer algunos en la actualidad, sim-

plemente donde la multitud es soberana (pues también en las oligarquías y en todas partes es soberano el elemento mayoritario); ni tampoco oligarquía donde unos pocos ejercen la soberanía del régimen. En efecto, si fueran mil trescientos ciudadanos, y de entre estos, mil fueran ricos y no hiciesen partícipes del gobierno a los trescientos pobres, pero libres e iguales a ellos en lo demás, nadie diría que esos se gobiernan democráticamente. Igualmente también en el caso de que unos pocos sean pobres, pero más fuertes que los ricos, aunque estos sean más, nadie llamará a tal régimen una oligarquía si los demás, aun siendo ricos no participan en los honores. Más bien hay que decir que existe democracia cuando los libres ejercen la soberanía, y oligarquía cuando la ejercen los ricos. Pero sucede que unos son muchos y otros pocos, pues libres son muchos y ricos pocos»^[2].

Como se puede ver, Aristóteles define un régimen político como democracia si en el mismo el poder soberano es ejercido por los pobres, con independencia del número de personas que constituya la clase social de los pobres. Para Aristóteles, la característica analítica que define la democracia es que los pobres dominen; la democracia es el poder de los pobres, no el poder de las mayorías. Aunque en su texto se reconocen también otras dos cosas. En primer lugar, el hecho empírico de que los pobres son siempre la mayoría. En segundo lugar, y también de mucha importancia —«pues también en

2.— Aristóteles, *Política*, 1290 a, 1290 b, Madrid, Gredos, 1988, pág. 225. Me permito añadir a continuación una cita de la *República* de Platón en la que también se caracteriza la democracia como el poder de los pobres: «Nace, pues, la democracia, creo yo, cuando, habiendo vencido los pobres, matan a algunos de sus contrarios, a otros los destierran y a los demás les hacen igualmente partícipes del gobierno y de los cargos, que, por lo regular, suelen cubrirse en este régimen mediante sorteo», Platón, *República* 557^a, Madrid, Alianza, 1988, pág. 440.

las oligarquías y en todas partes es soberano el elemento mayoritario»— que todo régimen que se instaura y se sostiene, si consigue estabilizarse y permanecer en el tiempo es gracias a que el núcleo social dirigente es capaz de organizar en torno de su proyecto social un consenso mayoritario.

La democracia ateniense, aristotélica y platónica es, pues, el poder de los pobres. Se puede comprender fácilmente que, una vez Rosenberg asume como válida para el presente la alternativa político social de la democracia entendida según la interpretación clásica, identifique la democracia, el concepto clásico, histórico, de la misma, con la dictadura del proletariado instaurada en Rusia en 1917, con el poder soviético obrero y campesino. Y por tanto que a su vez Rosenberg se identifique y asuma con gran lucidez y capacidad de comprenderla en su sentido profundo, la revolución rusa, una vez ha aceptado como válida la tradición democrática clásica.

En lo sucesivo, Rosenberg adoptará la democracia en su interpretación aristotélica como hilo heurístico de toda su futura reflexión política marxista. Así seguirá haciéndolo en la que es su obra culmen, publicada en 1943, *Democracia y socialismo. Historia política de los últimos ciento cincuenta años (1789 – 1937)*, que está pendiente de edición en Ed El Viejo Topo, publicada anteriormente en México, (editorial Pasado y presente, 1981), y en Argentina (editorial Claridad, 1966)—ambas, ediciones agotadas—.

En esta última obra, verdadero testamento monumental del pensamiento político marxista, tal como nos explica Luciano Canfora³, Rosenberg ahonda la reflexión sobre la cita aristotélica a partir del matiz que he destacado y en el que se recalca que todo régimen político que se sostiene, reve-

la precisamente por ese mismo hecho que ha sido capaz de crear un consenso mayoritario —una hegemonía social, diría Antonio Gramsci—. Todo régimen político estable es resultado de que una clase o fracción de clase ha sido capaz de constituir un bloque social que aúna a la mayoría social y canaliza y resuelve las necesidades materiales y se vale de la praxis de la mayoría para producir y reproducir consensualmente su orden.

Por tanto, el consenso mayoritario no es una característica específica de las democracias en oposición a los demás regímenes existentes. Con independencia del tipo de régimen que se instaure, sea este el fascismo, el liberalismo, el poder absolutista, etcétera, todo régimen que perdura lo hace porque ha logrado sumar una mayoría social.

La interpretación alternativa, muy en boga, es muy perniciosa porque nos impide analizar y dar explicación de las estabilidades y cohesiones sociales que hay detrás de todo orden social estable. Una vez caídos en la misma, nos vemos obligados a recurrir a explicaciones extravagantes como la de la estupidez de los subalternos que constituyen la base de apoyo de un régimen, o la del «totalitarismo», explicación que achaca el sostenimiento de un régimen al omnipotente dominio ejercido por la policía sobre la vida cotidiana de todos y cada uno de los miembros de la sociedad, sobre la vida cotidiana de las gentes.

El terror, un golpe de Estado, puede ser el origen de un régimen político, no puede ser, sin embargo, lo que explica su existencia y estabilidad. La democracia, tal como lo explica Rosenberg, se caracteriza por ser siempre un movimiento de masas capilarmente autoorganizado; un movimiento generador de poder inmediato sobre la propia sociedad, que es hegemonizado por una u otra fracción social. La democracia es el nombre de dicho movimiento histórico sustantivo, de masas, autoorganizado

3.— Luciano Canfora, *Il comunista senza partito*, seguido de *Democrazia e lotta di classe nell'antichità*, di Arthur Rosenberg, Palermo, Sellerio, 1984.

desde la base y autoprotagonizado por ella misma. Mientras existe tal movimiento, existe la democracia. Si ese movimiento deja de existir, la democracia no existe.

«La democracia como una cosa en sí, como una abstracción formal, no existe en la vida histórica: la democracia es siempre un movimiento político determinado, apoyado por determinadas fuerzas políticas y clases que luchan por determinados fines. Un Estado democrático es, por tanto, un Estado en el que el movimiento democrático ostenta el poder»^[4]

Vuelvo, para terminar, a la biografía de Arthur Rosenberg. En 1927, Rosenberg abandona el Partido Comunista.

Este mismo legado de la democracia clásica y de la historia de la democracia, sobre el que Arthur Rosenberg nunca dejará de investigar hasta su muerte, explica el porqué del alejamiento de Rosenberg respecto de la revolución rusa y su abandono de la Komintern.

La valoración de Rosenberg sobre la revolución rusa está recogida en su obra de 1932, *Historia del bolchevismo* [5], de la que hemos elegido un capítulo para publicarlo en el presente número de *Nuestra Historia* dedicado a la Revolución Rusa.

La razón principal es que, a su juicio, con la desarticulación del movimiento revolucionario de masas, esto es, de la democracia revolucionaria de los soviets o auténtica dictadura democrática del proletariado, y con la contención y la desarticulación del movimiento de masas en el resto de Europa, la revolución ha dejado de ser una posi-

bilidad inmediata.

La crisis económica seguía abierta en esas fechas, pero las masas habían sido derrotadas, desorganizadas y enfrentadas entre sí, y la dirección política del partido no podía pretender ser el sustituto de las mismas, no tenía la capacidad de recrear ni de sustituir la subjetividad destruida.

La revolución es un proceso de masas, de auto protagonismo de masas, y sin la organización y el protagonismo de los explotados sobre el proceso histórico no puede existir dictadura democrática del proletariado, poder de los pobres o democracia. La política revolucionaria queda convertida en discursividad, en mito.

El estudio que elabora Rosenberg en esta obra sobre la Rusia revolucionaria y la URSS desde 1917 hasta 1930 es matizado, no tiene nada que ver con el anticomunismo. Rosenberg no niega el desarrollo económico que se ha producido en la URSS. Ni la igualdad que se ha instaurado en la sociedad soviética en relación con el mundo social capitalista y zarista, anterior. Ni menosprecia las terribles circunstancias históricas, que impusieron la liquidación del sovietsmo: la intervención armada masiva de las potencias extranjeras, la terrible guerra civil, todo ello sobre la condición previa de una economía atrasada ya triturada por el esfuerzo bélico durante cuatro años. Es más, Rosenberg sabe apreciar y valora positivamente la importancia de la política de alianza con el campesinado, sin la cual, no hubiera sido posible la instauración de un régimen progresista estable.

Pero considera que la Unión Soviética no es una verdadera dictadura del proletariado, una verdadera democracia popular. Y que, en opinión de Rosenberg, el comunismo, en la situación política que se abre en Europa, es solo una fraseología, como lo revela, a su juicio, el que se vea obligado a plegarse a las condiciones impuestas

4.- Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo, Historia política de los últimos ciento cincuenta años (1789 - 1937)*, México, Cuadernos de Pasado y presente, 1981, pp. 335 y 336.

5.- Arthur Rosenberg, *Historia del bolchevismo*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1977.

por los estados parlamentarios y a tratar de pactar el Frente Único con los socialistas. En esas condiciones, a fecha de 1930, para Rosenberg, la Komintern ya no tiene razón de ser.

Si valoramos las críticas sobre la historia del bolchevismo que Rosenberg elabora en este texto, yendo más allá de esta o aquella interpretación concreta, leyéndolas en perspectiva, y las ponemos en paralelo con las ideas elaboradas en su último libro sobre la historia de la democracia, veremos que trasparece por debajo un análisis muy semejante al que Gramsci concluye en sus *Quaderni del carcere*.

El lector que reflexione sobre el análisis de fondo que nos presenta el capítulo de la obra de Rosenberg sobre la revolución rusa que hemos elegido, se percatará de que el origen de la derrota de la revolución, la causa de que esta termine, a su modo, como Revolución Pasiva se debe a la inexistencia previa de un movimiento de masas sólidamente organizado que generase una hegemonía social previa a la creación de estado revolucionario. Es decir, se debe a que la sociedad era gelatinosa, estaba desorganizada, y el movimiento de masas surge sobre la marcha, como resultado de la descomposición del orden social zarista.

Ante la falta de sólidas trincheras y casamatas que organizaran el movimiento democrático revolucionario, y de las propias fuerzas políticas populares, la debilidad de este lo cuarteaba, y hace que se desintegrara una vez sometido a situaciones políticas extremas. En esa situación de vacío de poder, surge el cesarismo. Un cesarismo de partido.

Para terminar, una nota más, esta vez sobre Gramsci. Como el lector sabe, la caracterización de la sociedad rusa —«oriente»— como «gelatinosa», en oposición a «occidente», es propia de Antonio Gramsci. Habitualmente se interpreta la misma de forma genérica y universalizante: solo las sociedades capitalistas modernas habrían desarrollado organización capaz de estructurar y movilizar la sociedad civil: habrían organizado, esto es, una verdadera «sociedad civil».

Sin embargo, la obra en la que Gramsci inspira la construcción de su teorización, *El Dieciocho brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, de Karl Marx, es un ejemplo a contrario. Tras la Revolución Francesa de 1789, en la que un potente y autoorganizado movimiento de masas campesino —sociedad civil organizada— impone un proceso revolucionario de masas, y como consecuencia de la derrota de la misma, en 1848, el campesinado francés está gelatinoso, desorganizado, aislado familia a familia, «como patatas dentro de un saco de patatas», según la frase del propio Marx. Y esto ocurre en Francia, país cimero del mundo capitalista y burgués.

Creo, por tanto, que la caracterización de una sociedad como organizada o gelatinosa no es algo que dependa de un determinado estadio de desarrollo capitalista, de una determinada fase de modernización o atraso social, sino de la persistente y continuada tarea de organización capilar que haya habido en esa sociedad y que haya posibilitado la estructuración de un estable y potente movimiento democrático de masas: en la Rusia de 1917, en la Francia de 1789 o en la Atenas del siglo V antes de nuestra Era.

La toma del poder de los bolcheviques y el comunismo de guerra (1917-1921)*

Arthur Rosenberg

Desde septiembre de 1917 Lenin alimentaba la persuasión de que el partido bolchevique llegaría al poder por medio de la revolución. Sobre todo en octubre, desde su escondrijo de Finlandia, apabulló a la dirección central del partido en San Petersburgo, con cartas y artículos: allí exigía la sublevación, considerando con exactitud cada posibilidad y ofreciendo la solución apropiada para cada dificultad. Esos escritos de Lenin son únicos en su mezcla de ardiente pasión y fría reflexión. Se veía con claridad que la preocupación de Lenin era la posibilidad de un caos anárquico como ocaso del gobierno Kérenski: entonces el momento justo hubiera pasado ya para los bolcheviques, que no habrían podido reconquistar la ventaja perdida.

En las fracciones del partido, del grupo Zinóviev-Kámenev se mostraba contrario a la insurrección: es que seguían vislumbrando como consecuencia de ella un aislamiento de los bolcheviques y cierta aventura socialista de catastrófico final. Pero Lenin, con la ayuda de Trotsky impuso su propia opinión. El 10 (23) de octubre, ante la presencia de Lenin, se realizó la decisiva sesión secreta de la dirección central del partido. Con todos los votos a favor menos dos, se adoptó la resolución por la cual el

único medio para salvar la revolución y también a Rusia, sería la sublevación, destinada a transmitir todo el poder a manos de los soviets. Así, el partido tuvo las manos atadas.

El 25 de octubre de acuerdo con el calendario ruso (7 de noviembre para el europeo) debía reunirse en San Petersburgo el congreso de los consejos de todas las Rusias: debido al cambio de votos respecto de los del verano, existía la posibilidad de que los bolcheviques obtuvieran en este congreso la mayoría. Si el congreso decidía que toda la autoridad pasara a los consejos, también habría debido asumir el poder, es decir, derribar al gobierno de Kérenski. Ésta es la razón por la cual el 25 de octubre se convertía en la jornada decisiva: ella debía ser el día de la rebelión.

Los dos sectores tomaron sus respectivas medidas para tener ese día la superioridad militar en las calles de San Petersburgo. Los regimientos allí instalados, en general eran partidarios de los bolcheviques; entonces el gobierno dispuso que la mayor parte de las tropas partiera hacia el frente. Si el alejamiento de la guarnición hubiera prosperado, el gobierno habría podido disolver ese día el congreso de los consejos con un puñado de tropas de asalto formadas por

*Por sugerencia de Joaquín Miras, y con la intención de aligerar el texto, se han suprimido varias citas literales de V.I. Lenin: «Del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique)», en V.I. Lenin, *Obras*, Vol. XXVI, p. 288.; «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado» en *Ibid*, Vol. XXVI, pp. 405-407; «La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo», en *Ibid*, Vol. XXXI, p. 38. También se han suprimido dos prolifas citas de la obra de I. Larin y L. Kritzmán, *Vida económica y reconstrucción económica en la vida de los soviets, 1917-1920* [Wirtschaftsleben und wirtschaftlicher Aufbau in Sowjet-Russland, 1917-1920, Petrograd, Kommunistische Internationale, 1921].

oficiales. Pero, con la instigación de los bolcheviques, las tropas se negaron a marchar.

El soviet de la ciudad, que estaba totalmente a la influencia bolchevique, constituyó un comité revolucionario militar, y todas las tropas de la capital declararon que en el futuro sólo obedecieron a dicho comité, ya no al Estado mayor. La fuerza del impulso del comité revolucionario militar estaba representada por Trotski; y con esa resolución de las tropas, la revolución hubiera vencido en la capital antes de que se disparara un solo tiro. El 24 de octubre, el comité revolucionario militar ocupó la central telefónica de San Petersburgo, y en la noche siguiente se produjo la ocupación de otros edificios públicos. El 25 fue tomado el palacio de invierno, sede del gobierno: los ministros resultaron apresados y Kérenski logró huir. Al mismo tiempo, según el programa establecido, se reunió el congreso de los consejos de todas las Rusias, y cuando se anunció la ocupación del palacio de invierno, la minoría partidaria del gobierno abandonó la sala. La mayoría proclamó la toma de posesión del gobierno por los consejos de acuerdo con la tesis bolchevique.

Kérenski trató de reunir tropas ante San Petersburgo, para marchar con ellas al asalto de la capital. Pero sufrió una derrota absoluta, y se refugió en el extranjero. En pocas semanas, las tropas, las ciudades y las poblaciones campesinas rusas se pasaron en su integridad del lado de los bolcheviques: allí donde surgían oposiciones a la revolución, se las derrotaba con leve esfuerzo. Hay un hecho importante para destacar: la revolución bolchevique podía apoyarse en la única representación popular existente por entonces en Rusia, es decir, en el congreso de los consejos, que había sido elegido verdaderamente por las masas. En cambio, las tan variadas comisiones artificiosamente reunidas por Kérenski no tenían base alguna en el pueblo. Al final

de su gobierno, Kérenski se había decidido a convocar las elecciones para la asamblea nacional, pero dichas elecciones se celebraron sólo a la par de la revolución bolchevique. En el momento crítico, entonces, la asamblea no existía.

El grupo Kámenev-Zinóviev se opuso hasta el último momento al estallido de la revolución: y aun después de la victoria siguió mostrándose pesimista. El 4 (17) de noviembre, Zinóviev y Kámenev salieron de la dirección central del partido, con el fin de expresar con libertad sus opiniones. Ellos exigían que los bolcheviques ofrecieran inmediatamente un compromiso a los social-revolucionarios y a los mencheviques, para constituir así un gobierno formado por todos los partidos soviéticos. Esta tendencia fue apoyada aun por una cierta cantidad de viejos bolcheviques. Hasta Losovski la defendió en una carta abierta. Aparece de todas maneras destacable que los dos futuros presidentes de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, Zinóviev y Losovski, al estallar la revolución consideraran que ella era justamente una insensata aventura. Sin embargo, la propaganda de ellos mismos se basaría luego íntegramente en la revolución de octubre.

El 4 (17) de noviembre, la situación todavía no se había aclarado: aún no se sabía bien cómo sería acogida la revolución en el frente y en las provincias. Una huelga general de empleados vino a paralizar la acción de los gobernantes bolcheviques. Partidos enteros y grupos políticos rusos se habían declarado adversos a la revuelta bolchevique y, además de ello, hasta un fuerte grupo dentro de la misma dirección del partido se unió a los opositores. La situación parecía desesperante; pero Lenin y Trotski no retrocedieron ni un solo paso.

La situación se aclaró rápidamente. Se vio qué vasta había sido la victoria bolchevique en el campo. La huelga de los empleados fra-



Miembros de la Guardia Roja. Petrogrado, 1917. (Foto: Karl Bulla - AP).

casó, y aun el grupo Kámenev-Zinóviev volvió a las filas del partido. La actitud de los dos jefes de grupo durante aquellas críticas semanas demostró una vez más la solidez con que la tesis de la dictadura democrática de obreros y campesinos se había radicado en el partido bolchevique. Aquellos viejos bolcheviques podían imaginar a la revolución rusa sólo como una subversión democrático-burguesa, a realizar mediante la coalición de todos los partidos democráticos y socialistas. Y en nombre de esta teoría se rebelaron contra Lenin, justamente en las más graves semanas de la historia bolchevique.

Después de este episodio, Lenin, con admirable objetividad, confió nuevamente las tareas más importantes a Zinóviev y Kámenev. Y no les reprochó las incertidumbres en que habían incurrido durante la revolución. De la misma manera había dado por terminada la añeja disputa con

Trotsky, cuando este se puso a disposición de su política.

El movimiento bolchevique fue transportado en esos días por una ola de simpatía: el hecho impidió también su aislamiento político. Los social-revolucionarios, principales enemigos del bolchevismo, se dividieron, y el nuevo partido de los social-revolucionarios de izquierda dio los más importantes servicios a la Rusia de los soviets en el primer semestre de su existencia. Tal como lo anotamos antes, las masas campesinas habrían sido desilusionadas amargamente por el gobierno Kerenski. Esas masas esperaban que un gobierno de social-revolucionarios echara de las tierras a los propietarios: en cambio, debieron asistir al hecho de que los ministros social-revolucionarios, con la ayuda de la fuerza constituida, protegieran a los propietarios mismos.

Los dirigentes social-revolucionarios locales de los campesinos se rebelaron contra

la dirección del partido y, pronto, aún notables funcionarios se unieron a la oposición. Así, durante la revuelta bolchevique, los social-revolucionarios se escindieron en un ala derecha, que seguía fiel a Kérenski, y un ala izquierda, que exigía la expulsión de los propietarios y el tránsito de los consejos al poder. El día 25 de octubre (7 de noviembre), el congreso de los consejos de todas las Rusias debía tomar posición ante la revuelta: entonces los social-revolucionarios de derechas y los mencheviques abandonaron la sala. Pero los de izquierda se quedaron con los bolcheviques, y contribuyeron a la constitución del poder del soviét. Luego, algunos jefes de los social-revolucionarios de izquierda formaron parte del consejo de los comisarios del pueblo, en el nuevo gobierno de la revolución. Sólo en razón de la paz de Brest-Litovsk los social-revolucionarios de izquierda salieron de la coalición con los bolcheviques e iniciaron contra ellos una oposición impecable.

Así, Lenin, en los primeros meses del poder soviético, pudo realizar por lo menos su propio viejo programa, y establecer una alianza con un partido de campesinos democrático-revolucionario y no chovinista. Durante los meses de julio a octubre de 1917, las masas de obreros y de soldados rusos se pasaron sin más a los bolcheviques; mientras tanto, la mayor parte de los campesinos siguió siendo social-revolucionaria, volviéndose, de amiga del gobierno, como era, en ferozmente enemiga de aquél.

En verdad, cuando poco antes de la revolución de octubre cada uno de los partidos presentó su propia lista de candidatos para la elección de la asamblea nacional, los social-revolucionarios todavía no estaban divididos. Social-revolucionarios de derecha y de izquierda, amigos de Kérenski y amigos de Lenin, todos convivían pacíficamente en la misma lista: así, las elecciones para la asamblea constituyente llevaron a un re-

sultado singular. Kérenski, aún perdiendo todo apoyo de la masa popular, obtuvo la mayoría de los votos: de los 36 millones de votos recogidos, los bolcheviques tuvieron 9 millones, los mencheviques, 700.000, sin contar el Cáucaso, y 1.400.000 en esa región donde, en Georgia, gozaban de mayor popularidad; finalmente, los social-revolucionarios consiguieron 21 millones, y los distintos partidos burgueses, 5 millones.

La gran masa de campesinos que había dado su voto a los social-revolucionarios se proponía con ello un apoyo a la expropiación de las tierras, y no a Kérenski; pero a la cabeza de las listas de los social-revolucionarios, casi por todos lados estaban los partidarios de Kérenski que, así, obtuvieron sus propios mandatos. En enero de 1918 se reunió la asamblea nacional: entonces Lenin se mostraba decidido a combatirla porque no quería dejarse arrebatar el fruto de una revolución victoriosa por una mayoría parlamentaria que no tenía en lo más mínimo detrás suyo a la mayoría del pueblo.

El gobierno de los soviét exigía de la asamblea nacional el reconocimiento de la revolución de octubre, del nuevo gobierno y de su programa: y como la mayoría de la asamblea se negó a hacerlo, bolcheviques y social-revolucionarios de izquierda abandonaron la sala. El comité central ejecutivo, es decir, la representación permanente del congreso de consejos de todas las Rusias, decidió por la tanto que la asamblea nacional quedara disuelta. El parlamento, así cercenado, fue dispersado violentamente. Si Lenin hubiera celebrado en ese momento nuevas elecciones, el gobierno de los soviét, sin duda, habría obtenido una aplastante mayoría en todo el país. Pero no se llegó a esta situación: la nueva constitución rusa no incluyó la existencia de un parlamento, porque, según las ideas de Lenin y de los bolcheviques, los consejos eran la mejor forma de la democracia, y un

parlamento particular hubiera sido algo superfluo junto al congreso de los consejos de todas las Rusias.

Antes de tomar el poder, los bolcheviques había prometido a los rusos libertad y tierra, paz y pan: y ahora se pusieron a la obra, inmediatamente, para mantener sus propias promesas. El gobierno bolchevique dejó de lado a los viejos funcionarios y oficiales y, por todos lados, confió los puestos directivos a los consejos: así debía realizarse verdaderamente la libertad. El nuevo gobierno puso en vigor el control de los obreros sobre las industrias, para avivar la producción y para procurar a las ciudades los medios de sustento y los artículos de primera necesidad. Ofreció la paz a las potencias adversarias, y dio facultades a los campesinos para que se apoderaran de todas las tierras de los patrones. ¿Cómo se concretó ese gobierno de los consejos?

En primer lugar, la idea de Lenin para el control sobre la producción se mostró irrealizable: los obreros armados, entusiasmados por su propia victoria, no se podrían contener en los límites de una reforma tan moderada. Echaban de las fábricas a los directores y se apoderaban de la dirección. En todo y para todo se verificaban las profecías de Trotski. La revolución burguesa resultaba entonces sobrepasada por el impulso espontáneo de los obreros, en las ciudades y en los establecimientos industriales.

En el papel quedaba escrito entonces que debía darse un primer paso para la expropiación de los establecimientos industriales, mientras en realidad la expropiación era ya cosa cumplida. Sólo el 28 de junio (11 de julio) de 1918, apareció el decreto de nacionalización general de la gran industria. Cotejamos con esta circunstancia el hecho de que el decreto referido a la abolición de la propiedad terrateniente privada había salido ya el primer día de gobierno, 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

De todas estas consideraciones resulta que no fueron los bolcheviques quienes expropiaron a los empresarios rusos, sino, espontáneamente, los obreros, contra el deseo de los bolcheviques mismos. Lenin no tuvo otra posibilidad que la legalización, a pesar suyo, de cuanto habían hecho los obreros. El gobierno soviético, entonces, se dedicó a reunir a cada uno de los establecimientos expropiados, constituyendo órganos directivos para cada industria: así intentaba alcanzar una producción planificada.

Entonces surgieron inauditas dificultades. La situación económica del país, que ya era seria en 1917, se acercó a lo catastrófico en 1918-19. Cuando Rusia suscribió la paz por separado, la Entente dejó de facilitarle la vida económica: más aún, inició con su propia flota aquel bloqueo que dejó al país fuera del mundo. Y cuando en 1918 los alemanes ocuparon Ucrania, la Rusia de los soviets se vio sin el carbón de los campos del Donetz y sin el petróleo del Cáucaso. Debido a la falta de combustible y al estado de consumición de las máquinas, la mayor parte de las industrias rusas se precipitó en una decadencia completa: muchísimas fábricas quedaron inactivas, y los obreros retornaron a sus pueblos.

El estado de los medios de transporte era desesperante. El caos dominaba a lo largo del país. Una y otra cosa hicieron que los alimentos fueran llevados en cantidades insuficientes a las ciudades, cuyas poblaciones, entre 1918 y 1920, padecieron tremendamente. La posesión de rublos de papel, completamente depreciados, no daba a nadie la posibilidad de mejorar su condición de vida; así, se había desvanecido toda diferencia entre ricos y pobres, todo desnivel entre las distintas clases sociales. La igualdad de los hombres se vuelto realidad en una especie de comunismo del hambre.

Lenin había expresado, especialmente en el otoño de 1917, esperanzas de una sal-

vacación económica: ninguna de ellas se verificaba. Y de ello no eran culpables ni Lenin ni su partido: se trataba de una consecuencia de la guerra mundial y de aquella otra, civil, aun aniquiladora, y que Rusia debió soportar luego de la primera.

En las campañas, la revolución bolchevique se halló ante cuatro clases: los latifundistas, los campesinos ricos (o sea, los *Kulaks*), los pequeños campesinos y los peones agrarios. Desde la abolición del servilismo de la gleba, y especialmente desde la revolución de 1905, los propietarios habían vendido parte de sus tierras. Como compradores, aquellos campesinos con posibilidades de dinero fueron progresando; así, entre la nobleza y la masa de pequeños campesinos se fue constituyendo una clase de campesinos propietarios que, en los pueblos, ejercían también la usura. Las tierras administradas directamente por los propietarios, y también las propiedades de los ya citados campesinos ricos, ocupaban a los peones agrarios. La mayor parte de las tierras pertenecientes a los señores no eran cultivadas directamente por los propietarios, sino que resultaban cedidas en arriendo a campesinos pobres. Y las condiciones de estos últimos aparecían como especialmente miserables, a causa de los sacrificios a que estaban expuestos por toda suerte de tasas e impuestos.

Los pequeños arrendatarios y los trabajadores de los campos se declararon a favor de la revolución social, mientras que los propietarios y los campesinos ricos se mostraban partidarios del orden existente. La revolución llevó a la expropiación absoluta de los propietarios, y también los campesinos ricos debieron ceder a la población pobre de las campañas una parte notable de sus propiedades. Así, aun los peones agrarios recibieron en general parte de la tierra; de las cuatro clases de la campaña, desaparecieron dos, y las dos que seguían en pie,

los campesinos ricos y los pequeños arrendatarios, se asimilaron entre sí.

Hacia el año 1919 empezaron a mostrarse en toda Rusia los resultados de la revolución agraria: ya entonces se había constituido por todos lados una masa uniforme de pequeños propietarios de campos. Los campesinos sabían cuánto debían reconocer a la revolución bolchevique, y estaban listos para impedir aun con el sacrificio de su propias vidas el retorno a las antiguas condiciones. Además, sólo con la ayuda voluntaria de la masa agraria era posible crear el ejército rojo y vencer a los generales de la contrarrevolución: pero en las cuestiones económicas, los campesinos mantenían su egoísmo. Ya habían soportado bastante hambre con el zar y durante la guerra: ahora querían comer hasta hartarse. Aceptaban llevar mercancías a las ciudades sólo luego de adecuadas compensaciones, mientras los pagos hechos en rublos de papel depreciados no los alentaban ni a la producción ni a la venta.

El gobierno soviético envió a las campañas todo cuanto de mercancías podía procurar a la paralizada industria rusa, para ofrecer a los campesinos compensaciones por los productos alimenticios: peso, a pesar de ello, el abastecimiento de la ciudad siguió siendo insostenible. Para alimentar al ejército rojo y para dar por lo menos un poco de pan a los obreros, finalmente se recurrió a confiscaciones forzadas, y así el campesino dejó estar contento con su nueva propiedad, a la que no podía explotar económicamente. Dado que no existían ni dinero serio ni libre comercio, el campesino no estaba en condiciones siquiera de valorizar sus propias superproducciones, que le eran quitadas en cuanto se las descubría. De 1918 a 1920, entonces, las ciudades y los campos, los obreros y los campesinos estaban unidos contra la revolución aristocrática: es cierto. Pero psicológica y económi-

camente se hallaban en franca oposición, y el gobierno de los soviets no estaba en condiciones tampoco de llenar el abismo que dividía a unos y otros.

En cuanto tomaron el poder, los bolcheviques ofrecieron la paz a todas las naciones beligerantes. Pero la Entente no tomó siquiera en consideración las propuestas de los «traidores». En cambio, Alemania y Austria concluyeron de buena gana un armisticio con Rusia, e iniciaron las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Durante las tratativas, se mostró la impotencia militar de la Rusia de los soviets. El ejército, totalmente desmoralizado, se desbandó: los soldados campesinos se apresuraron a volver a sus pueblos, para no estar ausentes en la nueva subdivisión de las tierras.

El comando supremo alemán, que en esos tiempos ejercía el verdadero poder gubernativo, aprovechó sin contemplaciones la debilidad rusa: el país derrotado vio cómo se le imponía una paz que, a la larga, volvía imposible su propia existencia. Y lo que más importaba no era la pérdida de las regiones limítrofes occidentales: Polonia, Finlandia, las provincias bálticas. Más grave era la sustracción de Ucrania, de toda la región meridional rusa. Ello significaba perder el granero del país y los más importantes yacimientos de carbón y petróleo. También separaba a Rusia del Mar Negro. La llamada Ucrania libre estaba en manos de las tropas alemanas, que se aventuraron hasta el Cáucaso: el territorio que le quedaba a la Rusia de los soviets estaba rodeado en occidente y en oriente por las tropas alemanas. Sólo parecía una cuestión de tiempo que el general Ludendorff diera también la orden de ocupar Moscú.

Así, sobre la Rusia revolucionaria, en la primavera de 1918, se desató una espantosa catástrofe nacional. Desde el punto de vista humano es perfectamente comprensible que muchos bolcheviques notables y

aun los social-revolucionarios de izquierda no quisieran firmar una paz tal y prefirieran morir luchando. Pero Lenin hizo pesar toda su fuerza y toda su autoridad para que la paz de Brest-Litovsk fuera aceptada. Pensaba: cuando se está desarmado, es imposible hacer la guerra, y los gestos teatrales no cambian el aspecto de las cosas. La Rusia de los soviets debía aceptar cualquier paz, para ganar tiempo. Es necesario aprovechar la dilación conseguida, fortalecerse militar y económicamente, esperar la revolución alemana.

Ya desde formulada la tesis del cese a cualquier costo de la guerra imperialista, Lenin había tenido que hacer las cuentas con un riesgo similar al de la paz de Brest-Litovsk. Si la defensa nacional era hecha pedazos, podía crearse una situación en la que el nuevo gobierno revolucionario quedaría sin defensa: Kérenski y los partidos que lo apoyaban, para evitar Brest-Litovsk, habían seguido la guerra y hasta osado la tan mentada ofensiva. Aquel que no admitiera ese modo de defender al país debía aceptar las consecuencias: la manera de actuar de Lenin era absolutamente lógica, y él pudo persuadir al partido, luego de violentas discusiones, en cuanto a la necesidad de esa política.

Dos hechos liberaron a Rusia del peligro alemán; la derrota militar alemana en el verano y el otoño de 1918, y la revolución de noviembre. Pero la oposición de la Entente se intensificaba: ella veía en el estado bolchevique, que había concertado la paz por separado con Alemania, un enemigo directo. Ya en el verano de 1918 comenzó la revuelta de las legiones checoslovacas: se trataba de cuerpos de voluntarios, formados por prisioneros austriacos de nacionalidad checa y constituidos por el gobierno del zar. Dada la debilidad militar de los soviets, los checoslovacos, que se consideraban parte de los ejércitos de la Entente, se apodera-



Asamblea de trabajadores de la fábrica Putilov. Petrogrado, julio de 1920 (Foto: dominio público).

ron de la línea del Volga, y desde allí se preparaban para marchar sobre Moscú.

El gobierno soviético, con esfuerzos inauditos, logró juntar tropas capaces de luchar: Trotski fue designado comisario del pueblo para la guerra, y puso en juego toda su energía con el fin de constituir el Ejército Rojo. En septiembre, las tropas rojas reconquistaron Kazan y rechazaron del Volga a los checos: era la primera victoria militar del Ejército Rojo en un combate serio.

Luego de la derrota de Alemania, la Entente renovó su esfuerzos para abatir a la Rusia de los soviets: viejos generales del zar fueron financiados por Inglaterra, Francia, Japón. Se les dio todo el material bélico necesario. Desde el Mar del Norte y el Báltico, desde el Ártico y el océano Pacífico llegaban las Guardias Blancas con los auxilios de la Entente. Los más peligrosos enemigos del gobierno de los soviets eran; en oriente, el general Kolchak; en el sur, el general Denikin.

La guerra se desarrolló con tremenda

crueldad: los blancos trataban de atemorizar a la población de obreros y de campesinos con los fusilamientos en masa, vendiéndose de la revolución. Los bolcheviques, al terror blanco oponían el terror rojo. Pueden mantenerse distintas opiniones sobre actos de violencia singulares cumplidos por el gobierno de los soviets en los años de la guerra civil, respecto de los fusilamientos en masa, etc. Pero desde un punto de vista histórico y general es necesario reconocer que el pueblo ruso, en ese momento, se vio obligado a defenderse de una despiadada contrarrevolución.

Luego de muchos y azarosos combates, que se prolongaron hasta 1920, el ejército rojo venció en todos los frentes. En Asia, el gobierno de los soviets ocupó todos los países que antes habían pertenecido al gobierno zarista: reconquistó el Cáucaso y, en Europa, Ucrania y las costas del Mar Negro. Sin embargo, en occidente permanecieron independientes de Rusia tanto Finlandia

como los estados bálticos y Polonia. Las victorias militares del año 1918 proporcionaron a los bolcheviques una extraordinaria autoridad dentro del país: la vergüenza de Brest-Litovsk ya había sido borrada. Los obreros y campesinos rusos podían jactarse de haber rechazado victoriosamente el asalto de las grandes potencias imperialistas reunidas. Luego de este hecho, los conceptos de bolchevismo y revolución rusa se asimilaron, ante los ojos de las masas.

Los bolcheviques, con las armas, habían llevado a término la guerra decisiva contra los oficiales propietarios de tierras zaristas: Trotski y Lenin habían triunfado sobre Kolchak y Denikin. Todos los otros partidos, liberales, mencheviques, social-revolucionarios, etc., habían quedado despedazados en el choque entre los dos sectores adversos. En la guerra civil, los bolcheviques adoptaron este principio: quien no está con nosotros está contra nosotros. Así, hicieron penetrar en las masas la persuasión de que todos los partidos no bolcheviques eran contrarrevolucionarios.

Cuando la guerra civil hubo cesado, la revolución ya había vencido a sus propios enemigos: pero al mismo tiempo el pueblo ruso había perdido la libertad democrática apenas conquistada y representada por los consejos de obreros. Desde San Petersburgo hasta el océano Pacífico se extendía sólida y omnipresente la bolchevique dictadura de partido.

En 1918 se había visto cómo la existencia de la Rusia de los soviets dependía de la institución de un ejército capaz de combatir; pero un ejército así requería unidad de mando y solidez de disciplina. Un regimiento no era apto para el combate si un coronel, al dar una orden cualquiera, debía pedir el parecer de una docena de soldados: por eso, Trotski constituyó el nuevo ejército con la completa abolición de los consejos de soldados. Para los puestos de mando,

en parte se utilizó a viejos oficiales del zar, colocándoles al lado, con fines de control, a comisarios bolcheviques. Luego, con el paso de los años, también se logró instituir un cuerpo de oficiales jóvenes, sinceramente revolucionarios. Las primeras tropas rojas estaban formadas por voluntarios, pero pronto debió recurrirse a la conscripción obligatoria.

La creación del ejército rojo era en aquel tiempo una amarga necesidad para la Rusia de los soviets; pero ella provocó la primera brecha en el sistema de consejos. Según Lenin, una de las obras principales del ordenamiento por consejos hubiera sido la abolición del ejército como formación extraña y contrapuesta a la masa del pueblo: ahora, de nuevo existía en Rusia un ejército que respondía a un ordenamiento central, separado de la masa popular y formado en parte por soldados de oficio. Los soviets locales ya no tenían en 1918 autoridad alguna sobre los regimientos del ejército rojo, de guarnición o de tránsito; así, quedaba reconstruido un importante elemento del estado autoritario de cuño burgués.

Trotski quería un ejército rojo centralizado, no sólo para alcanzar una eficacia militar, sino porque en él veía el instrumento que sometería a las masas caóticas de los campesinos a la conducción del proletariado socialista. Para Trotski, los opositores al ejército rojo son «federalistas reaccionarios», anarquistas y social-revolucionarios de izquierda. Al afirmar esto, olvida que la Comuna de París de 1871 fue obra de federalistas anárquicos, y que la esencia de los conceptos soviéticos del 17 era, también ella, un anticentralismo anárquico antiestatal. Quizás el «centralismo proletario revolucionario» sea una necesidad de la revolución y de la guerra civil; pero su antepasado es el terror francés de 1793, que nada tiene de común con el sistema de los consejos obreros.

En los años 1918-1920, paralelamente a

la constitución del ejército, en Rusia se produjo un retorno general al centralismo estatal. La lucha contra lo conjurados antirrevolucionarios hizo necesaria la institución de una policía política con poderes amplísimos, y que respondía a un ordenamiento absolutamente centralizador. Era la famosa Checa (llamada luego GPU). Muchas fábulas se han difundido a su respecto en Europa: aquí será suficiente destacar que la Checa ha sido siempre un fiel instrumento del estado centralista, un órgano ejecutivo del gobierno, es decir, del partido bolchevique. Y que no ha seguido nunca una conducta política divergente de la gubernamental, y tampoco le ha sido dada autoridad política alguna extraña a la dirección del partido. Toda la responsabilidad por la acción de la GPU, tanto en lo bueno como en lo malo, recae sobre el partido bolchevique: en absoluto sobre un órgano especial y secreto.

Junto al ejército y a la policía centralista, que se separaban del pueblo, se agruparon los órganos administrativos centralistas. Cada rama de la industria, en toda Rusia, fue recogida en trust, con el fin de poder dar una base unitaria a la producción.

Para esa finalidad se utilizaron los órganos centrales para la economía general del país, para el comercio, para el transporte y para los bancos. También se centralizaron la administración, la justicia y la instrucción, y todas las cuestiones de importancia fueron reguladas de acuerdo a decretos inapelables del gobierno.

En 1917, los soviets locales habían destruido el antiguo estado; pero ahora un nuevo estado aún más fuerte los tenía sujetos, y no les dejaba sino miserables tareas comunales. Y este potente aparato estatal centralista ¿estaba sometido por lo menos a un control democrático, ejercido por el congreso de los consejos de todas las Rusias? En 1918 se vio claramente que el gobierno de los consejos era en Rusia una

pura ficción: y lo mismo ha seguido siendo hasta nuestros días.

Formalmente, de acuerdo con la constitución de 1918, Rusia es gobernada por los soviets los órganos estatales inferiores son los soviets locales de los pueblos y las ciudades. Y los delegados de estos últimos constituyeron los consejos regionales, provinciales, etc. La autoridad suprema del estado se encuentra formada por el congreso nacional ruso de los consejos y, durante el tiempo que corre de una a otra reunión del congreso nacional, está confiada a una representación del mismo, es decir, el comité ejecutivo central. A partir de éste se forma luego el consejo de los comisarios del pueblo, que corresponde al llamado gabinete de los países europeos.

Pero todo este sistema complicado no es sino un biombo para la dictadura del partido bolchevique. Para que los consejos puedan tener vida, las elecciones deben ser libres: el elector debe poseer la libertad de elección entre distintos candidatos, y estos últimos la facultad de ilustrar con libertad sus propios puntos de vista, en la prensa y en los actos públicos.

En las condiciones creadas por la guerra civil, esa libertad de elección de los candidatos desapareció paulatinamente, primero con la exclusión de los partidos burgueses, como partidos contrarrevolucionarios, impuesta inmediatamente después de la toma del poder por los bolcheviques. Luego, fueron excluidos el partido de Kérenski, el de los social-revolucionarios de derecha y el de los mencheviques. Al final, en la primera mitad del año 1918, quedaron sólo dos partidos autorizados por la ley: los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda.

Los social-revolucionarios de izquierda hubieran tenido la posibilidad de organizar a los campesinos revolucionarios: de ello podía esperarse el desarrollo de un sistema

de dos partidos que comprendería, junto al partido urbano y bolchevique de los obreros, el campesino y agrario de los social-revolucionarios de izquierda. El juego de estos dos partidos y la lucha legal de competencia entre ambos hubiesen podido salvar la democracia en el seno de los soviets: pero también los social-revolucionarios de izquierda sufrieron el mismo trágico destino de todo el movimiento de los *narodniki*. Ellos no estaban en condiciones de mantener dentro de las masas de campesinos la sólida posición que tenían en un principio, y pronto no cumplieron otra función que la de un apéndice de los bolcheviques. Después de la paz de Brest-Litovsk se alejaron de la alianza y, cuando en el verano de 1917 algunos social-revolucionarios de izquierda cometieron atentados e intentos de revuelta contra el gobierno soviético, entonces también ese partido fue puesto fuera de la ley, y celosamente destruido.

Así, en Rusia se produce una doble superposición paralela de abajo arriba: un gobierno aparente, constituido por los consejos, y uno verdadero, es decir, el partido bolchevique. Las organizaciones locales de partido eligen la asamblea partidaria, y ésta establece la línea de conducta del partido mismo, eligiendo también su dirección central. Luego, además, dicha dirección dispone dictatorialmente de todo el aparato del partido: para abatirlo se necesitaría una especie de revolución. Hasta ahora, nunca la asamblea del partido ha podido derrotar al comité central, que sin embargo se halla bajo su control.

El comité central del partido bolchevique es el verdadero gobierno de Rusia: él toma las decisiones importantes, y el consejo de los comisarios del pueblo no es sino su órgano técnico ejecutivo. Así, el partido bolchevique, desde los primeros meses de la toma del poder, ha logrado que los consejos se vuelvan inofensivos. Éstos, como

órganos de la voluntad espontánea de las masas, en realidad eran desde un principio algo como cuerpos extraños en la doctrina bolchevique del partido: Lenin, en 1917, los había utilizado únicamente para derrotar al aparato estatal imperialista. Inmediatamente, instauró su propio aparato estatal en sentido genuinamente bolchevique: es decir, como el dominio de una pequeña minoría disciplinada de revolucionarios profesionales sobre la gran masa desordenada.

Pero los bolcheviques no han abolido los soviets —cosa que en Rusia hubiera sido técnicamente posible—; en realidad, los han mantenido y explotado como símbolo decorativos de su propio dominio. Sólo en razón del simbolismo bolchevique de 1918 y de los años posteriores es que el sistema de los consejos entra en contraste con la democracia: los verdaderos y vitales soviets son la más radical democracia que se pueda imaginar. Pero los soviets bolcheviques, a partir de 1918, constituyen el símbolo de la dominación de una pequeña minoría sobre la masa del pueblo. Algo similar sucede con el concepto «dictadura del proletariado». Para la antigua teoría, la dictadura proletaria no es sino la dominación de la gran mayoría de los pobres y los trabajadores sobre la pequeña minoría de los ricos y explotadores: concepto idéntico entonces a la democracia proletaria. A partir de 1918, los bolcheviques llaman dictadura del proletariado a su forma del estado ruso mientras, en realidad, se trata de una dictadura ejercida sobre el proletariado y el resto del pueblo por el partido bolchevique o, mejor dicho, por el comité central de ese partido.

Lenin justificaba la dictadura de partido, tal como rige en Rusia desde 1918, por las necesidades de la guerra civil. Además, argumentaba acerca de las especiales condiciones rusas, en virtud de las cuales no hubiera sido posible igualar a la minoría proletaria con la gran mayoría agraria del

país. Trotsky aprobaba el derrotero seguido por el partido, aun por el momento, teniendo en cuenta el interés de la victoria sobre los generales blancos y también el del sometimiento de los campesinos.

En marzo de 1917, el partido bolchevique no tenía más que un millar de afiliados; pero luego de la toma del poder, ese millar creció a centenares de millares, y el comité central del partido debió preocuparse por frenar la corriente demasiado fuerte de nuevos miembros. Con las ventajas que ahora traía el de pertenecer al partido dominante, había que vérselas con toda suerte de comunistas de ocasión. Trotsky concordaba con Lenin en el alto concepto sobre el papel que el partido debía cumplir. Pero, sin embargo, subsistía una diferencia: para Lenin y para los viejos bolcheviques, el partido, en el fondo, se identificaba siempre con el viejo núcleo, encargado ahora de funciones directivas. En cambio, para Trotsky, era la masa de obreros del partido mismo, organizados. Esta diferencia resultaba superada en tanto Lenin permaneció con su inalcanzable autoridad entre el aparato del partido y la masa de los afiliados. Pero el conflicto se agudizó luego de su muerte.

Los bolcheviques tenían en relación con las nacionalidades rusas la misma actitud que habían asumido hacia los soviets luego de la toma del poder. Fiel a su programa, Lenin en 1917 y 1918 había dado plena autonomía a todos los pueblos rusos: los ucranianos, los pueblos del Cáucaso, del Turquestán, etc., obtuvieron gobierno autónomos. Ellos podían desarrollar, sin ser molestados, su propia cultura, con su propia lengua. Y nadie trataba de imponerles la nacionalidad rusa. En todos estos países se constituyeron repúblicas independientes de consejos de obreros, que se unieron a la Gran Rusia en la federación de repúblicas soviéticas. Pero en cada una de estas repúblicas de consejos el poder real era des-

empeñado por la organización comunista local; los partidos comunistas de Georgia, de Ucrania, etc., dependían y todavía dependen, de alguna manera, de la dirección central del partido en Moscú. En realidad, cada uno de los pueblos de Rusia tiene su propia independencia cultural, pero nada pueden hacer si no les es permitido por el directorio bolchevique central. Por tanto, la democrática autonomía de gobierno no es una ficción menor para las distintas nacionalidades que para los mismo habitantes de la Gran Rusia.

En los años 1918-1920 los obreros rusos padecieron el hambre: en la guerra civil debieron sujetarse a sufrimientos y privaciones interminables. En cuanto a la democracia de los consejos de obreros, recién conquistada, ya la habían perdido. Sin embargo, habían adquirido un bien, del que estaban infinitamente orgullosos, y por el cual, con total voluntad, se ofrecían a los más graves sacrificios: dentro de los límites de la memoria, siempre habían existido ricos y pobres, dominadores y dominados. Ahora, en las necesidades de la guerra civil, toda diferencia había desaparecido. La burguesía estaba hecha pedazos; todos los hombres eran ahora iguales en todas las ciudades rusas, todos debían conformarse con las mismas y escasas raciones. Si alguien gozaba de una ventaja, era justamente el obrero. El concepto de dinero ya no tenía sentido. El campesino podía llamarse teóricamente patrón de su pedazo de tierra, pero en realidad no podía hacer nada con él, pues no podía comparar o vender libremente y, además, veía cómo confiscaban sus provisiones de trigo.

Entonces, en apariencia, la Rusia de los soviets no sólo había llegado al socialismo, si por tal, según el criterio de Lenin, entendemos simplemente la estatización de los grandes monopolios, sino que, superado ese punto, había alcanzado el comunis-

mo en su forma más avanzada, es decir, la igualdad de todos en los derechos y en los bienes, la abolición de las clases y la victoria sobre el dinero. Haber vivido la más grande conmoción de todos los tiempos era como un sueño para el obrero ruso; y cuando hubiera terminado la guerra civil con sus duras necesidades, debía desarrollarse libremente la vida paradisiaca de la sociedad sin clases sociales.

En esta embriaguez comunista del proletariado ruso, sus dirigentes encontraron una gran fuerza y, a la vez, un gran peligro. Todo podía ser pedido a esos obreros entusiastas: todo lo soportaban, un día fueran arrancados de sus ilusiones por la dureza de los hechos, incalculables habían de ser las consecuencias del desgarramiento. Lenin no había tenido nunca como mira, al asumir el poder, un salto así al comunismo, y tampoco había tenido ese sentido el cambio de nombre de la vieja socialdemocracia rusa por el de partido comunista. Es cierto que el gobierno soviético, en las declaraciones oficiales dictadas entre 1918 y 1920, se inclina a poner bien en evidencia su propia misión socialista, la destrucción de la burguesía y la liberación de los trabajadores. Pero Lenin siguió todavía escéptico en cuanto a los resultados efectivamente logrados.

Lenin veía que los muchos millones de pequeños campesinos de Rusia seguían existiendo a pesar de todas las leyes dictatoriales del comunismo de guerra, y que ellos no constituían elementos de un estado proletario, sino burgués. La política de la

violencia contra los campesinos era acaso una necesidad de tiempos de la guerra civil y de la escasez, pero por cierto no podía conformar una institución para el poder soviético. Lenin estaba decidido a buscar un compromiso con los campesinos, en cuanto la paz retornara al país: pero la paz, para la Rusia de 1918-1920, parecía algo bien lejano. Primero fue sometido al férreo yugo de la potencia militar alemana; luego apareció la amenaza de la Entente, y en el país mismo estaba la enorme masa de campesinos, amigos de muy poco confiar. ¿Cuánto tiempo habrían resistido los soldados campesinos del ejército rojo si, un día, un gran ejército anglosajón hubiera marchado realmente sobre Moscú?

Los bolcheviques, absolutamente en contra de sus propios planes, habían llegado a constituir un estado socialista. Es decir, habían llegado a realizar en Rusia la política de Trotski: y, por lo tanto, debían aceptar las conclusiones por él formuladas cuando aseguraba que una revolución obrera rusa podía ser salvada sólo mediante una revolución obrera europea. Desde 1918 hasta 1920, Lenin y todos los dirigentes bolcheviques siguieron la doctrina de Trotski sobre la revolución permanente, ingeniándoselas para que la revolución se extendiera por Europa central y occidental. El objeto era encontrar apoyo en gobiernos obreros victoriosos en Europa, y así salvar la revolución rusa. Ésta es la causa que hizo del éxito de la III Internacional en los años que van de 1918 a 1920 una cuestión de vida o muerte para los bolcheviques.

NUESTROS DOCUMENTOS

En los inicios de la «gran divergencia»

Josep Fontana

Universitat Pompeu Fabra

A mediados de los años setenta del siglo pasado los empresarios norteamericanos comenzaban a sentirse con fuerza política suficiente como para frenar las concesiones que se habían visto obligados a hacer desde la época del New Deal.

Fue precisamente con un presidente demócrata en el poder, Jimmy Carter, y con un congreso con mayoría demócrata en las dos cámaras cuando las asociaciones empresariales norteamericanas ganaron sus primeras batallas legislativas. La primera fue la que libraron contra la creación de una Oficina de representación de los consumidores, derrotada por 189 contra 227 votos.

La segunda, mucho más importante, fue la que tuvo por objeto el proyecto de *Labor law reform act*, presentado por los sindicatos en octubre de 1977, con la intención de mejorar y consolidar la legislación laboral de la época de Roosevelt, para defenderse de las campañas hostiles de los empresarios.

Los sindicatos estaban convencidos de que este proyecto iba a ser aprobado por un congreso de mayoría demócrata, y así parecía anunciarlo el voto en la cámara de representantes, favorable por 257 contra 163; pero la propuesta, objeto de una dura campaña hostil de las organizaciones empresariales (con el envío de ocho millones de cartas de protesta y con una serie de manifestaciones de pequeños empresarios de todo el país) se eternizó en el senado, has-



D. Fraser, en el centro, durante el XXV Congreso de la UAW, donde fue elegido presidente, con su mujer Winni y con su antecesor en el cargo, L. Woodcock, Detroit, 1977 (Autoría desconocida. Reuters Library).

ta que acabó retirada en junio de 1978. Un hecho que se produjo ante la indiferencia de Carter, que apenas se refiere a él en su diario.

Fue seguramente Douglas Fraser, presidente del poderoso sindicato *United Auto Workers* entre 1977 y 1983, quien entendió mejor lo que esto significaba, argumentándolo al presentar su dimisión de un organismo dedicado a la conciliación de las relaciones industriales, en una carta que es sin duda la más temprana y lúcida visión de la naturaleza del proceso de retroceso social y aumento de la desigualdad que Paul Krugman definió como «la gran divergencia»; un proceso que se iniciaba entonces y que seguimos sufriendo hoy, cuarenta años más tarde.

Carta de dimisión de Douglas Fraser del Labor-Management Group*

Douglas A. Fraser**

Queridos miembros del Grupo Trabajo-Empresa^[1]:

Lamento mucho que haya sido necesario cancelar la reunión programada para el 19 de julio. Era mi intención decirles en esa reunión lo que ahora me dispongo a comunicar en esta carta ya que el Grupo no tiene previsto volver a reunirse hasta finales de septiembre. He llegado a la no deseada conclusión de que mi participación en el Grupo Trabajo-Empresa no puede continuar. Por lo tanto dimito con fecha de 19 de julio. Tenéis derecho a saber la razón por la que hago esto y también quiero que sepáis que tengo en la mayor estima a John Dunlop^[2],

a mis colegas de la parte laboral y, como individuos, a aquellos que representan a la elite empresarial dentro del Grupo.

Por atractivas que las personas puedan ser, todos estamos allí en calidad de representantes. He llegado a la conclusión de que mi participación en estas reuniones ya no es útil ni para mí ni para el millón y medio de trabajadores a los que represento como presidente de la UAW^[3]. Yo creo que hoy los líderes de la comunidad empresarial en este país, con pocas excepciones, han elegido librar una guerra de clases unilateral— una guerra contra los trabajadores, los desempleados, los pobres, las minorías, los muy jóvenes y los muy viejos e incluso contra muchos de la clase media de nuestra sociedad. Los líderes de la industria, del comercio y de las finanzas de los Estados Unidos han roto y desechado el frágil contrato no escrito que existió anteriormente, en un periodo que fue de crecimiento y progreso.

Durante un tiempo considerable, los dirigentes empresariales y los dirigentes laborales se han sentado a la mesa del Grupo

National Committee of Labor-Management Group.

3.—United Automobile Workers, organización sindical que reúne a los trabajadores del sector automovilístico de Estados Unidos, Puerto Rico y Canadá.

1.—Organismo creado durante la presidencia de Richard Nixon como instrumento de conciliación de las relaciones industriales. Estaba formado por dirigentes sindicales de diferentes sectores industriales y por altos ejecutivos de grandes empresas como la General Motors, Mobil Oil; U.S. Steel Cop. o el First National City Bank.

2.—John T. Dunlop (1914-2003), catedrático en la Universidad de Harvard y especialista en relaciones laborales, estudió en Cambridge con John Maynard Keynes; su libro *Industrial Relations Systems* supuso una nueva forma de entender las relaciones laborales en los Estados Unidos. Fue Secretario de Trabajo del Gobierno de Estados Unidos y dimitió de su cargo por desavenencias ante la suspensión de la Ley de Emplazamiento Legislativo que se había comprometido a firmar con los representantes de los trabajadores. En 1978 dirigía el

* Douglas Fraser's Resignation Letter from the Labor-Management Group, 17 July, 1978 en www.historyisaweapon.com. El original en Archives of Labor and Urban Affairs, President's Office, Douglas Fraser Collection, caja UAW, Wayne State University, Detroit, Michigan. Traducción y notas de Antonia Tato Fontaña.

** Douglas Andrew Fraser (1916-2008). Fue presidente de la United Automobile Workers entre 1977 y 1983; vocal del Movimiento por los Derechos Civiles y profesor de Relaciones Laborales en la Wayne State University (Detroit). Toda la documentación generada por la actividad sindical de Douglas Fraser está disponible en la Walter P. Reuther Library, Wayne State University.



Cambio de turno en la Ford Rouge Plant de Dearborn, Michigan. Década de 1950 (Autoría desconocida. Reuters Library).

Trabajo-Empresa reconociendo las diferencias pero buscando un consenso donde existiera. Eso funcionó porque la comunidad empresarial en USA consiguió defender una lealtad general a un capitalismo supuestamente benigno que preconizaba la propiedad privada, la independencia y autorregulación junto con la adhesión a una política democrática libre.

Ese sistema ha funcionado mejor, por supuesto, para «los que tienen» que para «los que no tienen» en nuestra sociedad. Sin embargo, en parte sobrevivió gracias a un fundamento tácito: que cuando las cosas se ponían mal para un segmento de la sociedad, la elite empresarial «daba» un poquito —capacitando al gobierno o grupos de interés para mejorar algo las condiciones de

ese segmento. Ese «dar» generalmente llegaba después de una lucha continuada, tal como la que libró el movimiento obrero en los años 30 o el movimiento de derechos civiles de los 60.

La aceptación del movimiento obrero, tal y como ha sido, tuvo lugar porque el poder empresarial temía las alternativas. La América empresarial no se incorporó a la lucha para que se aprobasen la Ley de Derechos Civiles de 1964 o la Ley de Derecho al Sufragio pero finalmente aceptó la inevitabilidad de esa legislación. Otras disposiciones legislativas similares dirigidas a las necesidades humanas de los desfavorecidos se han convertido en políticas nacionales sólo después de una auténtica lucha.

Este sistema no es lo que debería ser pero

se han hecho progresos con él. Sin embargo hoy estoy convencido de que por parte de la comunidad empresarial ha habido un giro hacia la confrontación, más que hacia la cooperación. Ahora los grupos empresariales están intensificando el control sobre la sociedad americana. Según aumenta ese control, los oprimidos son de «los que no tienen».

La última ruptura en nuestra relación es probablemente la más seria también. La guerra librada por la comunidad empresarial contra la Ley de Reforma de la Legislación Laboral es el ataque más injusto y despiadado contra el movimiento obrero en más de 30 años. Los líderes empresariales sabían que no suponía «la asunción del poder por parte del Big Labor» que ellos querían hacer ver. Más bien resultó una disposición justa y extremadamente moderada que solo tendrían que temer los empresarios fuera de la ley. La reforma de la legislación laboral en sí misma no hubiera organizado ni a un trabajador. Más bien habría empezado a limitar la capacidad de ciertos empresarios sin escrúpulos de impedir que los trabajadores eligieran democráticamente ser representados por sindicatos, por causa de la demora del empleador y la violación directa de la legislación laboral existente.

Ya sé que algunos de los representantes empresariales del Comité abogaron en la Business Roundtable^[4] por la neutralidad. Pero una vez que perdieron, ayudaron a financiar (a través de la Roundtable y de otras organizaciones) la deshonesto y sucia campaña multimillonaria contra la ley de reforma laboral. Para ese empeño los

representantes empresariales del Grupo se aliaron con grupos como el Comité para la Derrota de los Dirigentes Sindicales, el Comité para un Entorno Libre de Sindicatos, el Comité por el Derecho a Trabajar, Americanos Contra el Control Sindical del Gobierno y con individuos como R. Heath Larry, Richard Leshner y Orrin Hatch^[5].

La nueva demostración de fuerza del empresariado se puede ver en otras muchas áreas. El aumento de corporaciones multinacionales que no saben lo que es el patriotismo ni la moralidad pero sí el interés personal, ha hecho que el asumir responsabilidades sea algo inexistente. Prácticamente a todos los niveles, percibo que el empresariado demanda un gobierno dócil y un individualismo empresarial desenfrenado. Donde antes las compañías anhelaban sindicatos sumisos ahora no quieren sindicatos para nada.

La General Motors Corp. es un buen ejemplo de ello. GM, la mayor corporación industrial del mundo, ha recibido cooperación, productividad y responsabilidad de la UAW y de sus miembros. A cambio, la GM nos ha dado una estrategia sureña diseñada para establecer una red sin sindicatos que amenaza los logros que la UAW consiguió con tanto esfuerzo. Nosotros hemos dado estabilidad y se nos ha recompensado con hostilidad. En el extranjero pasa lo mismo. La General Motors no sólo invierte mucho en Sudáfrica, también se niega a reconocer a los sindicatos negros de allí. Mi mensaje es muy claro: si las empresas como General Motors quieren confrontación, que no esperen a cambio cooperación por parte de los trabajadores.

4.- The Business Roundtable es un grupo de presión empresarial formado en 1972 por altos ejecutivos que representan a las grandes corporaciones y bancos de los Estados Unidos para limitar la influencia sindical en la relaciones laborales. En los años setenta consiguieron bloquear las reformas de legislación laboral que trataban de fortalecer la capacidad de los trabajadores para crear sindicatos en las empresas.

5.- R. Heath Larry (1914-2011) fue portavoz de relaciones laborales de la US Steel Corp. entre 1975 y 1997; Richard Leshner, fue Presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos y Orrin Hatch, senador republicano desde 1976, fue presidente de la Comisión de Trabajo y Recursos Humanos del Senado.

Hay otros muchos ejemplos de la nueva lucha de clases declarada por el empresariado. En el Grupo todos saben que no hay ninguna posibilidad de que la elite empresarial se una a la lucha por el seguro nacional de enfermedad o de que permanezca neutral, a pesar de que USA es el único país industrial del mundo, con excepción de Sudáfrica, que no lo tiene. En este momento estamos enzarzados en una batalla contra los intereses corporativos de la ley de empleo pleno de Humphrey-Hawkins. Estamos en desacuerdo con las mejoras del salario mínimo, con la financiación de la Seguridad Social y prácticamente con cualquier disposición legislativa que se haya presentado al Congreso recientemente.

El empresariado culpa de la inflación a los trabajadores, a los pobres, a los consumidores y la usa como arma contra ellos. Las subidas de los precios y el aumento de los beneficios se ignoran mientras los representantes empresariales nos dicen que no podemos permitirnos parar de matar o mutilar a trabajadores en fábricas peligrosas. Nos dicen que tenemos que posponer pequeñas subidas en el salario mínimo de aquellos que ganan tan poco en su trabajo que apenas pueden sobrevivir.

Nuestras leyes tributarias son un escándalo, a pesar de lo cual la América empresarial quiere desigualdades aún mayores. Si la gente comprendiera de verdad, no elegiría la Propuesta 13's sino más bien una reforma del sistema fiscal que hiciera pagar a los ricos y a las empresas su parte equitativa. Los ricos no buscan cerrar vacíos sino ampliarlos propugnando la reducción del impuesto de plusvalías que les proporcionará una enorme bonanza. Incluso los propios fundamentos del proceso democrático americano están amenazados por el nuevo enfoque de la elite empresarial. Ningún país democrático del mundo tiene unos índices de participación de votantes más

bajos que los de USA, exceptuando Botswana. Además, nuestra participación electoral tiene un sesgo de clase —vota aproximadamente un 50% más de los acomodados que de los trabajadores y del 90% al 300% más de los ricos que de los pobres, los negros, los jóvenes y los hispanos. A pesar de eso, los grupos empresariales financian regularmente a los políticos, los referendos y las batallas legislativas para que continúen las barreras a la participación ciudadana en las elecciones. En Ohio, por ejemplo, muchas corporaciones del Fortune 500^[6] aportaron el dinero para anular el registro justo y democrático de votantes.

Incluso si se suprimieran todos los obstáculos para esa participación, hay muchos en nuestra sociedad que no correrían a las urnas porque se sienten impotentes e incapaces de afectar al sistema en modo alguno. El Partido Republicano sigue controlado por los intereses empresariales y el Partido Demócrata está fuertemente influenciado por ellos. La realidad es que ambos son débiles e ineficaces como partidos, no tienen diferencias ideológicas claras y visibles entre sí a causa de la supremacía empresarial.

Por todas estas razones he llegado a la conclusión de que no tiene sentido que siga sentándome en las reuniones del Grupo Trabajo-Empresa, filosofando sobre el futuro del país y del mundo cuando los que estamos del lado de los trabajadores tenemos tan poco en común con los que se sientan en el otro lado de la mesa. Yo no puedo sentarme allí buscando la unidad con los dirigentes de la industria americana mientras ellos intentan destruirnos y arruinar las vidas de la gente a la que represento. Prefiero

6.- La lista Fortune Global 500 es compilada y publicada anualmente por la revista *Fortune* y es un escalafón de las primeras 500 empresas de todo el mundo, medidas por los ingresos. La lista contenía exclusivamente corporaciones de EE.UU. en el año de publicación de esta carta.



Marcha en las a fueras de Selma (Alabama), el 10 de marzo de 1965 (Foto: A.P. File).

sentarme con los pobres del campo, con los desesperados niños del deterioro urbano, con las víctimas del racismo y con los trabajadores que buscan una vida mejor que con esos cuya religión es el status quo, cuya meta es el lucro y cuyos corazones son duros. En la UAW tratamos de restablecer los lazos con los que creen en la lucha: la clase de gente que hacía sentadas en las fábricas en los años 30 y se manifestaba en Selma

en los 60^[7].

No puedo garantizaros que consigamos nuevas alianzas y nuevas coaliciones para ayudar a que nuestra nación encuentre su camino. Pero puedo aseguraros que lo intentaremos.

Sinceramente,

Douglas A. Fraser
Presidente

7.-Se refiere a los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad de Selma, Alabama, durante el llamado Domingo Sangriento. El 7 de marzo de 1965 la policía reprimió duramente una marcha pacífica de 600 personas que se dirigían de Selma a Montgomery en protesta por el asesinato de un joven estadounidense afroamericano, Jimmie Lee Jackson. Las marchas, enmarcadas en la lucha por los derechos civiles, se repetirían en los días siguientes con la asistencia de Martin Luther King que inició el 21 de marzo la Marcha de la Libertad con 2.000 personas y llegó a Montgomery el día 25 con 50.000. Las movilizaciones de Selma fueron determinantes para que el presidente Lyndon B. Johnson firmase el 6 de agosto la Voting Rights Act (la Ley de Derecho al Voto).

AUTORA INVITADA

Exonerando a los fascistas en la Europa del Este*

Exonerating the fascists in Eastern Europe

Kristen R. Ghodsee

Universidad de Pensilvania

Resumen:

Desde el comienzo de la crisis financiera global en 2008, la memoria pública de la 2ª Guerra Mundial en la Europa del Este ha sido revisada cada vez más para exonerar tanto a las naciones como a los individuos que colaboraron con la Alemania Nazi. De Belgrado a Riga, los políticos han preferido vilipendiar a los antiguos comunistas, incluso a aquellos que lucharon heroicamente contra las fuerzas del Eje como partisanos o como soldados en el Ejército Rojo. En cambio, los antiguos idealistas de izquierdas son transformados en agentes del totalitarismo mientras los que lucharon al lado de los nacionalistas de derechas se han convertido en «víctimas del comunismo». Este artículo analiza la memoria pública de la izquierda y defiende que la política contemporánea de la memoria en la Europa del Este sirve para legitimar el continuado ascenso de políticos y movimientos de derechas en esa zona..

Palabras clave: Memoria pública, comunismo, fascismo, Europa del Este, 2ª Guerra Mundial, Ucrania, Bulgaria.

Abstract:

Since the beginning of the global financial crisis in 2008, the public memory of World War II in Eastern Europe has been increasingly revised to exonerate both nations and individuals who collaborated with Nazi Germany. From Belgrade to Riga, politicians have chosen to vilify former communists, even those who fought heroically against the Axis forces as partisans or soldiers in the Red Army. Instead, former leftist idealists are recast as agents of totalitarianism while those who fought with right-wing nationalists have become «victims of communism». This article examines the public memory of the left, and argues that contemporary memory politics in Eastern Europe serve to legitimize the continuing rise of right wing politicians and movements throughout the region.

Keywords: Public memory, communism, fascism, Eastern Europe, World War II, Ukraine, Bulgaria.

* Kristen R. Ghodsee, «Exonerating Fascists in Eastern Europe», 2017. Traducción de Antonia Tato Fontañá.

Desde el comienzo de la crisis financiera global en 2008, la memoria pública de la 2ª Guerra Mundial en la Europa del Este ha sido cada vez más revisada para exonerar tanto a las naciones como a los individuos que colaboraron con la Alemania Nazi. De Belgrado a Riga, los políticos han preferido vilipendiar a los antiguos comunistas, incluso a aquellos que lucharon heroicamente contra las fuerzas del Eje como partisanos o al lado de los soldados del Ejército Rojo. En cambio, los antiguos idealistas de izquierdas ahora son considerados agentes del totalitarismo mientras que los que lucharon al lado de los nacionalistas de derechas se han convertido en «víctimas del comunismo». Si queremos comprender el ascenso de líderes de la derecha y la expansión de los movimientos nacionalistas y de la «democracia antiliberal» en la Europa del Este actual, tenemos que comprender la historiografía contemporánea del pasado comunista.

En el caso quizá más extremo, un estado democrático ha legislado la historia y ha criminalizado el cuestionamiento histórico. Después de subir al poder tras las protestas de Maidán, el nuevo gobierno europeísta de Poroshenko en Ucrania forzó a sus ciudadanos a aceptar la única verdad autorizada por el estado sobre el pasado del país^[1]. Este proceso oficial de «descomunización» empezó en abril de 2015 cuando los legisladores ucranianos se plantearon borrar todos los vestigios físicos de su pasado soviético. El 15 de mayo, el Presidente Petro Poroshenko firmó una nueva ley decretando la retirada de todas las estatuas y símbolos de la era soviética y el cambio de nombre de

ciudades y villas que cargan con nombres considerados «demasiado comunistas» por el gobierno^[2]. Por todo el país, brigadas de demolición desmantelaron monumentos de la 2ª Guerra Mundial que conmemoraban la victoria del Ejército Rojo sobre el Nazismo, mientras las autoridades locales se afanaban en borrar de los mapas los nombres propios que ellos consideraban inapropiados para la nueva Ucrania democrática^[3].

Pero la sección más controvertida del nuevo estatuto prohibió que se cuestionara públicamente el «carácter criminal del régimen totalitario comunista de 1917-1991 en Ucrania»^[4]. En otras palabras, el estado ucraniano legisló cual era la opinión correcta que sus ciudadanos debían tener sobre un pasado reciente que muchos de ellos habían vivido. Cualquier alusión en periódicos o

1.- Oficina de Prensa del Vice Primer Ministro, «El gobierno aprobó una serie de proyectos de ley sobre la descomunización, conmemoración de los luchadores por la independencia de Ucrania y de la victoria sobre el Nazismo», 1 de abril, 2015. http://www.kmu.gov.ua/control/en/publish/article?art_id=248057658&cat_id=244314975. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

2.- Alec Luhn, «Ukraine bans Soviet symbols and criminalises sympathy for communism», *The Guardian*, 21 de mayo, 2015. <http://www.theguardian.com/world/2015/may/21/ukraine-bans-soviet-symbols-criminalises-sympathy-for-communism>. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016; Vitaly Shevchenko, «Goodbye, Lenin: Ukraine moves to ban communist symbols», *BBC Monitoring*, 14 de abril, 2015: <http://www.bbc.com/news/world-europe-32267075>; y Sabra Ayres, «Ukraine's plans to discard Soviet symbols are seen as divisive, ill-timed», *L.A. Times*, 13 de mayo, 2015. <http://www.latimes.com/world/europe/la-fg-ukraine-decommunization-20150513-story.html>. Fecha de acceso: 15 de marzo, 2016.

3.- Shaun Walker, «Ukrainians say farewell to 'Soviet champagne' as decommunisation law takes hold», *The Guardian*, 4 de enero, 2016. <http://www.theguardian.com/world/2016/jan/04/ukrainians-say-farewell-to-soviet-champagne-as-decommunisation-law-takes-hold>. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

4.- «Проект Закону про засудження комуністичного та націонал-соціалістичного (нацистського) тоталітарних режимів в Україні та заборону пропаганди їх символіки», http://w1.c1.rada.gov.ua/pls/zweb2/webproc4_1?pf3511=54670. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016; y Pers Anders Rudling y Christopher Gilley, «Laws 2558 And 2538-1: On Critical Inquiry, the Holocaust, and Academic Freedom in Ukraine», *Political Critique*, 29 de abril, 2015. <http://ukraine.politicalcritique.org/2015/04/laws-2558-and-2538-1-on-critical-inquiry-the-holocaust-and-academic-freedom-in-ukraine/>. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.



Protesta contra el aumento del nazismo en Ucrania (Foto facilitada por la autora).

revistas a que el período comprendido entre 1917 y 1991 tenía algunas cualidades rescatables era inaceptable. La Comisión Kharkiv de Derechos Humanos denunció: «el Presidente Poroshenko ha firmado leyes sumamente polémicas, una de las cuales criminaliza en la práctica la expresión pública de opiniones que mantienen muchos ucranianos»^[5]. Esto incluía el reconocimien-

to de que 1,5 millones de ucranianos lucharon contra Hitler como soldados del Ejército Rojo. En abril de 2015 en una «Carta Abierta de Investigadores y Expertos en Ucrania» 69 estudiosos de América del Norte y Europa condenaban preventivamente las leyes propuestas, escribiendo:

«Por muy noble que sea la intención, la condena general de todo el período soviético como uno de ocupación de Ucrania tendrá consecuencias incongruentes e injustas. Cualquiera que llame la atención sobre el

5.- Halya Coynash, «El Presidente firma leyes de 'descomunización', peligrosamente viciadas», Human Rights in Ukraine. 16 de mayo, 2015. Este artículo tiene también traducción al inglés del importante texto del Artículo 6 de la *Ley Sobre el Status Legal y Homenaje a la Memoria de los Luchadores por la Independencia de Ucrania en el siglo XX*: «los ciudadanos ucranianos, extranjeros y personas apátridas que manifiesten públicamente falta de respeto por aquellos citados en el Artículo 1 de esta ley [...] asumen una responsabilidad de acuerdo con la legislación ucraniana vigente. 2. La negación pública de la legitimidad de

la lucha por la independencia de Ucrania en el siglo XX es considerada como profanación de la memoria de los luchadores por la independencia de Ucrania en el siglo XX, como denigración de la dignidad del pueblo ucraniano y es ilegal». <http://khpg.org/index.php?id=1431743447>. Fecha de acceso: 15 de marzo, 2016.

desarrollo de la cultura y la lengua ucranianas en los años 20 podría encontrarse con que puede ser condenado. Lo mismo se puede decir de aquellos que consideran el período de Gorbachov como un período progresivo de cambio para beneficio de la sociedad civil ucraniana, grupos informales y partidos políticos...»^[6].

También en abril de 2015, Dunja Mijatovic, Representante de Libertad de los Medios para la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), escribió al Presidente Poroshenko para persuadirle en contra de la adopción de las leyes propuestas. Ella afirmaba : «Si bien respeto totalmente la naturaleza con frecuencia dolorosa y sensible del debate histórico y sus efectos en la sociedad, el lenguaje excesivamente amplio y vagamente definido que impide a los individuos expresar opiniones sobre gentes y hechos pasados, podría conducir fácilmente a la supresión del discurso crítico, estimulante y político, especialmente en los medios»^[7]. Pero Poroshenko ignoró las protestas. La ley permite al gobierno cerrar los medios de comunicación infractores y lleva aparejada potenciales penas de prisión de cinco a diez años^[8].

Aún más preocupante era la ley paralela «Sobre el Status Legal y Homenaje a la Memoria de los Luchadores por la Independencia de Ucrania en el siglo XX». Este estatuto

legal criminalizaba las críticas públicas de ciertas organizaciones que lucharon por la «independencia ucraniana», incluyendo la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) y el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA)^[9]. En oposición a esta ley los historiadores Christopher Gilley y Per Anders Rudling afirmaban que tanto la OUN como el UPA «eran manifiestamente culpables de asesinatos en masa», y que las nuevas leyes fomentaban y ponían en valor a individuos ucranianos fascistas^[10]. La Organización de Nacionalistas Ucranianos se había escindido en dos en 1940, una parte liderada por el más moderado Andriy Melnyk y la otra dirigida por el más radical Stepan Bandera, que finalmente formó el UPA, el cual llevó a cabo la limpieza étnica a gran escala de polacos y judíos. En Volhyn y Galizia del Este los historiadores calculan que el UPA masacró a unos 100.000 polacos, incluyendo niños y mujeres^[11]. En la carta abierta al Presidente Poroshenko los 69 comprometidos expertos norteamericanos y europeos insistían en que si esos proyectos de ley se aprobaban:

«No sólo sería un delito cuestionar la legitimidad de una organización (UPA) que masacró a decenas de miles de polacos en uno de los actos más deleznable de limpieza étnica en la historia de Ucrania sino también libraría de críticas a la OUN, uno de los

6.- David R. Marples, «Open Letter from Scholars and Experts on Ukraine Re. The So-Called «Anti-Communist Law», Krytyka, abril 2015: [http://krytyka.com/en/articles/open-letter-scholars-and-experts-ukraine-re-so-called-anti-communist-law]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016

7.- OSCE Press Release, «New laws in Ukraine potential threat to free expression and free media, OSCE Representative says», May 18, 2015 [http://www.osce.org/fom/158581]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

8.- «Los legisladores ucranianos prohíben «propaganda comunista y nazi», Deutsche Welle [http://dw.com/p/1F5cLA]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016 y OSCE Press Release [http://www.osce.org/fom/158581].

9.- «Проект Закону про засудження комуністичного та націонал-соціалістичного (нацистського) тоталітарних режимів в Україні та заборону пропаганди їх символіки», http://w1.c1.rada.gov.ua/pls/zweb2/webproc4_1?pf3511=54670. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016 y Christopher Gilley y Pers Anders Rudling, «The History Wars in Ukraine Are Heating Up», History News Network, 9 de mayo, 2015 [http://historynewsnetwork.org/article/159301]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016

10.- Gilley and Rudling, «The History Wars in Ukraine».

11.- The Economist, «Polish-Ukrainian relations: The tragic massacre in Volyn remembered». Economist.com, 3 de julio, 2015 [http://www.economist.com/blogs/easternapproaches/2013/07/polish-ukrainian-relations].

grupos políticos más extremistas de Ucrania Occidental en la época de entreguerras y que colaboró con la Alemania nazi al inicio de la invasión soviética en 1941. También tomó parte en los pogromos anti-judíos en Ucrania y, en el caso de la facción de Melnyk, permaneció aliado con el régimen de ocupación durante la guerra»^[12].

A pesar de la continua oposición internacional (y la revelación de que la ley de homenaje a los luchadores por «la independencia ucraniana» fue iniciada por el hijo de un antiguo comandante del Ejército Insurgente Ucraniano) el gobierno de Poroshenko siguió adelante con su plan para erradicar los símbolos y las ideas anti-ucranianos. El 17 de diciembre de 2015, un tribunal de Kiev ratificó la legalidad de la prohibición del Partido Comunista Ucraniano hecha por el gobierno, alegando que este fomentaba el separatismo. El Partido (cuya bandera incluía una hoz y un martillo) se negó a acatar la ley del 15 de mayo que ilegalizaba los símbolos soviéticos y el uso del término «comunista»^[13]. Al día siguiente, la Comisión Europea para la Democracia a través del Derecho (Comisión de Venecia) y la Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos (OSCE/ODIHR) emitió un dictamen conjunto declarando que la ley ucraniana «Para la Condena de los Regímenes Totalitarios Comunista y Nacional Socialista (Nazi) y la Prohibición de la Propagación de sus Símbolos» (Law nº 317- VIII)^[14] no cumplía con los niveles de-

mocráticos necesarios para una democracia europea. El dictamen decía:

«La ley abarca un ámbito demasiado amplio e introduce sanciones que son desproporcionadas con el legítimo objetivo que se persigue. Cualquier asociación que no acate la Ley nº 317-VIII puede ser prohibida, lo cual es problemático con respecto a la libertad de asociación de cada individuo. Este particularmente es el caso de los partidos políticos, que juegan un papel crucial para asegurar el pluralismo y el adecuado funcionamiento de la democracia»^[15].

La hermosa ironía del Consejo de Europa y del dictamen de la OSCE es que en primer lugar la inspiración para las leyes ucranianas muy probablemente nació en la Unión Europea y de ahí pasó al Este. Durante los últimos ocho años he observado con creciente interés (y ocasional indignación) como los burócratas de la UE intentan legislar una revisión de la historia de Europa. Las fuerzas conservadoras dentro de la EU quieren legitimar las narrativas de «los dos totalitarismos» y del «doble genocidio», dos perspectivas complementarias que ponen en el mismo plano al comunismo y al nazismo, fomentando la idea de que el sufrimiento de los europeos del este bajo la ocupación soviética debería ser tratado como igual al de los judíos durante el Holocausto. Después de 2007 muchos europeos (y especialmente los alemanes) han abrazado esta equivalencia, que en los ochenta sería impensable.

Aunque estos debates históricos tienen sus raíces en la Guerra Fría, una fecha clave para mí fue el 3 de Junio de 2008, cuando

12.- Marples, «Open Letter from Scholars and Experts on Ukraine».

13.- «Ukraine bans Communist party for 'promoting separatism'» *The Guardian*, December 17, 2015. [<http://www.theguardian.com/world/2015/dec/17/ukraine-bans-communist-party-separatism>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

14.- La traducción al inglés de la ley se puede encontrar en la web de la Venice Commission [<http://www.venice.coe.int/webforms/documents/?opinion=823&year=all>].

Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

15.- «La ley ucraniana sobre «descomunización» no cumple con los requerimientos de la EU» – Venice Commission, OSCE/ODIHR» *Interfax Ukraine*. 19 de diciembre, 2015. [<http://en.interfax.com.ua/news/general/312592.html>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

un grupo de intelectuales y políticos conservadores de Europa del Este firmaron la Declaración de Praga sobre la Conciencia Europea y el Comunismo en el parlamento checo. Los firmantes de esta Declaración proclamaban que «millones de víctimas del comunismo y sus familias tienen derecho a disfrutar de justicia, simpatía, comprensión y reconocimiento por sus sufrimientos de la misma forma que las víctimas del nazismo han sido reconocidas moral y políticamente» y que debería haber «una comprensión de toda Europa... de que muchos crímenes cometidos en nombre del comunismo deberían ser juzgados como crímenes contra la humanidad... de la misma forma que los crímenes nazis fueron así considerados por el Tribunal de Nuremberg». Los firmantes dirigían sus demandas a «todos los pueblos de Europa, a todas las instituciones políticas europeas incluyendo los gobiernos nacionales, al Parlamento Europeo, a la Comisión Europea, al Consejo de Europa y a otros organismos internacionales relevantes»^[16].

La Declaración de Praga contenía una lista de demandas que incluían compensaciones para las víctimas. También llamaba a la creación de un «día europeo de recuerdo de las víctimas de los dos regímenes totalitarios del Nazismo y el Comunismo, de la misma manera que Europa recuerda a las víctimas del Holocausto el 27 de Enero». La Declaración de Praga defendía además la creación de un «Instituto (supranacional) para la Memoria y Conciencia Europeas» así como mayor apoyo para monumentos, museos e institutos históricos nacionales a cargo de la investigación de los crímenes del comunismo. Finalmente, la Declaración demandaba «ajuste y revisión de los libros de texto de historia de Europa para que los

niños pudieran ser advertidos y aprender sobre el comunismo del mismo modo que se les ha enseñado a analizar los crímenes nazis»^[17].

Entre 2008 y 2013 y en el contexto de un creciente malestar social como respuesta a la crisis financiera global y a la inestabilidad de la Eurozona en España y Grecia, los líderes europeos patrocinaron muchas de las recomendaciones de la Declaración de Praga. El Parlamento Europeo instauró en 2008 el «Día Europeo de Conmemoración de las Víctimas del Estalinismo y del Nazismo». Este nuevo día de conmemoración fue respaldado oficialmente por la Organización de Seguridad y Cooperación de Europa y en la Declaración de Vilnius de 2009, declaración que también instaba a las naciones de Europa a crear una política colectiva sobre «la crisis financiera mundial y las consecuencias sociales de dicha crisis»^[18]. La Plataforma para la Memoria y Conciencia Europea se creó en Praga en 2011, y en 2013 este consorcio de organizaciones no gubernamentales e institutos de investigación tenía 43 miembros de trece países de la Unión Europea además de Ucrania, Moldavia, Islandia y Canadá^[19]. Los Estados Unidos acogían a dos organizaciones miembros de la Plataforma de la Memoria y Conciencia Europea: el Comité Nacional Conjunto del Báltico Americano y la Fundación Memorial de Víctimas del Comunismo^[20]. La segunda era una organización liderada por Lee Edwards,

16.- El texto completo de este párrafo de la Declaración de Praga está disponible en inglés online [<http://www.praguedeclaration.eu/>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

17.- The Prague Declaration [<http://www.praguedeclaration.eu/>].

18.- Organization of Security and Co-Operation in Europe. «Comunicado de prensa publicado por OSCE Parliamentary Assembly» [<http://www.osce.org/pa/51129>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

19.- Página web de la European Platform on Memory and Conscience [<http://www.memoryandconscience.eu/>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

20.- Página web de la European Platform on Memory and Conscience: [<http://www.memoryandconscience.eu/2011/08/18/platform-members>].

«Miembro distinguido del Pensamiento Conservador» y «destacado historiador del conservadurismo americano»^[21] de la Heritage Foundation.

El 20 de enero de 2012, el 70 aniversario de la conferencia de Wannsee de 1942 que decidió la Solución Final, dos investigadores presentaron la Declaración de los Setenta Años al Presidente del Parlamento Europeo. Setenta miembros del Parlamento Europeo firmaron esta declaración rechazando «todos los intentos de disfrazar el Holocausto al disminuir su cualidad de acontecimiento único y al considerarlo igual, similar o equivalente al Comunismo como sugiere la Declaración de Praga de 2008»^[22]. La Declaración de los Setenta Años rechazó la idea de que los libros de texto de Historia de Europa debieran ser reescritos para promover la idea del «Doble Genocidio» —la equivalencia moral e histórica de los judíos víctimas del nazismo con los europeos del este y *alemanes* víctimas del comunismo soviético.

Como etnógrafa que lleva más de 20 años investigando la Europa del Este, a menudo me pregunté por qué los políticos resucitaban estos debates históricos setenta años después de que terminara la 2ª Guerra Mundial y más de veinte años después del colapso del comunismo. Pero una vez que comencé a examinar el más amplio contexto de la Declaración de Praga, creí que el deseo de la Europa del Este de igualar comunismo y nazismo podía derivarse (al menos en parte) de un deseo político de status de víctima. La idea de los dos totalitarismos gemelos y el doble genocidio produce una narrativa histórica en la que las naciones postsoviéticas y postsocialistas se convierten en mártires —

naciones-estado sacrificadas por Occidente en el altar rojo del imperialismo soviético. En países como Ucrania, donde la población local y los gobiernos aliados de los nazis o las milicias armadas participaron en el asesinato sistemático de los ciudadanos judíos, el concepto del doble genocidio mitigaba también su culpabilidad al cuestionar el carácter único del Holocausto^[23].

Además de este deseo de exculpación histórica, yo sin embargo también creo que el reescribir la historia para igualar nazismo y comunismo debe ser considerado en el contexto de la deriva hacia la derecha de la Europa del Este y en la aparición de democracias ‘antiliberales’ en países como Polonia y Hungría. Ante la creciente inestabilidad económica, el flujo masivo de emigrantes, las protestas anti-austeridad en la periferia de Europa, la narrativa de los «dos totalitarismos» exculpa a los nacionalistas al relacionar todos los ideales políticos de izquierdas con los horrores del estalinismo. El anti-comunismo legitima a los resurgentes nacionalismos. Este movimiento retórico parece aún más potente al acoplarse con la idea de que hay una equivalencia moral entre las víctimas judías del Holocausto y las víctimas del comunismo en la Europa del Este.

Este proyecto político anti-comunista requiere que exista una cierta historia del pasado comunista y en este objetivo tanto los investigadores europeos de occidente como los orientales han colaborado quizás involuntariamente, siempre que la Unión Europea proporcione los fondos. Con el apoyo tácito de Bruselas, existe hoy en muchos países de la Europa del Este (no solo en Ucrania) una prohibición aprobada ins-

21.– Página web de la Heritage Foundation [<http://www.heritage.org/about/staff/e/lee-edwards>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

22.– Página web de la Seventy Tears Declaration [<http://www.seventyyearsdeclaration.org/the-declaration/>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

23.– Monica Lowenberg, «Riga, Capital of European Culture: Waffen SS, Stags and Silence?» *DefendingHistory.com*, 4 February 2014. [<http://defendinghistory.com/riga-capital-of-european-culture-waffen-ss-stags-and-silence/63468>].

titucionalmente de pensar en las experiencias cotidianas vividas durante el comunismo. En una era supuestamente de libertad de expresión y libertad de conciencia, los políticos, los intelectuales y los activistas intentan ahogar otras historias sobre el pasado para centrarse exclusivamente en los crímenes del comunismo. Organizaciones asociadas o influidas por la Plataforma de la Memoria y Conciencia Europea intentan manipular la historia —por ejemplo, reescribiendo libros de texto de la historia oficial— y amordazar el debate público con métodos que reproducen los utilizados por los mismos regímenes comunistas a los que tan interesados están en criticar y desacreditar^[24], como es el caso de las leyes de descomunicación ucranianas de 2015.

Para explicar cómo el derecho ucraniano nació de la más amplia política de la memoria europea, es instructivo volver hacia atrás y visitar algo llamado *Historikerstreit* o Batalla de los Historiadores. Esta *Historikerstreit* fue un gran debate público entre los historiadores de derecha y los de izquierda en la Alemania Occidental de los últimos años 80. La mecha del conflicto la prendió la visita del Presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan en mayo de 1985 al cementerio militar de Bitburg. Junto con el Canciller de la Alemania Occidental Helmut Kohl, Reagan pasó ocho minutos en un cementerio que contenía el lugar de reposo final de cuarenta y nueve soldados de las Waffen SS. Al día siguiente, Bernard Weinraub del *New York Times* informaba: «Funcionarios de la Casa Blanca han reconocido que la visita a Bitburg es probablemente el mayor fiasco de la presidencia del Sr. Reagan. La visita, que tuvo lugar ante la insistencia

de Kohl, recibió la abrumadora oposición de ambas cámaras del Congreso, de organizaciones judías, agrupaciones de veteranos y otros»^[25]. La visita a Bitburg y la explícita conmemoración por parte de Reagan de los soldados nazis y las víctimas del Holocausto en el mismo día, desató una tempestad de controversia que precipitó la *Historikertreit*. Los intelectuales públicos tomaron las páginas de los periódicos de mayor tirada de sus países para intercambiar opiniones sobre el duradero legado del pasado nazi.

El historiador de Alemania Occidental Ernst Nolte lanzó la primera descarga en la Batalla de los Historiadores el 6 de Junio de 1986 con un artículo que apareció en el periódico de centro-derecha *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ). El artículo, «*Vergangenheit, die nicht vergehen will*» [El Pasado que No Pasará] era un texto abreviado de un libro que iba a publicar, *Der europäische Bürgerkrieg* [La Guerra Civil Europea]. En el artículo del FAZ Nolte argumentaba contra un paradigma predominante que veía el Holocausto como un producto únicamente de la historia de Alemania y afirmaba que el hecho de que Hitler abrazara el Nacional Socialismo era una reacción comprensible ante el bolcheviquismo ruso. Nolte catalogaba los primeros crímenes soviéticos y para hacerlo empleaba términos tradicionales de la derecha como «hechos asiáticos». Además planteaba que el fascismo era una contrarrevolución contra el comunismo —que el comunismo era el totalitarismo primigenio. Escribía: «¿No fue el archipiélago gulag antes que Auschwitz? ¿No fue el ‘asesinato de clase’ bolchevique el lógico y auténtico predecesor del ‘asesinato de raza’ nacionalsocialista?»^[26]. Según Nolte, los na-

24.- Para un estudio excelente del sesgo anti-comunista de los libros de texto alemanes véase: Dimou, Augusta. «Changing Certainties?: Socialism in German History Textbooks», in Maria Todorova (ed). *Remembering Communism: Genres of Representation*, (New York) SSRRC, 2010): 293-316.

25.- Bernard Weinraub, «Reagan Joins Kohl in Brief Memorial at Bitburg Graves» *New York Times*, May 6, 1985. Section A, Page 1, Column 6.

26.- Ernst Nolte citado en Daniel Schönpflug «Histoires croisées: François Furet, Ernst Nolte and a Comparative

zis solamente hicieron más eficientes los mecanismos de asesinatos de masa inventados previamente por los soviéticos.

Una refutación inmediata la proporcionó el sociólogo y filósofo Jürgen Habermas que atacó a Nolte por tratar de relativizar el Holocausto: «La teoría de Nolte ofrece una gran ventaja. Mata dos pájaros de un tiro: los crímenes nazis pierden su singularidad puesto que se entienden como respuesta a las amenazas de destrucción bolcheviques (que aparentemente siguen presentes hoy) y Auschwitz se reduce a las dimensiones de una innovación técnica y se explica por la amenaza «asiática» de un enemigo que todavía tenemos a nuestra puerta»^[27]. Los puntos de vista tan opuestos de estos dos artículos encendieron un debate vitriólico entre los intelectuales alemanes, enfrentando al conservador Nolte y un puñado de colegas contra Habermas y finalmente contra la mayoría de la opinión pública de Alemania Occidental^[28].

En una retrospectiva de veinte años sobre la *Historikerstreit*, el historiador Norbert Frei argumentó que el conflicto era una escaramuza intergeneracional iniciada por los historiadores alemanes nacidos durante la República de Weimar. Estos hombres vivieron el período nazi como adolescentes, «a menudo como miembros de las Juventudes Hitlerianas o como jóvenes soldados»^[29]. Frei afirmaba que la *Historikerstreit* era el producto de «una generación de investigadores e individuos que tenían una agenda

autobiográfica específica y se enfrentaban a la jubilación al comienzo de los 90»^[30]. Así pues, la *Historikerstreit* reflejaba un cambio generacional más amplio que estaba teniendo lugar en Alemania Occidental en los últimos 80, cuando alemanes más jóvenes que nunca habían participado como soldados o como miembros de las Juventudes Hitlerianas reemplazaban a aquellos eruditos que tenían recuerdos personales de la Guerra. Frei sostenía que la *Historikerstreit* era parte de una «prolongada despedida política» por parte de los alemanes nacidos en la República de Weimar^[31].

Durante casi tres años se intercambiaron apasionados ataques en los periódicos principales de Alemania Occidental. La continua insistencia de Nolte de que el antisemitismo de Hitler era una prolongación racional de su antimarxismo (porque los marxistas eran supuestamente judíos) y su renuencia a distanciarse de activistas de derechas deseosos de usar sus argumentos para exonerar a Hitler, inclinaron el debate a favor de Habermas y de aquellos que consideraban descabellado que los crímenes nazis pudieran ser excusados si se revisaban como una respuesta sensata al estalinismo. En una conferencia de 1980, Nolte dijo: «Es difícil negar que Hitler tenía buenas razones para estar convencido de la determinación por aniquilar que tenían sus enemigos mucho antes de que las primeras informaciones de los hechos de Auschwitz se hicieran públicas... La declaración de Chaim Weizmann [líder sionista] en los primeros días de setiembre de 1939 de que en esta guerra los judíos de todo el mundo lucharían del lado inglés... pudo sentar la base para la tesis de que Hitler habría estado justificado en tratar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra»^[32].

History of Totalitarian Movements», *European History Quarterly*, 37, no. 2 (2007): 265-290, pg. 282.

27.- Habermas citado en Mark S. Peacock, «The desire to understand and the politics of Wissenschaft: an analysis of the *Historikerstreit*», *History of the Human Sciences*, 14, no. 4: 87-110, pg. 95.

28.- Gerhard Hirschfeld, «Erasing the Past?» *History Today*, 37, no. 8 (1987): 8-10.

29.- Norbert Frei, «The *Historikerstreit* Twenty Years On», *German History*, 24, no. 4 (2006): 587-607, pg. 590.

30.- Frei, «The *Historikerstreit* Twenty Years On», 590.

31.- Frei, «The *Historikerstreit* Twenty Years On».

32.- Ernst Nolte citado en Ian B. Warren, «Throwing Off



Detalle del Monumento Conmemorativo al Soldado Soviético en Treptower Park, Berlín (Foto facilitada por la autora).

Ernst Nolte emergió de la *Historikerstreit* aislado en sus opiniones^[33]. Fueron los intelectuales de izquierdas y los centristas los que triunfaron al final de la *Historikerstreit* y Habermas creyó que el amplio debate público había subvertido permanentemente la exoneración historiográfica de Adolf Hitler. Pero ni Habermas ni Nolte podían imaginar que el Muro de Berlín caería antes del fin de la década. De repente, los términos del debate se inclinarían de forma inesperada a favor de Nolte.

El segundo acto de la *Historikerstreit* atrajo intelectuales de todo el globo terráqueo.

Germany's Imposed History – The Third Reich's Place in History: A Conversation with Ernst Nolte», *The Journal of Historical Review*, 14, no. 1 (Jan.-Feb. 1994): 15-22 [http://www.ihr.org/jhr/v14/v14n1p15_Warren.html].

33.– Daniel Schönflug «Histoires croisées: François Furet, Ernst Nolte and a Comparative History of Totalitarian Movements», *European History Quarterly*, 37, no. 2 (2007): 265-290.

En 1993, Francis Fukuyama afirmó que el colapso de los regímenes comunistas de la Europa del Este en 1989 y la implosión final de la Unión Soviética en 1991 fue «El Fin de la Historia»^[34]. En su opinión, la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado eran el culmen de los logros sociales humanos y los sueños colectivos de la izquierda quedaron aplastados en la vorágine del triunfalismo anti-marxista. Cuando la República Federal Alemana se tragó a la República Democrática Alemana y los países de Europa del Este se precipitaron en los brazos de Occidente, las cuestiones ya resueltas de la *Historikerstreit* se abrieron otra vez para un nuevo round de debate.

Aunque hubo muchas escaramuzas intelectuales después de los sucesos de 1989, quizás el mejor ejemplo de la *Historikerstreit*

34.– Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 1992.

2.0 fue un conflicto entre dos eminentes historiadores de los 90, uno británico y el otro francés. En 1994 el impenitente marxista Eric Hobsbawm publicó *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914- 1991*^[35], libro que siguió a su popular trilogía sobre «el largo siglo XIX»: *The Age of Revolution*, *The Age of Capital* y *The Age of Empire*. *The Age of Extremes* fue un éxito internacional instantáneo, traducido a veinte lenguas en unos treinta países y saludado como una obra maestra por críticos de todo el espectro político^[36]. El extraordinario éxito del libro en países tan dispares como Taiwan, los Estados Unidos y Bulgaria tuvo lugar a pesar del escándalo causado cuando en 1994 Hobsbawm sugirió en una entrevista en la BBC con Michael Ignatieff que los muchos crímenes cometidos por la Unión Soviética habrían sido perdonados si hubieran dado a luz a una sociedad comunista que funcionase:

«— Ignatieff: en 1934 millones de personas morían en el experimento soviético. Si usted hubiera sabido eso ¿habría supuesto alguna diferencia para usted en aquella época? ¿en su compromiso? ¿en ser comunista?

— Hobsbawm: ...Probablemente no.

— Ignatieff:: ¿Por qué?

— Hobsbawm: Porque en un período en el que, como usted puede imaginar, el asesinato en masa y el sufrimiento en masa son absolutamente universales, la oportunidad de un nuevo mundo que nazca en medio de gran sufrimiento seguiría valiendo la pena respaldarlo... Los sacrificios eran enormes; eran excesivos por casi cualquier medida y excesivamente grandes. Pero ahora miro hacia atrás y digo esto porque resulta que

la revolución soviética no era el principio de la revolución mundial. Si lo hubiera sido, no estoy seguro.

— Ignatieff: Lo que eso viene a decir es que si de hecho se hubiera creado el radiante mañana, la pérdida de quince, veinte millones de gente podría haber estado justificada?

— Hobsbawm: Sí»^[37].

La defensa del estalinismo por parte de Hobsbawm impidió inicialmente que su libro se tradujera al francés aunque el libro se estaba leyendo en alemán, español, portugués, chino, japonés, árabe, ruso y casi todas las lenguas del antiguo Bloque del Este, ni un solo editor francés —ni siquiera Fayard, el editor de la trilogía de Hobsbawm sobre el siglo XIX— estaba dispuesto a invertir en el libro. Dado su éxito comercial fuera de Francia, parecía claro que el mundo editorial francés intentaba silenciar a Hobsbawm. En un artículo para *Lingua Franca* en noviembre de 1997, Adam Shatz expuso que había tres razones que impedían la traducción del libro de Hobsbawm: «el crecimiento de un anti-marxismo injurioso entre los intelectuales franceses; la restricción presupuestaria en la publicación de humanidades; y, básicamente, una comunidad editorial reacia o temerosa de desafiar estas tendencias»^[38].

El libro de Hobsbawm apareció dos años después de *Past Imperfect: French Intellectuals 1944-1956* de Tony Judt publicado en francés por Fayard con el título *Un passé imparfait*. El libro de Judt contribuyó significativamente al creciente «anti-marxismo injurioso entre los intelectuales franceses»^[39].

35.– Publicada en España con el título *Historia del siglo XX*. Ed. Crítica. Barcelona 2012.

36.– Adam Shatz, «Chunnel Vision», *Lingua Franca* (November 1997). [<http://linguafranca.mirror.theinfo.org/9711/9711.ip.hobs.html>].

37.– Según cita de: Alex Massle, Eric Hobsbawm and the Fatal Appeal of Revolution - *Spectator Blogs*, 2 October 2012. [<http://blogs.spectator.co.uk/alex-massie/2012/10/eric-hobsbawm-and-the-fatal-appeal-of-revolution/>].

38.– Adam Shatz, «Chunnel Vision», *Lingua Franca* (November 1997). [<http://linguafranca.mirror.theinfo.org/9711/9711.ip.hobs.html>].

39.– Shatz, «Chunnel Vision».

En *Past Imperfect* Judt evisceraba la política de izquierda de Albert Camus, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Judt argumentaba que sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial y en la Resistencia Francesa los convencieron de que el mundo se dividía en comunistas e imperialistas/fascistas anticomunistas y no quedaba espacio que ocupar entre ellos. Creían que su imperativo existencial era optar. Elegir el lado comunista de esta dicotomía aparentemente reflejaba un defecto fatal en la cultura intelectual francesa y puede que se considerara que Hobsbawm reproducía ese fallo.

En enero de 1997, en una introducción a un simposio de 100 páginas en la publicación francesa *Le Débat*^[40], Pierre Nora —el editor y fundador de *Le Débat* y editor de la serie histórica más ilustre de Éditions Gallimard— justificaba su rechazo a publicar una traducción de *The Age of Extremes*^[41] alegando recortes presupuestarios y la cada vez menor proporción de población francesa interesada en libros académicos de historia. La extensión de *The Age of Extremes* (627 páginas en inglés) hacía prohibitivo el precio de la traducción y Nora añadía que su editorial ciertamente perdería dinero en tal empresa.

Pero Nora también admitía tener algunas reservas ideológicas respecto al libro. En su introducción al simposio, Nora argumentaba que Francia era «el país más grande y más estalinista» de Europa y que el libro de Hobsbawm aparecía en un momento en el que la cultura pública francesa estaba desprendiéndose de su apego al idealismo comunista^[42]. Esta «descompresión» siguió al

colapso de la Unión Soviética y «acentuó la hostilidad hacia todo lo que recordara, ya fuera de lejos o de cerca, aquella época anterior pro-soviética y pro-comunista, incluyendo el marxismo llano y simple. Eric Hobsbawm cultiva este apego a la causa revolucionaria, incluso a distancia, como una cuestión de orgullo.... Pero en Francia en este momento, funciona mal»^[43]. Nora continúa diciendo que todos los editores «... lo quieran o no, están obligados a tener en cuenta las circunstancias ideológicas e intelectuales en las que publican. Hay razones serias para pensar... que el libro [de Hobsbawm] saldría en el medio de un clima histórico e intelectual poco favorable»^[44].

Parte del problema residía en que *The Age of Extremes* se publicó justo antes del muy exitoso *Le Passé d'une illusion* de François Furet, libro que aseguraba que el nazismo y el comunismo eran las dos lacras gemelas del siglo XX^[45]. El libro de Furet estaba más en la línea de la moda intelectual dominante en París y quizá los editores franceses temieran que el tomo de Hobsbawm no encontrara público. Furet dedicaba una extensa nota al pie al trabajo de Ernst Nolte, culpando a la ilusión comunista de producir una cultura romántica de anti-fascismo entre los intelectuales europeos. Según Furet, eso llevó a una interpretación errónea de la Guerra Civil Española e impidió el reconocimiento de las similitudes fundamentales entre fascismo y comunismo.

Le Passé d'une illusion de Furet fue en sí mismo el tema de un extenso simposio en *Le Débat*. En él, nada menos que el propio Ernst Nolte colaboró con un ensayo en apo-

40.- «Sur l'histoire du XXe siècle» [On the History of the 20th Century], *Le Débat* (January-February 1997).

41.- Pierre Nora, «Traduire: nécessité et difficultés», *Le Débat*, 142, no. 93 (January/February 1997): 93-95.

42.- Pierre Nora citado en Eric Hobsbawm, «A History of the 20th Century: Age of Extremes defies French Censors», *Le Monde diplomatique* (5 December 1999) [[http://monde-](http://monde-diplo.com/1999/12/05hobsbawm)

[diplo.com/1999/12/05hobsbawm](http://monde-diplo.com/1999/12/05hobsbawm)].

43.- «A History of the 20th Century: Age of Extremes defies French Censors».

44.- «A History of the 20th Century: Age of Extremes defies French Censors».

45.- François Furet, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the 20th Century* (2000).

yo de la denuncia del comunismo que hacía Furet y de su equivalencia con el nazismo^[46]. El éxito de *Le Passé d'une illusion* en Alemania supuso una rehabilitación parcial de los puntos de vista de Nolte. En una serie de cartas que se intercambiaron más tarde ambos historiadores^[47], Nolte reconocía que el libro de Furet había ayudado a la comunidad histórica internacional a ver la legitimidad de su enfoque «a pesar de un número de diferencias de opinión individuales»^[48].

La persistente negativa a traducir *The Age of Extremes* se reforzó todavía más por la tormenta política desatada en Francia después de la publicación en 1997 de *Le Livre noir du communisme: Crimes, terreur, répression* de Éditions Robert Laffont. Este tomo —más de ochocientas páginas— era una colección de ensayos que intentaba ofrecer un cómputo mundial de víctimas comunistas. En un principio Furet había sido nombrado para escribir la introducción del libro, pero después de su muerte en julio de 1997, la tarea recayó en el editor Stéphane Courtois, que aseguró que había 100 millones de víctimas del comunismo en el mundo, un número cuatros veces mayor que el de las víctimas del nazismo. Courtois arremetió contra todos los líderes comunistas del siglo XX y afirmó que la «atención obsesiva hacia el genocidio judío» había impedido la contabilización de los crímenes comunistas^[49]. Dadas las revelaciones contenidas en archivos soviéticos y de Europa del Este

recién abiertos, Courtois aseguraba que *Le Livre noir du communisme: Crimes, terreur, répression* exponía de forma definitiva la naturaleza criminal de todos los regímenes comunistas y clamaba que los intelectuales occidentales que apoyaban los ideales comunistas no eran mejores que «vulgares prostitutas»^[50].

Sin embargo, casi inmediatamente después de la publicación del libro, dos de los historiadores prominentes que colaboraban en el libro, Jean-Louis Margolin y Nicolas Werth, atacaron a Stéphane Courtois en un artículo publicado en *Le Monde*, declarando que estaban en desacuerdo con su vitriólica introducción y su propósito claramente político^[51]. Margolin y Werth desautorizaron el libro, declarando que Courtois estaba obsesionado con llegar a la cifra de cien millones y que esto provocó un trabajo académico chapucero y sesgado. Además afirmaron que Courtois escribió la introducción en secreto, negándose a compartirla con los demás colaboradores. Rechazaron la equivalencia entre nazismo y comunismo que hacía Courtois y Werth declaró a *Le Monde* «que los campos de exterminio no existieron en la Unión Soviética»^[52]. De hecho en un repaso del 2000 de *The Passing of an Illusion* y *The Black Book of Communism*, el historiador soviétólogo J Arch. Getty señaló que más de la mitad de los 1.090 millones de muertos en el mundo supuestamente atribuidos al comunismo eran «un exceso de muertes» debidas al hambre. Con respecto a los números de la Unión Soviética, Getty escribe: «El aplastante peso de la opinión entre los expertos que trabajan en los nue-

46.— Communisme et fascisme au XXe siècle» [Communism and Fascism in the 20th Century]. *Le Débat* (March-April 1996).

47.— Francois Furet and Ernst Nolte, *Fascism and Communism* (2004).

48.— Ernst Nolte citado en Daniel Schönplflug «Histoires croisées: François Furet, Ernst Nolte and a Comparative History of Totalitarian Movements», *European History Quarterly*, 37, no. 2 (2007): 265-290, pg. 284.

49.— Stéphane Courtois según cita de Adam Shatz en «The Guilty Party», *Lingua Franca* (October 1999) [<http://linguafranca.mirror.theinfo.org/br/9911/shatz.html>].

50.— *Ibid.*

51.— Jean-Louis Margolin and Nicolas Werth. Véase Margolin and Werth, «Communisme: Le Retour a l'histoire», November 14, 1997 *Le Monde*.

52.— Nicolas Werth citado en J. Arch Getty, «The Future Did Not Work», *Atlantic Monthly*, 285, no. 3 (March 2000): 113-117, pg. 114..

vos archivos (incluyendo a Werth, co-editor de Courtois) es que la terrible hambruna de los años 30 fue resultado de la chapucería y rigidez de Stalin y no de un plan genocida. ¿Las muertes por hambre causadas por la estupidez e incompetencia de un régimen... van a ser equiparadas a gasear deliberadamente a los judíos?»^[53].

A pesar del clima inhóspito en Francia para *The Age of Extremes*, Hobsbawm no se rindió. Peleó por la traducción al francés, que finalmente se llevó a cabo por el esfuerzo conjunto de la editorial belga Editions Complexe y el periódico francés *Le Monde diplomatique*. El 5 de diciembre de 1999, en una introducción a un artículo de Hobsbawm, los editores de *Le Monde diplomatique* arremetieron contra Pierre Nora y el mundo editorial francés:

«Después del largo período de ‘estalinización’ del que finalmente había salido, se percibía que el clima intelectual e ideológico no era el adecuado para su [The Age of Extremes] publicación. Los editores preferían libros que defendieran las ideas del escritor francés François Furet que sostenía que el siglo se reducía al comunismo y al nazismo [sic] y que ambos era formas igualmente peligrosas de totalitarismo [...] Al decidir traducir el libro de Hobsbawm, Editions Complexe y *Le Monde diplomatique* han rechazado reducir la historia a una única teoría oficial. Los lectores francófonos han aplaudido esta postura^[54].

Cinco años después de su publicación en inglés, apareció la traducción francesa que tuvo un éxito inmediato, particularmen-

te dado el contexto de más amplios debates franceses sobre la memoria después de la publicación del proyecto de Pierre Nora *Lieux de Memoire*. Un mes después de la aparición francesa de *The Age of Extremes*, cuarenta mil ejemplares eran editados y ascendía al primer puesto de todas las listas de libros más vendidos. Sin embargo a pesar de su éxito comercial en Francia en 2000, el libro seguía encendiendo debates. Michele Tepper sostenía en *Lingua Franca* que «la continua reacción violenta contra las tendencias marxistas que formaron la cultura intelectual francesa durante la mayor parte del siglo XX puede que continúe manteniendo las puertas de las editoriales cerradas para el próximo Hobsbawm»^[55].

De hecho, en el mismo año en el que *The Age of Extremes* de Hobsbawm fue finalmente publicado en francés, la Germany Foundation —una organización asociada con la Unión Demócrata Cristiana Alemana— le concedió a Ernst Nolte el prestigioso premio Konrad Adenauer, que dio lugar a que Robert Cohen en el *New York Times* proclamase «Apologista de Hitler Gana Galardón Alemán»^[56]. Inmediatamente se desató una controversia en Alemania, particularmente por el contexto del ascenso político de la extrema derecha en varias elecciones locales en los cinco estados de la antigua GDR, además del aumento de la actividad violenta neo-nazi contra los peticionarios de asilo y otros inmigrantes. Con el Frente Nacional ganando popularidad en Francia y Jörg Haider y el FPÖ subiendo en Austria, los partidos de derechas se colaban en la escena política

53.- J. Arch Getty, «The Future Did Not Work», *Atlantic Monthly*, 285, no. 3 (March 2000): 113-117, pg. 114.

54.- Eric Hobsbawm, «A History of the 20th Century: Age of Extremes defies French Censors», *Le Monde diplomatique* (5 December 1999) [<http://mondediplo.com/1999/12/05hobsbawm>].

55.- Michele Tepper, «Once-Shunned History Proves «Extreme»-ly Popular in Paris» *Lingua Franca* (February 7, 2000) [<http://linguafranca.mirror.theinfo.org/webonly/update-hobsbawm.html>].

56.- Robert Cohen, «Hitler Apologist Wins German Honor, and a Storm Breaks Out» (June 21, 2000) *New York Times*. [<http://www.nytimes.com/2000/06/21/world/hitler-apologist-wins-german-honor-and-a-storm-breaks-out.html>].

por todo el Continente. El reconocimiento del trabajo de Nolte por parte de destacados historiadores alemanes precipitó fieras acusaciones de que Nolte era un negacionista del Holocausto. Muchas organizaciones judías condenaban la decisión de la Germany Foundation de conceder a Nolte un premio con el que previamente había sido galardonado Helmut Kohl. Argumentaban que la rehabilitación de Nolte envalentonaría a los investigadores que cuestionaban el llamado culto al Holocausto.

Un excelente ejemplo del gran alcance del legado de la renovada *Historikerstreit* fue un artículo que apareció en el *Journal of Historical Review* en 2000. Mark Weber, director del conservador Institute for Historical Review^[57], afirmaba que la entrega del Premio Adenauer a Nolte podría ser un presagio de «mayor objetividad histórica»^[58]:

«Una visión judía de la historia del siglo XX —que incluye lo que incluso algunos intelectuales judíos llaman ‘culto al Holocausto’ o ‘industria del Holocausto’— es obviamente incompatible con un tratamiento verdadero objetivo [...] [como] el reciente galardón a Nolte sugiere, hay señales de que el clima intelectual está cambiando. No solo en Alemania sino por toda Europa hay un creciente reconocimiento de que la visión histórica impuesta por los Aliados victoriosos en 1945, así como la visión judeocentrista que ahora predomina, es una distorsión burda e incluso peligrosa. A esta historia ha contribuido el fin del imperio soviético con su avalancha de nuevas revelaciones sobre el nefasto legado del comunismo soviético y el colapso de un pilar principal de la visión ‘antifascista’ de la historia del siglo XX.

57.– www.ihr.org

58.– Mark Weber, «Changing Perspectives on History in Germany: A Prestigious Award for Nolte: Portent of Greater Historical Objectivity?» *The Journal of Historical Review* 19, no. 4 (July/August 2000): 29.

Aunque los intereses poderosos puedan lograr detener la marea durante un tiempo, a largo plazo es inevitable un tratamiento más ‘revisionista’ de la historia, incluso de la historia del Tercer Reich»^[59].

El artículo de Weber fue premonitorio de la posterior oleada de historias populares americanas que se derivaron de la postura revisionista de Nolte^[60]. Por ejemplo los dos libros de la periodista Anne Applebaum, *Gulag: A History* y *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-56* apoyaban la idea de que los horrores del comunismo eran iguales o peores que los terrores del nazismo. No es de sorprender, por lo tanto, que a Applebaum le concedieran el Premio Húngaro Petöfi en el Museo del Terror de Budapest el 14 de diciembre de 2010 por «sus sobresalientes esfuerzos para el avance de la libertad y la democracia en los países centro-europeos»^[61]. Aún más importante, Weber sospechaba que el reconocimiento de Nolte iba a tener auténtica repercusión en la historiografía «judeocentrista» de la 2ª Guerra Mundial. Se podría decir que las posiciones de Nolte en la *Historikerstreit* sentaron los fundamentos ideológicos de la Declaración de Praga y, a la larga, prepararon el camino para que en 2015 el gobierno ucraniano venerara a los fascistas vilipendiando a los comunistas. Estas varias batallas de los historiadores europeos sobre la naturaleza del comunismo del siglo XX, y del estalinismo en particular, influenciaron el enfoque de los estudios históricos en los antiguos paí-

59.– Mark Weber, «Changing Perspectives on History in Germany: A Prestigious Award for Nolte: Portent of Greater Historical Objectivity?» *The Journal of Historical Review* 19, no. 4 (July/August 2000): 29.

60.– «Anne Applebaum Receives Petöfi Prize» Embajada de USA en Budapest. [website:http://hungary.usembassy.gov/event_12142010.html](http://hungary.usembassy.gov/event_12142010.html). Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

61.– «Anne Applebaum Receives Petöfi Prize».



Monumento soviético en Budapest con una pancarta solicitando su demolición (Foto facilitada por la autora).

ses del Bloque del Este. La Unión Europea y el VisegrádGroup —Hungria, Polonia, Eslovaquia y la República Checa— proporcionaron los fondos para los estudios anticomunistas a través de la Plataforma para la Memoria y Conciencia Europea. En museos como la Casa del Terror Húngara^[62] y el Museo Lituano de las Víctimas del Genocidio^[63], se les adjudicó más espacio a las víctimas del comunismo que a las del Holocausto. Institutos de Historia como el Instituto para Estudios del Pasado Reciente en Bulgaria^[64] y el Instituto para la Investigación de los

Crímenes Comunistas y de la Memoria del Exilio Rumano (IICCMRE) se centran en los crímenes del comunismo contra las poblaciones nacionales de los países de la Europa del Este y restan importancia a los efectos de las alianzas locales con la Alemania nazi^[65].

Hay también un debate en marcha sobre la expulsión de los alemanes étnicos del este, los «Vertriebenen». Aparentemente, el tema de los alemanes expulsados solía limitarse a un puñado de estudiosos marginales que colaboraban con el Día de la Asociación de los Alemanes Expulsados o Sudetes. Hoy, sin embargo, la polémica sobre los alemanes como víctimas de la expulsión, de masacres, de violaciones en el Este, está relativa-

62.– Véase la página web de la Hungarian Terror House : http://www.terrorhaza.hu/en/index_2.html

63.– Véase la página web del Lithuanian genocide museum: <http://www.genocid.lt/muziejus/en/>

64.– Véase su página web : <http://www.minaloto.org/>, Fecha de acceso: 1 de setiembre, 2013.

65.– Véase la página web: http://www.iiccr.ro/index.html/about_iiccr/institute/?lang=en§ion=about_iiccr/institute, Fecha de acceso: 1 de setiembre, 2013.

mente a la orden del día y hay un centro que se abrió en 2016, que documenta y memorializa las expulsiones de alemanes^[66]. Hay también encendidos debates sobre los bombardeos aliados de ciudades como Dresde y Hamburgo. En este discurso, los alemanes son ahora considerados como víctimas de crímenes de guerra perpetrados por los Aliados. Aunque estas cuestiones son quizá más un debate sobre la política interna de la memoria alemana que sobre el anticomunismo, son interesantes si las consideramos al lado de la tesis del «doble genocidio».

¿Fue entonces una coincidencia que la institucionalización de la narrativa de los «totalitarismos gemelos» ocurriera después de la crisis financiera global que empezó en 2008? Mientras los mercados se desplomaban y la economía de la Eurozona se tambaleaba al borde del colapso, el Parlamento Europeo aprobaba una resolución que establecía el Día Europeo del Recuerdo de las Víctimas del Estalinismo y el Nazismo. Mientras el capitalismo neoliberal desfallecía, afrontando una economía arruinada, una crisis de migrantes, una creciente desigualdad de la riqueza, los líderes europeos gravitaban hacia un paradigma intelectual que unía la política de izquierdas con los peores crímenes del estalinismo y ponía esos crímenes al mismo nivel de la Solución Final. No es de extrañar que el renovado foco sobre las víctimas del comunismo permitiera a los gobiernos de la Europa del Este exonerar o rehabilitar a conocidos fascistas, proceso que condujo directamente a las leyes ucranianas de 2015 que convertían en crimen la crítica a cualquier figura nacional que hubiera luchado por la independencia ucraniana, aun en el caso de que esos hombres hubieran colaborado en la

matanza de polacos o judíos.

Abundan en la Europa del Este los ejemplos de este proceso de rehabilitación. Por ejemplo, en 2009, una página web dedicada a honrar a las «víctimas del comunismo» (victimsofcommunism.bg) incluía el nombre del Ministro del Interior que firmó personalmente las órdenes de deportación de más de 11.000 judíos de Tracia y Macedonia, ocupadas por Bulgaria^[67]. En marzo de 2015, un tribunal húngaro rehabilitó a Bálint Hóman, exonerándolo de todos los crímenes de guerra contra la minoría judía húngara, a pesar de que era uno de los arquitectos de las leyes húngaras antisemitas e impulsó los asesinatos de judíos húngaros a manos de los nazis. Hóman sostenía que los judíos no tenían lugar en Hungría debido a su «espíritu opuesto a las ideas de la Cristiandad» y a su «papel fundamental en movimientos subversivos y en la difusión de ideologías destructivas»^[68]. En mayo de 2015, el alto tribunal de Serbia rehabilitó a Dragoljub 'Draza' Mihailovic, el líder de los nacionalistas serbios «Chetniks», ejecutado por los comunistas yugoslavos en 1946 por alta traición y colaboración con los nazis^[69]. En el mismo mes, justo cuando los ucranianos promulgaban sus leyes de descomunicación que legislaban la veneración de los luchadores de la derecha por la independencia de Ucrania, la presidenta de Croacia, Kolinda Grabar Kitarovic, hizo una visita al

67.– Kristen Ghodsee, *The Left Side of History: World War II and the Unfulfilled Promise of Communism in Eastern Europe*, Durham: Duke University Press, 2015.

68.– «Genio académico y/o Intragable Anti-Semita? – Quién era Bálint Hóman?», *Hungary Today*, 10 de diciembre, 2015 [<http://hungarytoday.hu/news/academic-genius-andor-unpalatable-anti-semite-balint-homan-31000>]. Fecha de acceso: 11 de marzo de 2016.

69.– Marija Ristic y Sven Milekic, «Serbia Rehabilitates WWII Chetnik Leader Mihailovic», *Balkan Insight*, May 14, 2015.. <http://www.balkaninsight.com/en/article/serbia-rehabilitates-wwii-chetnik-leader-mihailovic>. Fecha de acceso: 11 de marzo de 2016.

66.–Para más información sobre las víctimas alemanas véase: <http://www.zeitgeschichte-online.de/thema/online-ressourcen-zur-debatte-um-das-zentrum-gegen-vetreibungen-und-zum-diskurs-zum-thema-der>.

controvertido cementerio de Bleiburg, donde depositó flores en las tumbas de soldados croatas aliados de los nazis^[70].

La terrible ironía de estas exoneraciones es que al mismo tiempo denigran a muchos idealistas de izquierdas que lucharon contra el fascismo en la 2ª Guerra Mundial, hombres y mujeres que arriesgaron sus vidas para salvar a Europa de la dominación nazi. En mi libro de 2015, *The Left Side of History*, cuento la historia de un puñado de jóvenes comunistas que lucharon contra el monarca búlgaro aliado de los nazis entre 1941 y 1944. En Bulgaria estaba la familia Lagadinov, el padre, tres hermanos y una hermana de 14 años que se echaron al monte para resistir a los «monarco-fascistas» de su país. De Inglaterra Frank Thompson, miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y hermano mayor del gran historiador del mundo laboral Edward Palmer Thompson, saltó en paracaídas sobre la Serbia ocupada por los búlgaros en enero de 1944 para coordinar el apoyo británico a los movimientos partisanos locales. Thompson fue capturado, torturado y ejecutado (contraviniendo la Convención de Ginebra) y el hermano del medio de los Lagadinov fue decapitado por campesinos búlgaros que esperaban hacerse con la generosa recompensa que el Ministerio del Interior pagaba por las cabezas de guerrilleros comunistas. Pero en ambos casos, hoy en Bulgaria el sacrificio de estos hombres se ignora o se denigra porque Thompson y Lagadinov abrazaban ideales de izquierdas. Oportunamente Bulgaria borra su previa alianza con la Alemania nazi reformulando su historia después de la guerra como la de un país víctima del imperialismo soviético.

En cambio, los hombres responsables de las deportaciones de los judíos de Macedonia y Tracia ahora son héroes que defendieron el nacionalismo búlgaro.

Mientras en Bulgaria los antiguos partisanos son simplemente denigrados, en Lituania el gobierno quiere acusar de crímenes de guerra a los que todavía viven (muchos de ellos octogenarios)^[71]. Durante la Segunda Guerra Mundial, los lugareños lituanos colaboraron con los nazis después del lanzamiento de la operación Barbarossa en 1941. Con la esperanza de rescatar a su nación del control soviético (el país había sido asignado a Stalin como parte del Pacto Molotov-Ribbentrop), los lituanos participaron muy dispuestos en la masacre de la población judía. Muchos judíos lituanos eran comunistas y para sobrevivir a las atrocidades cometidas con los de su religión se convirtieron en partisanos que lucharon del lado del Ejército Rojo. Después de décadas de ser homenajeados como héroes de guerra, hoy los partisanos y en especial los partisanos judíos son difamados como traidores a la nación lituana. Mientras tanto, los líderes de las milicias de derechas responsables del asesinato de judíos, como por ejemplo Jonas Noreika (ejecutado por sus actividades anti-soviéticas en 1947) son rehabilitados y declarados paladines de la nación. En 2010, las autoridades lituanas pusieron el nombre de Noreika a una escuela primaria a pesar de las pruebas de que fue responsable de la liquidación de la población judía de la ciudad lituana de Plunge.

Aunque estas rehabilitaciones tienen precedentes en los años 90^[72], la actual olea-

70.- «Más de 25,000 Asistieron a la Conmemoración del 70 aniversario de Bleiburg» Croatia Week, 16 de mayo, 2015 [http://www.croatiaweek.com/over-25000-attend-70th-bleiburg-commemorations/]; and «Jakovina o obilasku Bleiburga: Predsjednica nedosljedna i nekonkretna», HRT Vjesti, May 14, 2015.

71.- Daniel Brook. «Double Genocide» [http://www.slate.com/articles/news_and_politics/history/2015/07/lithuania_and_nazis_the_country_wants_to_forget_its_collaborationist_past.html].

72.- Por ejemplo para el caso del alemán Waldheim en 1997 (antiguo juez de la Alemania del Este de 79 años de edad sentenciado a cuatro años de cárcel por dictar 32

da de rehabilitaciones y conmemoraciones de las víctimas del comunismo coincide con un fuerte giro a la derecha de la política europea. En los dos años que viví en Europa, entre 2014 y 2016, vi que partidos políticos como el Fidesz húngaro o el Ley y Justicia polaco (PiS) y Alternativa para Alemania (AfD) recibían el apoyo masivo de poblaciones que llevan años sufriendo salarios congelados y austeridad económica, especialmente después del inicio de la «crisis migratoria» europea. En ciudades y villas de la Alemania oriental multitudes encolezadas se resistían al asentamiento de los refugiados que huyen de la guerra civil en Siria^[73], Los gobiernos de Polonia, Hungría, Eslovaquia y la República Checa rechazaron rotundamente cuotas de aceptación de refugiados musulmanes^[74] y se levantan nuevos cierres alrededor de muchas fronteras nacionales poniendo en peligro la zona de libre circulación europea Schengen. Al tiempo que la Recesión Global avanzaba, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional continuaban desmantelando las ayudas sociales en la periferia de Europa en aras de estabilizar los mercados financieros globa-

penas de muerte contra hombres que se creía eran criminales nazis) véase: Rado Pribic, *The Trouble with German Unification: Essay on Daniela Dahn*, Berlin: NORA, 2008: 50-52; y las absoluciones que la corte Suprema Rumana dictó en 1998 y 1999 para los ejecutores del Holocausto Radu Dinulescu y Gheorghe Petrescu, véase: Alexandru Climescu, «Post-transitional Injustice. The Acquittal of Holocaust Perpetrators in Post-Communist Romania», *Holocaust: Studii si Cercetari*, Vol. VI, No. 1(7) 2014: 145-157.

73.- «El alojamiento de refugiados planificado para la ciudad de Bautzen en la Alemania oriental se convierte en un incendio», *Deutsche Welle*, 21 de febrero, 2016 [<http://www.dw.com/en/planned-refugee-shelter-in-eastern-german-town-of-bautzen-catches-fire/a-19063792>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

74.- «Visegrad Group se opone a la política de refugiados de Alemania», *Deutsche Welle*, 15 de febrero, 2016 [<http://www.dw.com/en/visegrad-group-opposes-germanys-refugee-policy/a-19048816>]. Fecha de acceso: 11 de marzo, 2016.

les. Ante el catastrófico desempleo juvenil, el recorte de las pensiones y la inseguridad sobre el futuro un número creciente de hombres y mujeres gravitó hacia la extrema izquierda y hacia la extrema derecha. Puesto que los males del comunismo, según la narrativa ahora dominante, eran tan increíblemente graves, no había que preocuparse demasiado de los elementos fascistas siempre que se opusieran al comunismo. Basándose en la tesis de los totalitarismos gemelos, los extremos del fascismo no eran peores que el resultado supuestamente inevitable de las demandas de la izquierda de nacionalizar bancos, aumentar el empleo estatal y gravar la riqueza global con nuevos impuestos a los ricos^[75].

Cuantas más poblaciones de la Unión Europea se polaricen, abandonando el centro democrático liberal por la extrema izquierda o la extrema derecha, es sólo una cuestión de tiempo que las élites económicas y políticas tengan que elegir entre apoyar a uno u otro bando en países desestabilizados por la persistente crisis financiera global. Si ambos lados del espectro son igualmente malos, no habrá reparo moral para elegir el lado que mejor vaya a servir a sus intereses, aunque esto signifique la institucionalización de nuevas xenofobias nacionalistas. Si el comunismo y el fascismo son equivalentes morales, las amenazas a la propiedad privada de los super-ricos o los actos políticos que desafían los intereses de la élite son iguales al asesinato sistemático de inmigrantes y de otros elementos no deseados. Si la historia nos sirve de guía, ya sabemos qué lado elegirán los ricos.

75.- Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge: Harvard University Press, 2014.

1917. *La Revolución Rusa cien años después*, de Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.)*

Alejandro Andreassi Cieri

Universitat Autònoma de Barcelona

El libro, como afirma Juan Andrade en la introducción a esta muy lograda obra colectiva, se propone una historización crítica de la Revolución Rusa, que contribuya a «extraer el 'núcleo emancipador' que todavía arde bajo las ruinas de aquella experiencia revolucionaria» (p. 38). La dificultad de reseñar una obra de este tipo es indudable, no sólo por la diversidad de temas tratados, sino también por la de los marcos teóricos y metodologías utilizadas e incluso el estilo literario de cada uno de los autores participantes, aspectos que no desaparecen porque exista un eje central, como el mencionado, que los convoca y los coordina. Es por ello que me he visto obligado a glosar cada una de las contribuciones para abrir una leve rendija a través de la cual poder atisbar su contenido y estimular su lectura, que la merece con creces.

Comienzo por Josep Fontana, maestro de historiadores, quien nos enseña los contextos y acontecimientos que hicieron que el sueño revolucionario de octubre de 1917 derivara en un autoritarismo burocrático y, sin embargo, fuera de la URSS ese sueño revolucionario fuera capaz de mantener al



mismo tiempo los anhelos de emancipación de los trabajadores y el temor de las clases propietarias a cualquier movimiento que pareciera amenazar sus privilegios. Ese efecto comenzó a perder poder persuasivo después de la derrota del ensayo de socia-

* Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez, 1917. *La Revolución rusa cien años después*, Akal, 2017.

lismo con rostro humano en Checoslovaquia en 1968, y permitió que esas mismas clases dominantes perdieran su miedo y reiniciaran la mayor contraofensiva contra los derechos conquistados por las clases subalternas, y cuyo alcance y resultados padecemos en la pesadilla de la globalización neoliberal (pp. 41-51).

El artículo de Leopoldo A. Moscoso y Pablo Sánchez León es un repaso del papel de la revolución en el imaginario del movimiento obrero a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo a través de la evaluación de la importancia del entusiasmo como sentimiento capaz de articular movimientos colectivos. La dialéctica reforma-revolución, la primera entendida como vía de arribada a la segunda sustituyendo el fracaso insurreccional que jalonan 1797, 1830, 1848 y 1871. Sin embargo, señalan la «originalidad» de la Revolución Rusa al producirse a la manera de las insurrecciones decimonónicas, que los autores atribuyen al carácter atrasado de la autocracia zarista, pero con una diferencia: la existencia de un engarce teórico —el materialismo histórico— que les proveía de un conjunto articulado de herramientas intelectuales que actuaban como sustrato adecuado de los impulsos morales y éticos, del entusiasmo, propio de aquellas. La Revolución Rusa reflejaría el desarrollo desigual y combinado de la sociedad rusa del zarismo, ya que reunía componentes «arcaicos» —para las tesis de la socialdemocracia hegemónica del momento— junto a otros modernos desde el punto de vista del anticapitalismo. El poder movilizador de las energías revolucionarias que produce el entusiasmo, comentado por los autores como el sentimiento, causa y efecto de la consciencia revolucionaria, puede ser equiparable al de la esperanza tal como lo sostiene Ernst Bloch.

Antoni Domènech nos recuerda cómo la Revolución Rusa refutó la doctrina prevale-

ciente de la Segunda Internacional, que establecía la existencia de rígidas leyes de la historia que determinaban el curso evolutivo de las sociedades, que debían completar su desarrollo capitalista pleno para poder llegar al socialismo. Nos muestra, mediante la glosa de la crítica de Rosa Luxemburg a Lenin y Trotsky, la persistencia de elementos del marxismo canónico de la Segunda Internacional —que Domènech denomina como «marxismo doctrinario cristalizado en la Belle Époque» (pp. 103-104)— a pesar de las profundas diferencias teóricas de ambos dirigentes con Kautsky. Pero también, y como efecto contrario a las verdaderas intenciones de los revolucionarios bolcheviques, el producto de Octubre de 1917 no fue la vía hacia el comunismo y la extinción del Estado, sino por el contrario transformó al capitalismo heredado del zarismo en un «despotismo industrial» en la etapa estalinista (pp. 124-126), que cumplía más con las metas redistributivas propuestas por la Segunda Internacional que con la tradición y pulsión emancipatoria que originada por la Gran Revolución Francesa fue continuada por la Primera Internacional.

Wendy Z. Goldman nos explica como la cuestión de género fue abordada por las mujeres durante la revolución, desde una perspectiva sumamente original, organizando a las mujeres en el partido bolchevique en organismos que promovían los intereses específicos de las mismas, especialmente la lucha contra el patriarcado y la sustitución de las tareas domésticas por servicios gestionados por el Estado (guarderías, lavanderías, etc.). También en este aspecto se produjo una diferencia entre el período 1917-1928 y el siguiente, en el cual se experimentaron retrocesos en el desarrollo de la igualdad plena entre mujeres y hombres. Con todo, el balance que efectúa esta autora es positivo, ya que incluso los experimentos truncados por la regresión

estalinista o la efectiva incorporación de las mujeres en ocupaciones antes reservadas solo a los hombres —aunque fuera motivada por las necesidades de mano de obra de la aceleración de la industrialización promovida en los años treinta, haciendo de necesidad virtud— han dejado un valioso legado teórico-práctico para la perspectiva emancipatoria actual.

Rosa Ferré nos muestra cómo la Revolución permitió y estimuló un estallido de creatividad artística y de compromiso de los artistas con el proceso revolucionario, pero también cómo provocó una respuesta clasicista con la que convivió hasta que Stalin impuso como línea artística oficial el «realismo socialista», rechazando los experimentos vanguardistas de la década anterior (153-179). Si bien tanto Lenin como Lunacharski también tenían un gran aprecio por el arte tradicional ruso y no compartieron muchas de las propuestas de las vanguardias, a diferencia de Stalin las consideraban valiosas para difundir los objetivos de la revolución y contribuir la edificación de la nueva sociedad. A tal punto que ese arte vanguardista se introduce en el mundo de la máquina y el trabajo industrial, considerados los núcleos materiales de la revolución socialista, impulsando la interdisciplinarietà para contribuir a la molificación de las potencialidades humanas, con el objetivo de contribuir a la creación del hombre nuevo en la nueva sociedad (168-175).

Serge Wolikow analiza y explica las vicisitudes de la Internacional Comunista, destacando que su creación responde no sólo a las posturas de la izquierda de Zimmerwald, transformadas en mayoritarias desde el triunfo bolchevique, sino también y principalmente a la situación internacional y europea que se presentaba favorable a la expansión del impulso revolucionario originado en octubre de 1917. Su análisis

revela como la línea de la Komintern, que se postula como el estado mayor de la revolución proletaria mundial, se debate entre tres condicionantes: la evolución de las relaciones internacionales, la recomposición del orden burgués y la situación del movimiento obrero en cada país miembro, y la política exterior de la Unión Soviética en busca de la preservación de su proceso revolucionario. Destaca como cuestión esencial en el devenir de la IC la propuesta del Frente Único, que parecía contradecir los objetivos iniciales de la fundación de la nueva internacional, pero que en realidad respondía a una adecuación al reflujo de la oleada revolucionaria y a la progresiva estabilización de los regímenes burgueses, especialmente en Europa. Una propuesta de gran trascendencia porque planteaba una recuperación del diálogo con las organizaciones socialdemócratas cuando aún no se habían restañado las heridas producidas por la escisión, pero también de gran trascendencia porque cuando se plantee la cuestión del Frente Popular, la tesis del Frente Único —señala Wolikow— le agregará a las condiciones de la coyuntura de los años treinta el prestigio de ser una propuesta que respondía a la tradición leninista (p. 207). Además, plantea una cuestión de gran importancia para desmentir cierta crítica intencionada rayana en la caricatura sobre su relación con la URSS, ya que considera que incluso hasta el VI Congreso de la IC, por iniciativa de Bujarin, se impulsa la consigna de que cada partido comunista debe definir su política en función de las cuestiones locales y nacionales que deba afrontar, sin perjuicio de la defensa de la Unión Soviética.

Aurora Bosch escribe sobre el impacto de la Revolución Rusa en los EE. UU, definiendo dos contextos: la represión interior realizada por el gobierno norteamericano contra los movimientos radicales que se

oponían a la guerra y simpatizaban con el bolchevismo, un amplio abanico que abarcaba a socialistas, anarquistas y miembros del sindicalismo revolucionario (IWW); y las relaciones exteriores en las que EEUU pronto participó en la confrontación con la Unión Soviética, en apoyo de los ejércitos blancos en la guerra civil y como antecedente del rampante anticomunismo que lideró durante la Guerra Fría (reconocería a la URSS en 1933, con el gobierno Roosevelt). También explica la profesora Bosch cómo la Revolución mexicana iniciada en 1910 contribuyó a radicalizar el pensamiento conservador y los temores de unas clases dirigentes norteamericanas que veían estos procesos como una amenaza a sus intereses. Ambas revoluciones, mexicana y rusa, contribuyeron a definir los perfiles del nacionalismo norteamericano de carácter netamente conservador, así como la política exterior norteamericana durante el siglo XX, basada en el enfrentamiento con la URSS.

Elvira Concheiro Bórquez analiza la relación entre la Revolución Rusa y América Latina, sosteniendo que en América Latina el impacto de la Revolución Rusa llegó más allá del ámbito específico de los partidos comunistas. Centra su análisis en el caso de la Revolución mexicana y los gobernantes que la sucedieron, repetidamente calificados como «bolcheviques» por realizar políticas contrarias a los intereses estadounidenses. Destaca que el impacto de la Revolución Rusa no fue la de una recepción pasiva, sino por el contrario, quienes se interesaron por esa experiencia lo hicieron a la luz de la propia experiencia revolucionaria y además consideraron que en virtud de la misma se imponía un deber de solidaridad con una lucha que sentían propia en muchos aspectos. Considera que debería concebirse la relación como el intento de «un diálogo con lo que en otro extremo

del planeta está realizando el pueblo ruso» (p. 240). Reconoce tres grandes cuestiones que conectan la Revolución Mexicana con la rusa: el carácter político y social que le imprimen las masas campesinas y obreras, la conciencia de la dimensión mundial de la lucha anticapitalista y el antimperialismo como condición necesaria para el triunfo revolucionario. Hay una identidad entre ambas revoluciones también en la importancia del campesinado como sujeto revolucionario, ya que en ambos países la consigna central es la de tierra y libertad. Acaba afirmando como esa identidad alcanza también al arte como un punto de encuentro entre ambas revoluciones, en la obra de los muralistas mexicanos, como en el cine de Eisenstein.

Sebastiaan Faber nos habla del impacto de la Revolución Rusa en la cultura política española de la época, destacando que las primeras noticias de la misma llegan cuando el movimiento obrero está protagonizando movilizaciones en el marco de la crisis del régimen de la Restauración, como las huelgas generales de 1916 y 1917 en las que actúan de forma unitaria UGT y CNT. Señala que su impacto tiene dos consecuencias, favoreciendo la movilización de trabajadores de la ciudad y el campo y, al mismo tiempo, contribuyendo a las divisiones entre las organizaciones obreras y en el seno de las mismas; divisiones que también se manifestarán con ocasión de la adhesión a la recién constituida III Internacional, tanto en el PSOE-UGT como en la CNT. Por ende, la Revolución Rusa obligó al movimiento obrero a leer la realidad española en clave internacional y a definir su relación con los organismos internacionales surgidos como consecuencia de la misma. También destaca que las clases dominantes españolas participaron del anticomunismo rampante que exhibieron las burguesías y gobiernos de otros países europeos y ame-

ricanos, y que acompañó la brutalidad con que reprimieron al movimiento obrero, muy activo entre 1917 y 1920, una reacción anti-obrera y anti-izquierdista que encontraría en los fascismos su máximo exponente.

Ángel Duarte plantea que el republicanismo de esas décadas primeras del s. XX continúa ofreciendo para amplias capas sociales el marco de una modernización democrática de España, que redujera el predominio cultura eclesiástico y oligárquico, y cómo ese marco cultural político debe dialogar y afrontar el desafío revolucionario ruso, que trasciende las expectativas emancipadoras ofrecidas hasta ese momento por los republicanos y su acercamiento progresivo a la socialdemocracia. En el ámbito del republicanismo la Revolución Rusa será interpelada en el marco de la guerra y los desafíos político-sociales a la crisis de la Restauración. La Revolución Rusa, desde octubre de 1917 es valorada o descalificada en función de su impacto en la guerra europea, superando y neutralizando el valor icónico que la toma del Palacio de Invierno podría haber tenido para la simbología revolucionaria, equivalente al de la toma de la Bastilla en 1789. Por ese motivo será negativa y oscura para la mayoría de los republicanos, siendo un grupo muy reducido de su ala izquierda más extrema, que irá con el tiempo simpatizando con el anarcosindicalismo, el que la considerará positivamente. Por lo tanto, la Revolución Rusa despierta esperanzas y temores en los ámbitos del republicanismo peninsular, ya que es, por una parte, en su primera fase objetivación del triunfo de la razón emancipatoria, pero por otro su carácter proletario choca con la visión del republicanismo que ve un fundamento de cooperación interclasista en la conquista de la democracia. Por ello los republicanos españoles cambiarán Rusia por Alemania, la URSS por la República de Weimar, como paradigma de la modernización

democrática a la que aspiran para España (pp. 324-325).

Francisco Erice nos explica que el origen del PCE no es una reproducción mecánica de las divisiones de los partidos socialistas europeos, sino que se asentaba en divisiones previas existentes en el PSOE y la UGT relacionadas con el contexto español, tanto en lo relativo a la política de alianza con el republicanismo, como en el debate entre confrontación y moderación en los medios sindicales. Erice sitúa el problemático inicio y dificultad de crecimiento del PCE en su radicalismo izquierdista, justamente en el momento en que se debatían las tesis expuestas por Lenin en su texto, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, donde criticaba el antiparlamentarismo y la negativa a participar en organizaciones de masas de mayoría reformista, y que lo impedía conectar con la que debía ser su base social fundamental, los trabajadores. A su vez el PCOE, formado por la corriente tercerista del PSOE, más moderado, con mayor implantación sindical y con mayor militancia se unió, después del III Congreso de la IC al PC Español, formando ambos el PCE. Para Francisco Erice el entusiasmo producido por la Revolución Rusa y la interpretación de la realidad nacional a través de su prisma no fueron suficientes para generar una organización política capaz de conectar con la clase obrera española y responder a sus reivindicaciones específicas, ni tampoco de hacerse un hueco significativo entre el PSOE, que no había sufrido el desprestigio de los partidos pertenecientes a los países beligerantes, y un movimiento anarcosindicalista sólidamente asentado (p. 355).

José Luis Martín Ramos explica que la disipación de las expectativas revolucionarias inmediatas a Octubre, condujo a partir de 1920 a una reconsideración de los ritmos y formas de la acción revolucionaria. La re-es-

tabilización del capitalismo y la hegemonía burguesa llevó al replanteamiento de la política de alianzas de los partidos comunistas ya integrados en la IC, lo que condujo a la formulación de la propuesta del Frente Único, que implicaba la búsqueda de acuerdos con las otras organizaciones de izquierda, principalmente con los socialdemócratas, y la consigna del «gobierno obrero y campesino». Destaca como estas consignas sufrieron altibajos durante el período del V y VI congresos de la IC, hasta que se impuso a partir de este último la consigna del socialfascismo, que conduciría a un progresivo aislamiento de los partidos comunistas en general, y que tendría tan nefastas consecuencias en el caso del KPD. En cambio, la llegada de los nazis al poder en Alemania provocó en el movimiento comunista internacional una revisión de esas concepciones y una decisión a favor de la recuperación de la consigna del Frente Único, de forma práctica a raíz de los acontecimientos de 1934 en Francia y Austria, que mostraban la agresividad del fascismo y la extrema derecha, y que se concretaría con la adopción de la propuesta de los frentes populares aprobada en el VII Congreso de la IC en 1935. Esta, que en un principio planteaba una alianza de la clase obrera de carácter defensivo, se transformará en propositiva y extensiva a las organizaciones no obreras, como la oferta que hizo el PCF al Partido Radical francés, con el objetivo de incorporar a las clases medias en una alianza estable contra el fascismo. Señala que el éxito de la propuesta frente-populista se debió, más que a la fuerza de los diferentes partidos comunistas, a cada realidad local y a la percepción de la inminencia de la amenaza fascista. Concluye que la propuesta de los frentes populares como propuesta propositiva de una reorganización social en el sentido de una democracia avanzada de fuerte contenido social reapareció en el programa de la

resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, lo que demuestra la vitalidad de su proyecto, aunque luego fuera derrotado por las presiones de la Guerra Fría.

Josep Puigsech nos habla del impacto de la imaginería de Revolución Rusa en la guerra civil española, principalmente como referente de resistencia armada frente a la contrarrevolución y la agresión extranjera, más que como modelo de transformación social. Destaca el carácter presentista de esa evocación de la Revolución Rusa en todas las organizaciones políticas y sindicales del campo republicano, poniendo el acento en la solidaridad efectiva y material de la URSS con la República española, como ejemplo del internacionalismo antifascista.

José M. Faraldo explica el papel de Rusia durante la Segunda Guerra Mundial y el carácter de «guerra patria» con que la afronta el régimen estalinista, que deja atrás a la Revolución de Octubre y consolida la construcción del Estado Nacional, protegido en la postguerra por las democracias populares erigidas en Europa del Este. Destaca los conflictos o cuestionamientos a los regímenes socialistas en la RDA, Hungría, Polonia y Checoslovaquia, que al ser protagonizados por la clase obrera y otros sectores populares minan la legitimidad de esos regímenes. Su aportación, interesante especialmente porque aporta ideas muy sugerentes como la afirmación de que la revolución bolchevique acabó el día que acabó la Segunda Guerra Mundial, sin embargo establece otras que merecerían una mayor matización, como cuando propone, sin aportar pruebas de ello, leer el pacto Molotov-Ribbentrop como el resultado de la «firme convicción de Stalin de que podía llegar a un acuerdo con Hitler para repartirse Europa» y en la posibilidad de una firme alianza con los nazis.^[1] Otros autores sos-

1.- Lo condenable del estalinismo fue su política interna

tienen y documentan que la intención del gobierno soviético fue llegar a una alianza militar con Gran Bretaña y Francia, pero a la reticencia de estos se agregó el rechazo rotundo de Polonia, intención que se mantuvo hasta escasas 48 horas antes de firmar el pacto de no agresión con los nazis, y éste como último recurso para evitar un ataque inminente y ganar tiempo para frenar un ataque futuro.^[2]

Michelangelo Di Giacomo y Novella di Nunzio analizan las relaciones del PCI con el PCUS durante las décadas de 1970 y 1980, una evolución que muestra el alto grado de autonomía del PCI respecto de su homólogo soviético, y las relaciones que esa autonomía tenía con respecto al proyecto político del partido para Italia. Un proyecto que, liderado por Enrico Berlinguer y continuando las grandes líneas maestras trazadas por Togliatti, vinculaba indisolublemente el proyecto socialista con la democracia, lo que, si bien no implicaba una impugnación y una enmienda a la totalidad a la Revolución Rusa, sí señalaba

—colectivización forzosa, eliminación física de los cuadros del PCr(b), represión generalizada y gulag— pero no su política exterior. Lo que no puede atribuirse a su régimen, ni al soviético en general, es la intención de perseguir una política de guerra y conquista. Este aspecto, junto al genocidio planificado, es lo que diferencia —además de los principios ideológicos— al estalinismo del nazismo en particular y del fascismo en general, estas últimas dictaduras que viven para y por la guerra de agresión y la expansión imperialista como *primum movens* de su razón de ser.

2.— Geoffrey Roberts, «The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany», *Soviet Studies* Vol. 44, n.o No 1 (1992): 57-78; Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars: From World War to Cold War, 1939-1953* (Yale University Press, 2008). En el mismo sentido, Geoffrey Roberts cita una declaración de Stalin a Dimitrov en el encuentro que mantuvieron el 7 de septiembre de 1939, en la que afirmaba que «nosotros habríamos preferido un acuerdo con los llamados países democráticos, por ello habíamos iniciado negociaciones con ellos, pero Gran Bretaña y Francia pretendían que fuéramos sus 'asalariados' sin pagar por ello», ver entrada correspondiente al 7 de septiembre. Georgi Dimitrov, Ivo Banac, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949* (Yale University Press, 2003).

la posibilidad de vías revolucionarias alternativas. Las autoras nos recuerdan que la experiencia de la Unidad Popular chilena y su final sangriento a manos del golpe pinochetista influyeron al PCI y en particular a Berlinguer en su propio «giro de Salerno», que produjo la propuesta del compromiso histórico y que se acompañó de la consigna dirigida a todo el movimiento comunista de la necesidad de la «unidad en la diversidad». De ello recogen dos cuestiones: el concepto de «horizonte del comunismo», utilizado con frecuencia por Pietro Ingrao, con el que señalaba que el proceso revolucionario debía ser de un proceso de larga duración en el que se tendía en aproximaciones sucesivas a la nueva sociedad post-capitalista. Por último, explican como en ese contexto relacional y de política interior surgirá el proyecto eurocomunista, que compartirán no sin tensiones con el PCE y el PCF.

Jesús Izquierdo Martín y Jairo Pulpillo López reflexionan sobre la simbología y el discurso político de izquierdas respecto de la experiencia de 1917, especialmente durante la transición de la dictadura franquista a la democracia. El PCE adoptó rápidamente un discurso reformista, bajo la presión hacia el reformismo y el consenso en la que el PSOE tuvo un papel crucial. El Partido Socialista, de forma oportunista, con el fin de arrebatarse al PCE su clara hegemonía en la lucha antifranquista y para posicionarse con ventaja en el marco reformista en que desembocaba la negociación entre la elite franquista no inmovilista y las elites opositoras, mantuvo durante un corto período un discurso que pretendía sobrepasar por la izquierda al PCE, pero distanciado de la experiencia bolchevique, dirigido más a reivindicar un «socialismo autogestionario», discurso que clausuró con su abandono del marxismo en 1979, una vez comprobada la eficacia de su táctica accidentalista en las elecciones generales de junio de 1977. Des-

tacan que, a pesar de que las organizaciones a la izquierda del PCE mantuvieron durante la Transición un discurso revolucionario, lo desvincularon completamente de la experiencia soviética por motivos similares a la desconexión que estaba practicando la izquierda europea española y europea especialmente a partir de 1968 y de las formulaciones del eurocomunismo. Cabe destacar que ambos señalan como una característica fundamental de la Transición que esta fue un proceso desarrollado «Bajo la presión de la violencia del aparato represivo heredado del franquismo» y por lo tanto aquella «se desarrolló desde la tutela del régimen anterior, en un proceso de reforma que fue paulatinamente aceptado por el PSOE y el PCE» (p. 481), señalando con ello el contexto fundamental que impidió el surgimiento de las condiciones de posibilidad de una verdadera ruptura democrática. El régimen del 78 y su relato triunfal hegemónico acabó liquidando cualquier vinculación de la izquierda con los horizontes utópicos que abrió 1917. En auxilio de ese relato triunfal de la Transición acudieron por una parte la acomodación y conformismo creciente por el acceso a pautas de consumo «europeas» y de modernización en las clases medias y parte de la clase obrera a partir especialmente de 1982, que se sumó al efecto negativo generado por la violencia desatada por la dictadura franquista durante todo su dominio sobre la población española, reforzando el rechazo y temor a cualquier experiencia revolucionaria. En ellas están en parte las raíces del desencanto y la desafección de toda una generación de militancia revolucionaria. Acaban sin embargo ofreciendo una posibilidad de resignificar 1917 no como proceso a imitar sino como símbolo que, vinculado a quienes mantenían la posibilidad de ruptura durante la Transición, nos permita desestabilizar el discurso hegemónico del 78, que une revolución

con violencia y distopía, para invitarnos a reflexionar sobre el rol fundamental de la violencia en la génesis y desarrollo del capitalismo.

Constantino Bértolo nos muestra cómo la literatura de la Transición ha retratado a la militancia comunista con sarcasmo y ridiculización, a través del comentario de tres novelas que el autor considera representativas de esta tendencia, que reconoce no se encuentra en novelas más recientes, donde se intenta una aproximación literaria al fenómeno militante desde el respeto a la misma. Realiza una muy interesante diferenciación entre la ironía y el sarcasmo, considerando a la primera el recurso de los débiles frente a los poderosos, y el segundo lo inverso, el recurso del poder para aislar y reducir a la impotencia a los débiles. De este modo los novelistas glosados se situarían en la perspectiva postmoderna de la exaltación del individualismo y de la actitud competitiva, correspondientes al modelo social del capitalismo rampante. En este sentido observa dos características que al mismo tiempo son carencias de esta novelística: la mayoría se centra en estudiantes universitarios, reduciendo así el ámbito social de la resistencia a la dictadura, y la segunda característica es la ausencia de personajes pertenecientes al mundo del trabajo, y si aparecen lo hacen como trasfondo de los protagonistas de los relatos.

Guillem Martínez reflexiona sobre los diferentes anticomunismos y se pregunta cuál será el del siglo XXI. Parte de la consideración de que el comunismo, junto con el feminismo y el psicoanálisis, ha sido el hecho diferenciador del siglo XX. Pero continúa diciendo que ha debido enfrentar a su oponente desde el momento de su surgimiento en el siglo XIX. Y agrega que ese antagonista ha sido diferente según las épocas. El anticomunismo decimonónico que se prolonga, con un breve intervalo entre

1917 y 1921, hasta el final de la guerra civil española, procede del otro gran tronco de la izquierda, el anarquismo. Pero la derecha y la extrema derecha no esperarán hasta el final de los años treinta para incorporar el anticomunismo como núcleo fundamental de su arsenal ideológico. Lo que sucede es que para conservadores y fascistas el anticomunismo se proyectará sobre cualquier movimiento político y social que reivindique el reino de la igualdad y la libertad para el género humano, lo que incluirá a los viejos rivales del marxismo: los anarquistas. En el caso de España, la dictadura franquista como claro régimen fascista, hará del anticomunismo un núcleo fundamental de su acción política represora, anticomunismo oficial de Estado (522), pero el ocaso del movimiento anarquista, y el protagonismo del PCE y PSUC en la lucha antifranquista devolverá al término un contenido ideológico más preciso.

Álvaro García Linera nos ofrece una interpretación del significado de la revolución en términos de «transformación radical de los esquemas de sentido común de la sociedad, del orden moral y del orden lógico que monopoliza el poder político centralizado» (p. 354). La metáfora del asalto al Palacio de Invierno, tantas veces repetida en las izquierdas como el momento revolucionario, no es —señala— más que un episodio contingente de un proceso revolucionario de largo plazo protagonizado por las masas populares movilizadas, tanto la clase obrera como el campesinado, que van vaciando las estructuras y conceptos que aseguraban la hegemonía de la clase dominante bajo el zarismo y el gobierno provisional surgido de febrero, para sustituirlos progresivamente por otros valores, objetivos y procedimientos que modelan una nueva moral y una nueva praxis presididas por la democracia radical, representada por los soviets. Si bien la sustitución de una hegemonía

por otra es un proceso que por regla general puede ser de muy larga duración, García Linera subraya que la celeridad con que se desarrolla la Revolución Rusa es explicable por las excepcionales circunstancias en las que se produce, en primer término, la gran carnicería que significa la Gran Guerra, que carcome hasta sus cimientos las bases del poder autocrático. Pero también afirma que paradójicamente esa excepcionalidad no se contradice con la universalidad de las condiciones revolucionarias, en tanto cualquier país en una determinada coyuntura puede experimentar esa grieta en el dominio hegemónico, esa apertura de posibilidades de pensar y proceder a erigir otra sociabilidad, otro *ethos* y otro *nomos* (p. 556), cuando en realidad la clase organizada ha ido elaborando previamente las condiciones de esa ruptura, desde los micro-fundamentos de la sociedad, desde la cotidianeidad de las clases subalternas. Lamentablemente el espacio de que dispongo no me permite seguir glosando este brillante capítulo, pero reproduzco este paso que de alguna manera sintetiza lo que ha escrito, y especialmente su análisis de los problemas que surgen durante la guerra civil y la implantación del «comunismo de guerra»: «El socialismo como construcción de nuevas relaciones económicas, no puede ser una construcción estatal ni una decisión administrativa, sino, por encima de todo, una obra mayoritaria, creativa y voluntaria de las propias clases trabajadoras que van tomando en sus manos la experiencia de nuevas formas de producir y gestionar la riqueza» (p. 592). Uno de los riesgos que advierte García Linera es el de la formación de una «burguesía de Estado» si las direcciones de las empresas estatizadas no sólo se apropian en exclusiva del poder de decisión, sino que esa situación de monopolio administrativo se prolonga y consolida a lo largo del tiempo (pp. 593-594).

Enzo Traverso analiza los relatos apologeticos y condenatorios de la Revolución Rusa y sus consecuencias, concluyendo que tanto unos como otros no sirven para el análisis del proceso revolucionario. Distingue cuatro momentos del comunismo, que se suceden o son simultáneos a lo largo del siglo XX: como movimiento revolucionario, como régimen, como impulsor de la lucha anticolonial y antifascista y como sustituto de la socialdemocracia. Este último aspecto se daría de un modo más circunscrito geográficamente y temporalmente ya que correspondería a la etapa de los «30 gloriosos», el pacto social de la segunda postguerra, estimulado no sólo por la existencia del bloque socialista sino también por la potencia de los partidos comunistas occidentales, especialmente en Italia y Francia, y se caracterizaría, en una etapa de fuerte crecimiento económico en el mundo occidental, por el abandono momentáneo de la lucha anticapitalista a cambio de conseguir una mejora substancial de las condiciones de vida y laborales de las clases populares.

Fernando Hernández Sánchez cierra el volumen destacando la formación de los frentes populares no sólo como instrumentos para combatir el fascismo, sino como impulsores de los primeros experimentos del *Welfare State* que se desplegarían en la segunda postguerra. Un recordatorio importante que demuestra que incluso la «humanización del capitalismo», el pacto social de postguerra, no se debió sólo a los factores apuntados por Traverso sino también a la comprensión por las fuerzas antifascistas de los años treinta, y especialmente de los comunistas, de los factores sociales y económicos que habían contribuido a la llegada al poder de los fascismos y especialmente del alemán. Destaca que la propuesta frentepopulista no sólo revitalizó los objetivos de transformación social en el movimiento comunista, sino que lo hizo

ampliando su base social, con la incorporación de la intelectualidad y las clases medias radicalizadas en su rechazo al fascismo (p. 643), y con un proyecto de transformación social avanzado —la democracia popular—, no mimético del modelo soviético, como sucedió con el bloque de partidos que sostenía al gobierno republicano durante la guerra civil española. Destaca Hernández Sánchez, al igual que Traverso, que los partidos comunistas de la Europa Occidental, especialmente el PCI y el PCF, devinieron entre los años cincuenta y setenta verdaderas contra-sociedades desde las que organizaban una sociabilidad alternativa y una forma de presión político-cultural sobre los estados al estar vetada su participación directa en los gobiernos después de 1947. En alguna medida y en ese sentido, era una recuperación del viejo modelo socialdemócrata decimonónico cuyo paradigma fue el SPD. Atribuye la pérdida por la URSS de su carácter referencial, fundamentalmente por los tremendos errores cometidos al afrontar los conflictos surgidos en la RDA (1953), Hungría y Polonia (1956) y Checoslovaquia (1968).

Vaya por delante que todas las contribuciones son excelentes y cada una, desde el tema abordado, da cumplida visión de la Revolución Rusa, su impacto y consecuencias. Es una obra poliédrica, no sólo por las diferentes especificidades temáticas tratadas en el mismo, sino también por el peso diferente de las evaluaciones del fenómeno revolucionario analizado en esta obra. Pero su carácter caleidoscópico le otorga una valiosa característica, ya que la diversidad de temas y enfoques le permite al lector tener una visión muy completa y compleja de lo que significó la Revolución Rusa y su impacto en nuestro tiempo. Una primera conclusión que puede extraerse es que la misma existencia de esta obra es prueba de que la Revolución Rusa cien años sigue

despertando interés después de su inicio y, pese a las numerosas impugnaciones a sus resultados —producto especialmente de las tendencias originadas por la Guerra Fría—, es innegable que constituye un hecho trascendental del siglo XX y cuyos efectos llegan hasta el siglo actual, por lo tanto, que es imposible entender nuestro tiempo sin tener en cuenta a la revolución y sus resultados. En ese sentido, tal vez el ejemplo más evidente de ese carácter determinante de la revolución sobre la historia del siglo, es el reconocimiento de que sin la existencia de la URSS difícilmente sería pensable el pacto social de la segunda postguerra que permitió los 25 años de capitalismo «de rostro humano», llamados también los «25 gloriosos», a pesar de que en el momento en que ello se producía la URSS había pasado por la pesadilla estalinista y había perdido el aura revolucionaria y de promesa utópica de su primera década, pero recuperaba gran parte de su prestigio por su decisiva participación en la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.

Probablemente, el problema mayor con el que debió enfrentarse la Revolución Rusa fue el de las enormes carencias provocadas por la Gran Guerra y la guerra civil subsiguiente, obligando al partido bolchevique para superar una situación catastrófica a adoptar una línea productivista que establecía una especie de «estado de excepción» hasta tanto se paliaran los graves déficits especialmente en alimentos y bienes básicos, suspendiendo hasta su resolución la senda que debía conducir al comunismo. Esta situación es la que explica, especialmente durante la guerra civil, el abandono del control obrero en la industria, que era un hito prioritario en el proyecto revolucionario y sus sustitución paulatina por métodos tayloristas que eran lo opuesto

estableciendo una rígida disciplina fabril.^[3] El problema, evidentemente no previsto, era que esa tendencia productivista poseía una inercia muy potente, a la que ayudaba por una parte la disputa entre industria y agricultura sobre el reparto de ingreso, que se manifestó con la «crisis de las tijeras» de 1923, la cual exigió un aumento de la producción industrial para reducir el aumento desmesurado de los precios de los bienes manufacturados respecto a los productos agrícolas. La tendencia se intensificó con la industrialización y la colectivización forzosa impulsada por Stalin a partir de 1928-29, con el inicio del Primer Plan Quinquenal, para solucionar los problemas de desorganización y baja producción de la economía soviética, atizada al mismo tiempo por el temor a una nueva intervención extranjera, un espectro que no cesó prácticamente en toda la historia de la URSS, pero que era candente en la década de 1930, y que exigía un rápido desarrollo industrial para garantizar una producción de material militar que garantizara la defensa de la URSS.

La Revolución Rusa deja, a través de esta obra colectiva, varios mensajes de gran potencia:

Es posible el derrocamiento del capitalismo y la erección de una sociedad alternativa.

La revolución no se limita al momento de la ocupación del poder político por las fuerzas revolucionarias, sino que es un proceso complejo, para nada lineal, contradictorio, donde la lucha de clases persiste más allá de la abolición parcial o total de la propiedad privada de los medios de producción, con avances y retrocesos, estos de tal magnitud que pueden significar incluso su liquidación^[4].

3.- Robert Linhart, *Lénine, les Paysans, Taylor* (Le Seuil, 2016).

4.- Charles Bettelheim, *Las Luchas de clases en la URSS: primer período, 1917-1923* (Madrid: Siglo XXI, 1976); y *Las Luchas de clases en la URSS: segundo período,*

La Revolución Rusa no es el iniciador de un ciclo revolucionario, sino el catalizador y el estimulador de líneas de conflicto que le preceden y el elemento parangón con el cual se miden y medirán las que le continúan. La Revolución Rusa no opera en un terreno virginal, no es el comienzo sino la culminación de un ciclo que se abrió con la Revolución Francesa y abre otro, incluso con el fin de su experiencia en 1991, de acumulación de tensiones y conflictos que nos son contemporáneos y cuya eclosión todavía no atisbamos, siguiendo la metáfora del motor diésel para hablar de los procesos revolucionarios que nos enseñó el maestro Hobsbawm.

La democracia es intrínseca al desarrollo del socialismo. Si las clases subalternas que han sido sus protagonistas en los momentos iniciales no mantienen ese protagonismo en las etapas posteriores difícilmente se podrá construir ese nuevo *ethos* y *nomos*, tal como reflexionaba Lenin en sus últimos escritos y en su testamento. Es imposible, sin la intervención activa de los ciudadanos en el debate público y en la toma de decisiones, mantener vivo el espíritu revolucionario en un periodo que Lenin preveía como muy largo hasta llegar a la antesala del comunismo. Sus reflexiones en *El Estado y la Revolución* van en ese sentido y no en el derrotero que después de su muerte adoptaría la revolución. La pulsión democrática en el movimiento obrero, a favor de una democracia plena que alcanzara el núcleo del poder capitalista —el centro de trabajo— alentó incluso en un movimiento obrero dominando por el reformismo como el alemán, cuando los obreros exigían como condición de la nueva república democrática que aboliera el poder omnímodo de los patronos en las empresas, que reconociera oficialmente la representatividad de los comités de fábrica y que estableciera un

horizonte de cogestión en la ley constitucional. Por ello, el intento del pensamiento conservador o del fascista al juzgar la toma del Palacio de Invierno como metáfora de la Revolución pretendía presentar a la Revolución Rusa como un *putsch*, un golpe de Estado —a la manera de Curzio Malaparte— realizado por una minoría decidida, pero autoritaria por militarizada, dando con ello pie a la creencia en una teleología que conduciría a la revolución irremisiblemente a desembocar en la autocracia estalinista. Sin embargo, olvidan quienes emiten esos juicios que la revolución sólo fue posible por su carácter democrático, o sea por grandes masas populares, clase obrera y campesinado, que actuaban autónomamente respecto a los poderes del viejo estado zarista, ahora devenido gobierno provisional, y la virtud de los bolcheviques fue formar parte de ese movimiento autónomo interactuando en su seno, de un modo similar a como definía Marx las tareas de los comunistas en el segundo capítulo del Manifiesto Comunista. Desde esa perspectiva la tan debatida y controvertida cuestión de la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918 puede ser considerada como una decisión consecuente con la prioridad otorgada por los bolcheviques y los eseritas de izquierda a la democracia soviética respecto al parlamentarismo vigente en países como Gran Bretaña, Francia o la República de Weimar.^[5] Se sustituía la dictadura fideicomisaria, propia de la democracia burguesa, por dictadura soberana, o sea la democracia de los consejos, dando impulso a la continuidad de la revolución coincidiendo con el inicio de las amenazas a la misma en la forma de presencia en el sur de Rusia de las primeras fuerzas antisoviéticas bajo el mando de antiguos generales zaristas.

5.- Ver Edward Hallett Carr, *La Revolución bolchevique: 1917-1923*, Historia de la Rusia soviética (Madrid: Alianza, 1985), 126-36.

1923-1930 (Madrid: Siglo XXI, 1978).

*La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII, de Gonzalo Pontón**

José Luis Gasch Tomás

Colaborador en la Universidad Pablo de Olavide

Cualquier persona aficionada a la lectura de la historia, tanto si se dedica a la investigación como si no se dedica a ella, sabe de la ingente cantidad de obras históricas que se publican cada año. También sabe que la gran mayoría de ellas no constituyen aportaciones relevantes al conocimiento histórico o aportaciones novedosas en lo que al enfoque o maneras de aproximarse a la historia se refiere. *La lucha por la desigualdad* de Gonzalo Pontón constituye una excepción, y no únicamente porque la desigualdad es un tema rabiosamente actual e histórico al mismo tiempo o porque se trate de una obra que realiza contribuciones muy notables a algunos de los más relevantes debates historiográficos actuales. *La lucha por la desigualdad* es una obra excepcional por lo anterior y porque desmonta los mitos contruidos en torno a la Ilustración.

En 2017, la Comisión Europea, a pesar de ser una institución que no ha destacado por la implementación de medidas políticas y económicas favorecedoras de la inclusión y la igualdad social, alertó a España por los altos índices de desigualdad y la exclusión social existentes en el país. Evidentemente, no es este solo un problema de España. De acuerdo con Oxfam, el 1,1% más rico de la población del planeta posee más riqueza

* Gonzalo Pontón Gómez, *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona: 2016, Cátedra. ISBN: 978-84-944950-4-55



que el resto de habitantes del mundo. Por otro lado, en el siglo XVIII la Ilustración, lejos de ser un movimiento intelectual liberador, fue un movimiento al servicio de grupos sociales enriquecidos que exigían cuotas de poder y, también, la exclusión política de la mayoría de la población, y ello a pesar de que todas las grandes ideologías de la mo-

dernidad, desde el liberalismo y el anarquismo pasando por el comunismo, son consideradas hijas de la Ilustración. ¿Por qué no vincular ambas realidades históricas (la existencia de una radical desigualdad en la actualidad con la formación del movimiento cultural que dio cobertura a la emergencia de la burguesía en el siglo XVIII) separados por más de doscientos años de historia? Dicha relación constituye el núcleo de la obra de Gonzalo Pontón.

La lucha por la desigualdad se organiza en torno a 9 capítulos y dos partes, la primera de las cuales (6 capítulos) se ocupa de las transformaciones socioeconómicas ocurridas en Europa en el siglo XVIII y la segunda parte (3 capítulos) de la cobertura política e ideológica que la Ilustración fue para la lucha por el poder de las clases sociales poderosas y emergentes de la Edad Moderna. El primer capítulo se ocupa de los cambios demográficos y económicos ocurridos durante el siglo XVIII, que tuvieron que ver con el crecimiento de la población y la caída del poder adquisitivo en casi todos los países europeos, todo ello a pesar de la expansión del mercado y del enriquecimiento de la burocracia emergente y de los grupos sociales dedicados al comercio. El segundo capítulo resume las principales transformaciones y continuidades ocurridas en la agricultura europea, refiriéndose especialmente a las nuevas técnicas de cultivo que mejoraron la productividad e incrementaron la producción agrícola, al conjunto de procesos de cercamiento (*enclosures*) de campos abiertos ocurridos en Inglaterra y al mantenimiento de la dependencia sobre las rentas de la tierras por parte de la vieja y de la nueva nobleza feudal, tanto la secular como la eclesiástica, todo lo cual contrastaba con las dificultades del campesinado, no ya para ahorrar, sino para, en coyunturas climáticas adversas, sobrevivir. El tercer capítulo estudia las nuevas fórmulas de pro-

ducción manufacturera, especialmente el *putting-out system*, y los diferentes modelos de producción manufacturera que imperaron en Europa: el inglés, basado en una intensificación de la inversión en mano de obra y en mejoras tecnológicas que acabó transformando los modelos manufactureros del Antiguo Régimen, el belga, que estaba más orientado a mercados restringidos que el inglés, y el modelo absolutista, más atrasado desde el punto de vista tecnológico y dirigido a mercados también muy restringidos. El cuarto capítulo del libro se ocupa del comercio y el mercado, particularmente de la formación de mercados nacionales, de la expansión del mercado internacional a través de rutas comerciales europeas, de la creación de compañías comerciales respaldadas y protegidas por los estados europeos y de la expansión del comercio transatlántico. El quinto capítulo se enfrenta a una serie de procesos de tipo político-fiscal que acabaron teniendo un impacto económico extraordinario, que son la expansión de las estructuras administrativas del Estado y de la guerra, con el consiguiente incremento de la fiscalidad (siempre regresiva, pues recaía sobre los hombros de las familias más pobres) y de la deuda pública, que enriqueció a poderosas familias prestamistas. El sexto capítulo expone de manera magistral la manera en que las contradicciones del sistema económico, social y político del Antiguo Régimen constituyeron el caldo de cultivo para motines, revueltas y disturbios en cuyo contexto sus protagonistas lucharon contra el incremento del precio de los productos básicos en el campo, a favor de mejoras salariales y laborales en las ciudades y contra los reclutamientos militares, que ocurrieron de forma constante a lo largo del siglo XVIII y que alcanzaron su máxima expresión en la Revolución Francesa.

La segunda parte del libro está configurado por solo tres capítulos que resultan clave,

pues son los capítulos que recogen el núcleo de la tesis del autor, que es la del cuestionamiento de la visión de la Ilustración como movimiento intelectual liberador. El séptimo capítulo se ocupa de la oposición que existió entre una inmensa mayoría de población europea analfabeta y la expansión de nuevas instituciones y posibilidades educativas de los grupos sociales pudientes emergentes, que se apoyaron en los intelectuales ilustrados y en su oposición a la instrucción de campesinos y trabajadores urbanos. El octavo capítulo estudia las principales características de la cultura burguesa del siglo XVIII, sus elementos plebeyos (de los que la burguesía acabó renegando), la construcción de espacios de sociabilidad entre los que destacaban las academias, los observatorios, las galerías de arte, los jardines botánicos y las sociedades culturales, así como del papel de los periódicos y de las imprentas, que se convirtieron en auténticos negocios, en la expansión de esa nueva cultura burguesa. El último capítulo de la obra recoge el grueso de la crítica a la Ilustración entendida por tantos historiadores como un movimiento que pivotaba sobre el esfuerzo de un grupo de intelectuales que fomentaron ideas basadas en la razón y la libertad y en el avance de la filosofía y la ciencia. El núcleo de la crítica contra dicha visión se apoya en evidencias tan claras como el hecho de que la mayor parte de los ilustrados estuvo lejos de plantear, ni siquiera sobre el papel, la necesidad de la igualdad entre todos los grupos sociales, y también en el hecho de que en el siglo XVIII no se produjeran avances significativos en los campos filosóficos y científicos, dado que los grandes avances ocurridos en los campos de la filosofía y la ciencia había ocurrido un siglo antes.

Se trata, en definitiva, de una obra que bascula entre el manual de historia, con profusa y rica información, y el ensayo interpretativo. A la síntesis de los principales cono-

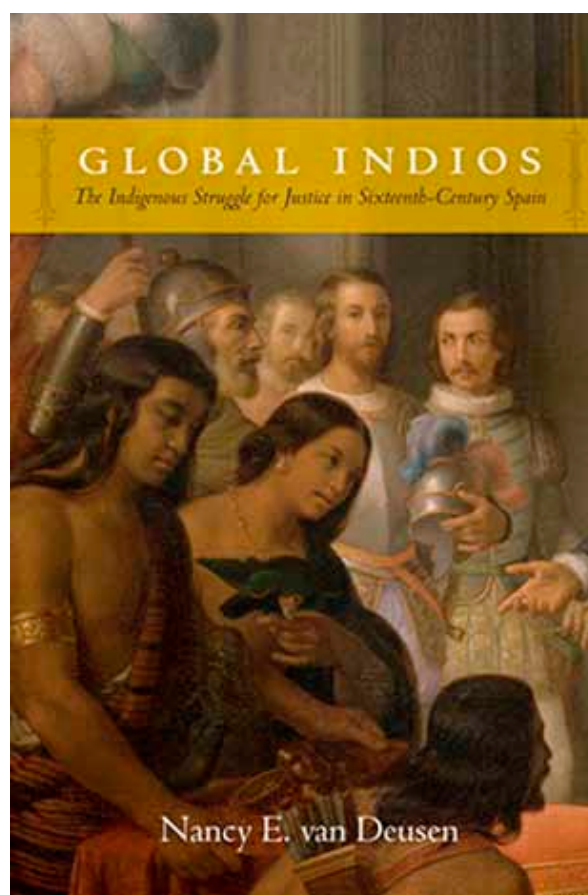
cimientos publicados sobre la economía, la sociedad y la política del siglo XVIII europeo le acompaña una crítica aguda de algunas de las más recientes tesis sobre las transformaciones ocurridas en el siglo XVIII. Una de las más destacadas, aunque no la única, tiene que ver con las propuestas que plantean la existencia de una «revolución del consumo» en el siglo XVIII, basada en la expansión social del uso y consumo nuevos productos de importación americana y asiática en Europa, y la «revolución industriosa», propuesta hecha por Jan de Vries y de acuerdo con la cual en el siglo XVIII se produjo un incremento de la demanda que estimuló el trabajo de los europeos fuera del marco del hogar con el fin de incrementar recursos con los que invertir en el consumo de productos existentes en el propio mercado. Ambos elementos habrían favorecido transformaciones económicas de mayor profundidad, como la Revolución Industrial. Gonzalo Pontón discute estas propuestas, y para ello se apoya en las críticas que cuestionan que el consumo se expandiera más allá de grupos sociales pudientes, entre otras cosas porque disminuyó el poder adquisitivo de la mayoría de los europeos, y en el hecho de que la producción de las manufacturas se apoyara, antes y después de la Revolución Industrial, en el trabajo de niñas, niños y mujeres, realidad fundamental obviada por el grueso de la historiografía sobre el tema y que resulta imprescindible para comprender las transformaciones en el comportamiento de la producción y de la demanda en el siglo XVIII.

En todo caso, el extraordinario valor de esta obra radica en su crítica, tan mordaz como sugerente, de la Ilustración. No es que Pontón esté en contra de los ideales de libertad, razón y crítica que se le atribuyen al movimiento ilustrado del siglo XVIII, es que, tal y como demuestra, son estas atribuciones posteriores a la propia Ilustración que no resisten la crítica histórica.

Global Indios: The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth-Century Spain, de Nancy E. Van Deusen*

José Miguel Escribano Páez
Teaching Fellow, University of Warwick

La historia de la esclavitud es una historia de masas humanas, por lo general, anónimas. Sin embargo, por el contrario, la historia de la lucha contra la esclavitud es una historia de héroes épicos, esto es, con nombres propios. El presente libro de Nancy E. Van Deusen ocupa una interesante posición intermedia entre estas dos corrientes. Es un libro sobre la lucha contra la esclavitud indígena en la Castilla moderna pero los protagonistas de esta lucha no son los típicos héroes ya de todos conocidos. Por supuesto, Bartolomé de las Casas (ese apóstol de las Indias que sigue atrayendo la atención de historiadores) está presente en el libro prácticamente desde la primera página. Ahora bien, muy pronto deja el escenario a disposición de los verdaderos protagonistas: los indígenas americanos que lucharon por sacudirse el yugo de la esclavitud mediante una serie de batallas legales ante la justicia castellana del siglo XVI. El título del libro, un claro guiño al clásico de Lewis Hanke, *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America*, es ya bastante indicativo en este sentido. Y es que mientras los debates sobre el derecho indiano entre los juristas hispanos han atraído un enorme interés para los historiadores, los hombres y mujeres que se lanzaron al com-



bate judicial pertrechados con los instrumentos legales producto de estos mismos debates, sin ser del todo desconocidos, han recibido mucha menos atención. Por esta razón, el trabajo de Van Deusen puede leerse como un ejercicio de justicia reparadora hacia estos personajes olvidados de la historia imperial, práctica bastante al uso en la academia norteamericana. Sin embargo, no es esta la única lectura a la que se presta.

Nancy E. Van Deusen, *Global Indios: The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth-Century Spain*, Durham y Londres, Duke University Press, 2015.

Desde este lado del Atlántico, el libro puede tomarse como una contribución que llena un vacío historiográfico en lo referente a la aplicación práctica de la compleja legislación imperial sobre la esclavitud indiana. Desde hace tiempo se ha venido debatiendo sobre las distintas reformas legales que, a pesar de abolir la esclavitud de los indios bajo dominio castellano en teoría, en la realidad ofrecía una base legal para su pervivencia. El trabajo de Van Deusen permite observar ese andamiaje legal en la práctica, y no desde una perspectiva cualquiera, sino desde la que nos brindan más de 180 indígenas americanos que plantaron batalla legal ante los tribunales castellanos para demostrar la ilegalidad de su condición como esclavos.

Ahora bien, conviene dejar claro desde el principio que el volumen que estamos reseñando es algo más que un libro sobre el derecho indiano. Es un elaborado estudio de lo que significaba ser un indio en la Castilla del siglo XVI, una categoría identitaria que, según la autora, fue tomando forma al compás de interacciones tanto locales como globales. Así, según Van Deusen, la pertenencia a este grupo no se determinaba en función del mero lugar de origen, o al menos no sólo, sino al calor de cambiantes contextos locales y globales que, a su vez, se veían profundamente influenciados por esta nueva forma de masiva movilidad humana. El argumento puede parecer un tanto circular a primera vista: la esclavitud aparece como agente de cambio en los contextos locales y globales, pero, a su vez, se ve influenciada por esos mismos contextos que estaba contribuyendo a configurar. Sin embargo, el contenido del libro ayuda a diseccionar la mecánica de esta compleja interacción de una manera bastante convincente.

Tras una completa introducción que presenta al lector los objetivos, la metodología

y el utillaje conceptual básico del libro, el primer capítulo ofrece una primera panorámica de los principales temas de esta obra. Este capítulo se centra en Carmona, un municipio a la sombra de la Sevilla imperial del quinientos. En este ejercicio de microhistoria global la autora reconstruye la coexistencia de hombres y mujeres llegados de las cuatro partes del mundo en el paisaje humano local, y su influencia en los procesos judiciales de dos indígenas americanas que intentaban demostrar la ilegalidad de su condición como esclavas. El segundo capítulo continúa ampliando el zoom para pasar a estudiar la esclavitud indígena en el contexto doméstico. Lejos de constituir un mero ejercicio de «voyeurismo histórico» este capítulo explora una pléyade de dramas domésticos para iluminar como estas relaciones domésticas reflejaban la asimetría política detrás de esta forma de movilidad forzosa.

En el siguiente capítulo los indígenas ceden parte de su protagonismo al jurista castellano Gregorio López Tovar. Su labor implementando las reformas de los años 1540, fruto de la cual muchos indios que habitaban en Sevilla alcanzaron la libertad, permite a la autora demostrar cómo estos manejaban la cambiante cultural legal castellana. El cuarto capítulo continúa por esa línea, pero pasa a analizar la mecánica burocrática de estos particulares casos judiciales y, más concretamente, las evidencias escritas. Con ello la autora arroja luz sobre los diferentes discursos, a favor y en contra, de la esclavitud indígena que se iban reformulando en cada pleito al hilo de los cambios en la praxis judicial. El siguiente capítulo se centra en las deposiciones de los testigos para mostrar la habilidad de los litigantes a la hora de utilizar algunos de los conceptos clave de la cultura legal castellana. Acto seguido la autora nos ofrece un detallado análisis de las nociones que

los habitantes de la Castilla del siglo XVI empleaban para distinguir entre indios esclavos o libres. En lo que constituye una de las aportaciones más destacadas del libro desde nuestro punto de vista, Van Deusen demuestra que estas nociones se construían sobre una percepción de la diferencia que, a su vez, cambiaba a medida que el mundo de testigos y litigantes se volvía más y más complejo. Por último, en el último capítulo la autora pasa a examinar varios casos en los que diferentes indígenas intentaron construirse una identidad como indios españoles con la que obtener un veredicto favorable en los tribunales. Más allá del resultado de sus juicios, su caso abre una ventana a una realidad imperial en la que estos espacios políticos pueden percibirse como un variado abanico de intercambios interoceánicos, intercambios, movimientos de gentes, y de súbditos trans-imperiales.

A lo largo de todos estos ejercicios analíticos Van Deusen hace gala de una profunda capacidad interpretativa. Quizá en algún momento se echa en falta una breve reflexión sobre la autoría ¿individual o colectiva? de los testimonios citados. Sin duda los indios, litigantes o testigos, son las voces que interesa escuchar aquí, pero queda por determinar hasta qué punto sus voces nos han llegado mediatizadas por los demás actores que participaban en los procesos judiciales. Por plantear un ejemplo concreto, las nociones de pertenencia imperial desplegadas en los juicios ¿eran construcciones mentales de los indígenas litigantes o una traducción del burócrata encargado de plasmarlas en el papel? Ahora bien, es de justicia señalar que, si bien esta precisión hubiera podido robustecer algunos argumentos, no es menos cierto que las fuentes disponibles no puedan ayudarnos a dilucidar esta cuestión en profundidad. De hecho, el concienzudo trabajo de la autora con las fuentes es, cuanto menos, reseña-

ble. El principal corpus lo constituyen los más de 120 casos de la Casa de la Contratación y el Consejo de Indias. Lejos de conformarse con este impresionante acervo documental, Van Deusen ha recurrido también a un amplio abanico de fuentes (desde protocolos notariales hasta crónicas pasando por decretos reales, correspondencias oficiales, registros de barcos, etcétera) recogidas en archivos y bibliotecas a ambos lados del Atlántico. La dimensión transatlántica de este trabajo también resulta evidente en lo referente a la maestría que la autora demuestra a la hora de combinar una amplia literatura secundaria en temas tan dispares como la historia del imperio español o las múltiples historias locales de la esclavitud indígena en el siglo XVI.

El texto, en lo que se refiere a las citas literales, presenta algunas imprecisiones que, aunque evidentes, no impiden la perfecta comprensión del contenido. Por otra parte, el aparato gráfico que acompaña al texto puede parecer un tanto inconsistente. El mapa de Latinoamérica ayuda al lector a comprender las divisiones geográficas del continente, un aspecto crucial en las batallas legales emprendidas por los indios. De la misma manera, el mapa del mundo con todos los lugares citados en los pleitos permite hacerse una idea de la dimensión del imaginario global desplegado en estas batallas legales. Sin embargo, el mapa de la península ibérica, plagado de referencias a lugares que como «Santorcas» (sic) no aparecen en el texto, deja al lector con la duda de qué criterio ha llevado a autor y editor a considerarlo útil. El capítulo séptimo incluye un mapa de las Molucas que no aporta gran cosa y, sin embargo, en el capítulo inicial se echa en falta un mapa que ayude a entender la compleja distribución territorial de los indios considerados legítimos esclavos y los libres desde un punto de vista legal. De la misma manera, el capítulo

cuarto podía haber mejorado incorporando la reproducción de alguno de los documentos que los indígenas presentaban como prueba escrita en sus juicios. Huelga decir que todo esto no resta calidad al resultado final del volumen.

El libro resultará de interés tanto a especialistas como al público en general interesado por las caras ocultas de la expansión hispana. Sin embargo, el autor de estas líneas se atreve a dudar que ningún editor se arriesgue a traducir este libro para un mercado editorial hispanohablante que parece preferir «rerrevisionismos» autocomplacientes del pasado imperial hispano. Siempre resultará atractivo releer la historia del imperio hispano en América en busca de leyendas negras, doradas, rosas, propias y ajenas, pero frente al simplismo de todas esas narrativas la historia de los triunfos y fracasos de estos 184 litigantes permite observar una de las múltiples caras del imperio sin maquillajes. Ahora bien, el interés del libro va más allá del ámbito de la historia imperial hispana. Desde un punto de vista metodológico el trabajo de Van Deusen ofrece, desde el primer capítulo, un claro ejemplo de las ventajas de una ecléctica combinación entre perspectivas globales

y microanalíticas. El análisis en profundidad de la documentación judicial resultará de utilidad para todos aquellos que tengan que recurrir a estas fuentes complejas y productivas a partes iguales. Más allá del ámbito estrictamente académico, el libro será de interés para todos aquellos que se interroguen sobre los efectos del continuo movimiento de gentes tan propio del mundo globalizado en el que vivimos. Ello es así porque ofrece una privilegiada mirada a como los castellanos del siglo XVI intentaron dar sentido a un paisaje humano hispano que se volvía más y más complejo a medida que el mundo exterior se iba haciendo cada vez más y más grande. Por último, no nos resistimos a señalar lo llamativo que resulta, en un momento en el que se suele asociar el avance de la globalización como una fuerza impersonal que equipara derechos a la baja, el que un puñado de indígenas supieran instrumentalizar en sus batallas por el status como hombres y mujeres libres la percepción de un mundo cada vez más interconectado. ¿Motivos para el optimismo? Elementos de reflexión, sin más, y eso es lo que los lectores de esta revista pueden esperar de un producto académico como este.

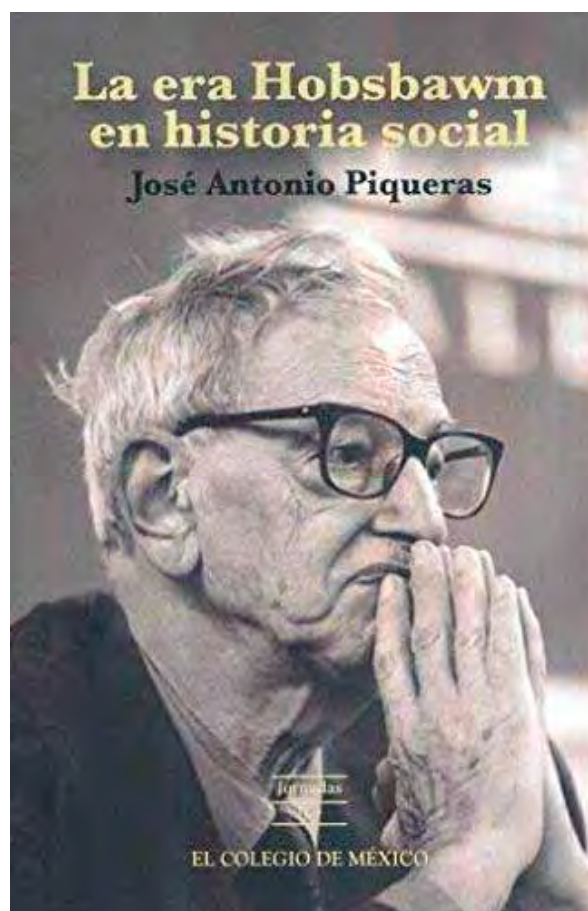
La era Hobsbawm en Historia Social, de José Antonio Piqueras*

Ángel Duarte
Universitat de Girona

Revisar la obra de E. J. Hobsbawm y obrar, tal y como propone José Antonio Piqueras, conduce a la realización de un ejercicio complejo. Un trabajo intelectual que procura desbordar la mera erudición a fin de permitir, como mínimo, tres cosas. A saber:

a) Examinar los logros y las limitaciones, el orto y el ocaso —a la espera, según se intuye, de nuevas amanecidas— de la historia social. Hacerlo en relación a la Edad de Oro de la misma tal y como fue concebida por Hobsbawm y por tantos otros de los autores de su generación y de su filiación ideológica y profesional. Acercarnos, pues, a aquel tiempo que tuvo su arranque «entre confuso y genial en los años 1920 y 1930», que se prolonga en tiempos de la segunda posguerra mundial y que se ve abocado a una potente erosión en la década de 1980, sino antes.

b) Proceder a un ensayo de historia intelectual, en este caso la de la específica comunidad de los historiadores, en la que no sólo se atiende a las lógicas internas de la corporación, cohesivas y/o competitivas, sino que se procede a incrustar dichos juicios, opciones metodológicas y establecimiento de los campos de interés analítico en una sociedad históricamente determinada. La investigación y la escritura, los problemas a resolver y los procedimientos



por los cuales opta el historiador se afrontan atendiendo a aquello que los definió: no ya el progreso endógeno de la disciplina, sino a las necesidades y a las interpelaciones del público receptor, de la sociedad en su conjunto. En este punto en concreto, el hacer de Hobsbawm, en particular en sus grandes y sucesivas síntesis de los tiempos contemporáneos, da pie a una serie de requerimientos muy amplios a públicos lec-

* José Antonio Piqueras, *La era Hobsbawm en historia social*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2016, 310 pp.

tores que se ampliaron más allá de los estrictamente académicos.

c) Rendir homenaje a una de las figuras intelectuales del siglo XX más decididamente implicadas en su oficio, y a través de él en el ejercicio de estudiar el pasado para comprender el presente y proceder, en la medida que fuese posible, a abrir las puertas en las que fuese viable ir liquidando, o aminorando, las prácticas de opresión, exclusión o marginación de las que eran y siguen siendo objeto las mayorías sociales populares. Unas mayorías que habían sido, con anterioridad a ese momento dulce de la historia social, «sujetos olvidados». En diálogo con la ciencia social y partiendo de una historia económica anterior a derivas econométricas Hobsbawm procuró una forma de conocimiento del pasado que ayudaba a comprender el presente. Como algunos de otros de sus cultores, lo hizo con el ánimo de transformar ese presente hacia «un mundo donde siendo comunes los bienes y recursos cuya apropiación estaba en el origen de los antagonismos sociales, acabara la injusticia, la desigualdad, la dominación de unas naciones por otras, el dominio político».

Esta última dimensión, la del intelectual comprometido con los de abajo y los de fuera, con los sometidos y los excluidos queda esclarecida mediante un pertinente juego de imágenes. Las que facilitan las trayectorias contrapuestas de gente como Karl Popper o Joseph Schumpeter. Gentes que adoptaron posicionamientos y compromisos científicos, profesionales y cívicos distintos, por no decir opuestos, al del protagonista e hilo conductor del volumen. Los caminos divergen cuando se presentan las grandes crisis civilizatorias, las coyunturas de ruptura con el Ochocientos: «La Gran Guerra Europea, con su interminable carnicería, la Revolución Rusa y las situaciones revolucionarias centroeuropeas, al igual

que la condición desigual en América, básicamente entre población de filiación europea en la época de las grandes migraciones, la emergencia de Estados nacionales, la onda de la revolución mexicana y su impacto mundial, la construcción del socialismo en la Unión Soviética, la expansión del sindicalismo revolucionario y el asociacionismo de masas socialdemócrata, el ascenso del fascismo, el inicio de un nuevo ciclo de movimientos anticolonialistas, etc., demandaron explicaciones sobre las acciones colectivas que la historia académica omitía». Ese es, justamente, el contexto inicial de una opción militante, la de Hobsbawm, que se resiente pero no se liquida en 1956. Es también el punto de partida de una Edad de Oro para la historia social. Lo es, recordemos los otros dos nombres citados, en la misma medida que otros optaron por otros compromisos. Biografía e historiografía se solapan. Se explican mutuamente.

Piqueras procede a una labor filológica que fija la larga cadena de propósitos en un oficio y en un saber en cuyo interior —o en terrenos limítrofes— desde Pierre Lacombe y François Simiand, como mínimo, en adelante, se habían oído voces que reclamaban la científicidad de la historia, el paso de lo singular a lo regular, la asunción de una perspectiva sociológica y de los sistemas explicativos de causalidad, la atención por un conjunto de hecho omitidos, o relegados, por el historiador. Al avance de la labor de Hobsbawm, y con él al de la historia social, coadyuvó, antes de y durante la densa temporalidad antes establecida, el hecho que el movimiento obrero, el surgido con la factoría (recuérdese aquí la existencia de uno de los grandes contenciosos con la obra de E. P. Thompson), hiciese de la historia un motivo de interés y, finalmente, de legitimación y dotación de sentido a sus combates. Junto a ello, el desarrollo, en el que participa justo antes de la eclosión econométrica, de la

historia económica (a la manera de Ernest Labrousse y sus discípulos) y, en general, de los estudios económicos con su análisis de ciclos y fluctuaciones, de estructuras y coyunturas, de crisis. Eran tiempos en los que la historia social y económica formaba un todo; en la que se asumía que la coyuntura económica contribuía a explicar lo social, que el conocimiento de la base económica permitía evaluar las características de los grupos sociales —¡ay, de las clases!— y que establecer los fundamentos del poder económico ayudaba decisivamente, aunque no en exclusiva, a explicar la dinámica social.

Queda claramente establecido, en el libro de Piqueras, hasta qué punto el trabajo de Hobsbawm, como el de tantos otros historiadores británicos se beneficiaría de la adscripción a una tradición nacional —relacionada con la academia o, como en los Webb o los Hammond, situada en la periferia de la misma— que hacía del trabajo empírico una seña de identidad. Una tradición en la que, y los historiadores marxistas británicos ahondaron en ese rasgo, la agenda del historiador no se supeditaba a la agenda política del día. Estos perfiles facilitarían la posibilidad de diálogo generacional —en revistas como *Past & Present*— con quienes, británicos al fin, compartían el gusto por la estrecha conexión entre teoría y empiria. Nada paradójicamente, eso mismo le suministraría, en su caso concreto, un sustento no para el cierre sino para la conversación fecunda con aquellos que, en la estela de los maestros —Lucien Febvre y, de manera muy especial, Marc Bloch— investigaban, escribían y decían en el continente, en revistas de referencia o en los congresos académicos que en la década de los cincuenta pergeñaron las agendas investigadoras.

El libro de Piqueras recoge diversas intervenciones que tuvieron lugar frente a diversos auditorios académicos mexicanos, latinoamericanos. Ello, sin duda, genera, a

pesar del meticuloso trabajo de edición llevado a cabo por el autor, algunas reiteraciones. En cualquier caso, la introducción de matices y precisiones nuevas hacen que, incluso ese rasgo, el de las redundancias sea llevadero. En esas conferencias queda en evidencia, una vez tras otra, que Hobsbawm se inscribe en un programa de historia de la sociedad que arranca en los decenios de entreguerras de la primera mitad del siglo XX, que da sus primeros pasos con Bloch y Febvre aunque tenga raíces previas y que cuenta con un papel fundamental de la concepción marxista de la historia. Pero no sólo eso. Hobsbawm va a Latinoamérica pronto, en los años cincuenta. Pronto el análisis de las violencias y las resistencias, de lo arcaico como potencial arma de entereza comunitaria, se presenta con toda su capacidad heurística en relación a las rebeldías, sus tipos, sus actores, su morfología, su operatividad y sus limitaciones. Sin evaluaciones que procedan acríticamente, por la simple aunque irrenunciable simpatía hacia los desposeídos Hobsbawm entra en un terreno y al entrar contribuye, como bien explica Piqueras, a la forja de agendas de investigación, y en su papel posterior en las mismas, en toda América Latina y, de manera muy particular, en escenarios como el colombiano o el peruano.

De las múltiples lecciones que pueden entresacarse de *La era Hobsbawm en historia social* quisiera, para concluir esta nota, destacar un par. La primera que ni Hobsbawm ni el autor del libro parece creer que el éxito del calificativo «rígido» aplicado por sistema al sintagma «marco teórico» sea una opción que haga progresar el saber historiográfico. La segunda, acaso más directamente vital pero no menos significativa, queda apuntada por Piqueras a modo de elogio *ad personam*: «Hasta el final de sus días sostuvo una voz lúcida y crítica en el panorama cada vez más gris de la razón, sin

dejarse conquistar por la actitud entre convenientemente escéptica y conformista en que ha venido a parar el medio académico. Tampoco se dejó llevar por las andanadas apocalípticas de los vencidos de tantas derrotas, afanosamente trabajadas, de las que nada desean aprender».

José Antonio Piqueras había arrancado su reflexión en tono un tanto melancólico y cervantino a propósito de una Edad de Oro, ya lejana en el tiempo, de la historia social. No se llamen a engaño. No hay hipocondría. El autor ancla al lector, desde las primeras páginas, en una serie de convenciones metodológicas y epistemológicas que nos sitúan en el terreno de quienes comparten la conveniencia del encuentro de la labor

historiográfica con las ciencias sociales, que asumen la perspectiva de la historia-problema, que resisten en el ámbito de la búsqueda de causalidades que religan en una misma trama explicativa los procesos materiales y los acontecimientos políticos, las relaciones sociales el comportamiento de grupos y masas, de sujetos colectivos. En el elogio a Hobsbawm Piqueras halla una palanca para hacer frente al hastío de la historia de las personalidades y los acontecimientos, y, de manera muy decidida, al cansancio por esas curiosidades que nos apartan de lo relevante. La historia personal pasa a ser la historia del siglo. Y la historia de la historia: un hilo conductor a través del cual reseguir la evolución de la historiografía.

1917. Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias, de Francisco Fernández Buey*

Giaime Pala
UAB/UdG

Hubo un tiempo, seguramente hasta los años ochenta del siglo pasado, en que la mayoría de los militantes europeos de izquierdas consideraba esencial conocer la historia de su tradición ideológica para apuntalar su formación política. En la biblioteca personal de un activista, pongamos que comunista, no solían faltar libros sobre la Revolución Francesa, la Comuna de París, la Revolución Rusa de 1917, las cuatros Internacionales, etc. Y dentro de este cultivo de la historia, se incluían también las obras de los padres teóricos del marxismo, que en aquella época no se leían como «clásicos», sino más bien como pensadores «actuales», esto es, como referentes que aún podían guiar la teoría y la praxis de las organizaciones comunistas en un contexto socioeconómico ciertamente diferente al de las primeras décadas del siglo XX. Autores en nombre de cuyo pensamiento los militantes podían discutir acaloradamente, escindirse y hasta insultarse. Los ejemplos que podría mencionar aquí son tan numerosos que darían para escribir un ensayo de dudoso interés científico. Pero casos como la virulenta discusión que protagonizó el cuerpo militante del PCE/PSUC en 1977-1978 en

* Francisco Fernández Buey, 1917. *Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias*, El Viejo Topo, 2017. Edición de Salvador López Arnal y Jordi Mir García.



torno a la decisión de Santiago Carrillo de eliminar el leninismo como rasgo distintivo del partido, o, si hablamos de las siglas de la extrema izquierda, el uso abundante y a menudo violento del adjetivo «revisionista» para calificar los programas de otros partidos revolucionarios, bastarían para dar una idea más precisa de lo que estoy diciendo.

Por diferentes razones que tienen que ver con los cambios geopolíticos, ideológicos y sociológicos que han experimentado las sociedades occidentales, y que estudiarán en detalle los historiadores del mañana, las cosas han cambiado. Como tendencia general, la izquierda actual ya no tiene tanto interés por su pasado ni se enzarza con frecuencia en discusiones filológico-políticas acerca del pensamiento de sus grandes teóricos. Verbigracia, a casi nadie hoy le escandaliza el uso superficial de los conceptos gramscianos por parte de no pocos políticos progresistas de toda Europa. Y, si nos referimos a España, a veces se tiene la sensación —muy fuerte cuando se observan a algunos líderes de la llamada «nueva política»— de que todo lo anterior a la Transición a la democracia no sea digno de estudio.

Digo esto tras haber leído la antología de textos de Francisco Fernández Buey (FFB) sobre la Revolución de Octubre de 1917 y la trayectoria histórica del movimiento comunista, editada recientemente por Salvador López Arnal y Jordi Mir. Una antología interesante por muchos motivos, pero, ante todo, porque en ella veo a un brillante intelectual comunista que modificó con los años su manera de enfocar la tradición política a la que se adhirió en juventud y que, al mismo tiempo, se confrontó con acontecimientos internacionales que marcaron una época y le empujaron a hacer un esfuerzo de clarificación política que duró hasta su muerte en 2012.

En efecto, en los textos de FFB de los años setenta, como los dos fragmentos del libro *Conocer Lenin y su obra* (1977) que los editores han incluido en su selección, se nota, entre otras cosas, la tentativa de ver lo que había de vivo en los escritos de Lenin. Y por vivo entiendo —en línea con lo que decía al comienzo de esta reseña— aquello que podía ser políticamente opera-

tivo en el contexto en que FFB escribía. Lo mismo se puede decir de su lectura de los comunistas consejistas de los años veinte y treinta, como Anton Pannekoek, Karl Korsch y Paul Mattick, en cuyas teorías FFB encontraba ideas que aún creía utilizables para la lucha política y sindical en la España posfranquista. Su misma introducción a un libro de 1975 que recogía el debate entre Antonio Gramsci y Amedeo Bordiga sobre la visión gramsciana de los consejos de fábrica de Turín como germen de una futura democracia obrera, estaba pensada para recuperar ideas —las del consejismo italiano— que no por salir derrotadas merecían acabar en el basurero de la historia. Aunque sea indirectamente, también percibo su voluntad de intervenir en los debates de la izquierda de los setenta en un texto historiográfico como «La revolución rusa como problema histórico», publicado en 1978 por *El Viejo Topo*.

Con el paso del tiempo, y en concomitancia con el reflujo que padeció el movimiento comunista en los años ochenta, la visión de FFB de la Revolución de Octubre y del comunismo del siglo XX tendió a hacerse menos «inmediata», es decir, no tan funcional a las necesidades estratégicas y tácticas de la izquierda española. Máxime después del hundimiento de los regímenes de los países del Pacto de Varsovia a partir de 1989. Como no podía ser menos, sus escritos del periodo 1990-1996 reflejan la conciencia de que la izquierda se hallaba ante una cesura histórica que la obligaba a formular una reflexión en profundidad sobre su pasado y presente. Si ya en 1977 FFB se mostraba, en un artículo publicado en *Materiales*, escéptico hacia una regeneración socialista de la URSS, en sus textos posteriores a la caída del Muro de Berlín es patente la voluntad de analizar con espíritu autocrítico el fracaso del socialismo real, que, *velis nolis*, afectaba a todos; hasta a

aquellos que nunca habían comulgado con el modelo soviético. De lo que se trataba era de «revisar, rehacer, renovar sin perder la naturaleza propia» (p. 164). En suma, de volver a empezar con humildad y de recuperar todo un vocabulario de emancipación social desvirtuado por las *nomenklaturas* de los países del Este. Lo cierto es que esta autocrítica del socialismo, reclamada y practicada por un intelectual que —hay que recordarlo— siempre había sido crítico con el socialismo real, no debió de ser fácil. Aquellos eran años en que un libro esquemático e ingenuo como *El fin de Historia* de Francis Fukuyama era presentado por los medios de comunicación como una lectura obligatoria para pensar el presente, y en los que abundaban los intelectuales que reducían la historia del comunismo a una galería de horrores y crímenes contra la humanidad. Aun así, FFB no esquivó la tarea y, en una entrevista de 1991, demostró tener una idea nítida de la dimensión del problema y de su solución: «El drama es que esta fase histórica que ahora empieza tiene detrás el descrédito tremendo de las palabras ‘socialismo’ y ‘comunismo’ (...) Parece claro que en tales condiciones la noción misma de socialismo tiene que ser reconstruida» (pp. 171-172). En ello trabajó Francisco Fernández, con especial intensidad en los años noventa, con obras como *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa eco-socialista* (1996) o *Marx (sin ismos)* (1999).

También son muy interesantes sus escritos redactados a partir del 2000. Una etapa en que FFB, aun sin dejar de colaborar con partidos y plataformas alternativas, tendió a alejarse de la política activa al tiempo que intensificó su producción político-filosófica. En lo que se refiere al tema central del libro, FFB era consciente de que el cambio generacional había modificado los intereses intelectuales de las nuevas hornadas de activistas radicales, que, a diferencia de

los de la generación anterior, ya no se sentían particularmente atraídos por acontecimientos como la Revolución de 1917 o por políticos como Lenin. Era un hecho que la izquierda marxista no podía aceptar de forma resignada —volveré sobre este punto en un momento— pero al que tenía que adaptarse. Él, desde luego, lo hizo. Porque, aunque FFB siguió definiéndose hasta el final como comunista, no sacralizó esta palabra y le dio un significado parecido al que tenía para Karl Marx: un militante del más amplio y transversal movimiento democrático que recorrió el siglo XIX y protagonizó las luchas sociales de la época. No por casualidad, en la presentación del libro *El comunismo. Contado con sencillez* (2003) de Francisco Frutos, entonces secretario general del PCE, le parecía que lo más llamativo de la obra fuera el hecho de que apenas hablara «de comunismo (ni siquiera de sociedad socialista) cuando se refiere al futuro. Dice que el mundo necesita una pasada por la izquierda. Habla de democracia radical y participativa, de otra globalización, de nuevo humanismo. Y sobre todo de derechos (...)» (p. 258). FFB opinaba que el comunismo organizado no había perdido su función política siempre y cuando estuviera dispuesto a unirse con todas las fuerzas progresivas de la sociedad y trazar con ellas un programa de transformación social viable y realista. Los tiempos en que el movimiento comunista creía ser políticamente autosuficiente habían acabado para siempre. Para un seguidor del filósofo de Tréveris, el objetivo tenía que ser ahora la construcción de una suerte de V Internacional que recordase a la antigua y plural Asociación Internacional de Trabajadores.

Como decía antes, dicha renovación no implicaba en absoluto que los militantes radicales del nuevo milenio hicieran un borrón y cuenta nueva con el pasado. Todo lo contrario. FFB no dejó de recomendarles

el estudio riguroso de la historia del movimiento comunista —o, mejor dicho, de la historia *tout court*— para que su práctica política no cayera en el presentismo estéril. En el libro se incluyen diferentes muestras de ello. Pienso, por ejemplo, en la larga reseña de la espléndida novela *Chevangur* de Andréi Platónov, ambientada en los años del comunismo de guerra y la Nueva Política Económica, y en su comentario del libro de Rafael Poch de 2003 acerca de la caída del sistema socialista y la transición al capitalismo en los territorios de la vieja Unión Soviética. Pero también en su reseña de las memorias de Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado* (2005), en que FFB encontraba, amén de la admisión de la derrota del comunismo italiano, enseñanzas fecundas para el futuro.

Para concluir, no faltan motivos para recomendar la lectura de este libro tan bien editado por López Arnal y Mir. De entrada, por el interés intrínseco de las reflexiones de un intelectual sólido y original, cuyo talento a la hora de hilvanar argumentos tiene pocos paragones en la izquierda española de los últimos cincuenta años. En segundo lugar, porque los textos del libro conforman, en sí, toda una lección metodológica sobre cómo interrogar la experiencia histórica comunista y sacar de ella conclusiones provechosas para el presente. Y por último, porque es un libro útil para todos aquellos historiadores y politólogos que estén interesados en analizar cómo la izquierda de España vio el final del socialismo real e intentó reconstruir sus categorías analíticas a partir de los años noventa.

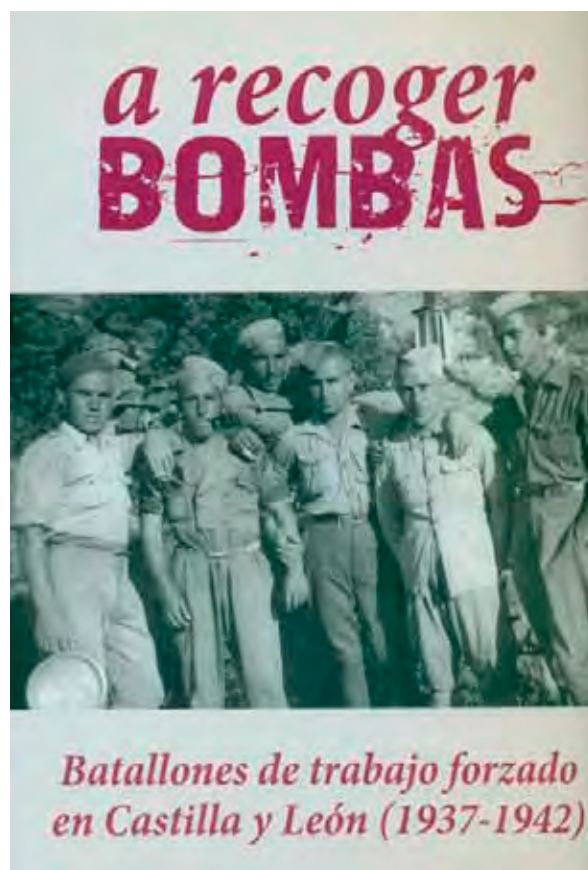
El trabajo, derecho y condena*

Alejandro Pérez-Olivares
Sciences Po Lyon

Hace ya unos años, el añorado historiador Julio Aróstegui afirmaba que «el estudio de la violencia se relaciona siempre con los intereses de quienes la estudian y con sus puntos de vista». Más de dos décadas después de aquel juicio, que abrió los cauces del estudio de la violencia política a enfoques todavía hoy sugerentes, el libro de Juan Carlos García Funes confirma la importancia de seguir pensando las formas represivas elegidas por la dictadura de Franco desde intereses y puntos de vista renovados. *A recoger bombas. Batallones de trabajo forzado en Castilla y León (1937-1942)* propone un diálogo entre enfoques alejados *a priori*: por un lado, la espinosa cuestión del trabajo forzado como forma de acumulación económica; por otro, las raíces represivas de tal práctica entre la Guerra Civil y la inmediata posguerra. El contexto desde el que se ha escrito esta obra no puede ser más ilustrativo: el autor no es sino una voz más de una generación marcada por la precariedad y la inestabilidad laboral, cuando no por la ausencia directa de oportunidades. Pero precariedad e inestabilidad, aun dentro de la Academia, no son sinónimo de fragilidad analítica, y este trabajo lo demuestra.

La solidez de la propuesta de Juan Carlos García Funes se explica, en primer lugar, por su larga trayectoria investigadora en las múltiples facetas del sistema repre-

* Reseña del libro: Juan Carlos García Funes, *A recoger bombas. Batallones de trabajo forzado en Castilla y León (1937-1942)*, Atrapasueños - Foro por la Memoria de Segovia, Sevilla, 2016, 380 pp.



sivo franquista. Un perfil que abarca desde la redención de penas por el trabajo a los Batallones de Trabajadores y los campos de concentración, al que también se une una clara vocación divulgativa, aquello que debería vehicular cualquier trabajo relacionado con la memoria traumática de nuestro país. En este sentido, entre 2008 y 2011 participó investigando en archivos y recopilando testimonios como activo militante del Foro por la Memoria de Segovia de cara al proyecto «Tras las rejas franquistas» (libro, exposición y documental) junto con Santiago Vega, así como en otras exposicio-

nes sobre las diferentes vertientes represivas del régimen de Franco y la violencia en la retaguardia republicana durante la guerra. En 2011 el autor dedicó su Trabajo Fin de Máster a la relación entre el propagandismo católico y la movilización de masas entre 1923 y 1931. En ese mismo año, sus variados intereses quedaron fijados en sendas publicaciones, como «La Prisión Central de Mujeres de Segovia» (de nuevo con Santiago Vega) o «El semanario Redención: un estilo de coacción y propaganda», dentro de una publicación colectiva resultado de un congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. A sus reflexiones sobre la prisión franquista y la extensión del discurso y la práctica redentorista en el mundo penitenciario unió su experiencia investigadora en el marco del Fondo Documental de la Memoria Histórica de Navarra (proyecto desarrollado desde la UPNA) y la realización de una tesis doctoral sobre el trabajo forzado en el conjunto del territorio español. La publicación de este libro puede interpretarse así como una primera decantación de su investigación doctoral, que ha defendido felizmente en septiembre de 2017.

En términos generales, son dos las grandes aportaciones de esta obra. Primero, su propia apuesta interpretativa desde la multiplicidad de planos superpuestos e interconectados. Segundo, su profunda voluntad explicativa ante la complejidad que alcanzó la represión franquista. En este sentido, a lo largo de las páginas de *A recoger bombas* desfilan prisioneros dentro del sistema de Batallones de Trabajadores y presos redimiendo pena a través del trabajo, dos figuras diferentes, sobre las que recayó una justificación distinta de la pena, y que no siempre se han clarificado correctamente en el debate historiográfico. El autor dedica el segundo capítulo del libro a desgranar la fundamentación intelectual

y jurídica de ambos sistemas, las instituciones que participaron y su rango de actuación. Unas páginas sin duda necesarias para comprender sus diferencias, pero que podían haberse dirigido también a explicar las similitudes entre la redención y el trabajo forzado, sobre todo cuando ambas experiencias legaron una memoria a veces intercambiable. ¿Por qué coincidieron las nociones de «desafecto» y «enemigo» en los mismos sujetos? ¿Es posible interpretar la construcción del franquismo, social y culturalmente, pero también desde su propia materialidad, a partir del trabajo de presos y prisioneros? Una cuestión que profundizaría en uno de los debates planteados por este estudio, el de una perspectiva analítica anclada en el «tiempo largo». ¿De qué formas el «derecho al trabajo» franquista fue una subordinación más de las condiciones laborales al «interés nacional» y cómo se codificó este interés en la década de 1940?

Los capítulos tres y cuatro se consagran a estudiar las raíces del sistema de trabajo forzado en la Guerra Civil y su extensión a los años de «paz». De este modo, la interpretación continúa una serie de trabajos que trascienden el año de 1939 para interrogarse más por la continuidad de las instituciones y dinámicas del franquismo que por la ruptura que supuso la sublevación. Es más, el autor dibuja unas líneas de continuidad que atraviesan no sólo la Segunda República y la dictadura de Primo de Rivera, sino que se hunden con profundidad en el siglo XIX. Desde hace ya algún tiempo, no sólo la guerra de 1936-1939 se interpreta en términos de colmatación de tensiones y conflictividades de largo recorrido, una cuestión ya de por sí crucial, sino que la propia configuración de la dictadura se interpreta a través de importantes persistencias más allá del último parte de guerra. Es en esta secuencia de rupturas y continuidades donde se sitúa la importante función

de los batallones de trabajo forzado, a los que Juan Carlos García Funes enfoca desde Castilla y León. Una vez presentado el «problema» de los prisioneros de guerra a partir de 1937 y después de dibujar la burocracia de los campos de concentración, todo ello en el tercer capítulo, el cuarto se destina a definir la relación entre campos y batallones como la construcción de un «espacio de control, estabilidad e intendencia». La definición de una retaguardia pacificada se produjo al mismo tiempo que se catalogaba a los soldados enemigos capturados en el frente. Y más aún, ambos fenómenos no pueden interpretarse de forma aislada, pues en ellos cristalizaron gran parte de las raíces ideológicas del todavía «Estado campamental». En la construcción de la dictadura franquista, la violencia expresó gran parte de su naturaleza política al tiempo que modelaba la futura sociedad de posguerra.

Es aquí donde se sitúa la «clave de bóveda» de este libro, la finalidad del trabajo forzado como elemento de encuadramiento y clasificación ideológica. Un fenómeno que puso en relación a múltiples instancias del poder franquista, fueran civiles o militares, desde que la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros se percatara del aprovechamiento económico que podía obtener del trabajo de «desafectos» y «afectos dudosos». Las diferentes burocracias que conformaron el franquismo crearon un espacio de control a través del trabajo, primero en la retaguardia, después a través de la reconstrucción del país tras la guerra. El esfuerzo empírico mostrado en este libro demuestra la dificultad de ofrecer un análisis cuantitativo concluyente, aun vaciando de forma intensiva los fondos del Tribunal de Cuentas, como es el caso. Las fuentes que podrían permitir un análisis más profundo del trabajo forzado forman parte de ese «agujero negro documental» que es aún

el franquismo. Una realidad, la del acceso a las fuentes del estudio de la dictadura, que se opone a la masiva presencia de otro tipo de patrimonio, más cotidiano y, por tanto, quizá más «invisible». En efecto, lo que demuestra esta obra es que los cautivos trabajadores no participaron únicamente en la construcción de fortificaciones y otras labores de intendencia militar, sino que el trasvase de mano de obra a proyectos civiles fue masiva. Así, carreteras, infraestructuras del ferrocarril, trabajos forestales o de reconstrucción en las ciudades e, incluso, aeropuertos, fueron destinos recurrentes. La escasez de mano de obra especializada hizo que algunos cautivos trabajadores fueran realmente solicitados por los poderes locales o los patronos de las fábricas, que anteponían el desarrollo de sus industrias a la catalogación moral e ideológica de los trabajadores.

La amplia variedad de tipos de trabajo forzado, su influencia en el desarrollo económico del proyecto autárquico, incluso su permanencia hoy en día, hacen de la ampliación de escala un acierto metodológico. El libro nos presenta un fenómeno próximo, del que todavía hoy podemos vislumbrar algunos de sus efectos. La ausencia de fuentes y la dificultad de su consulta para estudiar el trabajo forzado contrastan con la materialidad de las obras. ¿Qué hay de su memoria? El autor conoce bien las publicaciones de algunos trabajadores forzados, como demuestra en su recorrido bibliográfico. Sin embargo, la riqueza de estas fuentes, que ponen rostros al sufrimiento y delimitan las fatigas de miles de personas, se ve relegada a la introducción y al epílogo del libro. Limitaciones de espacio y la arquitectura del estudio, centrado en una más que necesaria explicación funcional, explican esta utilización testimonial de las memorias, cuyo aprovechamiento trasciende este trabajo y queda incluido en esos «nuevos

retos» a los que el autor se compromete al final del libro. Habrá, seguro, otras oportunidades para que las personas que aparecen en la portada, mirando desafiantes a la cámara, protagonicen otros estudios firmados por Juan Carlos García Funes. Su trayectoria le avala en la continuidad de una reflexión que ha sorteado importantes dificultades pero que, al fin, ha podido ver la luz.

Casi 400 páginas después de abrirlo, puede decirse que este libro es una gran noticia. Sin duda alguna, para el panorama historiográfico español, que ve cómo algunos debates que eran patrimonio exclusivamente foráneo se instalan definitivamente en nuestra Academia. La originalidad y el atrevimiento de dialogar con la historia del trabajo y la historia económica desde los estudios sobre violencia política son patri-

monio de este trabajo. Pero *A recoger bombas. Batallones de trabajo forzado en Castilla y León (1937-1942)*, pertenece a esa tradición de libros académicos con voluntad de derribar barreras, y su lugar se ubica más allá de las facultades de Historia. Preocupado por una época en que el trabajo fue concebido como un derecho y como una condena, su autor, Juan Carlos García Funes, se sitúa en mitad de nuestro espacio público interpretando fuentes de archivo y sosteniendo afirmaciones, pero por encima de todo planteando problemas y formulando preguntas. Preguntas y problemas que nos ayudan a comprender nuestro patrimonio traumático, también en su dimensión material, cotidiana, «inocente». Quizá sea ésta la primera y fundamental tarea del historiador comprometido.

Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), de Francisco Erice

José Carlos Rueda Laffond
Universidad Complutense de Madrid

Hace pocos meses David Ginard escribía en estas mismas páginas, a propósito del reciente estudio de Carme Molinero y Pere Ysàs dedicado al Partido Comunista de España (PCE) entre 1956 y 1982, acerca de la necesidad de situar esta aportación en la evolución de la agenda historiográfica española. La misma consideración cabe establecer como llamada de partida al reseñar el trabajo de Francisco Erice *Militancia clandestina y represión*, publicado en la Colección Piedras Angulares de la asturiana Ediciones Trea.

Ginard mencionó el radical contraste existente entre la investigación histórica más reciente y los añejos enfoques que determinaron las visiones sobre el PCE en las dos décadas finales del franquismo. En aquel momento, y mediante una cierta mecánica de espejos invertidos, se confrontaron los trabajos fervorosamente anticomunistas de autores como Eduardo Comín Colomer frente a la literatura apologética de partido. Este contraste todavía se agudizaría más si advertimos la coincidencia cronológica entre algunos títulos señeros. Comín, además de un resaltado responsable policial en la Brigada Político-Social, fue un infatigable



publicista que colaboró activamente en la vulgarización de una imagen en negro del PCE entendida como nutriente esencial del discurso mitológico y legitimador de la dictadura. Para ello se sirvió asiduamente del aparato editorial del régimen, erigiéndose en peculiar intelectual orgánico. Su conocida y extensa *Historia del Partido Comunista de España* vio la luz a mediados de los años sesenta en la Editora Nacional.

*Francisco Erice, *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963)*, Gijón, Ediciones Trea, 2017, 286 pp.

Recién iniciado el decenio, en abril de 1960, se publicaba por su parte la *Historia del Partido Comunista de España*, obra de una comisión de trabajo encabezada por Dolores Ibárruri e integrada por Irene Falcón, Antonio Cordón, Luis Balaguer, José Sandoval y Manuel Azcárate. Aquel proyecto se gestó dos años antes, y, aunque existieron dudas acerca de su exacto enfoque temático, la decisión inicial adoptada fue abordar una historia del partido en cinco volúmenes aprovechando el cuadragésimo aniversario de la organización. El primer plan de obra se estructuró siguiendo un orden cronológico: la fundación del partido, la etapa del Frente Popular y la Guerra Civil, la lucha contra la dictadura, una entrega dedicada a la Unión Soviética y un ensayo titulado *Qué es y por qué lucha el Partido Comunista*. Santiago Carrillo sugirió entonces que este debía ser el primer título en ser editado, subrayando así la importancia explícita que las lecturas de presente debían tener sobre las visiones de pasado.

En su resolución final la *Historia del Partido Comunista de España* estuvo lejos de aquella primera concepción. Se trató de una apretada síntesis que recorría el devenir del partido desde sus orígenes hasta la Política de Reconciliación Nacional. De hecho, el subtítulo de la obra alertaba al lector de que estaba ante una «versión abreviada» —la definitiva nunca fue escrita. Otro tanto ocurrió con el texto de Comín, que concluía su relato en vísperas del 18 de julio. En este otro caso asimismo figuró una llamada de atención como subtítulo donde se advertía que se trataba de la «primera etapa». La narración subsiguiente tampoco apareció jamás.

En todo caso, ambas iniciativas se proyectaron sobre otros proyectos más ambiciosos. En un caso, sobre la tetralogía *Guerra y Revolución en España, 1936-39*, publicada a partir de 1966, que en buena medida proseguía la tarea de introspección y memoria

abierta desde la comisión de trabajo encabezada por Pasionaria. Y respecto a la obra de Comín, enlazando con el esfuerzo oficial encauzado a través del paraguas proporcionado desde mayo de 1965 por la Sección de Estudios sobre la Guerra de España encuadrada en la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, uno de los viveros de lo que Herbert R. Southworth prontamente caracterizó como «la escuela neofranquista sobre la Guerra Civil». Sus resultados se sustanciaron en libros de tono académico, publicaciones más generalistas, textos de divulgación, artículos en prensa o trabajos documentales para televisión.

Los títulos mencionados pueden interpretarse, aún a riesgo de simplificar en exceso sus singularidades o sus exactas coordenadas de producción y difusión, como muestras de alteridad discursiva. Este tipo de prácticas, configuradas a través de un peculiar ejercicio de acción y reacción asimétricas, de réplicas y contrarréplicas desiguales, se evidenciaron a través de otras muchas manifestaciones durante los años sesenta. Cabe mencionar, por ejemplo, el caso de Radio España Independiente (REI). Según han resaltado Armand Balsebre y Rosario Fontova, la emisora aspiró en este período a convertirse en alter ego de Radio Nacional a través de una exhaustiva contraprogramación de contenidos. En paralelo, bloquear la señal de La Pirenaica se convirtió en una obsesión técnica y política para el régimen. El Servicio de Interferencia Radiada —dependiente de la subsecretaría de Presidencia y, por tanto, bajo la égida directa de Luis Carrero Blanco— se reorganizó en 1962 con esa intención neutralizadora.

No es este el lugar para detallar los pasos y las perspectivas abiertas desde la historiografía más reciente interesada por el análisis del PCE durante el dilatado período marcado por la dictadura primorriverista, la Segunda República y la Guerra Civil,

el franquismo y la Transición Democrática. Baste señalar solo las notables aportaciones de Francisco Erice en esas coordenadas más vastas, en particular en cuatro grandes ejes: la investigación sobre la presencia del PCE en Asturias, las dinámicas de movilización o conflictividad obrera en aquella región durante los primeros años sesenta, el giro encarnado en la política de reconciliación nacional y su sentido en la estrategia general comunista durante la etapa 1954-65 y la dimensión encarnada en la base militante, ya fuese atendiendo al componente femenino asturiano o a los marcos de subjetividad existentes desde finales de la década de los cincuenta, en aspectos como las claves de autopercepción, las marcas de identidad colectiva o los referentes de memoria compartida.

Militancia clandestina y represión se emplaça en esas líneas de reflexión haciéndolas converger hacia un objeto de estudio definido que aprovecha, a su vez, un bagaje previo fundamental: un estudio inédito encargado hace unos años por la Fundación Horacio Fernández Inguanzo —*Las víctimas de la reconciliación nacional. La represión contra los comunistas españoles (1956-1963)*—, que constaba de un estudio analítico, una recopilación documental y de alrededor de 1.500 fichas biográficas de represaliados durante aquel período.

La obra de Erice se construye, en cierto modo, a partir de círculos concéntricos fundamentados en la oposición estructural entre el partido antifranquista por autonomasía y una dictadura que hizo perenne bandera del anticomunismo. Tales círculos se nutren por la interacción entre varios niveles. La primera parte del texto (capítulos 1-4) traza una panorámica de conjunto dedicada al PCE. Atiende a ese giro sustanciado en la política de reconciliación nacional, en un contexto cuyos extremos abarcarían del V al VII Congreso (1954 y 1965), y a su

realidad orgánica en el interior como fuerza clandestina. Complementariamente se interesa también por el régimen durante aquellos mismos años, resaltando en especial su rol adaptativo y los frutos logrados en el rentable escenario de la Guerra Fría, junto a los brotes aperturistas y esa persistencia de la pulsión anticomunista en sus expresiones en forma de relato propagandístico y herramientas político-judiciales.

La segunda parte de *Militancia clandestina y represión* (capítulos 5-9) se centra en una exploración detallada y ponderada de la secuencia que dio forma empírica a la lucha contra la «subversión comunista». Se estudian entonces los eslabones de la represión: las «caídas» y detenciones; los interrogatorios, torturas y malos tratos en comisaría; los procesos judiciales; las cárceles como centros de castigo, pero también como espacios de resistencia, hasta llegar a los rasgos determinantes que definieron la solidaridad y la lucha antirrepresiva como nudos gordianos en la estrategia comunista. El décimo y último capítulo sirve de síntesis aportando los rasgos de corte socio-territorial que permiten trazar el perfil de las víctimas, cerrándose con unos breves apuntes conclusivos.

Una cita recogida en el libro, aparentemente anecdótica, ilustra a la perfección la tesis general del estudio, definida por la pervivencia de la violencia punitiva y su discrecionalidad. Está extraída del testimonio del recientemente fallecido José Ramón Herro Merediz al evocar su paso por un tribunal castrense en 1960, tras las detenciones sufridas entre los delegados que asistieron al VI Congreso celebrado en Praga. El juez instructor —el teniente coronel José Antonio Valvas— le recordó que podría ser acusado de rebelión militar, con lo cual se enfrentaba a una condena que podía oscilar entre los seis meses de prisión y la pena de muerte. «Sinceramente no creí que mi vida corriese

peligro», escribió muchos años después Herrero Merediz, «pero nunca olvidaré la sonrisa de satisfacción de mi juez instructor» al pronunciar aquellas palabras.

Militancia clandestina y represión se sitúa en una suerte de *terra incognita*. Aborda la represión franquista en el tiempo corto circunscrito entre 1956 y 1963, lejos ya de la extraordinaria virulencia de posguerra y antes de los estertores de violencia estatal que acompañaron la recta final de la dictadura. Este hecho obliga al autor a un esfuerzo de categorización sobre el fenómeno represivo, en un momento en que las cifras más visibles del mismo decrecían coincidiendo con el notable esfuerzo oficial por redefinir sus mecánicas de legitimación social. El emblema de ese empeño tomó forma al socaire de la ruidosa campaña de los XXV Años de Paz (1964), pero sin duda puede rastrearse ya desde 1956. La imagen de una dictadura benévola que se auto-justificaba ante la esfera pública en virtud de criterios funcionales —proporcionar crecimiento económico, desarrollo social y tranquilidad ciudadana impulsando el bienestar colectivo mediante iniciativas pragmáticas, en apariencia apolíticas y coherentes con el entorno del mundo occidental— ha sido interpretada como expresión histórica sustancialmente distinta a la realidad de 1939. La versión más exaltada de esta lectura sobre el segundo franquismo estribaría en situar al propio Franco como matriz, siquiera involuntaria, de la transición a la democracia y como ejecutor del fracaso de la continuidad de su propio régimen.

Francisco Erice recalca, en cambio, cómo los cadalsos permanecieron en su sitio entre 1956 y 1963. De hecho, siguieron localizados en el emplazamiento fijado desde el nacimiento de la dictadura, aunque bajasen en número y se empleasen en contadas ocasiones, pero siempre en coherencia con el principio de «lo excepcional normal». De

otra parte, según recalca el autor en diversos pasajes de su estudio, es necesario entender el fenómeno represivo sin perder de vista su extraordinaria complejidad, su carácter de práctica híbrida donde se complementaron las formas de violencia física, la coacción y la imposición, el miedo, las intimidaciones y la presión psicológica, además de la movilización simbólica, la disuasión y la prevención, junto a la indispensable gestión de las adhesiones, los consensos, las aquiescencias y las pasividades. Este escenario multiforme permite correlacionar la represión más expeditiva —y la segunda parte del libro hace minucioso inventario de la misma— junto a esas otras estrategias de socialización franquista antes mencionadas desplegadas a lo largo de los años sesenta y que se mantuvieron aún, con un acusado tono ad nauseam, en los cinco primeros años del siguiente decenio.

El otro escenario abordado en *Militancia clandestina y represión*, igualmente de evidente complejidad, corresponde a las coordenadas históricas donde situar al partido. Lejos de conformar un todo unívoco, el mundo comunista español estuvo recorrido durante este período por esferas y tensiones diferenciadas. La más notable correspondió a la territorialidad dual y al riesgo de desembocar en dos partidos, el del interior y el del exilio, disperso este último a su vez en múltiples focos geográficos. Pero asimismo se incorporaron otras dinámicas, como las dialécticas trazadas entre ruptura y continuidad generacional. También el largo camino que iba del diseño teórico a la resolución práctica de las orientaciones políticas, el hacer valer el principio de autoridad ante la presencia de tejidos autónomos, el optimismo de la dirección frente al día a día del antifranquismo comunista a ras de calle o las posibles fallas entre el ideal y la cotidianeidad de las prácticas militantes clandestinas. Con una base hu-

mana efectiva modesta, nutrida quizá por entre diez y doce mil activistas, el reto era enorme al añadirse otros muchos extremos: el prolongado esfuerzo por materializar el «entrismo» en las estructuras sindicales, la implicación en las dinámicas de conflictividad social, la necesidad de dar forma a la difícil y frustrada táctica del «jornadismo» y la Huelga Nacional Política o el tener que sortear los reiterados golpes policiales.

Francisco Erice contrasta el vasto catálogo de las formas de violencia estatal con el vademécum codificado del buen comunista, alertándonos acerca de la tensión presente entre ambos extremos, en ocasiones humanamente insuperables. El libro se nutre de la rica literatura testimonial de dirigentes, cuadros y afiliados de base que evocaron aquellos años que continuaban siendo grises, junto a un uso en profundidad de los fondos de archivo de la organización, en particular de la sección sobre represión franquista. Nos recuerda como la policía fue, por ejemplo, «inusualmente cortés» con Antoni Gutiérrez, tal vez por su «respetable profesión de médico pediatra». Aunque ello no nos debe hacer olvidar otras sofisticaciones, como las de un policía asturiano —Recaredo— aficionado a taladrar pabellones auditivos con una máquina de perforar billetes de tranvía.

La represión formó parte consustancial de la interacción asimétrica establecida entre el PCE y la dictadura franquista. El partido hizo del antifranquismo su seña de identidad más notable y el régimen siguió cultivando insistentemente la veta anticomunista como corazón mismo de su narrativa y su lucha antisubversiva. La presencia del partido en el interior se intentó contrarrestar con la maquinaria represiva, al tiempo que esta actuó como factor cohesivo respecto al colectivo comunista. Erice reflexiona de modo especialmente lúcido

acerca de los rasgos y contradicciones del ejercicio de militar en las estructuras subterráneas del PCE: ahí se concitaron los activos de la fidelidad, de un ejercicio vital que exigía muchas veces un compromiso a tiempo completo o del sentimiento de pertenencia a un todo con resonancia casi familiar, pero que también resultaba en gran medida imaginado e idealizado y que, con frecuencia, se acompañó de un lado oscuro plagado de frustraciones —la «castración» según el autor— de expectativas y posibilidades personales.

Esa interacción asimétrica entre el PCE y la dictadura se expresó asimismo a través de la dinámica de réplicas y contrarréplicas que han sido ejemplificadas al inicio de las presentes páginas. El relato comunista asimiló rápidamente, desde la misma conclusión de la Guerra Civil, los vectores de la resistencia y la lucha contra la represión. Este discurso constituye un prolongado eje de continuidad que debe explicarse, en parte, en clave de movilización de referentes cohesivos internos, si bien sus manifestaciones precisas ofrecieron mutaciones y adaptaciones sensibles. En todo caso, la épica del antifranquismo se apoyó en tres grandes pilares complementarios: en el sempiterno optimismo acerca del inminente colapso del régimen, en el valor moral otorgado al activismo en la clandestinidad y en la importancia de la solidaridad. Francisco Erice, un cuidadoso analista de las ambiguas relaciones entre memoria e historia, siempre ha alertado sobre el riesgo de confundirlas como si fuesen sinónimos perfectos. Sin embargo, *Militancia clandestina y represión* pone en evidencia la posibilidad efectiva de ubicar en una perspectiva explicativa e interpretativa histórica sólida los jalones fragmentarios del episodio biográfico y el testimonio sin necesidad de renunciar ni al espíritu crítico ni tampoco al reconocimiento.

ENCUENTROS

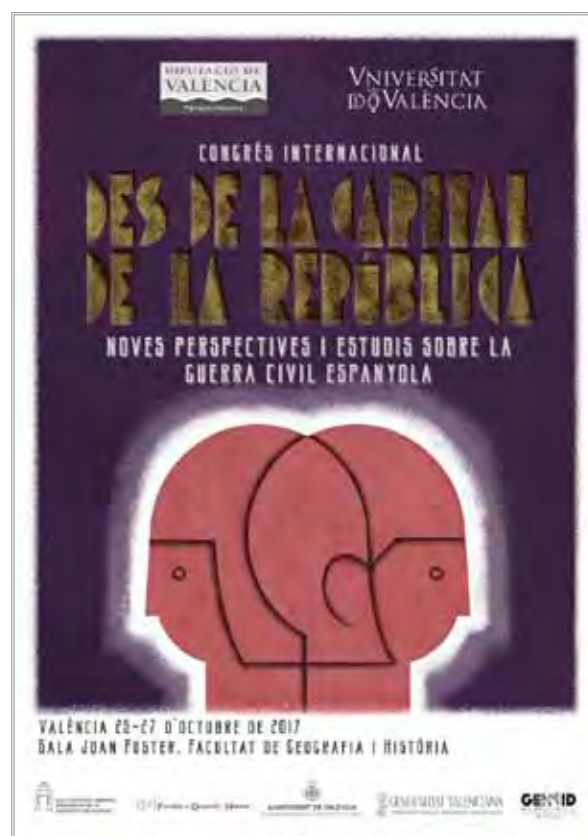
«Des de la capital de la República. Noves perspectives i estudis sobre la Guerra Civil espanyola»

Aurelio Martí Bataller
Universitat de València

De nuevo al amparo del calendario y las prácticas conmemorativas que este permite, investigadores e investigadoras integrantes del Grup d'Estudis Històrics sobre les Transicions i la Democràcia (GEHTID), del Aula d'Història i Memòria Democràtica y del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat de València, han promovido la realización del Congreso Internacional «Des de la capital de la República. Noves perspectives i estudis sobre la Guerra Civil espanyola».

La iniciativa no constituyó novedad alguna, pues la historiografía valenciana cuenta con una remarcable tradición en los estudios sobre el conflicto bélico, con especial atención a la capitalidad del estado republicano entre noviembre de 1936 y octubre de 1937. En efecto, ya en abril de 1986 había tenido lugar un congreso en conmemoración del cincuenta aniversario de la capitalidad valenciana de la República en guerra. De forma más reciente, el año 2006 la cita tuvo lugar esta vez en Gandía, con el título «Fa 70 anys: la memoria de la Guerra Civil al País Valencià». Mientras, a finales del año siguiente y bajo el impulso de un grupo de investigadores de la Universitat de València, con el apoyo de la Socie-

València, 25-27 de octubre de 2017.



dad Estatal de Conmemoraciones Culturales del Ministerio de Cultura, se celebró el encuentro «València, capital cultural de la República». En frecuente conexión con estos encuentros científicos, desde la capital valenciana se han aportado relevantes obras colectivas para el conocimiento de la Guerra Civil como *La II República una esperanza frustrada*, tanto como importantes

monografías sobre la Guerra en el País Valenciano como *Guerra i revolució al País Valencià*, de Albert Girona.

En esta ocasión, la iniciativa contó con el apoyo de la Diputació de València, el Ayuntamiento de la ciudad y la Generalitat Valenciana. Sin ir más lejos, fruto de dicha colaboración fue la realización paralela al congreso de un ciclo de teatro con propuestas alrededor de la guerra y la represión y obras como: *María la jabalina*, *Las madres presas*, y *Miguel Hernández, después del odio*, con el patrocinio de la Delegación de Teatros, Inclusión Social y Memoria Histórica de la Diputació de València. De hecho, la confluencia de esfuerzos entre la Universitat de València y las instituciones públicas ha permitido, por citar sólo algunos de los principales logros, la realización de la exposición «Tot està per fer, València capital de la República (1936-1937)»; la elaboración de varios informes históricos sobre patrimonio histórico y monumental y también relativos a nombres de calles y otros vestigios de la guerra civil y la dictadura; así como, de forma destacada, la aparición de una obra colectiva sobre la València capital de la República, de la cual han aparecido ya dos volúmenes editados por los historiadores Javier Navarro Navarro y Sergio Valero Gómez: *València capital de la República (1936-1937). El món mira cap a València, capital de l'antifeixisme* y *València capital de la República (1936-1937). Com es viu una guerra? La vida quotidiana d'una ciutat de rereguarda*.

De este modo, el congreso ha supuesto una suerte de culminación de dichos esfuerzos. Asimismo, a pesar de la relevancia del período y del papel central de València y su provincia en la contienda, este congreso internacional ha retomado para la ciudad una perspectiva analítica general sobre los diferentes aspectos y dimensiones del conflicto. Esta sí se había hecho presente

recientemente en el caso de otras ciudades españolas, pues, sin ánimo de exhaustividad, Madrid acogió en noviembre de 2006 el Congreso Internacional «La Guerra Civil Española 1936-1939»; Barcelona en julio de 2011 fue la sede del Congreso Internacional «Per Catalunya i la República. La guerra d'Espanya dins la guerra civil europea», organizado por el Grup d'Estudis República i Democràcia (GERD); y, en noviembre de 2016, tuvo lugar en Tarragona el Congreso Internacional «80 aniversario de la Guerra Civil Española», bajo los auspicios del Centre d'Estudis Sobre Conflictes Socials de la Universitat Rovira i Virgili.

El congreso «Des de la capital de la República» ha tratado de proporcionar un espacio de trabajo amplio e inclusivo, mediante la adopción de una perspectiva temática diversa y de un formato que combinó la presencia de ponentes y comunicantes en las diferentes sesiones establecidas al efecto. Con ello se ha conseguido congregar a un buen número de investigadores de larga trayectoria, otros consolidados de recorrido medio y jóvenes investigadores.

Aunque no es posible ofrecer un repaso exhaustivo, a grandes rasgos el congreso proporcionó interesantes aproximaciones al estudio de la Guerra Civil. Ahora bien, en virtud de las líneas dominantes en las investigaciones, se apreció una mayor atención al campo republicano en comparación al franquista. La sesión inaugural reunió a Albert Girona y José Luis Martín Ramos, quienes pusieron de relieve la efervescencia cultural y política, como también revolucionaria, de la Guerra Civil. Acto seguido, el lugar ocupado por las identidades nacionales y la actitud del valencianismo político y el nacionalismo vasco ante el conflicto fueron motivo de análisis por parte de Ferran Archilés, Leyre Arrieta y Aurelio Martí.

Posteriormente, no faltó la atención a la dimensión internacional de la guerra,

gracias a las aportaciones de Gianmaria Zamagni y Daniel Kowalsky, centradas en la Iglesia católica y la Unión Soviética, así como de Sonia García López, la cual analizó algunas de las redes internacionales culturales articuladas alrededor de la contienda. Contribuciones especialmente significativas proporcionaron las intervenciones centradas en cuestiones relativas a la educación, la cultura, el ocio y la vida cotidiana. Participaron especialistas de primer orden españoles y extranjeros como Juan Manuel Fernández Soria, Vicenta Verdugo, Évelyne Ricci, Rebeca Saavedra, Verónica Sierra, Michael Seidman y Antonio Calzado. Al respecto, cabe subrayar la innovadora aportación de la investigadora Verónica Sierra, alrededor de cómo percibieron la guerra las niñas y niños del momento, así como la diferente, e incluso contrapuesta, visión ofrecida sobre la capacidad y gestión de los abastecimientos en el bando republicano y sus efectos posibles en la contienda por parte de Seidman y Calzado.

La intervención de José Miguel Santacreu en torno a la vida cotidiana de la población católica en la retaguardia republicana encajaba perfectamente en esta línea, aunque se desarrolló en otra sesión dedicada a la movilización y la acción colectiva, junto a las de Sandra Souto, sobre las organizaciones juveniles desde un punto de vista internacional, y Adriana Cases, alrededor de las mujeres y la violencia políti-

ca. Antes de dichas ponencias, expusieron sus respectivos trabajos a propósito de la memoria de la Guerra Civil, la producción y perpetuación de discursos sobre la guerra desde 1939 hasta la actualidad a través de distintos mecanismos —como relatos memorialísticos, museos, patrimonialización, libros de texto—, Pedro Ruiz Torres, María Chiara Bianchini, Lorraine Ryan y Carlos Fuertes.

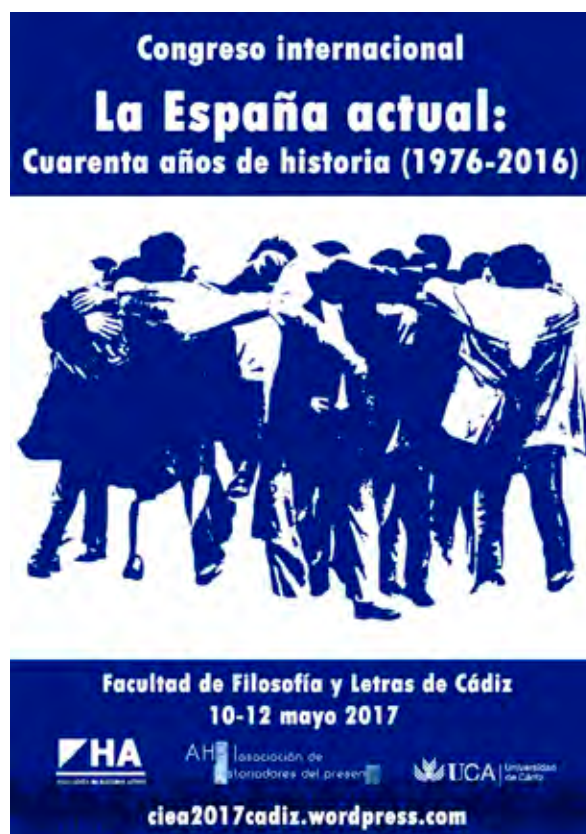
Todas las participaciones reseñadas fueron completadas por los textos de los comunicantes, debatidos por sus autores en cada sesión temática. A través de dichas exposiciones se recorrieron otros puntos de interés para la historiografía sobre la Guerra Civil, desde el efecto de los bombardeos en la población no combatiente, a la dimensión nacional, religiosa y de género implicada en las visitas de Pilar Primo de Rivera a Granada, o la exposición del atlas interactivo desarrollado por un grupo de investigadores e investigadoras de la Universidad Complutense de Madrid, por citar simplemente algunos.

Sin duda se trató de un encuentro interesante que demostró que, a pesar de la ingente producción historiográfica, continua existiendo la necesidad de reflexionar y debatir sobre el conflicto que vivió España entre 1936 y 1939. Próximamente se espera que la publicación de los resultados del congreso permita la consulta de los trabajos tanto de ponentes como de comunicantes.

«La España actual: Cuarenta años de historia (1976-2016)»

Eduardo Abad García
Universidad de Oviedo

Del 10 al 12 de mayo de 2017 tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz el Congreso Internacional *La España actual: Cuarenta años de Historia (1976-2016)*, promovido conjuntamente por la Asociación de Historia Actual (AHA) y la Asociación de Historiadores del Presente (AHP). Con un extenso programa que abarcó cinco bloques temáticos y un total de 37 mesas de trabajo, este macrocongreso será recordado como uno de los más importantes del año 2017, tanto por su alcance como por su aporte cualitativo al debate historiográfico. El primer bloque llevó por título *Política exterior y relaciones internacionales*, en él finalmente quedaron conformadas siete mesas de trabajo donde destacaron las relaciones entre España y el mundo árabe, la descolonización o una visión comparada con la Historia reciente de Portugal. El segundo bloque, que llevó por título *Política*, sirvió para agrupar once mesas con temáticas tan dispares como la violencia política en la Transición o el primer «procés» en Cataluña. El tercer bloque versó sobre *Economía y sociedad*, agrupando a siete mesas con temáticas igualmente muy amplias como la lucha obrera en la Transición o la reciente crisis económica. El cuarto bloque, con ocho mesas, fue denominado bajo el epíteto de *Cultura* y estuvo centrado en aspectos relacionados con la televisión, el cine, la prensa o la cultura de la democracia. Por último, el quinto bloque *Teoría, metodología e historiografía*



contó con cuatro mesas sobre temas como las especificidades nacionales de nuestra Transición, las oportunidades que ofrece la Historia del tiempo presente o los límites y posibilidades de estudio en los archivos contemporáneos.

Para hacernos una idea de la magnitud de este congreso, basta decir que este evento académico contó con comunicaciones procedentes de investigadores, profesorado y alumnado de universidades de Portugal, Hungría, Holanda, Alemania, Francia, España, Argentina, Marruecos o Argelia,

entre otros lugares. En definitiva, un público numeroso se reunió en Cádiz para tratar sobre los últimos estudios e investigaciones multidisciplinarias de diversas áreas de estudio relacionadas con la Historia actual. La extensa temática abordada sirvió para hacer un amplio repaso a las últimas cuatro décadas de la Historia de España. En este sentido, cabe destacar que este evento permitió reunir a centenares de investigadores de distintas especialidades, lo que facilitó el acercamiento e intercambio de opiniones entre distintas ramas de las ciencias sociales.

Tras la inauguración del congreso por parte de las autoridades universitarias de la UCA, de Julio Pérez Serrano (AHA) y Abdón Mateos (AHP), tocó el turno de las mesas de trabajo. Como ya viene siendo costumbre, la existencia de sesiones paralelas impide la asistencia a todas las mesas por lo que, ante tan extensa oferta, no cabe más alternativa que escoger entre aquellas que en un principio resultan más afines a cada asistente. Con estas limitaciones de partida, este breve reportaje se ha hecho en función de los criterios de investigación de la persona que escribe estas líneas. La imposibilidad de comentar todas las mesas hace necesario centrarse tan solo en algunas, lo que no quita para que las que quedan fuera de esta subjetiva crónica fueran igualmente de una destacable relevancia.

En la sesión de mañana, la mesa «Portugal, España. Cambio político y democracia» ofreció interesantes perspectivas comparativas sobre las relaciones de los dos países en los turbulentos años 70. Algunas comunicaciones, como las de Ana Sofía Ferreira sobre el asalto a la embajada de España o la de Gregorio Sabater sobre el papel de la Transición española en el Portugal post-revolucionario, ofrecieron novedosas perspectivas de análisis sobre una temática poco estudiada hasta el momento y que tie-

ne perspectivas muy interesantes de arrojar luz sobre las vías a la democracia liberal de corte europeo occidental en la Península Ibérica

En la primera sesión de tarde destacó la mesa que llevó por título «El comunismo español y europeo desde 1968: erosión, crisis y reconstrucción». En ella intervinieron especialistas en Historia del comunismo como Juan Andrade o Emanuele Treglia quienes ofrecieron un somero recorrido por los aspectos más importantes de la trayectoria del PCE en la Historia reciente. Además, también destacaron otras comunicaciones como la de Diego Díaz sobre las identidades nacionales en el comunismo de la Transición, objeto de estudio de su recién leída tesis doctoral, el cual ha sido un tema poco divulgado hasta el momento.

La segunda y tercera sesión de la tarde del primer día estuvieron igualmente marcadas por una gran combinación de temáticas posibles. Destacaron, en todo caso, la sesión doble bajo el título «Violencia política y terrorismo en España (1976-2016)» [I] y [II], donde especialistas en estas temáticas como Juan Avilés, Gaizka Fernández o Lorenzo Castro abordaron el análisis de las acciones armadas del yihadismo, ETA o los GRAPO.

La sesión de mañana del segundo día estuvo marcada por mesas sobre el poder local y los proyectos reformistas en la Transición, de entre las cuales destaco: «¿Ordenada o sangrienta? Los relatos de la Transición y las consecuencias de la violencia en los años 70 y 80». Resultaron especialmente interesantes las comunicaciones de Pablo Alcántara sobre Roberto Conesa y de Alejandro Ruiz sobre la masacre de Atocha. Por la tarde, la mesa «La España democrática y Europa: procesos políticos, políticas públicas y narrativas en perspectiva comparada» tuvo provechosas comunicaciones sobre la trayectoria de Amnistía Internacional en

nuestro País o la comparación del PSOE con el PASOK griego.

Por último, el jueves tuvo lugar en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras una conferencia plenaria presentada por Montserrat Duch Plana (catedrática de la Universidad Rovira i Virgili y Vicepresidenta de la Asociación de Historia Contemporánea). El autor invitado no era otro que Walther Bernecker (catedrático de la Universidad de Nuremberg) y llevó por título «Culturas de la memoria en Alemania y España: una comparación». Este experto en políticas de memoria desgranó de forma detallada cómo la sociedad alemana (tanto en la RDA, como en la RFA) afrontó en distintas etapas y con estrategias diversas el fenómeno del nazismo. Así mismo, realizó una interesante comparación entre la memoria alemana y el proceso de construcción de memoria frente a los crímenes del franquismo por parte de la sociedad y el Estado en España.

El viernes fue igualmente una jornada muy intensa. A primera hora tuvieron lugar diversas mesas. De entre todas ellas, despuntaron las tituladas: «Asociacionismo como medio y modo para el cambio» y «Transitar en movimiento: acción colectiva y democracia» (I) y (II). En ellas se expusieron comunicaciones de diversa índole que desde sugestivas premisas trataron de abordar distintos aspectos sobre la lucha social y la construcción de la democracia participativa.

En las últimas sesiones que tuvieron lugar el viernes por la tarde sobresalieron las mesas coordinadas por Julio Pérez Serrano:

«Los proyectos radicales en la Transición: historia, memoria y representaciones» [I] y [II]. En ellas se abordó un tema que se encuentra actualmente en ebullición, los estudios sobre las organizaciones a la izquierda del PCE en la Transición. Especialmente interesantes fueron los debates sobre la comparación entre los partidos lusos y españoles de esta corriente en este periodo.

A modo de pequeña crítica cabe destacar que, al igual que ocurre en otros grandes eventos de estas características, la heterogeneidad de las propuestas presentadas y la masiva participación también tienen su lado negativo. En algunas mesas la cantidad de ponencias presentadas hicieron imposible cualquier debate debido a la falta de tiempo, frustrando el objetivo principal de este tipo de eventos académicos. Sin embargo, en otras ocurrió justo todo lo contrario y los debates fueron muy fructíferos y apasionados. Respecto a la amplitud de las temáticas tratadas, no es necesario ahondar mucho en esta cuestión, aunque parece evidente que una mayor concreción permite aglutinar a un público más especializado.

En conclusión, se puede decir que el Congreso Internacional *La España actual: Cuarenta años de Historia (1976-2016)* fue todo un éxito. La unión de dos importantes asociaciones de historiadores ha facilitado la celebración de un gran congreso que logró reunir numerosas propuestas. Desde distintos ángulos cientos de especialistas han expuesto las principales características de la Historia reciente de España, tarea que no parecía nada sencilla y que fue superada con creces.

Izquierda Unida del Altoaragón conmemora el centenario de la Revolución Rusa

Luis Arduña
Coordinador de IU - Huesca

Se cumplen 100 años de aquellos días que «estremecieron al mundo». El régimen zarista se derrumbaba con estrépito ante la llegada de una esperanza nueva, nunca experimentada con anterioridad más allá de algunos intentos ahogados en sangre, como la Comuna parisina de 1871.

Una organización como Izquierda Unida del Altoaragón, deudora de esa esperanza revolucionaria, no podía dejar pasar la efeméride sin tratar de profundizar en el conocimiento y análisis del proceso histórico que, finalmente en octubre/noviembre de 1917, cuajó con la constitución de un nuevo Estado y una nueva sociedad que terminarían determinando, con su ejemplo y su protagonismo, los caminos por los que transitaría Europa y el mundo entero a lo largo del S. XX.

El homenaje se planteó como una actividad divulgativa, para lo que se plantearon cuatro charlas, llevadas a cabo por catedráticos y profesores de Historia, que trataban de mostrar una visión panorámica de lo acontecido en 1917 y de las consecuencias que se derivaron del nacimiento en 1922 de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La primera charla, a cargo de Eudaldo Casanova Surroca, autor del libro *1917. De febrero a octubre*, y tras caracterizar el contexto en que se va a desarrollar este proceso histórico, se centró en lo sucedido en esos meses, desde la explosión imprevista de la



protesta popular con motivo de la manifestación por el Día de la Mujer Trabajadora hasta la toma del Palacio de Invierno en octubre/noviembre de 1917, con un Lenin encumbrado como el líder que, interpretando adecuadamente los acontecimientos a partir de un análisis correcto de las reivindicaciones de soldados, obreros y campesinos, propuso las líneas de actuación (Tesis de Abril) a seguir por los bolcheviques, constituidos después del inicio espontáneo de la protesta (que les pilló por sorpresa y con

Lenin en el exilio suizo) en la vanguardia revolucionaria que trataría de encauzar ese malestar hacia la construcción de una alternativa social y política al régimen que se desmoronaba, herido ya por el estallido y desarrollo de la I Guerra Mundial, y al que la burguesía (incipiente y escasamente desarrollada) no es capaz de oponer la articulación de un Estado liberal al estilo de Francia o Inglaterra, tanto por el peso de sus compromisos internacionales (prosecución de la participación rusa en la guerra junto a los Aliados) como por su negativa (o incapacidad) a atender las demandas del pueblo ruso y de los pueblos incluidos en el imperio.

La segunda charla, impartida por José Manuel Alonso Plaza, abordó desde una perspectiva innovadora (el análisis comparado de la cartelería propagandística nazi y soviética de los años 30 y 40 del S. XX) el estallido de la II Guerra Mundial y el desarrollo de la misma, no tanto en el terreno bélico como, sobre todo, en el de la movilización popular y de lucha por la supervivencia, siendo determinante para la derrota de la Alemania nazi y de sus aliados la aportación soviética, aunque la postguerra y el contexto de Guerra Fría pusiera el acento en el papel de los aliados, desvirtuando el relato histórico y convirtiendo en una trama hollywoodiense la historia de la II Guerra Mundial.

La tercera charla quería atender a una cuestión poco conocida, cuando no silenciada, como es el papel que jugaron las mujeres en este proceso, tanto como sujeto colectivo como a través de las experiencias de mujeres tan relevantes como Alejandra Kollontai o Nadezha Krupskaja. Irene Abad Buil aceptó el reto, tras algunos avatares iniciales, y explicó perfectamente

el modelo que, a su juicio, se ha repetido en otros procesos históricos de protesta y reivindicación de las mujeres: la participación activa (la politización) de estas a partir de su compromiso inicial para con los suyos (padres, hermanos, esposos, hijos) y la consecuente ocupación del espacio público (político) en reclamación de pan, paz y tierra. La acertada utilización de textos de N. Krupskaja por parte de la ponente facilitó al auditorio la comprensión de una participación, la de las mujeres, que fue muy importante y que, sin embargo, una vez más, tuvo que experimentar un reflujo considerable con la guerra contrarrevolucionaria y, sobre todo, una vez concluida esta, con la puesta en marcha de la NEP (Nueva Política Económica).

La cuarta charla, que a la hora de redactar estas líneas aún no se ha celebrado, tratará la experiencia soviética de modo global, desde la Revolución hasta la caída de la URSS, a partir de una perspectiva ideológica. Carmen Arduña Domingo, protagonista de un largo compromiso político iniciado ya en la lucha contra la Dictadura, será quien trate no ya de ofrecer un balance sino, fundamentalmente, de extraer un bagaje político que contribuya a perseverar en el combate en unos tiempos en los que la esperanza revolucionaria adquiere —si es que alguna vez la perdió— una importancia capital, fermento indispensable para la construcción de una alternativa al capitalismo depredador y asesino que quiere monopolizar un imposible final de la Historia. La utopía, como nos enseñaron los protagonistas de la experiencia revolucionaria de hace 100 años, sí que tiene su lugar en el mundo: el corazón y la razón de los explotados y las explotadas del mundo; y la lucha y el compromiso pueden hacerla realidad.

La privatización de la memoria en España y sus consecuencias*

Ricard Vinyes

Universitat de Barcelona

Una política pública no es más que la combinación de tres elementos: un objetivo, un programa y un instrumento. Y lo cierto es que en España no hemos tenido políticas públicas de memoria, lo que ha habido son disposiciones específicas destinadas a reparar colectivos concretos de afectados. Disposiciones que, por otra parte, han aparecido dilatadas a lo largo de 32 años, y el último episodio ha sido la ley de reparaciones de octubre de 2007^[1].

Durante el período fundacional de nuestra democracia se constituyeron las leyes, instituciones y políticas que parecían convenientes para garantizar los derechos de los ciudadanos. Procedían de los programas de la oposición a la dictadura y de las demandas de los diferentes movimientos sociales que habían nacido y crecido trenzados con el antifranquismo.

Aquellas demandas, aquellos proyectos, aquellas políticas, abarcaban la casi totalidad de necesidades generales y sectoriales de un país que estaba construyendo el Estado de

Derecho perdido con la derrota de la Segunda República, y se desplegaron y se instauraron con una intensidad que estaba limitada por el juego de hegemonías, no tan sólo políticas y sociales, sino también culturales.

En aquel contexto, y aún años después, ni el conocimiento y responsabilidades de la devastación humana y ética que había provocado el franquismo, ni la restitución social y moral de la resistencia –cuyos complejos valores se convertían en los fundamentos de la Constitución y los Estatutos de autonomía–, ni el deseo de información y debate que sobre aquel pasado tan inmediato iba expresando la ciudadanía más participativa, nada de todo eso fue nunca considerado por el Estado de Derecho parte constitutiva del bienestar social ni de la calidad de vida de muchos ciudadanos. Tampoco fue considerado como una pregunta que interrogaba sobre la base ético-institucional del Estado que se estaba construyendo, cuál era su sedimento ético, dónde se hallaba el origen de la democracia.

En un libro clásico de Alexander y Margarete Mitscherlich^[2], los autores se preguntaban por qué no se habían examinado los comportamientos de sus conciudadanos alemanes durante la República de Weimar

*Reproducido aquí por gentileza del autor y de Jordi Guixé. Publicado originalmente en: J. Guixé i Corominas (ed.), *Past and Power: Public Policies on Memory. Debates, from Global to Local*, Barcelona, Publicacions UB, 2016.

1.– Me refiero, con este calificativo, a la *Ley 52/2000, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura*. BOE, 310. 27/12/2007.

2.– Alexander y Margarete Mitscherlich, *Fundamentos del comportamiento colectivo: La imposibilidad de sentir duelo*, Madrid, Alianza Universidad, 1973 (1.ª ed., 1967).

y el Tercer Reich «de un modo suficiente y crítico. Desde luego, al decir esto no nos referimos a los conocimientos de ciertos especialistas, sino a la deficiente difusión de esos conocimientos en la conciencia política de nuestra vida pública». Y añadían: «utilizamos la transición y el Estado democrático para producir bienestar, pero apenas para producir conocimiento»^[3]. No se referían a la erudición profesional —insisten mucho en este aspecto—, sino al conocimiento de los orígenes y del proceso de crecimiento ético —la conciencia— de una ciudadanía. Los Mitscherlich sostenían que este conocimiento forma parte del Estado del bienestar, de la calidad de vida. Situaban la ética política no sólo en la historia, sino en la responsabilidad de la ciudadanía y del Estado de Derecho.

Pero actuar de esta manera requiere una decisión política del Estado de Derecho: requiere *acordar* cuál es su origen ético y proceder en consecuencia. Una decisión que siempre ha instalado una querrela en los procesos de transición y en la democracia posterior. Elizabeth Lira ha descrito muy bien dónde reside el núcleo universal de la disputa:

Para unos, la paz (y la reconciliación) depende de la supresión de los conflictos, empezando una 'cuenta nueva', sin historia ni pasado. Para otros, la paz (y la reconciliación) depende de procesos complejos de reconocimiento, asumiendo las responsabilidades, y creando condiciones para lograr una relación sin deudas pendientes, o al menos, con el compromiso de esclarecer y resolver lo pendiente consensuando soluciones aceptables para todos o casi todos. Esta ha sido y sigue siendo una disputa cuyo desarrollo está en proceso, puesto que no hay consenso explícito en el 'bien' para el

presente y el futuro que trae consigo reparar el pasado^[4].

En España, esas demandas sobre el patrimonio ético de nuestra democracia a las que me refería antes, siempre fueron consideradas, hasta hoy, como un peligro de destrucción de la convivencia. Por tanto, debían ser apaciguadas por el bien de la ciudadanía. El Estado debía inhibirse para evitar cualquier conflicto, sin tener presente que así como no hay instituciones sin ciudadanos que las sustenten, tampoco hay ciudadanía sin conciencia ni conflicto.

Esa actitud del Estado y sus distintos administradores conllevó —y conlleva— un discurso cuyo núcleo es la equiparación y unificación de valores, y para ello ha recurrido a la institucionalización de un nuevo sujeto, la *víctima*. Más que una persona (una biografía, una historia, un proyecto), el *sujeto-víctima* constituye un lugar de encuentro con el que el Estado genera el espacio de consenso moral necesario por el sufrimiento impuesto; de ese modo y por ese camino el *sujeto-víctima* deviene una institución moral y jurídica que actúa como *tótem* nacional. Un espacio que reúne a todos, desde el principio de que todos los muertos, torturados u ofendidos son iguales. Algo que resulta tan indiscutible empíricamente, como inútil y desconcertante a efectos de comprensión histórica al disipar la causa y el contexto que produjo el daño, o las distintas vulneraciones a las que fue sometido el ciudadano. Pero lo importante es que ese aprovechamiento del *sujeto-víctima* genera un espacio donde se disuelven todas las fronteras éticas, generando un vacío. La declaración del gobierno español con motivo del cincuenta aniversario de la rebelión militar ilustra bien esa situación:

4.- Elizabeth Lira, «Memoria en tiempo presente» en: F. Zeran, M.A. Garretón, S. Campos y C. Garretón (eds): *Encuentros con la memoria*, Santiago de Chile. LOM, 2004, p. 158.

3.- *ibid.*, pp. 21-22.



Carmen Polo visita el Valle de los Caídos en el primer aniversario de la muerte de Franco en 1976. Más de cuarenta años después sigue siendo un lugar de culto y exaltación del franquismo (Foto: elpais.com).

El Gobierno quiere honrar y enaltecer la memoria de todos los que, en todo tiempo, contribuyeron con su esfuerzo, y muchos de ellos con su vida, a la defensa de la libertad y de la democracia en España. Y recuerda además con respeto y honra a quienes desde posiciones distintas a las de la España democrática, lucharon por una sociedad diferente, a la que también muchos sacrificaron su propia existencia^[5].

Esta equiparación constituye el vacío ético al que me refería, y el Estado lo ha colmado con una memoria administrativa derivada de la ideología de la reconciliación, que nada tiene que ver con la reconciliación como proyecto político.

Un proyecto político es algo que surge

del conflicto histórico y de la necesidad de resolverlo del modo más satisfactorio para todos aunque no contente a todos, por lo que requiere discusión, negociación, acuerdo relativo y una decisión mayoritariamente compartida. Se gesta y evoluciona, o se deshace. Cualquier proyecto político de reconciliación tiene su expresión práctica y emblemática en el Parlamento y, en otro sentido y dimensión, en la Constitución. Ambas instituciones expresan los grados de reconciliación logrados durante la transición a la democracia y tras ella. La eficacia de esas expresiones institucionales de la reconciliación depende de cómo se llevó el proceso histórico en el que nacieron, pero en cualquier caso, esas instituciones no sustituyen la sociedad, ni las memorias que la sociedad contiene.

En cambio, una ideología —por ejemplo la de la reconciliación—, lejos de asentarse

5.- Presidencia del Gobierno, «Comunicado de prensa», en *El País*, 19 de julio de 1986.

en la realidad pretende crear la realidad, o en todo caso evitarla. Es un instrumento de asimilación, su vocación es devorar cualquier elemento antagónico y expandir las certezas absolutas en que se sostiene a través de ritos y símbolos que conmemoran una memoria tranquilizadora, por lo general la memoria de un éxito conseguido tras sufrimiento y voluntad. La ideología no tiene capacidad de diálogo porque no nace para eso, y la memoria por ella creada, la memoria administrativa —la «buena memoria»— tampoco, porque es una memoria deliberadamente única, exclusiva, e incluso amenazante, pues en general advierte que, en caso de no ser aceptada sobrevendrá el desastre, en forma de quiebra social. Ese ha sido básicamente el discurso del Estado en España con independencia de los gobiernos que han gestionado la Administración en cualquiera de sus tres niveles^[6].

Y algo más al respecto. La ideología de la reconciliación y consenso requiere espacios simbólicos de reproducción y difusión propia. Uno de los efectos de esa necesidad es que a menudo ha implementado la dramatización figurativa —sorprendentemente llamada también «museificación»— de espacios relativos a la memoria, en muchos casos vinculados a grandes negocios de la industria cultural o turística, que está relacionada con la «arqueología de guerra» y los intereses locales^[7]. Ha creado ritos, simbo-

logías y arquitecturas, escenarios y textos. Ha creado un nuevo tipo de museo en el que la «colección» no está constituida necesariamente por objetos, sino por ideas. Son *museos sincréticos*.

Con esa expresión me refiero al escenario, de múltiples formatos, en el que es asumida y representada la igualdad de todas las *confesiones* (opciones, ideas, éticas, políticas...) con el resultado de constituir un espacio altamente autoritario, pues lejos de presentar la pluralidad de memorias, unifica y funde todas las memorias, las diluye en un siempre agradecido *success story*, el relato de un éxito colectivo —la reconciliación— presentado como la única memoria, la «buena memoria». Un relato en el que la gesta fundacional de la nación ha sido substituida por el desastre o trauma social, y el héroe nacional por la víctima (o disuelto en ella), constituida en el sujeto que evoca y presenta el consenso institucional sobre el trauma o desastre (una dictadura, una guerra, un acto de intensa represión...) y los conjura en esa útil y bondadosa simpleza del *nunca más*^[8]. El museo ecuménico (un edificio, un espacio, una exposición —permanente o no—, un texto en un panel, una placa de homenaje...) es una área de disolución de memorias y conflictos en la que a través del uso ahistórico de la víctima, la equiparación (y por tanto la impunidad equitativa) ofrece su propia expresión simbólica. Es lo acontecido con numerosos monumentos franquistas que, presentes aún en muchas ciudades han sido maquillados y transmutados por las autoridades locales, generando curiosos palimpsestos para la posteridad: en la ciudad de Valls (Tarragona), donde el Con-

6.- Sugiero para comprobar ese discurso, precisamente en el momento de su génesis en España el debate parlamentario sobre el proyecto de Ley de amnistía, en 1977. CONGRESO DE LOS DIPUTADOS: Proposición de ley sobre amnistía presentada por los grupos parlamentarios de U.C.D., Socialista del Congreso, Comunista, de la Minoría Vasco-Catalana, Mixto, y socialistas de Cataluña. *Boletín Oficial del Congreso*, nº 16 de 11 de octubre de 1977.

7.- HUYSEN, A: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002. Sobre este asunto ver el reciente monográfico de la revista pluridisciplinar de la Fundación Auschwitz, dedicado al turismo memorial: *Témoiger entre histoire et mémoire*, (Fondation Auschwitz) Voyages

mémoriels. Bruxelles, Septiembre, 2013, pp. 10-68.

8.- R. Vinyes, «La memoria del Estado» en R. Vinyes (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos ante los traumas de la historia*. Barcelona, RBA, 2009, pp.23-66. Emilio Crenzel, *La historia política del Nunca más*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

sistorio ha instalado en el monumento a la Victoria franquista una placa con versos del poeta Salvador Espriu invocando a la comprensión y tolerancia, bajo un irreductible y amenazante ángel de los de 1939 alzando su espada de guardián de algo, a su vez protegido, unos metros más arriba, por una enorme, siniestra e inevitable cruz de piedra. O las distintas intervenciones efectuadas en los espacios de la Batalla del Ebro (1938) del Ebro, gestionados por el COMEBE bajo la dirección y responsabilidad del Memorial Democrático, son también un contundente ejemplo del sincretismo simple, de la disolución de memorias sobre los combates de una guerra que es presentada y escenificada como técnica de enfrentamiento, no como prolongación de relaciones sociales y políticas. Para conseguir la desaparición de causas y efectos, la batalla del Ebro se ha encerrado deliberadamente en los 115 días de intercambio de disparos, se han mezclado combatientes, se han omitido las razones del conflicto y se ha prescindido de sus consecuencias para el territorio, precisamente lo que más perdura en la memoria, y el resultado es lo más parecido a la historia y la nada^[9]. Disolución de memorias en espacios y formas diversas. Museos sincréticos.

Volviendo al comunicado de 1986, el Gobierno no negaba ni afirmaba nada. No negaba ni lo que pasó ni las causas. Simplemente se equiparaban actitudes y proyectos. El gobierno del Estado decide que todo es igualmente loable y respetable, ejemplar; lo era la defensa de la democracia y lo era la defensa de la dictadura, ahora denominada «sociedad diferente». La línea ética que separa democracia y franquismo, democracia

y dictadura, es una frontera que a menudo el estado democrático no ha respetado, generando el particular modelo español de impunidad, del cual la declaración de 1986 es tan sólo un episodio.

Hay quien se ha indignado por las recriminaciones que ese comunicado cosechó. Se ha indignado sosteniendo que la declaración gubernamental de 1986 no conllevó ninguna restricción, ni en la investigación, ni en la edición^[10]. Considero que esa es una aseveración sorprendente por su obviedad: ¿es que podía ser de otra manera? Sostener que la cuestión en litigio reside en la prohibición, o no, de la libre investigación y circulación de conocimientos^[11], es introducirse en un circo de obviedades solemnizadas y obsesiones circulares. La querella real, de fondo, es otra. Consiste en la decisión política de recluir al ámbito estrictamente privado, o académico, los efectos de la Dictadura, la guerra y la República. O, por el contrario, vindicar la necesidad de un espacio ético que restaure el patrimonio democrático del país, y la conveniencia o no de articular políticas públicas de memoria y reparación. Esta y no otra es la colisión, en España. En realidad, el reclamo contra la impunidad en la sociedad española estuvo desprovisto de vocación o voluntad jurídica punitiva —jamás existió tal reclamo social (hasta no hace mucho)—, pero sí ha tenido, en cambio, un fuerte, esencial y conflictivo contenido ético-político,

Si bien la expresión impunidad está vinculada a la exigencia de consecuencias judiciales —desde Nuremberg, y en especial desde el restablecimiento de sistemas democráticos en el Cono Sur de América, que

9.– Para una valoración extensa de ese espacio memorial ver: Montserrat Iniesta, «Instrumentos para una política de la memoria: el memorial democrático de Cataluña», en *El Lugar de la Memoria. Seminario sobre un centro de la memoria en el País Vasco*. Bilbao, 24 y 25 de noviembre, 2012.

10.– S. Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», en *Claves de razón práctica*, n.º 129, p. 22.

11.– Para este planteamiento, véase: S. Juliá, «Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura», en S. Juliá, (dir.) *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2007, pp. 56 y ss.

han popularizado la expresión—, en el caso español el término impunidad, en referencia a la Dictadura, se ha modelado con un contenido diferente, específico: *impunidad* no equivale a la inexistencia de procesos judiciales a los responsables políticos de la dictadura y a los directamente implicados con la vulneración de los derechos de las personas, sino que el particular trayecto cronológico, el ordenamiento jurídico derivado de la amnistía de 1977 y la evolución política, social y cultural del país, ha ido vinculando la expresión impunidad a la negativa del Estado de destruir —anular— jurídicamente la vigencia legal de los Consejos de Guerra y las sentencias emitidas por los tribunales especiales de la Dictadura contra la resistencia, la oposición y su entorno social. Así como el mantenimiento del criterio de equiparación ética entre rebeldes y leales a la Constitución de 1931, o entre servidores y colaboradores de la dictadura con los opositores a ella. Una equiparación que la Administración del Estado sostiene todavía hoy, haciéndoles, por tanto, impunes ética y culturalmente y, en consecuencia, políticamente; y la ley de reparaciones de 2007 no ha resuelto el tema.

Un año después de aprobada dicha ley, el entonces presidente del gobierno, J.L. Rodríguez Zapatero, a la pregunta realizada en el Congreso por un diputado de la oposición sobre la identificación de responsabilidades de la dictadura, respondía con las palabras siguientes: «Recordemos a las víctimas, permitamos que recuperen sus derechos, que no han tenido, y arrojemos al olvido a aquellos que promovieron esa tragedia en nuestro país. Esa será la mejor lección. Y hagámoslo unidos. (Aplausos)»^[12].

Las palabras del Presidente del Gobierno, son una síntesis magnífica del criterio dene-

gatorio del Estado sobre el sedimento ético de las instituciones democráticas al que antes me he referido: Aparecen las *víctimas*, a las que todo se debe dar porque su dolor no ha tenido derechos y será compensado por alguno o varios de los apartados de la nueva Ley de reparación que supuestamente cerrará la carencia. Aparecen los *responsables de la tragedia*, con la encomienda de que les *olvidemos*, evaporándolos así del espacio público, con lo que resulta difícil saber por qué algún día hubo víctimas sin derechos. Y desde luego, se mantiene la ausencia (que ha tenido siempre carácter estructural —y fundacional— en los discursos y acciones del nuevo Estado de Derecho) de cualquier referencia a la actitud ética de quienes contribuyeron a la democratización del país. No estoy diciendo que la reflexión parlamentaria del presidente —o de cualquier mandatario anterior— *deba* hacer referencia al esfuerzo civil de intensidades diversas que constituyen un patrimonio político, ético; ellos sabrán qué quieren, dicen y hacen. Tan sólo pretendo hacer notar que en el discurso público realizado en la coyuntura de más preocupación reparadora y memorial de nuestra historia democrática, se consolida un sujeto: la víctima, cuya identidad se funda en lo pasivo y fortuito, por lo que el consenso moral en ella, su extensión y uso, es maravillosamente versátil y generosamente apolítico. Se establece y difunde una recomendación: la desaparición del causante de las víctimas. Y se instituye un vacío ético y político: el creado por el desvanecimiento, marginación o negación de valor político a la responsabilidad política y civil ejercida por una parte de la ciudadanía que transgredió las leyes de la dictadura, y que constituye el legado democrático diverso en el que se funda el Estado de Derecho. La cuestión está en que si las instituciones con las que nuestro país se ha dotado son desposeídas de la huella humana, y nadie es legatario de

12.- Congreso de los Diputados, IX Legislatura. *Diario de Sesiones* nº 49. 26-XI-2008, p. 5.

nada, ¿cómo puede alguien sentir el orden democrático reciente como algo propio?

Lo cierto es que esa ley de reparaciones, aprobada en octubre de 2007, no deshace este modelo de impunidad declarando la nulidad de las sentencias de los tribunales de la dictadura, si bien establece su carácter ilegítimo en un alarde de retórica que ha generado más insatisfacciones que soluciones. Pero la Ley de 2007 constituye una expresión importante del peso que han tenido en los últimos años las reivindicaciones de reparación y memoria expuestas por distintos colectivos, y sin duda expresa también los miedos de las élites políticas.

A pesar de que la Ley advierte en su preámbulo que «sienta las bases para que los poderes públicos lleven a cabo políticas públicas dirigidas al conocimiento de nuestra historia y al fomento de la memoria democrática»^[13], la Ley no está orientada ni mucho menos a iniciar y desarrollar una política pública de reparación y memoria dirigida al conjunto de la ciudadanía. Más bien se orienta con optimismo a evitar esa política sustituyéndola, por una *política de la víctima*.

Escribí al comenzar que una política pública es la combinación de tres elementos: un objetivo, un programa y un instrumento. La ley no establece ninguno de ellos. No define su objetivo, tan sólo apela al «espíritu de reconciliación [...] y a la defensa pacífica de todas las ideas»^[14]. No crea un instrumento específico para esa supuesta política pública más allá de la propia Ley (la disposición adicional tercera es un brindis al Sol) y desde luego no hay asomo de programa, como no sea la aplicación misma de la Ley, lo cual se supone.

13.- Ley 52/200, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura. BOE, 310, 27/12/2007. p. 53410.

14.- Ibid. p. 53410.

Pero merece la pena recabar la atención sobre el sujeto de la Ley para comprender la enorme y estable fidelidad del Estado a una tradición de marginación política de los valores que movilizaron, con intensidades diversas, a una parte de la ciudadanía contra la dictadura y a favor de la democratización del país, y que constituyen precisamente la memoria democrática a la que apela el mismo texto de la Ley^[15]. El sujeto de la Ley no es otro que la víctima, ese espacio de reunión que vertebra la ideología de la reconciliación al que me he referido y comentado a lo largo de este texto. La ampliación de reparaciones y el saneamiento moral que propone la Ley al establecer, con una cautela infinita, la retirada de símbolos fascistas, es un elemento positivo de la Ley que al mismo tiempo revela cual ha sido durante treinta y dos años la actitud de los distintos gobiernos. Pero ni esa medida, ni la declaración de condena del franquismo que aparece en el preámbulo u otras disposiciones reparadoras, cambian lo que ha sido la orientación general del Estado de Derecho en este asunto, la privatización de la memoria.

Lo dice el preámbulo y lo dice reiteradamente su articulado. No me refiero a si establece que los costes de señalización o exhumación eventual de fosas deberá sufragarlo la administración, autonómica, local o del Estado, sino a algo mucho más profundo porque sigue una práctica política iniciada en 1977, el confinamiento de la memoria y la reparación al ámbito estrictamente privado. Lo dice el texto: «Se reconoce el derecho individual a la memoria personal y familiar de cada ciudadano»^[16]. La Ley confunde política pública de memoria con memoria pública, y ambas con memoria oficial.

La primera, la política pública, sólo puede ser garantista, proteger un derecho —el de-

15.- Ibid. p.53410.

16.- Ibid. p. 53410



El campo de concentración de Mauthausen, por el que pasaron cerca de 10.000 republicanos españoles, es hoy un Memorial a las víctimas (Foto: mauthausen-memorial.org).

recho a la memoria— y estimular su ejercicio^[17]. La segunda, la memoria pública, es la imagen del pasado públicamente discutida, por lo que se construye en el debate político, social y cultural que produce la sociedad según cada coyuntura con la intervención de todos los agentes; y una de las funciones de la política pública es, precisamente, garantizar la participación de los diferentes actores en la confección de la memoria pública. La memoria oficial, la «buena memoria», es precisamente la generada directamente por el Estado para monopolizar y sustituir la memoria pública. Eso la constituye en la base de la ideología de la reconciliación y en el relato del museo sincrético.

La privatización de la memoria tiene su mejor y más brillante expresión en el artículo cuarto de la Ley, que establece el derecho de cada afectado a obtener un título de reconocimiento de víctima del franquismo. Una declaración certificada del pade-

cimiento que podrá ser obtenida también por «sus descendientes y sus colaterales hasta el segundo grado»^[18]. Resulta impresionante la realidad vicaria y delegada del sujeto-víctima, su autoridad biológicamente transmisible.

La reclusión de la memoria en la esfera privada conlleva la negativa de crear un espacio público de diálogo y resignificación de memorias. Cuando esas reinterpretaciones o resignificaciones no pueden elaborarse porque son confinadas a la esfera estrictamente privada y personal, las trayectorias individuales se tornan ininteligibles, incomprensibles y la persona no logra reconocerse en la historia de su vida. Privatizar no es otra cosa que extraer la memoria de la historia y despojarla de sentido, meterla en la cocina y anular su presencia del empeño colectivo, evitar el reconocimiento de la huella humana en las instituciones. Los Comisarios de la exposición *En transición*,

17.- R. Vinyes, «La memoria como política pública», *Puentes* (25) 2009, p.p. 22-29.

18.- Ley 52/200, de 26 de diciembre. BOE, 310, 27 de diciembre de 2007, artículo 4.2. p. 53411.

realizada en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (noviembre de 2007) y en el Teatro Fernán Gómez, de Madrid (septiembre de 2008), comprobamos que parte importante de su éxito consistió en que muchos de los visitantes se sintieron de repente participantes y protagonistas del lejano y complejo proceso de democratización del país; ellos estaban allí, eran históricos, su vida estaba en la historia de la nueva ciudadanía, su memoria se desplazaba del ámbito privado y entraba en el espacio público de donde no debiera haber salido: «Lo que yo me pregunto es porqué no he sido capaz de contar a mi hija todos esos años de cambios y movilizaciones en los que participé y que han sido también cambios en mi vida, mi madurez, pero todavía estoy a tiempo»^[19].

Era el comentario que uno de los visitantes dejó grabado en el video donde cualquiera podía exponer reflexiones sobre la muestra para ser debatidas públicamente con posterioridad, y esa fue una de las ideas más repetidas ¿*porqué no conté?* El silencio no era olvido, más bien el resultado de una privatización de la memoria, un escenario que no sólo rompe todos los lazos entre individuo e historia, sino también entre responsabilidad y política, lo que a mi modo de ver resulta más grave si cabe, puesto que reduce los ciudadanos a clientes (¿electores?).

A pesar de todo, debemos reconocer que también el consenso resulta árido cuando al desastre o trauma fundacional del Estado de Derecho se le otorga significado, se le da un contenido. Prueba de ello es el largo tiempo transcurrido y el difícil camino recorrido hasta que los Estados, en Europa y América, han iniciado políticas públicas de memoria solicitadas a menudo por agrupaciones y personas interesadas en la reparación, pero especialmente en la transmisión,

y eventualmente en la resignificación, de la memoria. Esa dificultad procede de la necesidad que tiene cualquier gobierno de evitar una fractura en su sociedad y optar de manera decidida por la convivencia y unidad de la comunidad, y sin duda eso es parte de su responsabilidad y mandato. Pero la condición de víctima, puesto que es una categoría política, cultural y social interna a un relato —como la de héroe o mártir—, expresa precisamente la tensión entre relatos opuestos. Afrontar esa realidad tiene dos posibilidades.

La primera, la habitual, consiste en promover esas ideologías de la reconciliación (con sus retóricas del consenso) cuya esencia y objetivo ya he dicho que consiste en decretar la inexistencia de conflictos entre memorias. Pero esa opción ha generado precisamente lo que pretende evitar, esto es tensión, enfado, beligerancias diversas, atomización de las reivindicaciones y especialmente la aparición de nuevos grupos que apelan reparación para injusticias heterogéneas, que a menudo han sido generadas por el sistema social, no por la dictadura.

La segunda posibilidad, por el contrario, consiste en asumir la existencia de conflictos entre memorias y sus respectivos relatos, y crear una política pública que promueva un modelo instrumental destinado a implementar espacios públicos compartidos que ayuden al ciudadano a realizar trabajos de elaboración intelectual y emocional, y que puedan expresar, también en lo simbólico, la existencia del conflicto. En definitiva, reconocer, mediar y distinguir. Sostengo que el problema no es que aparezcan todas las memorias, el problema es que el Estado no genera el marco de diálogo entre las memorias que están en conflicto, consiguiendo con esa actitud y decisión la pérdida o destrucción del patrimonio democrático.

19.- Grabación: *En transició*, Arxiu del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.

Leyes autonómicas de memoria: nuevas expectativas, la misma conclusión

Juan Jesús Molina

Abogado de la Federación Estatal de Foros por la Memoria

Desde que se aprobara por el Parlamento español la conocida como Ley de la Memoria Histórica (Ley 52/2007 de 26 de Diciembre), y especialmente, tras la llegada del Partido Popular en diciembre de 2011 al Gobierno de España, distintas comunidades autónomas vienen desarrollado leyes o proyectos de leyes de memoria, ya sean generalistas como las de Navarra, Andalucía, Valencia, Aragón, Asturias, Castilla la Mancha y Extremadura, o específicas para la localización y exhumación de fosas comunes del franquismo, como es el caso de Catalunya e Islas Baleares. Ello se debe a dos motivos: por un lado, a las limitaciones materiales e insuficiencias de la Ley de memoria para dar respuesta a las demandas de las víctimas del franquismo, de los colectivos de memoria histórica y ciudadanía en general; por otro, a su práctica inaplicación tras la llegada al gobierno del Partido Popular, que no la ha dotado de partida económica alguna en los Presupuestos Generales del Estado.

Es de destacar que el partido actualmente en el Gobierno, a la par que no ha dedicado ni un euro a la memoria histórica, sí ha previsto cuantiosas partidas presupuestarias para exhumar y repatriar los restos mortales de soldados españoles de la División Azul muertos en Rusia, para mantener y restaurar el Valle de Cuelgamuros (de los Caídos) o para subvencionar a la Fundación Francisco Franco. Se puede afirmar que el

Partido Popular sí que tiene política de memoria: la memoria de los franquistas.

Por ello las administraciones autonómicas, ante las reivindicaciones de las víctimas del franquismo, colectivos de memoria o de derechos humanos, han tomado la iniciativa de legislar en este campo, iniciativa que l@s militantes de la memoria histórica en principio celebramos. El problema que vemos y denunciemos l@s que luchamos por poner fin al denominado modelo español de impunidad, es que las comunidades autónomas no tienen competencias para legislar en materia de justicia, y por lo tanto en nada pueden contribuir, jurídicamente hablando, a acabar con la impunidad de los crímenes del franquismo. Más bien ocurre el efecto contrario, particularmente cuando se arrojan competencias sobre la exhumación de fosas comunes del franquismo.

Las leyes o proyectos de leyes autonómicas que se vienen desarrollando en el conjunto del Estado, se dice que se inspiran y que incluso aplican las directrices de Naciones Unidas sobre Crímenes contra la Humanidad, y principios para la protección y la promoción de los derechos humanos; sin embargo no se actúa en consecuencia. De conformidad con los Principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones manifiestas de las normas internacionales de derechos humanos y de violaciones graves del derecho internacional humanitario a interponer recursos

y obtener reparaciones (Resolución 60/147 aprobada por la Asamblea General el 16 de diciembre de 2005), que las administraciones autonómicas dicen aplicar, «En los casos de violaciones manifiestas de las normas internacionales de derechos humanos y de violaciones graves del derecho internacional humanitario que constituyen crímenes en virtud del derecho internacional, los Estados tienen la obligación de investigar y, si hay pruebas suficientes, enjuiciar a las personas presuntamente responsables de las violaciones y, si se las declara culpables, la obligación de castigarlas. Además, en estos casos los Estados deberán, en conformidad con el derecho internacional, cooperar mutuamente y ayudar a los órganos judiciales internacionales competentes a investigar tales violaciones y enjuiciar a los responsables».

Pues bien, según la legislación española (arts. 2 y 23 de la Ley Orgánica del Poder Judicial) corresponde a los Juzgados y Tribunales el conocimiento de las causas por delitos y faltas cometidos en territorio español, por lo tanto, la competencia para la exhumación e identificación de víctimas del franquismo enterradas en fosas comunes corresponde en exclusiva a la administración de justicia, aunque las administraciones autonómicas puedan y deban participar en la localización y protección de las fosas comunes del franquismo. Entonces, ¿por qué las comunidades autónomas de Andalucía, Valencia, Aragón, Navarra... que dicen ampararse en los mencionados principios y directrices de las Naciones Unidas hacen caso omiso de las mismas, y asumen tareas que no les corresponden? La respuesta es simple: En el Estado Español las víctimas del franquismo no existen (jurídicamente hablando).

Y ¿cómo es posible que las víctimas del franquismo no existan? En este punto debemos remitirnos a la sacrosanta Transición

política española, en la que los herederos de la Dictadura, exigieron e impusieron a la mayoría de oposición antifranquista, como acuerdos fundacionales del actual régimen, el pacto de silencio, olvido y perdón sobre lo acaecido en nuestro país desde la Segunda República Española hasta la restauración de la democracia. La oposición antifranquista, por su posición de debilidad frente a la dictadura e incluso por la complicidad de algunos de sus dirigentes, tuvo que renunciar a su historia, a sus idearios políticos y a sus propios muertos. Y esa renuncia exigía, que los crímenes del franquismo y sus responsables quedaran impunes. Estos acuerdos tuvieron su transposición legal en la Ley 46/1977, de 15 de octubre, de Amnistía, con la que, a la par que se amnistiaban los «delitos» de la oposición democrática, se amnistiaron los crímenes cometidos por los franquistas. Sírvanos de ejemplo en este punto, la Sentencia Nº: 101/2012 de 27 de febrero del Tribunal Supremo por la que se absuelve al exmagistrado Baltasar Garzón del delito de prevaricación del que se le acusó por investigar los crímenes del franquismo, en la que se dice que los crímenes de la Dictadura cometidos durante el periodo de tiempo que investigó el Sr. Garzón, además de no ser delitos según la legislación nacional y estar prescritos penalmente, están amnistiados por la Ley de Amnistía. Pero el entramado legal de la impunidad no se cierra con la Ley de Amnistía, sino con la Ley de la Memoria Histórica (Ley 52/2007 de 26 de Diciembre) que consagra la continuidad jurídica del franquismo al no condenar el régimen de Franco; no declarar ilegales los órganos jurisdiccionales y administrativos franquistas y nulas sus resoluciones; impone una memoria estrictamente familiar y privada, sustrayendo a las víctimas del franquismo de la acción de la justicia; y hurta a la ciudadanía española la verdad de lo acaecido en nuestro país durante la dictadura franquista.



Manifestación Estatal por la Memoria Histórica. Madrid, 22/11/2015 (Foto de Twitter: @apces).

Pues bien, las leyes de memoria autonómicas, al legislar sobre fosas comunes del franquismo, continúan en la misma línea que la Ley de Memoria Histórica del Estado, es decir, sustraen a las víctimas del franquismo de la acción de la justicia, les niegan sus derechos, tanto a las víctimas directas (asesinad@s o desaparecid@s) de la represión como a las víctimas indirectas (familiares). Las víctimas del franquismo son doblemente penalizadas, el día en que se cometió el crimen y el día que se les niega el auxilio judicial. Las víctimas del franquismo, al amparo del derecho internacional son víctimas de delitos, de delitos contra la comunidad internacional (crímenes de Guerra, contra la Paz y contra la Humanidad que no prescriben, que no se pueden amnistiar y que eran delitos en el momento de su comisión), y como tal deben ser tratadas. Por muy loables y humanas que sean las iniciativas no judiciales de recuperar los

restos de un represaliado para entregarlos al familiar que los reclama, no se pueden ni deben perpetuar las consecuencias del delito, negando el amparo judicial a la víctima, garantía fundamental e inalienable en cualquier Estado democrático de derecho.

Es cierto, por ejemplo, que en la ley andaluza se prevé la comunicación y denuncia (arts. 10.3 y 14) a los Juzgados, de la aparición de restos mortales tras la exhumación, pero eso en modo alguno garantiza la acción de la justicia, tratándose de una mera comunicación o denuncia formal. Si la Junta de Andalucía pretendía judicializar la exhumaciones de fosas comunes del franquismo, lo que debería haber hecho, al menos, era prever en la Ley la personación de sus servicios jurídicos en el Juzgado, denunciado el hallazgo de la fosa común como la prueba material de los delitos contra la comunidad internacional (crímenes de guerra, contra la paz y contra

la humanidad, según el caso) cometidos por el franquismo. Tan sólo la Ley 10/2016, de 13 de junio, para la recuperación de personas desaparecidas durante la Guerra Civil y el franquismo de las Islas Baleares, en su artículo 10 (crímenes contra la humanidad y comparecencia del Gobierno ante los órganos judiciales) prevé que la administración autonómica «denuncie ante la fiscalía el hallazgo de restos humanos con signos de violencia en las fosas de la Guerra Civil y de la dictadura franquista como indicios de la comisión de posibles crímenes contra la humanidad». De igual modo que en la ley andaluza, no se establece la obligatoriedad de que la administración autonómica denuncie directamente los crímenes franquistas ante la justicia, ni su personación en las causas judiciales abiertas por los mismos.

Cuando las administraciones autonómicas intervienen en una fosa común del franquismo sin que medien las garantías judiciales al debido proceso, es decir, sin que intervengan los Juzgados de Instrucción del lugar donde se encuentra la fosa común, tal y como establece el Tribunal Supremo en el Auto de 28 de marzo de 2012, lo que se está haciendo es destruir las pruebas materiales de los graves crímenes que cometió el franquismo, cuya investigación y persecución corresponde al Estado español a través de sus jueces y fiscales, favoreciendo la dejación continua que éste hace de sus obligaciones contraídas con la comunidad internacional, en definitiva, se contribuye a que la impunidad de los crímenes del franquismo se consolide en el tiempo, garantizando su irrevocabilidad, y que realidades como lo sucedido en España durante el franquismo, puedan ocurrir de nuevo en nuestro propio país o en otros lugares. La obligación de poner fin a la impunidad del franquismo es un deber del Estado español para con sus propios ciudadanos y para con

la comunidad internacional. Por lo tanto, las competencias de las comunidades autónomas en materia de fosas comunes del franquismo deben limitarse a la localización, datación y protección de las mismas. Las administraciones autonómicas pueden y deben colaborar con la administración de Justicia, nunca suplantarla.

Pero no todo es negativo en estas leyes o proyectos de leyes autonómicos de memoria. Las comunidades autónomas pueden y deben legislar mucho y bien en materia de memoria histórica, pero lo deben realizar sobre aquellos ámbitos materiales en los que son competentes, como la educación, la ordenación del territorio, los lugares de memoria, la simbología franquista, etc.

Los diversos puntos destacables que contienen las leyes autonómicas o proyectos de leyes pendientes de su aprobación parlamentaria, que pueden contribuir a implementar y desarrollar políticas de memoria democrática (verdad, reparación y garantía de no repetición) en el conjunto del Estado, son:

- La localización, datación y protección de las fosas comunes del franquismo.
- La inclusión de temáticas en los planes de educación autonómicos comprometidos con la recuperación de la memoria democrática y la promoción de los Derechos Humanos y la Paz.
- La localización, datación, protección y promoción de lugares de memoria.
- La creación de bancos de ADN que faciliten la identificación y localización de desaparecidos por la dictadura franquista.
- La creación y mantenimiento de mapas autonómicos de fosas comunes del franquismo.

- La creación de censos de víctimas de la represión y de personas desaparecidas durante la Guerra Civil y la dictadura franquista.
- La inclusión de temáticas en los planes de educación autonómicos comprometidos con la recuperación de la memoria democrática y la promoción de los Derechos Humanos y la Paz.
- El impulso de planes de investigación y divulgación de temática relacionada con la recuperación de la memoria democrática.
- La retirada de simbología franquista de espacios públicos y privados y la anulación de conmemoraciones y títulos que reconocen a personas vinculadas con el franquismo.
- La retirada de subvenciones y ayudas a personas físicas y jurídicas, públicas y privadas, que se nieguen a retirar simbología y anular conmemoraciones y títulos que exalten el franquismo o personas vinculadas al mismo.
- Los reconocimientos públicos e institucionales de las personas y organizaciones que se enfrentaron al franquismo y de las víctimas de la represión franquista.
- La protección y promoción del patrimonio documental y de archivo que contiene información sobre la lucha antifranquista y la represión franquista.
- La elaboración de censos de simbología franquista.
- La creación de centros documentales e institutos relacionados con la memoria histórica.
- El establecimiento de un régimen sancionador para las acciones que sean contrarias a la recuperación de la memoria democrática.

- Al carecer de competencias legislativas para ello, el compromiso de solicitar al Estado español que declare nulas todas las acciones legales de carácter represivo de la dictadura; juicios, sentencias y resoluciones dictadas por los órganos jurisdiccionales, administrativos o civiles (Consejos de Guerra, Tribunal de Responsabilidades Políticas, Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, el Tribunal de Orden Público,...).

Especial significación simbólica y política, particularmente por el apoyo unánime que recibió en el Parlamento Catalán de todas las fuerzas políticas, tiene la Ley 11/2017, de 4 de julio, de reparación jurídica de las víctimas del franquismo de Catalunya, que en su único artículo dispone: «De conformidad con el conjunto del ordenamiento jurídico, que incluye normas tanto de derecho internacional como de derecho interno, se declaran ilegales los tribunales de la Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación, denominada posteriormente Auditoría de la IV Región Militar, que actuaron en Cataluña a partir de abril de 1938 hasta diciembre de 1978, por ser contrarios a la ley y vulnerar las más elementales exigencias del derecho a un juicio justo. Y, en consecuencia, se deduce la nulidad de pleno derecho, originaria o sobrevenida, de todas las sentencias y resoluciones de las causas instruidas y de los consejos de guerra, dictadas por causas políticas en Cataluña por el régimen franquista». Es cierto que, dada la actual configuración del ordenamiento jurídico español en tanto que la competencia para declarar ilegales los tribunales franquistas y nulas sus resoluciones corresponde al Parlamento Español, la mencionada ley no tiene efectos jurídicos en el conjunto del Estado, y por lo tanto no

puede entenderse como una reparación con consecuencias legales para las víctimas del franquismo, incluidas las catalanas. Pero el valor político, en tanto que supone un gran espaldarazo a una de las principales reivindicaciones del movimiento memorialista, es enorme, dado que es la primera vez que un parlamento del Estado español considera nulas de pleno derecho las acciones represivas del franquismo, y en consecuencia, ilegal la dictadura que las llevó a efecto, dictadura instaurada tras el golpe de estado de julio del 36 contra el régimen legal de la Segunda República española y posterior guerra civil. Visto el apoyo unánime que recibió en el Parlamento catalán, en especial por el voto afirmativo del Partido Popular y del Partido Socialista, estas organizaciones ya no tienen excusas, argumento de la seguridad jurídica incluido, para no aprobar en las Cortes Generales iniciativas similares (ilegalidad de los tribunales franquistas y nulidad de sus resoluciones).

A continuación, se señalan otros importantes déficits en que han incurrido las leyes o proyectos de leyes autonómicas que se han desarrollado hasta el momento:

- No se establecen medidas de reparación económica a favor de las víctimas del franquismo.
- No se establecen medidas destinadas a investigar el destino del patrimonio robado durante el franquismo.
- No se establecen medidas concretas destinadas a investigar las empresas y patrimonios que se lucraron con el trabajo esclavo de presos antifranquistas, ni medidas que comprometan a los beneficiarios del trabajo esclavo a reparar económica y simbólicamente a las víctimas. Tan solo la ley andaluza, prevé que desde la Junta de Andalucía se impulsarán

actuaciones para hacer copartícipes de las medidas de reconocimiento y resarcimiento a las organizaciones que pudieron utilizar los trabajos forzados en su beneficio.

- No se reconoce como víctimas del franquismo al colectivo de víctimas del robo masivo y sistemático de bebés cometidos durante el franquismo.

La falta de una política pública de memoria y reconocimiento jurídico de las víctimas del franquismo por parte del Estado Español, ha dado lugar a esta proliferación de leyes autonómicas, que como hemos visto no solo no resuelve el problema de la impunidad de los crímenes del franquismo, sino que además genera discriminación entre las víctimas, ya sea por ideología de la formación política que dirija la administración pertinente, ya sea por razones territoriales:

Discriminación por razones ideológicas. Como se expuso anteriormente, la Ley de Memoria histórica estatal ha quedado en una vía muerta tras la llegada al gobierno del Partido Popular quien no ha presupuestado partida económica alguna para su desarrollo. De igual modo, en las Comunidades Autónomas donde gobierna esta formación política no se ha desarrollado ningún proyecto normativo relacionado con la recuperación de nuestra memoria democrática y antifascista. A su vez, en comunidades como las de Castilla León y Madrid, en sus respectivos parlamentos se están desarrollando nuevas leyes de protección de otros colectivos de víctimas, como las del terrorismo.

Discriminación por razón del territorio. Hemos llegado al sinsentido en el que a las víctimas del franquismo también se las discrimina por razones territoriales, de modo que dependiendo de la comunidad autóno-



Entierro definitivo y homenaje a los 16 de Menasalbas (Toledo), por la Federación Estatal de Foros por la Memoria, julio de 2011 (Fotografía: Javier Ocampo).

ma donde residan, ya sean víctimas directas o indirectas de la represión, van a gozar de unos determinados derechos y garantías. Por ejemplo, un familiar de un ejecutado extrajudicialmente o desaparecido en Andalucía, Navarra, Catalunya o Baleares, podrá reclamar sus restos mortales pero no si se encuentra en cualquier otra comunidad, donde la Ley estatal de Memoria no opera por falta de presupuesto o donde aún no hay ley autonómica. A lo anterior se añade que nos encontramos ante una variedad de leyes de memoria o de exhumación de fosas comunes del franquismo, en las que se establecen unas medidas y garantías de distinto nivel, con unos requisitos, protocolos, presupuestos y respuestas de la administración variables, dependiendo de la zona geográfica donde se encuentra la víctima.

¿Sería imaginable que esto ocurriera con otros colectivos de víctimas de la violencia política, como por ejemplo las víctimas del

terrorismo, que estas quedaran en el más absoluto desamparo legal porque hubiera un cambio de gobierno, que no recibieran auxilio judicial o policial por no considerarlas víctimas de la violencia política, o que se las discrimina por razón de su domicilio? Esto sería inconcebible para cualquier Estado que se denomine democrático y de derecho. Sin embargo esto ocurre en España, donde unas víctimas, las del terrorismo, tienen todo el reconocimiento político y jurídico por parte del Estado y la sociedad, como debe ser en cualquier democracia avanzada, mientras que las víctimas del terror franquista no tienen reconocimiento jurídico alguno, pudiendo afirmar sin temor a equivocarnos que las víctimas del franquismo no existen en nuestro país.

Ante esta situación de injusticia, desamparo e incluso criminalización que sufren las víctimas del franquismo en nuestro país, colectivos de víctimas, de la memoria

histórica y de los derechos humanos venimos exigiendo al Estado español, como garante de la igualdad de todos los ciudadanos españoles y responsable de poner fin a las graves violaciones de derechos humanos cometidos en nuestro país durante el franquismo, unas políticas públicas de memoria democrática por las que se condene el golpe del estado de 18 de julio del 36, la guerra civil a la que nos condujeron los golpistas, y la dictadura franquista; que se reconozca la legitimidad y la legalidad de la Segunda República Española, se reconozcan políticamente a l@s luchador@s antifranquistas y jurídicamente a las víctimas del franquismo y del nazismo. Por ello, las más de 90 organizaciones participantes en el Encuentro Estatal de Colectivos de Memoria Histórica y de Víctimas del franquismo, desde mayo de 2016, venimos reclamando a las instituciones del Estado y a las formaciones políticas integrantes del arco parlamentario español, que se comprometan a desarrollar una LEY DE RECONOCIMIENTO Y PROTECCIÓN INTEGRAL A LAS VÍCTIMAS DEL FRANQUISMO, ley

que como legislación básica del Estado (Art. 149 CE), establezca los derechos, medidas y garantías inalienables mínimas que den amparo al conjunto de las víctimas del franquismo y del nazismo, que deberán ser cumplidas por todas las instituciones del estado. En definitiva, una ley que ponga término al olvido y a la impunidad de los crímenes del franquismo. Las comunidades autónomas, dentro de sus competencias, y obviamente atendiendo a la múltiple naturaleza de la represión franquista por causas territoriales o culturales, podrán y deberán complementar esos mínimos imprescindibles e inalienables establecidos por el Estado para el conjunto de las víctimas del franquismo, nunca aminorarlos.

Quienes abogamos por el fin de la impunidad del franquismo, sabemos que el problema ante el que nos encontramos no es un problema jurídico, ya que el derecho internacional nos ampara, sino político, que debe ser abordado y resuelto por el conjunto de la sociedad española en aras a una mejor convivencia democrática y de respeto a los derechos humanos.

Un sitio histórico: el Destacamento Penal de Bustarviejo

José Manuel Fernández

Ex alcalde de Bustarviejo

Hay muchas gentes
que son siempre forasteras
en su propio país,
porque nunca se aplicaron
en conocerle

Gaspar Melchor de Jovellanos

Hay lugares en los que la Historia deja huella. El Destacamento Penal franquista de Bustarviejo es uno de esos sitios cuya contemplación eriza la piel, un vestigio vivo del trabajo forzado de los presos republicanos, de un pasado de un país con problemas de memoria.

Al final de un sendero de apenas un kilómetro y medio que sale de la localidad y conduce al viandante a una dehesa, se sitúa en la más absoluta soledad una estancia de piedra conocida en el lugar como *Los Barracones*, una estructura de planta rectangular con un patio central donde se alojaban los presos cuando no estaban trabajando. En las colinas que rodean la dehesa se situaban las cabañas y las chozas donde se alojaban las familias de los presos.

Los presos vivían apartados de la civilización. Entre peñascos y breñas, alejados de todo núcleo urbano. Aquí, en un paraje sobrecogedor, al final de un sendero de apenas un kilómetro y medio que sale de la localidad y conduce al viandante a la Dehesa Vieja, trabajaron entre 1944 y 1952 cientos de presos republicanos en la construcción de la línea ferroviaria Madrid-Burgos, igual que lo hicieron otros reclusos en los nueve destacamentos existentes en Garganta

de los Montes o Lozoyuela, Valdemanco, Chozas de la Sierra (hoy Soto del Real), Miraflores de la Sierra, Colmenar Viejo, Fuen carral, Chamartín y Las Rozas, cuyos vestigios prácticamente han desaparecido, al contrario de lo que ocurrió con los de otros campos de Europa tras la Segunda Guerra Mundial.

El de Bustarviejo es el eslabón mejor conservado de esta cadena de 121 campos de trabajo forzado pertenecientes al Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo, creado en 1938 por inspiración del jesuita José Antonio Pérez del Pulgar.

Aquí los presos y demás trabajadores excavaron dos túneles (de 395 y 248 metros) dinamitando y barrenando a maza en roca viva; tallaron la piedra y molieron la grava; levantaron un viaducto (de 26 metros de altura, con 11 arcos de 12 metros de luz) y construyeron la estación; hicieron taludes a pico y pala y colocaron el balasto y las vías.

Un brillante equipo de arqueólogos e historiadores de la Universidad Complutense de Madrid, coordinado por Alfredo González-Ruibal, investigó este yacimiento histórico, del que se han publicado numerosos trabajos.

Los restos conservados incluyen los barracones de reclusión, cuatro garitas de vigilancia de la Policía Armada, una celda de castigo, estructuras de trabajo para labores de cantería, caballerizas, cuadras para los bueyes y los basamentos de unas cuarenta chabolas de piedra cubiertas de ramas, construidas por los presos en la ladera del

monte adyacente para albergar a sus familiares, un mecanismo de vigilancia más poderoso que las alambradas de espinos. Allí, en apenas cuatro metros cuadrados, mujeres y niños se hacinaban, buscando agua y leña en las cercanías, tanto en el tórrido verano como en el frío invierno, cuando la nieve les llegaba a las rodillas. Se han encontrado tinteros y plumas con las que escribían sus cartas.

Del estudio arqueológico de los restos, cotejado con testimonios orales de familiares de presos y lugareños, se puede inferir que las condiciones de vida allí eran bastante duras: trabajo agotador y peligroso, dieta escasa, adoctrinamiento religioso y político de los presos, miseria y aislamiento de los familiares...

Nada chocante, dado el concepto que tenía el Estado de los allí confinados: integrantes de la anti-España que estaban purgando sus pecados. Estos destacamentos suponían para los presos la *última estación* antes de la libertad, donde reducían su condena a través del trabajo y desde donde accederían al tercer grado. Esto, sumado a la presencia en el destacamento de sus familias, resultaba una razón de peso para olvidar cualquier tentativa de evasión. Pese a ello, están documentadas varias fugas, alguna de ellas exitosa.

El destacamento penal de Bustarviejo estaba enclavado en un bello paisaje, pero sólo si se contempla en libertad; sin embargo los presos y sus familiares estaban obligados a vivir allí con lo mínimo y soportar un sol de justicia en verano y un frío extremo en invierno, trabajando hasta la extenuación sin las más básicas condiciones de seguridad.

Las garitas, con centinelas armados, están orientadas hacia el exterior, para repeler cualquier intento de liberación de los presos por parte de los maquis, muy activos en la cordillera.

El espacio de los barracones de reclusión se organiza en torno a un patio central que servía para el recuento de los presos, la celebración de misas y adoctrinamiento, con un pilón donde lavaban su ropa. Además de los dormitorios colectivos donde se les encerraba por la noche, había letrinas, cocina y economato, despachos de Policía y de funcionarios de prisiones.

Mediante un conjunto de intervenciones de conservación y valorización, el Ayuntamiento de Bustarviejo, gobernado por la coalición PSOE-IU, decidió convertir este espacio en un activo del turismo histórico, cultural y paisajístico de primer orden en la Comunidad de Madrid.

La Asociación de Memoria Histórica *Los Barracones*, en colaboración con el Ayuntamiento, ofrece visitas guiadas gratuitas^[1] todos los sábados a las 11 de la mañana desde la estación ferroviaria de Bustarviejo e invita a las instituciones educativas y al público en general a visitar este sitio histórico y a abrir la reflexión y el diálogo sobre el trabajo forzado como instrumento de represión; una reflexión que trascienda lo sucedido en el pasado y que sirva a las nuevas generaciones para construir un futuro mejor de respeto irrestricto a la vida y la dignidad de las personas y a los valores democráticos.

En 2011, al calor de la denominada *Ley de Memoria Histórica*, mediante una enmienda del diputado Gaspar Llamazares a los Presupuestos Generales del Estado, el Ministerio de Cultura asignó una subvención de 120.000 euros para la restauración del edificio principal del campo y la creación de una incipiente zona museística. El Ayuntamiento inauguró la obra el 29 de junio de 2013, con la participación de familiares de los presos y en presencia de una nutrida re-

1.- Visitas guiadas los sábados: Para solicitar fecha, escribir a: amhlosbarracones@gmail.com

presentación de asociaciones memorialistas, sindicatos, alcaldes y parlamentarios.

En 2013, el Ayuntamiento suscribió un acuerdo de hermanamiento y colaboración con el Centro de Interpretación e Investigación de la Memoria de la España Republicana en Francia, institución que gestiona el complejo histórico de la estación ferroviaria de Borredon, a la que en marzo de 1939 llegaron unos 16.000 republicanos españoles internados en el campo de concentración de Septfonds, al norte de Toulouse.

Este sitio singular al aire libre tiene un poder único para inspirar el conocimiento del contexto histórico, del hombre y de la Naturaleza circundante, en un paraje impresionante, rodeado de montañas. Es el símbolo vivo de un tiempo oscuro, testimonio mensurable en piedra de las penalidades indecibles que, por el «delito» de defender a las instituciones democráticas, tuvieron que sufrir cientos de demócratas.

Testimonios

Pedro Juárez, residente en Bustarviejo: «Yo tenía 7 u 8 años en 1948. Un tío mío, que me había adoptado por ser huérfano de padre y madre, cortaba la piedra para el viaducto porque era maestro cantero. Me mandaba, acompañado de una niña a llevar la comida a su hermano que era listero en la obra, pasando la lista de presencias. Y yo veía cosas que me llamaban la atención. Allí, entre los árboles desde el terraplén, veía las vagonetas cargadas de piedras y escombros sacados del túnel por los presos cavando con barrena, maza y pistola. Las vagonetas eran tiradas por una o dos mulas. Y cuando faltaban mulas, enganchaban a varios presos para empujar las vagonetas. El responsable de la empresa, Manuel Nicolás Gómez era zamorano, que vivía en Miraflores y le llamaban *el Gordo*. Los canteros metían pólvora para que la piedra explotara en *pata*

de gallina y se partiera en dos o tres trozos. Otro zamorano, Santiago Cid Camarzán, me daba un paquete de pólvora para darla al capataz. Este, cuando faltaban presos suficientes para tirar de las vagonetas, decía: «Quito a uno y enseño el látigo». Las condiciones de trabajo eran muy peligrosas en los túneles y en el viaducto, a 30 metros de altura y sin protecciones. Recuerdo como si fuera hoy cómo los presos rompían la piedra: el que sujetaba la piedra, sentado. Y el que daba con la maza, de pie. Los domingos tenían que ir a misa y comulgar porque era obligatorio. No se podían negar. Salían del Destacamento a pie y en fila, con policías delante y detrás con el mosquetón colgando, y recorrían los 2 kilómetros hasta el pueblo, muchas veces bajo el temporal de lluvia o nieve, con los policías gritando: «Venga, venga! ¡Vamos, vamos!». Eso era en invierno porque en verano el cura don Ramón, que era de Miraflores creo, bajaba y decía misa de campaña en el patio del Destacamento porque le gustaba»^[2].

Antonio Sin, hijo de un preso aragonés pasó con su madre siete u ocho años en una de las chabolas: «Hubo accidentes mortales. Tras uno de ellos, los presos se arremolinaron y empezaron a protestar. El oficial llamó a los guardias con sus metralletas y señalando al muerto dijo: ‘Con esos cueros me haré buenos látigos’. Otro obrero, *tachuelero*, explotó con los cartuchos de dinamita que transportaba»^[3].

Cuenta el preso Manuel Rodríguez que el destacamento de Garganta de los Montes «estaba infestado de chivatos; cualquier movimiento político que tratara de organizarse era conocido por la jefatura del desta-

2.- Pedro Juárez López, vecino de Bustarviejo, miembro de la ARMH Los Barracones.

3.- Antonio Sin Andreu, hijo del preso aragonés Antonio Sin y de la maestra Teresa Andreu, residentes en Bustarviejo hasta 1979 y residente hoy en San Martín de Valdeiglesias (Madrid).



Destacamento de Bustarviejo en 1944 (Foto: Archivo Historico de RENFE. Fuente: publico.es).

camento al instante. Y en cuanto los perros guardianes te olían te llevaban de nuevo a prisión»^[4].

El contexto histórico

España era una inmensa prisión, con unos 280.000 presos. Tras los 192.684 fusilamientos y la depuración de los funcionarios del Estado (sobre todo los maestros), el sistema penitenciario era el eje de la expiación de los pecados junto al control ideológico impuesto mediante la censura, la religión, la reeducación y la propaganda.

En 1938 Franco creó mediante Decreto el Patronato de Redención de Penas por el Trabajo Nuestra Señora de la Merced (por iniciativa de Máximo Cuervo Radigales, director general de prisiones y el jesuita J. A. Pérez del Pulgar), concebido para «la expiación, el arrepentimiento y la redención

mediante el trabajo, la obediencia, la disciplina y la sumisión, con el fin de arrancar a los presos y a sus familiares las semillas del odio y anti-patria, sustituyéndolas por las del amor mutuo y la solidaridad estrecha entre los españoles». Sólo para presos clasificados con penas de menos de 10 años o más de 5 años con profesión útil, previo examen físico. La fundamentación teórica del nuevo régimen penitenciario se basó en los conceptos católicos de pecado, expiación de la culpa y perdón sustituyendo a los conceptos de derecho de delito, pena y amnistía. La base penal fue el trabajo forzoso a cambio de reducción de condena como una especie de gracia concedida al preso para su rescate físico y moral a través de la reconstrucción de un país arrasado por una contienda bélica.

Este sistema de represión pretendía incidir sobre la ideología y la conducta de los vencidos y debe entenderse como un proyecto de *ingeniería social*. A través de la redención el prisionero salía del status de

4.- Manuel Rodríguez Serrano, expreso residente en Cáncera (Madrid).

rojo antiespañol y se acercaba a la salida del espacio físico de la cárcel recobrando el espíritu nacional perdido.

La guerrilla

En la zona que circunda el penal de Bustarviejo se conservan varias garitas de vigilancia, con centinelas de la Policía Armada: orientadas hacia el exterior por miedo a la guerrilla —muy activa en 1946-47 en la cordillera desde Somosierra—. Los policías patrullan los alrededores, vigilan los barracones y los explosivos, y organizan los recuentos.

Con la llegada de Francia a Madrid de Cristino García, héroe de la Liberación del Sur de Francia, se reavivó la guerrilla de la Sierra de Gredos, cuyo jefe era el teniente coronel de las Fuerzas Francesas del Interior Manuel Castro, y de Guadarrama, liderada por Adolfo Reguilón (Severiano Eubel de la Paz) con los guerrilleros Ramón Argüelles (*el asturiano*), Clemades Rubio y Alfonso Martínez. Este grupo hizo un informe sobre los destacamentos penales de Bustarviejo, Valdemanco, Lozoyuela, Fuencarral, Colmenar Viejo y Cuelgamuros, para robar dinamita y facilitar la fuga de prisioneros.

Tras el fusilamiento de Cristino García en 1946, la Agrupación guerrillera Eugenio Mesón, liderada por Juan Sanz Pascual, sacó dinamita de los destacamentos penales madrileños, que les entregaban prisioneros comunistas.

El historiador Francisco Moreno relata un robo de explosivos, a finales de 1946, en el destacamento de Valdemanco. «Semanalmente, Juana Doña se desplazaba hasta allí en el coche de viajeros y cargaba en su bolsa los cartuchos de dinamita que sus compañeros de partido presos le podían proporcionar clandestinamente. Los entregaba a Juan Sanz Pascual, *Félix*, que era su contacto en Madrid. Una vez *Félix* y Anto-

nio Barahona, *Raúl*, fueron en coche a Valdemanco para cargar 50 kilos de dinamita. Pero al volver, en Cabanillas de la Sierra se toparon con una pareja de la Guardia Civil y mataron a los guardias. Hubo unos 50 detenidos y un consejo de guerra que acabó con varios fusilamientos, entre ellos el de tres presos de Valdemanco»^[5].

Anécdotas

En agosto de 1949 se produjo un gran incendio en el Valle de Bustarviejo. Los presos se ofrecieron y colaboraron en la extinción. El Pleno del Ayuntamiento pidió que se les rebajaran las penas y algo se les rebajó.

También se relatan algunas fugas sonadas. Entre las que se produjeron en Bustarviejo está la del joven anarquista Manuel Bajo Bueno quien, alzando un papel a través el paso de salida gritando a los policías: «¡Ya me han dado la libertad provisional!». Estos le contestaron «¡Enhorabuena!» y él siguió andando hasta doblar un recodo y aceleró el paso tanto que llegó a México pasando por Lisboa a donde llegó escondido en un camión cargado de sardinas pagado por su madre. Otro preso, el joven médico Alberto Martínez, se fugó hasta Vigo y de allí viajó a Buenos Aires donde fue un cirujano famoso^[6].

En la primavera de 2016 Fernando Trueba filmó en los barracones secuencias de su película *La Reina de España*, que se estrenó el 26 de noviembre de 2016. Acudió al rodaje la propia reina Letizia de España, amiga de Trueba y de la protagonista de la película, Penélope Cruz.

5.- Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco*, Barcelona, Crítica, 2008.

6.- Alicia Quintero Maqua, «El trabajo forzado durante el primer franquismo: Destacamentos penales en la construcción del ferrocarril Madrid-Burgos», en *Cuartas Jornadas Archivo y Memoria*, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 2009.

Agapito Marazuela Albornos, el músico del pueblo*

Santiago Vega Sombría

Universidad Complutense de Madrid

Una humilde familia dio vida a Agapito Marazuela en la localidad segoviana de Valverde del Majano. En compañía de su padre arriero recorrió con un carro los pueblos de Castilla percibiendo su pobreza generalizada a comienzos del siglo XX. A los ocho años, los efectos de una meningitis mal tratada le dejaron como secuela la pérdida de su ojo derecho y la disminución de visión del ojo izquierdo. Esta dificultad física tan temprana no le encogió el ánimo y volcó todo su empeño en el talento natural y la sensibilidad musical que afloraron desde la infancia. Es todavía un niño cuando se traslada a Valladolid para aprender a tocar la dulzaina castellana con el maestro Ángel Velasco (padre de la dulzaina cromática moderna). A los catorce años ya se ganaba un pequeño sueldo acompañando procesiones y todo tipo de fiestas populares. Paralelamente, se inicia en los estudios de solfeo con don Joaquín, un profesor de la Academia de Artillería de Segovia, del que guardó un gran recuerdo y agradecimiento, no así de su primer profesor de guitarra, quien recelaba de las cualidades de su alumno. En su primer y único contacto con el flamenco, acompaña en Madrid a la Niña de los Peines. Causa tan buena impresión en la cantaora que le propone convertirse en su acompañante, pero el padre no quiere separarse de él para dejarlo en ese ambiente artístico. Paga sus clases de guitarra con las ganancias que obtiene con la dulzaina en sus actuaciones por



Agapito Marazuela tocando la guitarra (Foto realizada en 1932 para un concierto celebrado en El Espinar, gentileza de Pilar Marazuela).

los pueblos. En mayo de 1923 se instala definitivamente en Madrid, donde perfecciona sus estudios de guitarra.

Sus cualidades musicales le permiten conciertos en Segovia y otras ciudades como Valladolid, Burgos o Bilbao. Su humildad y escasos recursos llaman la atención de José Rodao, que comprueba cómo la guitarra del artista era poco más que una caja de madera mal compuesta, así que escribió una crónica

Valverde del Majano 1891 - Segovia 1983

en *El Adelantado de Segovia*. Sensibilizada, la Diputación Provincial concede una subvención de 600 pesetas que se añadieron a otras aportaciones personales encabezadas por el pintor Ignacio Zuloaga, con las que se regaló un nuevo instrumento de mil pesetas. Aquella guitarra fue la que le acompañó hasta su muerte sesenta años después.

Su carrera despegó destacando los conciertos celebrados en el Círculo de Bellas Artes y Ateneo de Madrid, y la sala Pleyel de París. En *ABC* se recoge el empeño del ya reconocido dulzainero Marazuela por ser concertista de guitarra: «Su primer paso ante el público en el Ateneo ha sido un éxito grande, alentador de sus entusiasmos [...] los aplausos más sinceros y las felicitaciones efusivas fueron recompensa merecida al novel concertista que no por adquirir este título abdicará, seguramente del muy honroso de dulzainero mayor de la ancha Castilla»^[1].

Los escenarios de música clásica no le hacen olvidar su interés por los cantares de un pueblo que acompaña cada actividad de la vida con una «toná» específica. Decía el maestro Agapito: «El castellano no es un ser frío e insensible. Lo que sucede es que nuestros campesinos son retraídos, modestos con exceso, creen que lo suyo vale menos que lo del resto de España. Eso de no dar importancia a lo que se hace, a lo que se tiene, he podido observarlo especialmente en esta provincia [Segovia] y en las tierras cercanas. ¡Y aquellos cantos de oficio! Era emocionante ir por un camino y escuchar un canto de arada, y a doscientos metros, cuando se perdía aquél, oír otro que venía, y al poco tiempo, otro más; pasaban de término en término y saltaban por las lindes de las provincias. Ya sabe usted que las provincias son cosa administrativa de mil ochocientos treinta y tres»^[2].

1.- *ABC*, 15 de diciembre de 1931.

2.- Pedro Fernández Cocero, *Agapito Marazuela el último*

El interés por recopilar los cantares populares le apremia porque se da cuenta que se pueden perder con la llegada de la música «moderna», así lo cuenta Marazuela: «a principios de siglo, cuando vino la música mecánica, los gramófonos, lo tradicional se fue dejando de cantar. Las chicas que se iban a servir a Madrid, cuando venían a las fiestas, no querían cantar las cosas de la tierra, las consideraban de mal gusto». Por eso, para recoger los cantos debía buscar entre las personas adultas, en algunos casos, ancianos, «tuve suerte, ya que me consideraban como uno igual que ellos»^[3].

A partir de ahí inicia un recorrido por tierras de Castilla: Ávila, Valladolid, Burgos, Segovia y Soria. Las dificultades con la vista y la falta de medios de grabación las subsana con su estupenda memoria: «Hasta que estuve en condiciones de llevar todo al pentagrama, mi archivo fue la memoria». Por Segovia para las notaciones le acompañaba un músico de la Academia de Artillería, y por Ávila un primo que sabía algo de música. El maestro les dictaba, después de averiguar el tono y, «donde había medida, cuál era ésta». Buscaba entre los campesinos acomodados que cultivaban sus tierras, porque los que cantaban eran en general «gente feliz. Los desgraciados, los que pasan hambre, no tienen humor para cantar». Algunas canciones eran rebeldes, como el de las escardadoras que trabajaban de sol a sol y, como el trabajo era muy duro, cantaban: *El sol se está poniendo / el sol se pone / el cornudo del amo / qué cara pone*.

En sus recorridos por los pueblos y sus contactos con los campesinos va surgiendo su concienciación política: «me dolía mucho ver que un criado entraba a los dieciséis

juglar castellano, Santander, Bedia, 1976. Se trata de un artículo publicado en la revista *Triunfo*, el 26 de abril de 1976. El número fue retirado de la circulación y provocó la suspensión temporal del semanario.

3.- *Ibid.*



Agapito recopilando folklore en la provincia de Ávila (Fuente: *Estampa*, 14 de enero de 1933).

años a servir y a los cincuenta lo echaban a la calle y, no le quedaba más que una garrota para pedir limosna. Me dolía también cuando llegaba la época de las rentas, y, los que pasaban todo el invierno jugando en el casino iban y cobraban las rentas aunque hubiese habido granizo o mala cosecha. Yo ante aquello entraba en rebeldía. Tampoco me cabía en la cabeza que un rey tuviese que ser rey porque lo fuese su padre». A medida que avanzaba el siglo y los movimientos sociales se hacían más multitudinarios y combativos contra la monarquía sustentada en la oligarquía caciquil, su ideología política y social fue evolucionando. Inicialmente simpatizó con los republicanos, después con los socialistas. Cuando se creó el Partido Comunista, «muchas de las cosas que decía ya las pensaba yo».

Como otros muchos intelectuales, durante la República vivió sus mejores años artísticos, en las dos facetas musicales que cultivaba, dio sus conciertos más importantes y

recibió el más importante galardón, el Premio Nacional de Folklore (1932) por su cancionero de Castilla elaborado tras años de investigación etnomusicológica. Aparecía en la prensa en un extraordinario reportaje titulado «Canciones populares de Castilla» en la revista gráfica y literaria *Estampa*. En la misma medida se implicó políticamente, fue socio fundador de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética junto a cientos de intelectuales de amplio espectro ideológico como Pío Baroja, Manuel Machado, Jacinto Benavente o Concha Espina. También participó en la Liga Nacional Laica junto al doctor Gregorio Marañón y otros tantos personajes.

Fiel a su compromiso con el pueblo, colaboró con las Misiones Pedagógicas. Martínez Torner, creador y director del Coro de las Misiones Pedagógicas refirió una de ellas «[...] luego hacemos funcionar la gramola. La música clásica no les dice nada, pero está ahí, con nosotros, un gran músico que les

explica cada uno de los momentos musicales, les da el lenguaje de la música y ya no les deja tan indiferentes Beethoven. Además de músico es un estupendo folklorista, ha recogido todo lo popular de Segovia y ahora les muestra todas esas canciones que ellos han ido adulterando y olvidando de la música popular»^[4]. El maestro y también misionero Pablo de Andrés Cobos escribió que Agapito Marazuela, «uno de los mejores guitarristas y un dulzainero de condiciones extraordinarias, estuvo con nosotros tres noches en diciembre de 1932 en La Cuesta [Segovia]. Les llevó canciones y tonadillas que solo los viejos recordaban y fueron las noches de más desbordante alegría. Después de la sesión, hombres y mujeres de sesenta años estuvieron cantando todo lo que recordaban de sus años de juventud. Viejecillos hubo a los que no se oyó nunca cantar y cantaron estas noches»^[5].

En 1932, culminó su compromiso político cuando se afilió al Partido Comunista de España, que no abandonaría hasta su muerte. Compaginaba sus actividades musicales con las sociales y políticas a las que aportaba sus dotes artísticas. Tras la represión de la huelga general revolucionaria de 1934, participó en numerosos actos de apoyo a los presos, como el realizado en abril de 1935 en el Teatro Juan Bravo a beneficio de las familias de los presos políticos de Segovia. Recaudaron 900 pts. «después de descontados los gastos» como recogía la prensa local. Aportaron donativos, entre otros personajes, el alcalde conservador Pascual Guajardo y el presidente de Izquierda Republicana, José Carrasco. Proyectaron una película de «contenido social», que «gustó mucho» *El camino de la vida*. También actuó Agapito

Marazuela con su guitarra, interpretando «piezas clásicas y folclore de la tierra»^[6]. Unos días antes había actuado ante los presos en la Prisión Provincial, no sospechaba entonces que cuatro años después él mismo sufriría cárcel en Madrid.

Volvió a colaborar con el profesor Torner en un cursillo sobre música popular española organizado en Madrid por el Centro de Estudios Históricos. En la conferencia referida al folclore castellano participó Agapito Marazuela acompañado de los instrumentos típicos: dulzaina, zambomba, tejoletes y almirez, «cantó de manera insuperable con la desnudez primitiva con que suenan en las eras y las plazas castellanas». La crónica de prensa finaliza: «conferenciante y cantante fueron muy aplaudidos»^[7].

Entre los variados actos culturales previstos para 1936 truncados por la sublevación militar que desencadenó la guerra civil, destacaba la *Olimpiada Popular* que se iba a celebrar a finales de julio en Barcelona como rechazo a la Olimpiada «oficial» organizada por la Alemania nazi. Allí tenían previsto acudir representando a Segovia Agapito Marazuela y un grupo de «danzantes» de Abades. Sería al año siguiente en París donde mostrarían la música y danzas de Castilla abortadas en 1936. La Exposición Internacional donde se vio por primera vez al Guernica de Picasso acogía un pabellón de la República con Agapito Marazuela como director de las actuaciones folklóricas, a la sombra del mayor protagonismo de Julio González, Joan Miró, Josep Renau o Luis Buñuel.

Como otros muchos paisanos en Madrid, era socio del Centro Segoviano, situado en el número 1 de la Calle Mayor, al lado de la Puerta del Sol. Allí, todavía a comienzos de agosto de 1936 se jugaba a las cartas, ajenos

4.- *Las Misiones Pedagógicas en España 1931-1936*, exposición en Murcia, 2015, tríptico.

5.- Pablo de Andrés Cobos, *El maestro, la escuela y la aldea y otros escritos pedagógicos*, Segovia, Ayuntamiento de Segovia, 2017, p.255.

6.- *Heraldo Segoviano*, 14 de abril de 1935.

7.- *ABC*, 24 de febrero de 1936.

a la situación bélica desatada el 17 de julio. Más concienciados de la situación, unos cuantos destacados socios junto con algunos evadidos de la provincia como Agapito Marazuela, el escultor Emiliano Barral y el presidente de Izquierda Republicana de Segovia José Carrasco, se presentaron el 15 de agosto e incautaron el edificio. El nuevo comité directivo del Centro Segoviano representaba la pluralidad de las fuerzas del Frente Popular: presidente Emiliano Barral, socialista; vicepresidente Valentín Contreras, de Izquierda Republicana; tesorero Martín de Antonio, de Unión Republicana; vocales: Agapito Marazuela y Eugenio Gómez, del Partido Comunista; José Carrasco y Eduardo Tuya, de Izquierda Republicana. Inmediatamente se organizaron las Milicias Segovianas Antifascistas, a través de un comité de milicias que reclutó voluntarios de la provincia, la mayoría residentes en Madrid y otros cuantos evadidos de Segovia para huir de la represión franquista y defender la República^[8]. Nuestro protagonista colaboró en tareas burocráticas, mientras que Emiliano Barral fue su comisario político hasta que murió en el frente de Usera alcanzado por un obús.

Finalizada la guerra, el maestro Agapito fue uno más de los cientos de miles de presos republicanos encarcelados por Franco. Fue condenado a 12 años por la creación de las Milicias Segovianas Antifascistas. Tuvo la fortuna que le permitieron mantener la guitarra durante el cautiverio. En la prisión habilitada de San Antón junto a otros presos intelectuales formaron el «Ateneo». Cuenta Marazuela que allí «se leyó mucha historia de Grecia, de Roma y de las Civilizaciones. Cada uno daba conferencias de lo que sabía». De allí pasó a otra habilitada, Santa Rita, donde ofrecía conciertos a los conde-



Agapito Marazuela en la organización de las Milicias Antifascistas Segovianas (Foto: *Estampa*, 10 de octubre de 1936).

nados a muerte. A continuación fue trasladado a Vitoria, donde le llegó la libertad el 22 de julio de 1941, pero como había organizado una rondalla con otros compañeros presos para actuar el 25, día de Santiago, solicitó quedarse unos días más. Reconocía allí un gran ambiente musical creado por los presos vascos y «sus cantos religiosos». El director, como era de esperar, no le permitió quedarse «ni un día más».

Vivió cinco años de libertad «vigilada» acogido en casa de discípulos, ganándose la vida con clases particulares de guitarra y/o dulzaina, siempre dispuesto a enseñar lo que le demandaban. En 1946 es detenido en Ávila en una redada contra una de las muchas reorganizaciones del PCE durante el franquismo. Sin asomo de resentimiento explicaba su nuevo encarcelamiento: «Yo no podía decir cosas que no eran ciertas, considero que siempre hay que estar de cara a la verdad. Así fui a dar con los huesos otra vez a un penal. No culpe usted a nadie, es el clima que queda detrás de las guerras. También pidieron unos hombres mi cabeza. ¡Tonterías, se resucitan rencores de mocedad!» Aunque la condena no es mayor, ahora su estancia en prisión sí es superior, alcanza los cuatro años. Primero en Ávila donde los conciertos eran más «legales», con asistencia incluso del maestro de capilla de la cate-

8.- Unos 500 milicianos participan en la defensa de Madrid en la Columna Mena, después pasarán a la 42 Brigada Mixta. Santiago Vega Sombria, *Segovianos al servicio de la República*, Foro por la Memoria de Segovia, 2011, p. 146.

dral. Después a la «Universidad» de Burgos, para terminar en Ocaña, «lo peor de todo»^[9].

De nuevo en la calle el maestro, sin abrigar el más mínimo rencor, hubo de malvivir pobremente dando algunas clases. Vuelve a Segovia donde sufre en silencio la marginación que padecen los vencidos, pocos son los que le ayudan. En 1958 un grupo de artistas e intelectuales jóvenes lo reivindican y llevan a participar en un festival del XII Curso de Verano para Extranjeros. El éxito rotundo hace que repita al año siguiente y en 1960 recibe un primer sentido homenaje promovido por esos jóvenes. Por fin, en 1964, alguna mano amiga consigue que la Delegación Provincial del Movimiento publique su Cancionero premiado en 1932. Muy al final de su vida, entre el Ayuntamiento y la Caja de Ahorros de Segovia habilitan un humilde y apartado local como flamante «Cátedra de folklore» donde impartiría -con una mísera subvención económica- su magisterio hasta que fallece en 1983.

Explicaba el ABC en 1975 con malévola condescendencia que Agapito Marazuela había estado «discretamente olvidado durante muchos años». Con la democracia llegó el reconocimiento más extenso, aparecía en distintos medios de comunicación, incluso en televisión en el programa Siete Días (1980). Cuando le preguntaron por la diferencia entre la música de los años setenta y la tradicional, respondió que ambas son expresión popular, un sentimiento del pueblo, «lo que pasa es que ahora está comercializada. En mis tiempos creo que eran más puras las raíces [...] se tocaba más por sentimiento, por dolor, por gozo, que por llenar el bolsillo de algunos. Hoy, por supuesto, no se haría música para un canto de boda o una canción de siega. Ni se ronda a las novias ni

se las enrama. Iba todo enlazado. Son otros tiempos».

Su sentida militancia hasta el final se aprecia cuando agradece como «una de las mayores emociones de su vida» la entrega personal del carnet nº 747 del PCE, en un acto público celebrado en Segovia «lo que yo desearía es que la labor que emprendió el Partido hace muchos años se vea consumada por completo y nada me alegraría más que poderlo ver». En su entierro, Simón Sánchez Montero le definió como «un artista del pueblo y dado al pueblo profundamente. Un hombre que tenía plena conciencia de que la canción, la música, la danza y el romance son el sedimento que va quedando del alma popular. Esperemos que el pueblo de Segovia, el pueblo de Castilla y las autoridades que representan a ese pueblo sepan destacar la obra de Marazuela»^[10]. La propuesta de monumento en su honor por parte del concejal del PCE Luis Peñalosa, ya se aprobó en 1983 en el Ayuntamiento de Segovia, pero la escultura prevista no se realizó hasta 2002. Llama la atención que otro segoviano ilustre como el mesonero Cándido, tuvo su merecido monumento pocos meses después de fallecido. El reconocimiento al músico como recuperador del folklore es unánime, pero su perseverante militancia comunista, aún hoy limita sus honores: apenas un colegio público, el de Enseñanza Primaria de la localidad de La Granja lleva su nombre. En la capital, el monumento y la calle a él dedicadas están muy alejados de los lugares más concurridos de la ciudad. El Conservatorio Profesional de Música de Segovia, de momento es anónimo. ¿Será descabellada la idea de que el padre del folklore castellano y mejor concertista de guitarra clásica pueda darle nombre?

9.- P. Fernández Cocero, *Agapito Marazuela el último juglar castellano*, Santander, Bedia, 1976.

10.- *El Adelantado de Segovia*, 25 de febrero de 1983.

IN MEMORIAM

Antoni Domènech

Sección de Historia de la FIM

El pasado 17 de septiembre fallecía en Barcelona, a los 65 años de edad, Antoni Domènech Figueras, profesor de Filosofía de las Ciencias Morales y Políticas de la Universidad de Barcelona y uno de los exponentes más notables del pensamiento marxista y crítico en nuestro país. *Nuestra Historia* tiene la intención de dedicar una oportuna glosa a su personalidad y su obra en el próximo número, pero no puede por menos de evocar brevemente, en estos momentos, algunas de las facetas de su importante actividad. Por ejemplo, su compromiso político antifranquista, en el seno del Partido Socialista Unificado de Cataluña. O, en los últimos años, su labor intelectual crítica en foros como la revista *Sin Permiso*, que fundó y dirigió hasta su muerte.

Una de las propuestas teóricas más importante que desarrolló en sus trabajos era la de aproximar las tradiciones socialista y democrático-radical, idea que defendió, por ejemplo, en *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista* (2004). Tesis fecunda que volvió a desplegar en trabajos posteriores y que todavía se encuentra en sus recientes contribuciones escritas a propósito de la Revolución de Octubre. En ese mismo sentido, en su interesante Prólogo a la reedición española del libro de



Antoni Domènech (Fuente: El Viejo Topo).

Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (2012), saludaba la propuesta política del historiador británico como «un socialismo orgulloso del gorro frigio».

En junio de 2013, cuando la Sección de Historia de la FIM, en colaboración con la Fundación Primero de Mayo, celebró unas Jornadas de debate conmemorando el 40º aniversario de la aparición del citado libro de Thompson, Antoni Domènech colaboró en las mismas como ponente. *Nuestra Historia* quiere, en recuerdo de aquel encuentro y, sobre todo, en homenaje a toda su obra, rememorar a una de esas figuras imprescindibles del pensamiento crítico que, con su desaparición, dejan un hueco difícil de rellenar.

AUTORES

Autores de las secciones Dossier y Autora Invitada

Juan Andrade es licenciado en Historia (Premio al mejor expediente académico) y doctor en Historia Contemporánea (Premio Extraordinario de Doctorado) por la Universidad de Extremadura. Ha sido profesor de Geografía e Historia en el programa Secciones Bilingües en Países del Este del Ministerio de Educación de España y ha realizado estancias de investigación en varias universidades europeas, en Estados Unidos y en América Latina. Su trayectoria investigadora se ha centrado en el estudio de los medios de comunicación, los movimientos sociales y los partidos políticos de la izquierda en el tardofranquismo y la transición. Actualmente es profesor en la Facultad de Formación del Profesorado de la Universidad de Extremadura.

Antonio José Antón Fernández es filósofo y traductor. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, ha traducido al castellano, entre otros, a Perry Anderson, Gianni Vattimo, Slavoj Žižek, Luciano Canfora, Harold J. Laski, o Domenico Losurdo. Es co-autor (junto a David Becerra Mayor) de *Miguel Hernández: la voz de la herida* (Páramo, 2010), y ha preparado una nueva edición de *Diez días que estremecieron el mundo* (Siglo XXI, 2017). Como autor ha publicado *Slavoj Žižek: una introducción* (Sequitur, 2012), y *Crónicas del neoliberalismo que vino del espacio exterior* (Akal, 2015).

José María Faraldo Jarillo. Profesor Contratado Doctor en la Universidad Complutense de Madrid; Antiguo Profesor Investigador Ramón y Cajal; Docente e investigador en la Universidad Europea Viadrina (Francfort/Oder, Alemania) entre 1997 y 2002. De 2004 a 2008 fue director de proyecto en el Centro de Investigación de Historia Contemporánea (ZZF) de Potsdam, Alemania. Estancias de investigación, entre otras, en Moscú, Petrozavodsk, Berlín, Leipzig, Bucarest, Poznan, Varsovia y Stanford, (California). Algunas publicaciones: *Europe, Nation, Communism. Essays on Poland*, New York, Frankfurt 2008; *La Europa Clandestina. La Resistencia contra las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948)*, Madrid 2011; *La Revolución rusa: historia y memoria*, Madrid 2017.

Magdalena Garrido Caballero. Doctora en Historia Contemporánea con mención europea. Profesora del área de Historia Contemporánea en la Universidad de Murcia. Integrante del grupo de investigación América y España: Ayer y Hoy. Y de los proyectos Hispanofilia III HAR2014-52414-C2-1-P y Ayuda Humanitaria HAR2014-58043-P. Entre sus líneas de investigación destacan las relaciones políticas y socioculturales hispano-soviéticas en el siglo XX, el exilio y las transiciones políticas. Y es autora, entre otras publicaciones, de *Compañeros de viaje. Historia y*

memoria de las asociaciones de amistad (2009); *Rusia tras la Perestroika: propaganda política, cultura y memorias del cambio* (2011); *Resistencia, Amnistía y Libertad. Compromiso antifranquista y militancia del PCE en la Región de Murcia* (2011).

Kristen Ghodsee es profesora de Estudios de Europa del Este y Rusia en la Universidad de Pennsylvania de Filadelfia. Es autora de siete libros que incluyen *The Left Side of History; World War Two and the Unfulfilled Promise of Communism in Eastern Europe* (Duke University Press, 2015) y *Red Hangover: Legacies of 20th Century Communism* que se publicará en Duke University Press en octubre de 2017. Ha sido profesora y directora del Programa de Estudios sobre Mujer, Sexualidad y Género de Bowdoin College, reconocida universidad privada en Maine, becaria invitada en la Universidad de Harvard, en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton y en el Instituto de Estudios Avanzados de Friburgo, Alemania. En 2012 ganó una beca Guggenheim por su trabajo en Antropología y Estudios Culturales.

Pablo Montes Gómez. Estudió Historia en la Universidad de Oviedo e inició sus estudios de posgrado en la Universitat Autònoma de Barcelona, de la que es máster, para acabar doctorándose en su universidad de licenciatura. Su ámbito de investigación gira en torno a la democracia y las clases populares durante el período de entreguerras. Su tesis, «La formación de la democracia en España: una historia popular de la génesis de la República vista desde Barcelona (1913-1931)», fue leída en Asturias en julio de 2017, obteniendo la mención de excelente cum laude.

Olga Novikova Monterde es traductora e investigadora especializada en la historia del pensamiento ruso, la historia política y de relaciones exteriores de Rusia, la política de la memoria, la historia de comunismo y de movimiento marxista ruso. Ha publicado tres libros sobre la historia del pensamiento ruso (*Alexandr Herzen, Pasado y Pensamientos*, Taurus, 1994; *Rusia y Occidente*, Taurus, 1997; *La Tercera Roma*, Taurus, 2000), así como numerosos artículos en español, ruso, inglés, francés y alemán. En 2004 su estudio del análisis geopolítico ruso de la ampliación de la EU ganó la Beca Gorbachev, ofrecida por la Academia de Yuste. Desde 2009 trabaja en el estudio de las reacciones a la guerra civil española en la URSS, entre la diáspora contrarrevolucionaria rusa y la diáspora de exiliados revolucionarios.

Emanuele Treglia es doctor en Historia de la Edad Contemporánea por la Universidad LUISS de Roma. Secretario de la revista *Historia del Presente* y miembro del Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (CIHDE), ha realizado estancias en la UNED, Universidad Autónoma de Madrid y el FRAMESPA de Toulouse. Sus investigaciones se han centrado principalmente en la historia del comunismo y de las izquierdas españolas durante el franquismo y los primeros años de la democracia. Es autor de la monografía *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero* (2012) y de numerosos artículos publicados en revistas como *Ayer*, *Cuadernos de Historia Contemporánea* y *Ricerche di Storia Politica*.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es